

202 COPIAS

LETRAS UNIVERSALES

Cantar de los Nibelungos

Edición de Emilio Lorenzo Criado

Traducción de Emilio Lorenzo Criado

CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

Título original de la obra:

Das Nibelungenlied

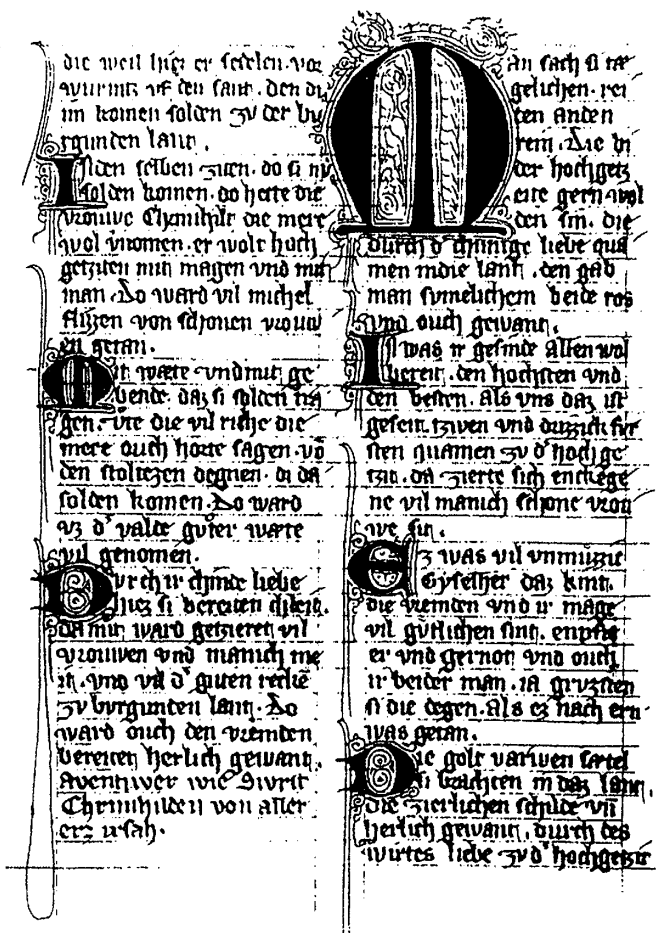
Diseño de cubierta: Diego Lara
Documentación gráfica de cubierta:
M.^a Ángeles Andrés y Fernando Muñoz

INTRODUCCIÓN

*Para Maruca, mi
mujer, ayuda decisiva
en este empeño*

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el art. 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© Ediciones Cátedra, S. A., 1994
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 33.479-1994
ISBN: 84-376-1289-6
Printed in Spain
Impreso y encuadernado en Artes Gráficas Huertas, S. A.
Fuenlabrada (Madrid)



Página del manuscrito del *Cantar de los Nibelungos* del siglo xiv.

[8]

ESTA edición presenta la versión española, en prosa, de una de las obras sobresalientes de la épica universal. Para la Edad Media alemana es, sin duda, la epopeya más importante, como lo es el *Beowulf* en la literatura medieval inglesa, la *Chanson de Roland* en la francesa o el *Cantar de Mio Cid* en la española. Aunque existen otras traducciones españolas, el español o hispanoamericano medio, al oír mencionar los Nibelungos piensa por lo general en el ciclo wagneriano que constituye la tetralogía *El anillo del Nibelungo*, a la que nos referimos más adelante¹. El lector familiarizado con los poemas sinfónicos de Wagner ha de sorprenderse, sin duda, de lo alejada que está la temática adoptada por el gran compositor de la compacta narrativa del *Cantar*, cuyo autor —¿un juglar austriaco?, ¿un clérigo de Passau?— supo dar unidad a dos partes claramente diferenciadas por el estilo y por el tema y cuya divisoria sería la estrofa 1143, comienzo del canto XX (Atila pide a Krimilda por esposa).

EL "CANTAR DE LOS NIBELUNGOS". ARGUMENTO Y ASPECTOS MÁS RELEVANTES

Sobre el argumento del *Cantar de los Nibelungos* poco debe decirse. La lectura, que por fidelidad al origi-

¹ A otros lectores hispanohablantes, el nombre les recordará también la versión dramática de Hebbel, como apunta acertadamente E. Bernárdez, *Filología Moderna*, núms. 68-70 (1980), págs. 365 y ss.

[9]

nal puede a veces resultar reiterativa, ha de ofrecer, por esa misma fidelidad, un retrato sin falseo de una sociedad y de unas costumbres que, sea lo que pensemos de la Edad Media, tienen el valor de testimonio, sabiamente ensamblado y no siempre bien soldado, del alma de una época que el autor ha sabido reflejar con notable talento literario y al gusto de sus coetáneos. No olvidemos el éxito y difusión que revelan los numerosos manuscritos conservados —más de treinta, en su mayoría del siglo XIII— ni el alcance que en el mundo escandinavo tuvieron episodios básicos de su argumento, pero no tanto los que confieren unidad temática al *Cantar*. En efecto, ya el mismo título con que se conoce el poema resulta engañoso. Los nibelungos de la primera parte son el pueblo legendario dominado y avasallado por Sigfrido, antes de su aparición activa en el *Cantar*, que acuden en su ayuda cuando ha vencido en descomunal y múltiple contienda a Brunilda para hacerla esposa de Gunter. Asegurada así la victoria, se mantiene el nombre, referido al mismo pueblo, hasta el final de la primera parte (canto XIX), cuando, muerto Sigfrido, hacen llevar a Worms el tesoro de los Nibelungos que Hagen ha de sepultar alevosamente en las aguas del Rin. En cambio, en la segunda parte (título del canto XXV y estrofa 1523a), el nombre se aplica a los burgundos cuando se dirigen a la corte de Atila. Por eso, en estricta justicia y de acuerdo con el contenido, podría llamarse el poema, como insinúan M. Colleville y E. Tonnelat en su introducción a la versión francesa de 1944 (Aubier, París), *Libro de Krimilda*, igual que se titula una refundición del mismo hecha en el siglo XV. En efecto, la figura de esta reina, que aparece ya en la primera estrofa del manuscrito B (la número 1 del texto de Bartsch, que inicia nuestra traducción, es adición posterior y figura en el manuscrito C), llena tanto la primera como la segunda parte del *Cantar*, primero como joven princesa que sabe anticipar la pesadumbre que ha de seguir a su amor, todavía premonición surgida del sueño, luego como mordaz defensora de

sus privilegios cortesanos, viuda abrumada y tierna por la muerte de Sigfrido, y, finalmente, furia desatada que maquina y preside, despiadada e implacable, la hecatombe final en que ella misma sucumbe (estrofa 2373).

Así, el verso 2378d *als te diu liebe leide-z'aller jünges-te gît* ("como siempre, el placer engendra, al cabo de todo, dolor") resuena como un eco del 17c *wie liebē mit leide - ze jungste lōnen kan* ("el amor lo hayan tenido que pagar [muchas mujeres] con dolor") y podría cerrar el ciclo de un poema amoroso de trágico desenlace. Pero el *Cantar de los Nibelungos*, sin dejar de ser poesía heroica de la más rancia estirpe, es a la vez considerado una exaltación de las virtudes caballerescas; el propósito moralizante del autor, si no muy conspicuo, es a todas luces innegable. Krimilda es figura de arrolladora grandeza trágica, pero no ejemplar —muere a manos de Hildebrando, héroe de otro poema épico más antiguo, pero personaje secundario en el *Cantar*— y su agonía ("¿De qué le habían de valer sus terribles alaridos?", estrofa 2376) es significativa; si son modélicos, en cambio, Sigfrido y los dos héroes de la corte burgunda: Gunter, siempre noble pero irresoluto, y Hagen ("el mejor de los héroes que jamás libró batalla o llevó escudo", según tributo de Teodorico); pero el *vater aller tugende*, el padre de todas las virtudes caballerescas (hemos traducido "espejo de caballeros") es, sin duda, Rüdiger, cortés, generoso y leal. Justamente el conflicto entre dos lealtades —la que debe a sus huéspedes los burgundos y el vasallaje que rinde a Atila y Krimilda— constituye uno de los pasajes más emotivos en la encarnizada lucha que llena los últimos cantos del poema. Hay ejemplaridad también en la reiteración de fórmulas de buena crianza, ya sean gestos, ya palabras, en la generosidad de los señores con motivo de fiestas o visitas y, sin duda, en algunas costumbres cristianas que ocasionalmente encuentran cabida en la redacción de hacia 1200, pero que hubieran sido anacronismos en tiempos de Atila. El lector inteligente ha de descubrir

otros méritos, y alguna incongruencia de la narración que ya los incansables eruditos no han dejado de advertir.

Quedaría, sin embargo, incompleta esta introducción si no destacáramos otro de los aspectos más relevantes del *Cantar*, el de ser una especie de compendio de los buenos modales cortesanos, que abarca desde el ritual del trato a las damas, con abundante casuística del ceremonial aceptado, hasta las normas de comportamiento entre amigos y enemigos, la repetida mención de regalos y toda clase de dádivas con que se ensalza la generosidad de reyes y nobles entre sí y hacia sus vasallos y subalternos de toda índole, ya sean invitados bien recibidos o mensajeros de buenas y malas noticias. No se omite lo que pudiera llamarse un atentado al ideal de conducta caballeresca con las damas: el castigo corporal infligido por Sigfrido a Krimilda y aceptado por ésta (estrofa 894) como justa expiación de la afrenta pública de que ha hecho víctima a Brunilda.

PAUTAS SEGUIDAS EN NUESTRA VERSIÓN. DIFICULTADES Y CRITERIOS

No nos sentiríamos satisfechos si no justificásemos —aunque nuestras razones sean discutibles— los principios que han guiado la versión que presentamos y los escollos que hemos tenido que salvar en nuestra tarea.

Para dar una idea de los obstáculos con que hemos tenido que habérnoslas, es menester declarar cuál era el objetivo que nos habíamos señalado, a saber: poner al alcance del lector de habla española una obra épica que, aunque parcial o totalmente vertida al castellano, resulta inasequible o dudosamente recomendable. No es éste el lugar de hacer la apología de lo que, hasta 1980 inédito, no se prestaba a la comparación, ni de menospreciar los meritorios esfuerzos precedentes, y ello por una razón fundamental: no han sido tenidos en cuenta porque los pasajes sometidos a cala no nos resultaban satisfactorios, y, por tanto, nos aconsejaban desistir del empeño. Para alcanzar el objetivo propuesto nos hemos

impuesto unas exigencias que a lo largo de nuestro trabajo hemos tratado de mantener. Son éstas, básicamente, fidelidad al original y respeto a la época. No es necesario explicar aquí cuántas dificultades y riesgos entrañan estos dos imperativos. Por lo que atañe al primero, baste decir que de los dos versos últimos de la estrofa 1576 conocemos cinco interpretaciones distintas, y la nuestra no la tenemos por satisfactoria. Pero pasajes como éste abundan en cualquier obra de fuentes tan varias y versiones tan discutidas como el *Cantar de los Nibelungos*. Ahora bien, cuando el original es claro y universalmente aceptado, siempre le queda al traductor la grave responsabilidad de no falsear el espíritu de la época, procurando equilibrar la expresión entre lo que sería aproximada o exacta correspondencia en un poema épico castellano de hacia 1200 y lo que, acercándonos al entendimiento del lector medio actual, podría resultar anacrónico. Aun aprovechándonos de las ventajas de la traducción en prosa, que permite una mayor libertad expresiva, no estamos seguros de haber logrado siempre el acercamiento al original sin desvirtuar irremediablemente éste. Así, pues, este respeto a la época —aun con el subterfugio de que ésta es la del *Cantar* conservado (hacia 1200) y no la de la historia contada (la de Atila)— obliga al traductor a decidir a cada paso si se atiene fielmente al texto y sacrifica cualquier pretensión de elegancia literaria, o bien si debe intentar lograr un grado de fluidez que se encuentra constantemente frenada y que a la larga revelaría su paradójica e híbrida naturaleza.

En este empeño raras veces hemos quedado satisfechos; muy a menudo nos hemos contentado con logros discretos y algunas —tras repetidos intentos— nos hemos sentido frustrados. Tales son las miserias y venturas del traductor.

No vamos a enumerar aquí todas las dificultades que hubimos de vencer. Sí, en cambio, y éste es el propósito de estas líneas, debemos dejar constancia de nuestra deuda a los estudios medievales de don Ramón Menéndez Pidal, sin los cuales la empresa acometida nunca se hubiera llevado a término, o acaso, ni siquiera intentado.

De asidua consulta, y por ellos dignos de consignarse singularmente, nos han servido los tres volúmenes de su edición del *Cantar de Mio Cid*, en particular el volumen II (vocabulario); los *Orígenes del español* y *La España del Cid*. A falta de un diccionario del español medieval, los índices de las dos primeras obras han supuesto una preciosa e insustituible ayuda, incluso cuando las soluciones que nos brindaban quedaban desechadas por no cumplir los requisitos que nos habíamos impuesto.

El muestrario que sigue debe entenderse, pues, como una mera selección de los problemas, algunos de ellos insolubles, con que hemos tropezado a lo largo de años de —hay que decirlo— inconstante dedicación a una tarea emprendida con entusiasmo, pero concluida, por razones diversas, con cierto desaliento.

Ya la división del poema nos obliga a tomar una delicada decisión. Una *âventiure* podría ser una *aventura* (voz documentada ya en 1206), pero tras largo titubeo hemos optado por canto, que no nos satisface del todo, pero resulta coherente con *Cantar* para traducir *Lied*.

De índole distinta es la dificultad que nos ofrece el primer verso del poema alemán:

Und ist in alten mæren - wunders vil geseit

como consecuencia de la polisemia de *mæren*, “fama, noticia”. Del primer valor quedan testimonios con algunos antropónimos de origen germánico, como *Ramiro*, *Teodomiro* o *Edelmiro*, y probablemente *Dalmiro*, aparte de *Vladimiro*, llegado a través de las lenguas eslavas. Pero es el significado “nueva, noticia” el que aquí prevalece. Las formas alemanas *Mære* y *Märchen*, si bien han perdido la conexión con “fama” o “renombre”, presente en la onomástica primitiva, mantienen vivas las acepciones de “noticia” para *Mære* y de “relato maravilloso” para *Märchen*². Por si hubiera dudas, el último verso del poema zanja la cuestión:

² Cfr. s. v. Hermann Paul, *Deutsches Wörterbuch*, revisada por Werner Betz, 7ª ed. corregida y revisada, Tübinga, Max Niemeyer, 1976.

2379d *hie hât daz mære ein ende - daz ist der Nibelunge nôt*

Es decir, lo que se anuncia al empezar como “viejos relatos” y se nos resume al terminar como “el relato” son los hechos maravillosos —sucedidos, deformados o inventados— que constituyen *Das Nibelungenlied* o *Cantar de los Nibelungos*. No parece desatinado emplear en la traducción *gesta* o *gestas*, que aparte del valor de “conjunto de hechos memorables de algún personaje”, con que se explica su etimología, tiene, por si esto pudiera interpretarse como hazañas de personajes históricos, usos documentados referidos a otros que no lo son³.

Una segunda cuestión que hubimos de considerar sin adoptar una decisión categórica fue la de los antropónimos y topónimos utilizados en el original. La difusión de la obra operística de Richard Wagner había popularizado algunos, aunque fuera ajena en su inspiración al *Cantar de los Nibelungos*. Tal difusión parece que nos facilitaba la elección, pero de hecho nos entorpecía la adopción de formas más acordes con nuestros criterios iniciales. La tetralogía, más que trilogía, wagneriana ha hecho familiares nombres como Sigfrido, que además es título de una de las partes; Alberico, que ya aparece como nibelungo en *El oro del Rhin*; Sigmundo (así se llama un personaje de Arniches), Siglinda y Brunilda (en *La Valkiria*), Gunter y Hagen (hijo de Alberico!), no son personajes hasta el *Crepúsculo de los Dioses*, último de los dramas musicales de la tetralogía. Todos estos nombres y muchos más aparecen en el *Cantar*. *Krimilda* está ausente en Wagner, sustituida en parte por *Guðrun* como hermana de *Gunter* y amada de *Sigfrido*. No es éste el lugar para enumerar lo común y lo distante entre los dos ciclos de *gestas*. Sí para dejar sentado que *Sigfrido* estaría acorde con Alfredo, Godofredo o Wilfrido, nombre con cierta tradición en cas-

³ Así, por ejemplo, en el pasaje de *Libro de Alexandre*, citado por Menéndez Pidal (*Cantar de Mio Cid*, II, s. v. *gesta*): “Fue Achilles omne afortunado. Que ovo de su gesta dictador [Homero] tan onrado.”

tellano, pero discreparía con el todavía usual Segismundo. Una formación nueva como Segisfredo, que tendría apoyatura en la onomástica española de sabor exótico, nos pareció inaceptable. Para Brunilda⁴ hay antecedentes ya en la Edad Media y podríamos optar por Bronildi, Fronildi o Fronilde⁵, como una hija de Fernán González, que encajaría con nombres de mujer todavía vivos, como Matilde o Clotilde. Entre Gunther, como aparece en el *Cantar*, Günter, que es la forma favorecida en alemán moderno, y Gunter, que se usa aún como patronímico, hemos optado por la última forma, ya que las adaptaciones españolas de nombres alemanes no respetan la diéresis (Nuremberg, Munich). Para ser consecuentes hemos usado Rin, como aparece en el poema, aunque allí con i larga. No hay justificación para imitar la ortografía alemana actual (Rhein), ni la inglesa (Rhine), ni la francesa, de donde proviene la grafía Rhin⁶. Si hemos de ser consecuentes, se nos objetará, ¿por qué no hemos respetado la reducción del primer componente de Sigfrido a Sifrido, tal como se mantiene en el *Cantar*? En éste, el nominativo dominante es Sifrit o Sivrít (el genitivo es Sivrídes, el dativo Sivríde y el acusativo Sivríden). Podríamos replicar que tal grafía no la respetan ni siquiera los alemanes (Siegfried), pero creemos que inconscientemente nos hemos atendido a la forma popularizada por los dramas musicales wagnerianos. Por la misma razón hemos suprimido la -e de Hagene, forma dominante en el *Cantar*, dejando Hagen. En cuanto a las dos figuras históricas, Teodorico de Verona y Atila, hubiéramos escamoteado o velado las motivaciones del autor, que, sin duda, las incorporó al poema para conferirle su pequeña nota histórica, aunque anacrónica, que quedaría escondida si hubiésemos de-

⁴ Por lo regular, Prünhilt en el *Cantar*.

⁵ Cfr. Joseph M. Piel, "Sobre a formação dos nomes de mulher medievais hispano-visigodos", en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, VI, Madrid, 1956, págs. 111 y ss. Las formas en Br- son leonesas; las castellanas muestran Fr-. Cfr. también Menéndez Pidal, *Orígenes*, pág. 218.

⁶ En otros topónimos hemos adoptado la grafía española moderna si no había dudas (Islandia, Noruega, Sajonia, Viena, etc.) o hemos respetado la del original, añadiendo, en nota, la identificación propuesta por Bartsch.

do sus nombres como los cita el *Cantar*, Dietrich von Berne y Etzel. Si los historiadores no yerran, Teodorico nació el año de la muerte de Atila. Una buena adaptación de Dancrat (padre de los reyes o príncipes burgundos) sería exactamente Tancredo. El lector puede imaginarse sin esfuerzo nuestra resistencia, aunque la figura de don Tancredo ya no sea popular en los ruedos taurinos. Con el obispo de Passau, Pilgerin, no hemos vacilado. Don Peregrin suena tan bien como el arzobispo Turpín en la *Chanson de Roland*, y es nombre que, aunque inusitado, pervive en España. Otros antropónimos, cuya adaptación al español resultaba violenta, o que aparecen muy esporádicamente, los hemos respetado en la grafía del texto o modificado levemente. Así, *Ruedegêr* lo convertimos en Rúdeger; *Giselher*, *Gernot*, *Ortlieb*, *Dankwart*, *Botelunc* (*Botelunc*; genitivo *Botelunges*, etc.) quedan prácticamente inalterados. En casos de fluctuación, hemos optado por la grafía más frecuente o más aceptada. Para no confundir al lector, hemos unificado las grafías de los emisarios de Atila en *Werbêl* y *Swemel* (estrofas 1412 y ss.).

En cuanto a la voz *Nibelungo*, téngase en cuenta que es: primero, nombre de un rey; segundo, nombre de un hijo suyo (o de dos, por patronímico); tercero, todos los súbditos del rey y, eventualmente, de Sigfrido; y cuarto (desde el canto XXV), los burgundos.

Un rasgo estilístico que habíamos mantenido, incluso antes de verlo reforzado por la docta opinión de Rafael Lapesa, es el de la posposición del atributo con artículo, qué Lapesa incluye en el grupo de "sintagmas apositivos unitarios". Creemos que, aunque se pueda aquilatar alguna diferencia, las construcciones *Pedro el Cruel*, *Castilla la gentil*, *Mío Cid el Campeador*, etc., hacen perfectamente tolerable la traducción literal de *Volker der snelle* (1705), *Volker der vil küene* (1810), que recuerda a *Zamora la bien cercada*⁷, si bien no siempre hemos aprovechado el recurso.

⁷ "Sobre las construcciones con sola su figura, *Castilla la gentil* y similares", en IBERIDA, Río de Janeiro, diciembre de 1961, págs. 83-95.

En cuanto al vocabulario, rara vez ha sido fácil atenerse a la común etimología de las palabras, ya fueran germánicas documentadas en español, o románicas, de las que el *Cantar de los Nibelungos* ofrece un buen muestrario, o latinismos —viejos o nuevos— del alemán medieval. La causa de esta dificultad ha sido casi siempre el divergente desarrollo semántico que han seguido estas voces en una y otra lengua, no sólo en cuanto que una o ambas se han diferenciado del significado primitivo, sino también en que la voz española emparentada etimológicamente haya caído en desuso y sea incomprendible para el lector medio de hoy. Tal es el caso, por ejemplo, de *samit rôt* (*Cantar de los Nibelungos*, estrofa 705), atestiguado en español ya en el *Libro de Alexandre*, con el mismo adjetivo, *xamet vermeio*, y en el *Cantar de Mio Cid xamed*, conservado todavía con la grafía *jamete* en el DRAE. Por semejantes razones hemos descartado, para traducir *kovertiure*, la traducción “cubertura”, documentada en el *Cantar de Mio Cid*, o a la forma moderna “cobertura”, que significa cosa distinta, a favor de “gualdrapa”, voz de origen germánico que tolera el contexto. Tampoco nos hemos inclinado por *finiestra*, de rancio abolengo medieval, prefiriendo “ventana” (alemán: *venster*), ni por “abogado” para traducir *voget* (<*advocatus*). El topónimo *Xanten* (<*sanctos*), aunque aparece en el texto con s inicial, lo hemos utilizado con la grafía moderna para facilitar su identificación.

De los germanismos comunes a la épica germánica y castellana, no hemos aprovechado *garzón*, que se corresponde etimológicamente con el alemán medio *recken*, ni “tregua”, cuando el texto indica el significado “lealtad” (sí para traducir, por ejemplo, en la estrofa 1996 *vríde*); de igual modo traducimos *blanc* por “blanco” en la estrofa 670 (se trata de un romanismo en alemán), pero no en los demás casos, cuando conserva su significado primitivo de “brillante”.



Llegada de Brunilda a Worms. Manuscrito de 1440

Los casos de coincidencia léxica entre texto y traducción nos han procurado cierta satisfacción, cuando la fidelidad del original no ofrecía peligro. Así, aunque no siempre, ha sido posible respetar los latinismos alemanes, traduciendo "pergamino", "bocina", "pantera", "mañines", "pentecostés", "jaspe", "maestre", "chambelán" (aunque galicismo, preferible al de resonancia más germánica *camarlengo*), "visperas", "manto", "monasterio", "misa", "falso", "palacio", "sedas", "vihuela", "violeta" y "escabel". En cuanto a los germanismos espenoles, si la equivalencia era clara, hemos respetado "yelmo", "guardar", "guisa", "marca/marcos", "albergue", "mariscal", "escanciador", "rico", "halcón", "armín", "bohordo", para las formas alemanas respectivas. Sobre el modelo de la alternancia *zar-zarina*, que es de origen germánico y acepta el DRAE, hemos creado la de *margrave* (también en el DRAE) *-margravina*.

Esta atención al parentesco etimológico —quizá deformación profesional— acaso haya entorpecido el buen entendimiento de la traducción. En un trabajo presentado al I Congreso de Germanistas Ibéricos ("Lexikalisches Verwandtschaft in der mittelalterlichen Epik")⁸ ya hemos explicado en mayor pormenor los problemas que semejante aspiración entraña. En los casos de vacilación la decisión última ha estado, sin embargo, acorde con nuestro propósito inicial arriba expresado de buscar un equilibrio entre lo que sería aproximada correspondencia en un poema épico castellano de hacia 1200 y lo que un lector actual pudiera reputar claro anacronismo. De si hemos logrado nuestro propósito o nos hemos acercado a él juzgará el discreto lector.

ESQUEMA NARRATIVO DEL "CANTAR"

A fin de ofrecer al lector una perspectiva general de la obra, básicamente compuesta en dos núcleos narrati-

⁸ *Akten des I. Iberischen Germanistentreffens*, Ediciones Universidad de Salamanca, 1981, págs. 307-313.

vos diferentes —el poema de Sigfrido y la venganza de Krimilda—, hemos condensado, con referencia a los treinta y nueve cantos, los datos y episodios que mejor puedan ayudar a seguir el hilo de la narración. Tal resumen puede facilitar, en su caso, la búsqueda de un pasaje concreto. Pasamos por alto la polémica, nunca definitivamente zanjada, entre los investigadores que tratan de explicar la génesis del poema. Para disponer de datos recientes sobre el estado de la cuestión en los últimos decenios, remitimos al lector al "Estudio preliminar", de M^a Teresa Zurdo, que acompaña nuestra primera versión del *Cantar*, publicada en 1980 por Editorial Swan⁹.

Canto I. En Worms, a orillas del Rin, corte de Burgundia, vive Krimilda, la heroína del *Cantar*, rodeada de los honores que le depara su condición de hija y hermana de reyes. El mayor de sus hermanos, Gunter, es el rey burgundo por antonomasia hasta el final del poema. Los otros dos hermanos, Gernot y Giselher, así como la reina madre, Ute, y la propia Krimilda, comparten el título de reyes. Otros héroes del *Cantar* y palaciegos son presentados en estas primeras estrofas: Hagen de Trônege, leal, valiente y feroz; su hermano Dankwart, caballero mayor; Volker de Alzeie, muy desdibujado en la primera parte, y otras figuras menores.

Krimilda tiene un sueño en el que un halcón amaestrado por ella es despedazado por dos águilas. Al contárselo a su madre, ésta lo interpreta como un mal augurio. El autor, a partir de ahora, nos va a anticipar con frecuencia el desastre final.

Canto II. Rin abajo, cerca de la actual frontera de los Países Bajos, vive el joven Sigfrido en Xanten, como hijo del rey Sigmundo. Llega el momento de armarlo caballero y su padre organiza grandes fiestas.

⁹ *Cantar de los Nibelungos*, versión íntegra de la edición de Bartsch-De Boor, con prólogo, introducción y notas de Emilio Lorenzo y un estudio preliminar de M^a Teresa Zurdo, Madrid, Editorial Swan, 1980.

Canto III. Llegan a Sigfrido noticias de la hermosura y nobleza de Krimilda y decide tomarla por esposa. Parte para Worms con una pequeña hueste. Al llegar a su destino, Hagen cuenta antiguas proezas de Sigfrido en un país lejano (¿Noruega?) donde derrotó con su brazo a los hijos de Nibelungo, conquistó con la espada Balmung todo el país y se apoderó, tras luchar con el enano Alberico, del manto mágico de éste, a quien encomienda la custodia del fabuloso tesoro de los Nibelungos.

Sigfrido se presenta ante la corte y expone altanera-mente su deseo de ganarles en combate todas sus posesiones. La violencia del encuentro verbal da paso, al intervenir Gunter, a un trato más cordial gobernado por las normas cortesanas de la hospitalidad. Así pasa un año entero como huésped de los reyes burgundos, sin ver a Krimilda.

Canto IV. Dos reyes hermanos, Lúdeger de Sajonia y Lúdegast de Dinamarca, declaran la guerra a los burgundos. Las hazañas de Sigfrido deciden la campaña a favor de éstos. Krimilda se entera, por emisarios, del feliz resultado y de las proezas de sus hermanos y de Sigfrido.

Canto V. Grandes y brillantes fiestas van a ser ocasión de que Sigfrido sea presentado a Krimilda (estrofa 292). Los reyes derrotados reciben trato digno por parte de los vencedores. Dispuesto a regresar a su patria, Sigfrido es disuadido por Giselher.

Cantos VI, VII y VIII. Aparece un nuevo personaje: Brunilda, reina de un lejano país, allende los mares. Se cuenta de su hermosura y de su vigor físico sin par. Gunter decide arrostrar los riesgos de quienes aspiran a su amor y ganarla como esposa. Sigfrido promete ayuda si le concede la mano de Krimilda. Cuatro hombres —Gunter, Sigfrido, Hagen y Dankwart— van a emprender el viaje a Islandia: Sigfrido se presenta como vasallo de Gunter y, ayudado por el manto mágico, consigue que la forzada reina sea derrotada en las pruebas y que consienta en el matrimonio. Ante el desequilibrio de fuerzas, va a buscar Sigfrido refuerzos al país de los

nibelungos y vuelve con mil guerreros. Con éstos y dos mil más de Brunilda, aparte de numeroso séquito femenino, parten, después, de Islandia.

Canto IX. Sigfrido recibe el encargo de adelantarse en el regreso para anunciar el resultado y las fiestas que se han de celebrar con motivo de la boda de Gunter y Brunilda. Krimilda recibe al mensajero y toma parte en los preparativos de la recepción.

Canto X. Llegada de Brunilda a Worms, recibida por Ute y Krimilda. Sigfrido recuerda a Gunter (estrofa 608) su promesa de concederle la mano de su hermana. Aceptados mutuamente los esposos, Sigfrido toma asiento con Krimilda en la mesa de los reyes. Brunilda no se muestra dispuesta a tolerar que el presunto vasallo —Sigfrido— comparta los honores reales. Gunter intenta tranquilizarla, pero aplaza la explicación.

Casadas las dos parejas, Gunter no puede consumar el matrimonio por el despecho y la fuerza de Brunilda, quien lo deja colgado toda la noche en la cámara nupcial. Quejándose de ello a Sigfrido, éste se ofrece para facilitar las cosas con ayuda de su manto mágico. Vencida Brunilda por el brazo de Sigfrido, Gunter logra su propósito.

Canto XI. Sigfrido, acompañado de Krimilda, regresa a su reino. El rey Sigmundo le cede la corona y al cabo de diez años tiene Krimilda un hijo. El país de los nibelungos sigue rindiendo vasallaje a Sigfrido.

Canto XII. Brunilda no entiende por qué Sigfrido y Krimilda no le rinden vasallaje y sin pedir más explicación ruega a Gunter que los invite. Sigfrido, que se encuentra en tierra de nibelungos, acepta la invitación.

Parten para Worms Sigfrido y Krimilda con mil guerreros y les acompaña Sigmundo con otros cien.

Canto XIII. Se describe el viaje y la acogida de Sigfrido y su séquito en la corte burgunda, así como los torneos y ceremonias organizadas en honor de los visitantes.

Canto XIV. Krimilda lamenta ante Brunilda que las posesiones de Gunter no sean de Sigfrido, pues ha descubierto el papel de éste en la rendición de Brunilda.

Ésta le recuerda que siempre lo conoció como vasallo de Gunter. Krimilda replica entonces que fue Sigfrido quien venció su doncellez y lo prueba mostrando un cinturón y un anillo traídos por el héroe de la cámara nupcial.

Estalla el odio entre las reinas y Hagen decide vengar a la ultrajada Brunilda, su señora, matando a Sigfrido.

Canto XV. Simulando una inminente invasión de sajones y daneses, Hagen pide a Krimilda que le indique el sitio vulnerable de Sigfrido, donde la sangre del dragón legendario, por impedirlo una hoja de tilo, no cubrió su piel. Krimilda, para que Hagen pueda protegerlo en batalla, borda una cruz sobre la ropa del héroe, revelando así el punto débil.

Canto XVI. Durante una cacería y ante un manantial, Sigfrido, desarmado, es asesinado por la espalda. Hagen es el brazo ejecutor, pero Gunter es cómplice.

Cantos XVII y XVIII. El cadáver de Sigfrido es depositado ante la residencia de Krimilda. Sigmundo y ella lamentan su muerte con apropiadas muestras de dolor. Después del entierro, y tras intentar llevarla consigo al reino de Sigfrido, parte Sigmundo, y Krimilda queda con sus hermanos.

Canto XIX. Hagen no abandona la idea de apoderarse del tesoro de los nibelungos. Convince a Gunter de que intente la reconciliación y consiguen que Krimilda haga traer el tesoro a Worms. Van a buscarlo Gernot y Giselher. Luego, aprovechando la ausencia de los hermanos, Hagen se lo quita a Krimilda y lo arroja al Rin.

Canto XX. Comienza ahora la segunda parte. Han pasado trece años. Atila, rey de los hunos, acaba de enviudar en su reino lejano (¿Austria, Hungría?) cerca del Danubio. Sabiendo de Krimilda, sus amigos le aconsejan que la tome por esposa. El margrave Rúdeger, vasallo suyo, que conoce a los burgundos, se ofrece para la petición de mano. Llegado a Worms, vence la resistencia de la viuda, que acaba accediendo, pensando en vengar la muerte de Sigfrido (estrofa 1259).



Muerte de Sigfrido

Canto XXI. Describe el viaje de Krimilda con Rúdeger, su visita al obispo de Passau, Peregrin, hermano de Ute, que los acompaña; y su paso por las posesiones de Rúdeger, donde la margravina Gotlinda y su hija acogen a los viajeros.

Canto XXII. Atila sale al encuentro de Krimilda, acompañado de Teodorico de Verona, que vive en su corte como exiliado. Pasan por Viena, donde las fiestas de la boda duran diecisiete días y prosiguen el viaje hacia Etzelburg o "castillo de Atila".

Canto XXIII. Han pasado trece años y Krimilda ha tenido un hijo de Atila. Se aviva su deseo de venganza y convence al rey de que invite a sus hermanos, para hacerle olvidar su condición de extranjera. Atila manda a Worms a dos emisarios.

Canto XXIV. Los mensajeros llegan a Worms, donde los reyes se alegran de las noticias y aceptan la invitación, contra el consejo de Hagen. Cumplida la misión, regresan a la corte de Atila. Krimilda está satisfecha.

Cantos XXV y XXVI. Parten los reyes burgundos —ahora llamados nibelungos— acompañados de Hagen y más de diez mil hombres, a caballo y a pie. Después de serios obstáculos —el paso del Danubio, con augurios de su desastre, encuentro con Gelfrat— visitan Passau y son recibidos por Rúdeger.

Canto XXVII. La caballerosidad del margrave Rúdeger y la cortesía de su esposa e hija hacen de este canto un paréntesis apacible que algunos críticos llaman "el idilio de Bechelaren". Todo son palabras corteses, regalos espléndidos y gestos delicados. El joven Giselher y la hija de Rúdeger se prometen en matrimonio. Krimilda recibe noticia de que llegan sus hermanos.

Canto XXVIII. Salen al encuentro de los burgundos Teodorico y su hueste. El de Verona los pone en guardia sobre las intenciones de Krimilda. Atila reconoce a Hagen, cuyo padre había sido vasallo suyo.

Cantos XXIX, XXX y XXXI. Empiezan las provocaciones y primeras escaramuzas entre los hombres de Gunter y Atila. Misa y torneos, Volker mata a un caballe-

ro de los hunos. Con grandes promesas Krimilda se asegura la voluntad de Bloedelin, hermano de Atila, para acabar con Hagen.

Cantos XXXII al XXXVI. Bloedelin muere a manos de Dankwart. Hagen decapita al hijo de Atila y Krimilda. La lucha se generaliza. Los héroes van muriendo por orden inverso de su importancia. Gran matanza e incendio de la sala-refugio de los burgundos.

Canto XXXVII. Rúdeger ha tenido que luchar entre dos lealtades: la de sus señores, Atila y Krimilda, y la de sus huéspedes y ya parientes, los reyes burgundos. Opta por la primera y muere a la vez que Gernot.

Canto XXXVIII. Mueren los últimos guerreros de Teodorico, salvo Hildebrando, herido por Hagen. Mueren Volker y Giselher, éste a manos de Wolfhart, que cae al mismo tiempo.

Canto XXXIX. Quedan vivos los dos burgundos principales: Gunter y Hagen. Teodorico se apresta a intervenir y los vence y ata para entregarlos vivos a Krimilda; ésta promete respetar sus vidas, pero trata de saber dónde está el tesoro de los nibelungos. La última treta de Hagen impide que lo averigüe, pero ocasiona la muerte de Gunter y luego la del propio Hagen. Le queda a Hildebrando, para dejar limpio el comportamiento de los reyes supervivientes, Atila y Teodorico, la ingrata tarea de descabezar a la insaciable vengadora Krimilda.

Esta sucinta narración resume los episodios más sobresalientes del *Cantar* y destaca el papel de los principales personajes, para evitar que el lector se pierda en las excesivas reiteraciones y muletillas que, en aras de la fidelidad, hemos preferido mantener.

¡Qué duda cabe de que el relato hubiera sido más fluido si se hubieran sustituido las frases y períodos yuxtapuestos o simplemente coordinados por otros de relativo o de subordinación más coherente! Más de una vez hemos respetado una inversión violenta como muestra de la sintaxis original: "Qué quería de él su soberano es

lo que preguntó Hagen" (estrofa 83); "de que él fuese su amo, no dudó un solo momento" (estrofa 1006). Tampoco hemos suavizado las hipérboles: estrofas 92, 515, 764, 1054 (cien misas cantadas en el día antes del entierro de Sigfrido), 1122-1123 (tesoro), etc..., cifras que, al globalizar todo, contrastan con curiosas precisiones: "mil sesenta hombres" (estrofa 1507), "ochenta y seis dueñas" (estrofa 525), "mil cuatro guerreros" (estrofa 2077), etcétera.

ESTA EDICIÓN

No es misión propia del traductor hacer el análisis de las excelencias literarias de la obra traducida. Nuestro objetivo ha sido ofrecer una visión digna de una obra maestra cuyos méritos mayores están patentes sólo en el original. De las dificultades de tal tarea hemos dado cumplida cuenta en las páginas precedentes, justificatorias de las libertades —pocas— que nos hemos permitido, y de las deficiencias —muchas más— que no hemos sabido superar.

Para el lector más especializado, ofrecemos en la transcripción de Bartsch-De Boor cinco cantos completos del poema que pueden contribuir a un mayor acercamiento y comprensión del original medieval. Para un hispanohablante capaz de entender el alemán moderno, tal acercamiento no será tarea ardua y la recompensa —el goce de las estrofas primitivas— acaso le incite a adentrarse en la copiosa y variada poesía alemana medieval, épica o lírica, de la cual el *Cantar de los Nibelungos* es singular exponente.

NOTA DE LOS EDITORES

Por tratarse de una versión maestra, ya clásica, del *Cantar de los Nibelungos*, al incluirla en nuestra serie de Letras Universales nos hemos alejado un tanto de los esquemas habituales de nuestra colección. Creemos que el académico e ilustre profesor Emilio Lorenzo, por su personalidad y talla en el campo de la Filología, la Literatura y la Lingüística, es merecedor de ciertas libertades que los editores solemos cercenar con nuestros encasillamientos profesionales.

BIBLIOGRAFÍA

- BERTAÜ, K., *Deutsche Literatur im europäischen Mittelalter*, 2 vols., München, 1972-73.
- BEUTIN, Wolfgang, et. al., *Historia de la Literatura alemana*, Madrid, Cátedra, 1991, págs. 39-41.
- BOOR, Helmut de, "Die höfische Literatur. Vorbereitung, Blüte, Ausklang", en *Geschichte der deutschen Literatur, von den Anfängen bis zur Gegenwart*, vol. II, 1966, págs. 156-170.
- CORMEAU, Christoph, *Die deutsche Literatur des Mittelalters*, Verfasserlexikon, 1981.
- EHRISMANN, Gustav, *Geschichte der deutschen Literatur bis zum Ausgang des Mittelalters*, 1959, págs. 123-143.
- JACKSON, W. T. H., *Die Literaturen des Mittelalters*, Heidelberg, Carl Winter Universitätsverlag, 1967.
- ROETZER, Hans Gerd y SIGUAN, Marisa, *Historia de la Literatura Alemana*, vol. I, Barcelona, Ariel, 1990, págs. 25-29.
- SCHNEIDER, Hermann, *Heldendichtung, Geistlichendichtung, Ritterdichtung*, 1943, págs. 373-382.
- SCHWIETERING, Julius, *Die deutsche Dichtung des Mittelalters*, 1957, págs. 195-209.
- WAPNEWSKI, P., *Deutsche Literatur des Mittelalters*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1960.
- WEHRLI, M., *Literatur im deutschen Mittelalter. Eine poetologische Einführung*, Stuttgart, 1984.

Estudios sobre el Cantar de los Nibelungos

- BARTSCH, K., *Der Nibelunge Nôt*, I, Hildesheim, 1966.
- BRACKERT, H., *Beiträge zur Handschriftenkritik des Nibelungenliedes*, Berlín, Walter de Gruyter, 1963.
- DÜRRENMATT, Nelly, *Das Nibelungenlied im Kreis der höfischen Dichtung*, Berna, 1945.

- FALK, Walter, *Das Nibelungenlied in seiner Epoche*, Heidelberg, Carl Winter Universitätsverlag, 1974.
- HEUSLER, A., *Nibelungensage und Nibelungenlied. Die Stoffgeschichte des deutschen Heldenepos*, Dortmund, Verlagsbuchhandlung Fr. Wilh. Ruhfus, 1965.
- HOFFMANN, Werner, *Das Nibelungenlied*, 6ª ed., Stuttgart, Metzler, 1992.
- KROGMANN, W., "Der Dichter des Nibelungenliedes", *Philologische Studien und Quellen*, 12, Berlín, 1962.
- y PRETZEL, U., *Bibliographie zum "Nibelungenlied"*, Berlín.
- NAGEL, B., *Das Nibelungenlied. Stoff, Form, Ethos*, Francfort, Hirschgraben Verlag, 1965.
- NEUMANN, Friedrich, *Das Nibelungenlied in seiner Zeit*, Göttinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1967.
- Nibelungenlied, Das*, edición bilingüe, Helmut de Boor (ed.), nota a la tercera edición de Horst Weber, Leipzig, Dietrich'sche Verlagsbuchhandlung, 1959.
- Nibelungenlied, Das*, edición crítica de U. Pretzel, Stuttgart, 1973.
- PANZER, Fr., *"Das Nibelungenlied". Entstehung und Gestalt*, Stuttgart, 1955.
- *Studien zum Nibelungenliede*, Francfort, 1945.
- WEBER, G., *Nibelungenlied*, Stuttgart, Metzler, 1968.

Ediciones en español

- Cantar de los Nibelungos*, Madrid, Swan, 1980.
- Cantar de los Nibelungos*, Madrid, Visor, 1983.
- Cantar de los Nibelungos*, Barcelona, Lumen, 1984.
- Cantar de los Nibelungos*, Barcelona, Teorema, 1984.

CANTAR DE LOS NIBELUNGOS

I. ÂVENTIURE

- 1 Uns ist in alten mæren wunders vil geseit
von helden lobebæren, von grôzer arebeit,
von frôuden, hôchgezîten, von weinen und von klagen,
von küener recken strîten muget ir nu wunder hoeren sagen.
- 2 Ez wuohs in Bûrgônden ein vil edel magedîn,
daz in allen landen niht schoeners mohte sîn,
Kriemhilt geheizen: si wart ein scoene wîp.
dar umbe muosen degene vil verlîesên den lîp.
- 3 Der minneclîchen meide triuten wol gezam.
ir muoten küene recken, niemen was ir gram.
âne mâzen schoene sô was ir edel lîp.
der juncvrouwen tugende zierten ândêriu wîp.
- 4 Ir pflâgen drîe kûnege edel unde rîch,
Gunther unde Gêrnôt, di recken lobelîch,
und Gîselher der junge, ein ûz erwelter degen.
diu frouwe was ir swester, di fûrsten hetens in ir pflegen.
- 5 Die herren wâren milte, von arde hôh erborn,
mit kraft unmâzen küene, di recken ûz erkorn.
dâ zen Bûrgônden sô was ir lant genant.
si frumten starkiu wunder sît in Êtzêlen lant.

CANTO I

La corte de Worms

- 1 Muchas maravillas nos cuentan las gestas de antaño. Nos
hablan de héroes dignos de elogio, de grandes penalidades,
de alegrías y festejos, de llantos y lamentos, de peleas de
valientes caballeros. Ahora vais a oírlas.
- 2 Vivía en Burgundia una doncella muy noble, tanto, que en
toda la tierra nada más bello podía hallarse. Se llamaba Kri-
milda y era una hermosa mujer. Por ella muchos héroes
tuvieron que perder la vida¹.
- 3 Era natural que esta gentil doncella despertara el amor.
Esforzados caballeros la cortejaban, nadie le era hostil. Her-
mosa sin medida, así era su figura. Sus cualidades eran un
adorno para las demás mujeres.
- 4 Tres príncipes, nobles y poderosos, la tenían a su custo-
dia². Eran ellos Gunter y Gernot, caballeros magníficos, y
el joven Giselher, campeador preclaro. Krimilda era su
hermana y los tres cuidaban de ella.
- 5 Los tres eran magnánimos y de alto linaje. Guerreros de
pro, eran fuertes y de desmedido valor. Burgundia se llama-
ba su tierra. Luego, en tierras de Atila realizarían grandes
proezas.

¹ Ésta es la primera de las innumerables veces, casi siempre al final de la estrofa, en que el autor anticipa el trágico final del cantar o alguno de los sucesos cantados más adelante.

² *Príncipes o reyes* se aplica indistintamente a los dos hermanos menores del rey Gunter. Al no haber término para designar como *princesa* a su hermana Krimilda, ésta recibe, como su madre Ute, el nombre de *reina*.

- 6 Ze Wormez bî dem Rîne si wonten mit ir kraft.
in diente von ir landen vil stolziu ritterschaft
mit lobelichen êren unz an ir endes zît.
si stûrben sît jâmerliche von zweier edelen frouwen nît.
- 7 Ein rîchiu kûneginne, frou Uote ir muoter hiez.
ir vater der hiez Dancrât, der in diu erbe liez
sît nâch sîme lebene, ein ellens rîcher man,
der ouch in sîner jugende grôzer êren vil gewan.
- 8 Die drîe kûnege wâren, als ich gesaget hân,
von vil hôhem ellen. in wâren undertân
ouch di besten recken, von den man hât gesaget,
stârc ûnd vil kûene, in scarpfen strîten unverzaget.
- 9 Daz was von Tronege Hagene und ouch der bruoder sîn,
Dancwart der vil snelle, von Metzen Ortwin,
di zwêne marcgrâven Gêre und Ekkewart,
Volkêr und Alzeye, mit ganzem ellen wol bewart.
- 10 Rûmolt der kûchenmeister, ein ûz erwelter degin,
Sindolt und Hûnolt, dise hêrren muosen pflegen
des hoves unt der êren, der drîer kûnege man.
si heten noch manegen recken, des ich genennen niene kan.
- 11 Dancwart der was marscalk, dô was der neve sîn
trûhsæze des kûneges, von Metzen Ortwin.
Sindolt der was scenke, ein ûz erwelter degin.
Hûnolt was kâmerære. si kunden hôher êren pflegen.
- 12 Von des hoves krefte und von ir wîten kraft,
von ir vil hôhen werdekeit und von ir ritterschaft,
der di herren pfâgen mit vrôuden al ir leben,
des enkunde iu ze wâre niemen gar ein ende geben.
- 13 In disen hôhen êren trôumte Kriemhîldê,
wie si zûge einen valken, stârc scœn' und wîldê,

- 6 En Worms, a orillas del Rin, residían con su corte. Altivos caballeros del reino les habían prestado servicio, con grandes honores hasta la hora de la muerte, que encontrarían después, lastimera, a causa del odio de dos reinas.
- 7 La madre de ellos, una poderosa reina, se llamaba Ute; su padre, Dankrat. Éste, hombre de gran valentía, que había ganado también en su mocedad gran fama, les dejó al morir sus bienes.
- 8 Los tres reyes eran, como ya he dicho, de singular valor. Les rendían vasallaje los mejores caballeros conocidos, recios y osados, impávidos en el rudo batallar.
- 9 Primero estaba Hagen de Trônege con su hermano Dankwart, el animoso. Luego, Ortwin de Metz y los dos margraves Gere y Eckewart. Y también Volker de Alzeye, guerrero bien cumplido.
- 10 Además estaba Rumolt, el maestre de la cocina, guerrero singular, y Sindolt y Hunolt, encargados de mantener el señorío de la corte. Ellos eran vasallos de los tres reyes. Además, había otros muchos caballeros cuyo nombre no recuerdo.
- 11 Dankwart era el caballero mayor³, luego estaba su primo⁴ Ortwin de Metz como trinchante. Sindolt, guerrero esforzado, era escanciadore. Hunolt era camarero mayor⁵. Todos cumplían su menester con gran celo.
- 12 Dar cuenta de la importancia de la corte, de su poderío, de sus altos merecimientos y de las virtudes caballerescas que cultivaban los señores toda su vida con abierta alegría, sería interminable.
- 13 Rodeada de este esplendor soñó Krimilda, una vez, que había amestrado un halcón, animal hermoso y salvaje, y

³ *Condestable* y *mariscal* originariamente significaban eso. El cargo supone mando sobre toda la servidumbre y, en los viajes, sobre la Intendencia.

⁴ *Primo* en sentido general de parentesco indeterminado.

⁵ El *kameraere* (camarero mayor) tenía a su cargo el tesoro y las provisiones.

den ir zwêne arn erkrummen. daz si daz muoste sehen:
ir enkünde in dirre werlde leider nimmér gescehen.

- 14 Den troum si dô sagete ir muoter Uotên.
sine kûndes niht besceiden baz der gûotên:
«der valke den du ziuhest, daz ist ein edel man.
in welle got behüeten, du muost in sciene vloren hân.»
- 15 «Waz saget ir mir von manne, viel liebiu muoter mîn?
âne recken minne sô wil ich immer sîn.
sus scæn' ich wil belîben unz an mînen tût,
daz ich von mannes minne sol gewinnen nimmer nôt.»
- 16 «Nu versprîch ez niht ze sêre», sprach aber ir muoter dô.
«soltu immer herzenliche zer werlde werden vrô,
daz gesçiht von mannes minne. du wirst ein scœne wîp,
ob dir noch got gefüegēt eins rehte guoten ritters lîp.»
- 17 «Die rede lât belîben», sprach si, «frouwe mîn.
ez ist an manegen wîben vil dicke worden scîn
wie liebē mit leide ze jungest lônē kan.
ich sol si mîden beide, sone kân mir nimmer missegân.»
- 18 Kriemhilt in ir muote sich minne gar bewac.
sît lebte diu vil guote vil manegen lieben tac,
daz sine wesse niemen den minnen wolde ir lîp.
sît wart si mit êren eins vil kûenen recken wîp.
- 19 Der was der selbe valke, den si in ir troume sach,
den ir besçiet ir muoter. wi sêre si daz rach
an ir nâhsten mâgen, die in sluogen sint!
durch sîn eines sterben starp vil maneger muoter kint.

hubo de ver cómo dos águilas se lo despedazaban. Pensó
entonces que nada le causaría tanto dolor en este mundo.

- 14 Este sueño se lo contó a su madre Ute, que no supo dar
mejor razón a la tierna doncella que ésta: «Ese halcón que
amaestrabas es un noble caballero; si Dios no lo protege,
será inevitable que lo pierdas pronto.»
- 15 «¿Qué me decís de un hombre?, querida madre mía. Sin amor
de caballero, así quiero permanecer siempre y seguir tan
hermosa hasta mi muerte, pues no estoy dispuesta a sufrir
por causa del amor de un hombre.»
- 16 «No lo asegures demasiado», replicó entonces la madre. «Si
alguna vez tu corazón conoce la dicha en este mundo, ello
será por el amor de un hombre. Tú llegarás a ser una bella
esposa si Dios te concede como marido un buen caballero»⁶.
- 17 «No sigáis hablando así, señora mía», habló la doncella.
«A muchas mujeres les ha ocurrido a menudo que el amor lo
hayan tenido que pagar al final con dolor. Yo voy a evitar
ambos, para que así no me suceda nunca una desgracia.»
- 18 De este modo Krimilda quería en su fuero interno desterrar
el amor. Luego había de vivir la muy gentil muchos días de
dicha, sin conocer a nadie que aspirara a él. Pero más ade-
lante llegó a ser esposa de un esforzado caballero.
- 19 Era éste el mismo halcón que la princesa vio en el sueño
que su madre hubo de interpretar. ¡Cuán terrible venganza
tomó ella en sus parientes, que después le habían de matar!
Por la muerte de este héroe tuvieron que morir los hijos de
muchas madres.

amap

⁶ Aunque, en general, el uso de *tú* y *vos* corresponden a un mayor grado de familiaridad o de respeto, las fluctuaciones en el empleo de uno u otro tratamiento son, como se verá a lo largo del *Canterbury Tales*, frecuentemente caprichosas. Por ello, cuando *vuestro* (de *vos* y *vosotros*) es ambiguo, hemos recurrido al posesivo de *tú*.

2. ÂVENTIURE

Von Sîfride

- 20 Dô wuohs in Niderlanden eins edelen kûneges kint,
des vater der hiez Sigemunt, sîn muoter Sigelint,
in einer rîchen bûrge, wîten wol bekant,
nidene bî dem Rîne: diu was ze Sântén genant.
- 21 Sîvrit was geheizen der snelle degen guot.
er versúochte vil der rîche durch eilenthafte muot.
durch sînes lîbes sterke er reit in menegiu lant.
hey waz er sneller degene sît zen Bûrgónden vant!
- 22 In sînen besten zîten, bî sînen jungen tagen,
man mohte michel wunder von Sîvride sagen,
waz êren an im wûehse und wi scêne was sîn lîp.
sît heten in ze minne diu vil wætîlîchen wîp.
- 23 Man zôch in mit dem vlîze als im daz wol gezam.
von sîn selbes muote waz tûgende er ân sich nam!
des wurden sît gezieret sînes vater lant,
daz man in ze allen dîngen sô rehte hêrlîchen vant.
- 24 Er was nu sô gewahsen daz er ze hove reit.
die liute in sâhen gerne manec frôuwe und manec meit
im wunschten daz sîn wille in immer trûege dar.
holt wurden im genuoge, des wart der herre wol gewar.
- 25 Vil selten âne huote man rîten lie daz kint.
in hiez mit kleidern zieren Sigmunt und Siglint.
sîn pflâgen ouch die wîsen, den êre was bekant.
des moht er wol gewinnen beide liute unde lant.

CANTO II

Sigfrido

- 20 Vivía en los Países Bajos el hijo de un noble rey. El nombre
del padre era Sigmundo y el de la madre Siglinda. Allí abajo,
a orillas del Rín, tenían su magnífica residencia, castillo muy
famoso llamado Xanten.
- 21 El mozo se llamaba Sigfrido, guerrero valiente y cabal. Él
probó su hombría en muchos reinos y para demostrar su
vigor cabalgó en más de un país. ¡Ay, cuántos bravos caba-
lleros halló después en tierra de burgundos!
- 22 Muchas maravillas podrían contarse de la mejor época de
Sigfrido, de su mocedad, de cómo fue creciendo en gallar-
día y en nobleza. Muchas bellas mujeres se prendaron de él
después.
- 23 Fue educado con esmero, como convenía a su estado. Pero
¡cuántas de sus virtudes le venían de dentro! Años después
fue ornamento para su patria la fama alcanzada al descollar
en todas las cosas.
- 24 Por fin llegó el momento de presentarse en la corte. De
buen grado lo contemplaban las gentes. Muchas señoras y
doncellas deseaban que su voluntad le llevara siempre hacia
ellas. No pocas sintieron afecto hacia él y de ello se dio
buena cuenta el joven caballero.
- 25 Muy rara vez dejaban cabalgar sin custodia al mozo. Sigmun-
do y Siglinda mandaron vestirle con hermosas galas y de él
cuidaban también hombres entendidos en los usos cortesa-
nos. De esta manera pudo ganar el afecto de su pueblo.

- 26 Nu was er in der sterke daz er wol wâfen truoc.
swes er dar zuo bedorfte, des lag an im genuoc.
er begündē mit sinnen werben scoeniu wîp,
di trûten wol mit êren des kûenen Sîvrîdes lîp.
- 27 Dô hiez sîn vater Sigmunt künden sînen man,
er wolde hōhgezîte mit lieben vriwenden hân.
diu mære man dô fuorte in ander kûnege lant.
den vremen und den kunden gab er ross und guot gewant.
- 28 Swâ man vant deheinen der riter solde sîn
von art der sînen mâge, diu edeln kindelîn
diu ladet' man zuo dem lande durh die hōhgezît.
mit dem jungen kûnege swert genâmen si sît.
- 29 Von der hōhgezîte man mōhte wunder sagen.
Sigmunt unde Siglint die mohten wol bejagen
mit guote michel êre; des teilte vil ir hant.
des sach man vil der vremen zuo z'in rîten in daz lant.
- 30 Vier hundert swertdegene die solden tragen kleit
mit sâmt Sîvrîde vil manec scoeniu mit
von werke was unmüezec, wan si im wâren holt.
vil der edelen steine die frouwen leiten in daz golt,
- 31 Die si mit porten wolten wurken ûf ir wât
den jungen stolzen recken: des newas niht rât.
der wirt der hiez dô sidelen vil manegen kûenen man,
ze einen sunewenden, dâ sîn sûn wol ritters namen gewan.
- 32 Dô gie ze einem münster vil manec rîcher kneht
und manec edel ritter. die wîsen heten reht
daz si den tumben dienten, als in was ê getân.
si heten kurzwîle und ouch vil maneger vreuden wân.

- 26 Y así llegó a alcanzar la fortaleza que le permitía llevar armas. De lo que necesitaba para armarse caballero tenía de sobra. Entonces comenzó a buscar con prudencia el amor de las hermosas. Amar a tan valeroso caballero hubiera sido un honor para ellas.
- 27 A la sazón el rey Sigmundo hizo saber a sus vasallos que iba a celebrar fiestas con sus amigos queridos. La nueva fue llevada también a otras tierras. A propios y extraños regaló caballos y bellas vestiduras.
- 28 Dondequiera que se encontró algún doncel en edad de calzar espuelas y del mismo linaje que su hijo, se le invitó al festejo, y juntamente con Sigfrido, estos nobles jóvenes fueron luego armados caballeros⁷.
- 29 De las fiestas podrían contarse maravillas. Sigmundo y Siglinda pudieron alcanzar por su liberalidad gran gloria, pues prodigaron los regalos. Por eso se vio llegar al país gran número de caballeros forasteros.
- 30 Cuatrocientos donceles iban a velar las armas a la vez que Sigfrido. Muchas lindas doncellas se afanaron, tal era su afecto al paladín, en preparar atavíos e incrustar piedras preciosas sobre el oro recamado.
- 31 Y luego cosieron con orifrés las galas de los gallardos donceles: no podía ser de otra manera. El rey mandó preparar posada para muchos bravos varones. Empezaba el verano cuando Sigfrido calzó las espuelas de caballero.
- 32 Camino de la iglesia se vio avanzar a mucho linajudo escudero y mucho noble caballero. Como era de esperar, los veteranos servían a los bisoños, tal cual antes habían hecho con ellos. En esto tuvieron gran contento y además la esperanza de muchas otras diversiones.

⁷ El verbo español *adobar* (< fr. *adouber*), usado en la épica medieval, se explica a partir del germánico * *dubban* y todavía significaba 'tomar las armas'. Por razones obvias lo hemos descartado. También el inglés *to dub* (procedente igualmente del francés) significaba en la Edad Media 'armar caballero'.

- 33 Got man dô zen êren eine messe sanc.
dô huop sih von den liuten vil michel der gedranc,
dâ si ze riter wurden nâh riterlicher ê
mit alsô grôzen êren, daz wætlich immer mêr ergê.
- 34 Si liefen dâ si funden gesatelt manec marc.
in hove Sigmundes der bûhurt wart sô starc,
daz man erdiezen hôte palas unde sal.
die hôhgemuoten degene die heten groezlichen scal.
- 35 Von wîsen und von tumben man hôte manegen stôz,
daz der scefte brechen gein den lûften dôz.
trunzûne sach man vliegen für den palas dan
von maneges recken hende: daz wart mit vlîzé getân.
- 36 Der wirt der bat ez lâzen, dô zôch mân diu marc.
man sach ouch dâ zebrochen vil manege buckel starc,
vil der edelen steine geveller ûf daz gras
ab liehten schildes spangen, von hurten daz gescehen was.
- 37 Dô giengen 's wirtes geste dâ man in sitzen riet.
vil der edelen spîse si von ir müede sciet
unt wîn der aller beste, des man in vil getruoc.
den vremen und den kunden bôt man êren dâ genuoc.
- 38 Swie vil si kûrzwîle pflâgen al den tac,
vil der varender diete ruowe sich bewac.
si dienten nâch der gâbe die man dâ rîche vant.
des wart mit lobe gezieret allez Sigmundes lant.

- 33 Para honra de Dios se cantó luego una misa. Entonces la muchedumbre, en tropel, acudió a ver cómo eran armados caballeros según uso de la caballería. Difícil es que se vuelva a ver ceremonia tan fastuosa.
- 34 Luego corrieron a un lugar donde estaban ensillados muchos caballos. En la corte de Sigmundo los golpes de las lanzas eran tan fuertes que se oían retumbar el castillo y las salas. Los ufanos caballeros estaban armando un gran estrépito.
- 35 Veteranos y bisoños descargaban frecuentes golpes, tales que el crujido de las lanzas quebradas llenaba los aires y las astillas salían volando hasta delante del castillo, disparadas por la fuerza de tantos caballeros.
- 36 Pero el rey los mandó detenerse y se llevaron los corceles. Entonces se vieron, tendidos por tierra, muchos y fuertes broqueles⁸ y gran número de piedras preciosas⁹ desparradas en la hierba y desprendidas de las lustrosas guarniciones de los escudos. Causa de ello habían sido los tremendos golpes.
- 37 Entonces se encaminaron los convidados al lugar que les habían destinado para sentarse. Ricos manjares y vinos de la mejor calidad servidos en abundancia les hicieron olvidar su cansancio. Familiares y forasteros fueron aquí objeto de grandes honores.
- 38 Aunque así pasó todo el día, en juegos y diversiones, había además muchos juglares que no se daban descanso. En busca de dádivas, que aquí fueron copiosas, ofrecían sus servicios y así todo el país de Sigmundo fue ensalzado con las alabanzas que le prodigaron.

⁸ Hemos traducido *broquel* aprovechando su significado de «escudo» y su común origen con la voz del texto *buckel* < Lat. *buccula* «bloca, mascarón del escudo»; las voces *bloca*, *broca*, *brocal*, usadas en español medieval en este sentido (véase *Cantar del Mío Cid*, II, s. v. *escudo*), ya no figuran en el *DRAE*.

⁹ Llamadas *carbonclas* «carbunclos o rubíes» cuando adornaban el yelmo. Cfr. Menéndez Pidal, *op. cit.*, s. v. *carboncla*.

- 39 Der herre der hiez lîhen Sîvrit den jungen man
lânt ûnde bûrge, als er het ê getân.
sînen swertgenôzen den gap dô vil sîn hant.
dô lîebt' in diu reise, daz si kômen in daz lant.
- 40 Diu hôhgezît werte unz an den sibenden tac.
Siglint diu rîche nâch alten siten pflac
durch ir sunes liebe teilen rôtez golt.
si kundez wol gedienen daz im die liute wâren holt.
- 41 Vil lûtzal man der varnder ârmên dâ vant.
rôss ûnde kleider daz stoub in von der hant,
sam si ze lebene hêten niht mêr deheinen tac.
ich wæn' ie ingesinde sô grôzer mîlté gepflac.
- 42 Mit lobelîchen êren sciet sich diu hôhgezît.
von den rîchen herren hôrte man wol sît
daz si den jungen wolden ze eime herren hân.
des engêrte niht her Sîvrit, der vil wêrlîche man.
- 43 Sît daz noch beide lebten, Sîgmunt und Siglint,
niht wolde tragen krône ir beider liebez kint,
doch wold'er wesen herre fûr allen den gewalt
des in den landen vorhte der degên kûen' ûnde balt.

- 39 El rey mandó a Sigfrido, el joven paladín, que repartiera, en feudo, tierras y ciudades, como él había hecho en su tiempo. La mano del joven trató con largueza a los nuevos caballeros armados con él. Entonces bendijeron el viaje que les trajo a estas tierras.
- 40 Las fiestas duraron hasta el séptimo día. La noble Siglinda, según uso antiguo y en honor de su hijo, estuvo repartiendo oro rojo¹⁰. Y así supo conquistar para él el afecto del pueblo.
- 41 Muy pocos juglares pobres podían encontrarse¹¹. Caballos y vestidos habían sido derrochados por la mano de los reyes, como si ya no tuvieran que vivir un día más. No creo que jamás corte alguna haya sido tan generosa.
- 42 Con suntuosas ceremonias se disolvió la fiesta. A los poderosos señores se les oyó decir después que querían tener de rey al joven héroe. Pero no aspiraba a esto Sigfrido, el apuesto paladín.
- 43 Como siguieron viviendo sus padres, Sigmundo y Siglinda, no deseaba ceñir corona su hijo amado. Pero sí quería el bravo e intrépido caballero dominar y reprimir cuantas violencias se temieran en el país.

¹⁰ Aunque *Gold* «oro» tiene parentesco etimológico con *gelb* «amarillo», el rojo se asocia frecuentemente con el oro en alemán, y en este *Cantar* constantemente.

¹¹ Como se ha visto ya, y se seguirá viendo a lo largo del *Cantar*, una de las virtudes más ensalzadas en los señores es la generosidad. De ella se benefician ellos entre sí, pero indirectamente cuantos les prestan algún servicio: juglares, portadores de buenas (a veces malas) noticias, y servidumbre cortesana y menesterosos.

CANTO III

De cómo Sigfrido fue a Worms

- 44 Jamás habían aquejado al joven héroe cuitas amorosas, cuando oyó contar que en Burgundia vivía una hermosa doncella digna de todo amor. De ella hubo luego de recibir muchas alegrías, pero también sufrir gran infortunio.
- 45 Su belleza sin par era famosa por doquier y la apuesta elegancia de esta doncella era admirada por muchos caballeros. Esta fama atraía multitud de forasteros al país de Gunter.
- 46 Pero aunque fuera grande el número de sus pretendientes, nunca estimó Krimilda en lo más íntimo de su ser que hubiera alguno de ellos a quien pudiera entregar su amor. Aquel a quien iba a rendir su corazón le era todavía desconocido.
- 47 Fue por entonces cuando el joven Sigfrido sintió las ansias de un noble amor. A su lado ninguno de los otros pretendientes significaba nada. Bien merecía el amor de las bellas damas. Y así ocurrió que después la noble Krimilda llegó a ser esposa del valeroso Sigfrido.
- 48 Sus parientes y muchos de sus vasallos le aconsejaron que, puesto que aspiraba a un amor constante, buscara mujer de condición igual a la suya. A esto dijo el valiente Sigfrido: «Entonces tomaré por esposa a Krimilda,
- 49 la hermosa doncella de Burgundia, por su singular belleza. Yo puedo afirmar que jamás hubo emperador alguno tan poderoso, que, deseando desposarse, no hubiese tenido por digna de su amor una reina tan noble como ella.»

- 50 Esta nueva llegó a oídos de Sigmundo; las gentes de su séquito hablaron de ello y así se enteró de la intención de su hijo. Mucho le pesó que él pretendiera doncella tan encumbrada.
- 51 La noticia alcanzó también a Siglinda, la esposa del noble rey. Ella sintió gran inquietud por la suerte de su hijo, pues bien conocía a Gunter y sus vasallos. Entonces le hicieron ver al héroe los riesgos de su proyecto.
- 52 Aquí habló el intrépido Sigfrido: «Antes quisiera yo, querido padre, quedarme sin el amor de las nobles damas que renunciar a la que mi corazón ha preferido. Dígase lo que se quiera, de esto no me va a disuadir nadie.»
- 53 «Pues si tú no quieres cambiar de opinión», habló entonces el rey, «yo ciertamente aceptaré con gusto tu decisión y te ayudaré lo mejor que pueda a realizar tu deseo. Pero el rey Gunter tiene muchos arrogantes caballeros.
- 54 Aunque no hubiera otro más que el valeroso Hagen, éste es capaz de hacer espléndidamente tales hazañas caballerescas, que yo temo mucho que nos haya de pesar el aspirar a doncella de tan alto linaje.»
- 55 Habló entonces Sigfrido: «¿Y qué es lo que eso nos puede impedir? Lo que yo no consiga amistosamente de ellos lo logrará sin más mi brazo por la fuerza. Creo que puedo obligarles a cederme la gente y la tierra.»
- 56 Ahora dijo el rey Sigmundo: «Tus palabras me causan dolor. Si se enteran de ellas en el país renano¹², jamás podrías presentarte allí. Hace mucho que conozco a Gunter y Gernot.
- 57 Por la fuerza nadie puede conquistar a esa doncella», continuó el rey Sigmundo, «eso lo sé bien. Pero si tú quieres diri-

¹² Es decir, Rin arriba, en Worms, corte burgunda. De hecho, Xanten (en el *Cantar Santen* < Sanctos) también está situada a orillas del Rin inferior, cerca de los actuales Países Bajos, por lo que Sigfrido y sus gentes se mencionan a menudo en el *Cantar* como «de los Países Bajos».

girme a Worms con una hueste de guerreros, habrá que convocar pronto a los amigos que tengamos».

- 58 «No es mi intención», replicó Sigfrido, «que me acompañe a Worms una hueste de guerreros. Ni es por las armas—eso me pesaría mucho— como yo quiero conquistar a la muy noble doncella.
- 59 Con sólo mi brazo y sin más lo he de conseguir. Con once compañeros cabalgaré hacia el reino de Gunter. Para ello os pido ayuda, padre mío». Entonces les dieron a sus compañeros paños y pieles para vestidos.
- 60 De esto supo luego su madre Siglinda, que empezó a acongojarse por su querido hijo: temía perderlo a manos de los guerreros de Gunter. La noble reina se echó a llorar amargamente.
- 61 Acudió a verla el noble Sigfrido y en su presencia dijo gentilmente: «Señora, no lloréis por causa mía. Yo me enfrentaré sin miedo, no lo dudéis, con toda clase de guerreros.
- 62 Ayudadme a hacer el viaje al país de los burgundos, y preparad a mis hombres y a mí tales vestidos que puedan llevarlos con todo honor tan arrogantes caballeros. Por ello os quiero dar sinceramente las gracias.»
- 63 «Ya que persistes en tu deseo», habló entonces doña Siglinda, «te ayudaré a hacer el viaje, hijo único mío, con las mejores galas que jamás vistiera caballero, a ti y a tus compañeros. Llevaréis suficientes».
- 64 Con una inclinación de cabeza se lo agradeció a la reina el joven Sigfrido diciendo: «Yo no requiero para el viaje más que vestiduras para doce caballeros que deben prepararse; me agradaría ver cómo es el mundo en que vive Krimilda.»
- 65 Bellas damas se afanaron día y noche, sin descansar apenas ninguna, hasta acabar las ropas de Sigfrido. Éste no quería de manera alguna renunciar a su viaje.

66 Su padre mandó que lo engalanaran con el atuendo guerrero con que Sigfrido pensaba salir de su patria. Las brillantes armaduras de todos quedaron listas y lo mismo los duros yelmos y los bellos y bien cumplidos escudos.

67 Y así se acercó el día de la partida para Burgundia. Hombres y mujeres empezaron a preocuparse de si volverían jamás a su tierra. Los héroes se hicieron cargar entonces sobre bestias las armas y los ropajes.

68 Hermosos eran sus caballos, con las sillas revestidas de oro rojo. No habría en el mundo quien pudiera superar en esplendor a Sigfrido y los suyos. Entonces pidió permiso para el viaje a Burgundia.

69 Tristes se lo concedieron el rey y su esposa, pero él los consoló a ambos con palabras de afecto, diciendo: «No lloréis por mi causa. Quedad libres de cuidados por mi vida.»

70 Afligidos quedaban los guerreros: muchas doncellas lloraban. Creo que su corazón les había anticipado bien que muchos de sus amigos iban a perecer a causa de este viaje.

71 En la séptima jornada, por la mañana, llegaron a las orillas del Rin los muy valientes. Todas las armaduras eran de oro rojo: los arneses de gran riqueza; los caballos de la mesnada de Sigfrido cabalgaban en ordenado paso.

72 Nuevos eran los escudos, grandes y brillantes, y muy hermosos los yelmos. Así es como entraba a caballo en la corte del rey Gunter el intrépido Sigfrido. Jamás se había visto en un caballero atuendo tan suntuoso.

73 Las puntas de sus espadas caían hasta las espuelas: afilados venablos llevaban los aventajados guerreros. El que llevaba Sigfrido bien tenía dos palmos de anchura¹³ y los dos bordes estaban terriblemente afilados.

¹³ *geren*. Entiéndase venablo en el sentido de lanza corta que registra la Academia; puede también interpretarse, dentro de la hipérbole, como una espada arrojadiza.

- 74 En la mano llevaban riendas guarnecidas de oro; los petrales eran de seda. De esta guisa llegaron al reino burgundo. Por todas partes el pueblo los contemplaba atónito. Entonces salieron a su encuentro los hombres de Gunter.
- 75 Estos arrogantes guerreros, caballeros y escuderos, salieron al encuentro de los visitantes, como era de rigor, y los acogieron en el país de su señor, tomándoles las cabalgaduras por la mano a la par que los escudos.
- 76 Luego se aprestaron a conducir los caballos a sus establos. Sigfrido, el muy audaz, ¡qué atrevido habló entonces! «Dejadnos las monturas a mí y a mis vasallos, pues queremos partir pronto de aquí; ésa es mi firme intención.
- 77 Quien sepa dónde puedo encontrar al rey Gunter, el muy poderoso rey de los burgundos, que no lo calle y me lo diga.» Uno de los presentes que estaba bien enterado, se lo dijo:
- 78 «Si queréis hablar al rey, eso tiene fácil arreglo; en esa gran sala, junto a sus señores, lo he visto yo. Ahí es donde debéis ir y encontraréis a su lado muchos notables vasallos.»
- 79 Entretanto, le habían llevado al rey la noticia de que habían llegado caballeros muy arrogantes portadores de radiantes corazas y magníficas armaduras, a quienes nadie conocía en tierra burgunda.
- 80 Asombrado se preguntaba el rey de dónde podría venir el brillante cortejo de atuendo esplendoroso, con tan buenos escudos, tan nuevos y grandes. Con pesar hubo de ver que nadie se lo sabía decir.
- 81 Ortwin de Metz, que era tenido, con razón, por arrojado y poderoso, contestó al rey: «Puesto que no sabemos nada de ellos, deberías mandar venir a mi pariente Hagen y hacer que éste los viera.
- 82 Él conoce los reinos y también los países extranjeros, y si le son conocidos estos señores, nos dirá quiénes son.» El rey

- mandó buscar a Hagen y a sus hombres y pronto se vio acudir a éste, magnífico y acompañado de su hueste, hacia el rey.
- 83 Qué quería de él su soberano es lo que preguntó Hagen. «Hay en mi recinto guerreros extraños a quienes nadie de aquí conoce. Decidme, Hagen, si en verdad los habéis visto alguna vez.»
- 84 «Así lo haré», dijo Hagen encaminándose a la ventana. Sus ojos dejó vagar en dirección de los extranjeros. Bien le parecían el porte y también las galas y armaduras, pero le eran desconocidos en tierra de burgundos.
- 85 Entonces declaró que, vinieran de donde vinieran a las orillas del Rin, estos guerreros podrían ser o bien príncipes o bien emisarios de príncipes, pues sus caballos eran hermosos y sus ropajes muy valiosos. «De dondequiera que vengan, son unos arrogantes caballeros.»
- 86 Y así habló Hagen: «Aunque en verdad no he visto a Sigfrido jamás, yo me atrevería a creer, sin saber por qué, que lo es ese caballero que allí avanza tan apuesto.
- 87 Él nos trae importantes nuevas a este país. Él es el que derrotó con su brazo a los valientes nibelungos Schilbungo y Nibelungo, hijos poderosos del rey. Con su tremenda fuerza luego realizó hazañas maravillosas.
- 88 Cuando solo y sin ayuda cabalgaba una vez el héroe, encontró, según me han dicho, al pie de una montaña y cerca del tesoro de Nibelungo, a muchos hombres valerosos. Hasta aquel momento no los había visto, pero entonces se percató de ello.
- 89 Todo el tesoro de Nibelungo había sido sacado de una cueva. Y ahora oiréis cómo los dos Nibelungos querían repartirlo. Esto lo vio el guerrero Sigfrido y de ello empezó a asombrarse.
- 90 Se acercó tanto, que, igual que él los veía, ellos le veían a él y uno le dijo: «Aquí viene el esforzado Sigfrido, héroe de los

Países Bajos." Singulares aventuras corrió él en tierra de los Nibelungos.

- 91 Ambos, Schilbungo y Nibelungo, acogieron con agrado al caballero. De común acuerdo, los nobles y jóvenes príncipes rogaron con empeño al formidable mozo que les repartiera el tesoro entre ellos. El héroe prometió hacerlo así.
- 92 Se cuenta que él vio tantas piedras preciosas, que cien carros de carga no las hubieran podido transportar, además del oro del país nibelungo. Todo esto tenía que repartirlo el animoso Sigfrido.
- 93 Como pago del favor le dieron la espada del (rey) Nibelungo, pero mal les resultó el servicio que iba a prestarles Sigfrido, el héroe cumplido. Éste no lo pudo llevar a cabo, porque ellos se enfurecieron.
- 94 Tenían allí entre sus amigos doce hombres esforzados, forzudos gigantes, pero, ¿de qué les valían? A éstos los aniquiló colérico el brazo de Sigfrido, y además sometió a setecientos guerreros del país nibelungo
- 95 con la formidable espada llamada Balmung. Muchos jóvenes guerreros a causa del terrible pavor que les infundía la espada y el animoso héroe, le entregaron sus tierras y fortalezas.
- 96 Sigfrido, además, mató a los dos príncipes. Pero luego Alberico lo puso en grave peligro. Éste quiso tomar pronta venganza de la muerte de sus señores, pero hubo de sufrir el enorme poder del brazo de Sigfrido.
- 97 No podía hacerle frente el vigoroso enano y como leones salvajes ambos corrieron hacia la montaña. Aquí el héroe se apoderó del manto mágico de Alberico¹⁴. Así quedó dueño del tesoro Sigfrido, el temible guerrero.
- 98 Quienes allí osaron presentar batalla, todos yacían muertos. El héroe mandó llevar luego el tesoro adonde lo habían

¹⁴ El manto tenía la virtud de hacer invisible a quien lo llevaba.

cogido antes los hombres de Nibelungo. De su custodia, como tesorero, encargó a Alberico.

- 99 El enano hubo de prestar juramento de que iba a servirle como criado. En toda clase de menesteres le prestó servicio cumplido. Así habló Hagen de Trônege: «Esto es lo que ha hecho Sigfrido. Jamás hubo un guerrero que poseyera fuerza semejante.
- 100 Todavía puedo contar otro lance que he sabido de él. A un dragón lo mató con su propia mano, luego se bañó en la sangre y la piel tomó la dureza de un cuerno, de suerte que no hay arma alguna que pueda atravesarla, como se ha demostrado muy a menudo.
- 101 Debemos acoger a este joven señor lo mejor posible, para no incurrir en su odio. Es tan intrépido, que debemos mantenerlo propicio: su fortaleza le ha permitido proezas maravillosas.»
- 102 Aquí habló el poderoso rey: «Cierto será lo que dices. Helo ahí cuán batallador se presenta él con su hueste, el animoso guerrero. Ahora debemos bajar a su encuentro.»
- 103 «Eso bien podéis hacerlo sin desdoro», dijo entonces Hagen, «pues él es de noble estirpe, hijo de un poderoso rey. Ahí lo tenéis con el porte —así me parece, vive Dios— de quien no ha venido aquí por menudencias.»
- 104 Entonces habló el soberano: «Démole la bienvenida. Él es noble y animoso. Eso ya lo había advertido y por ello habrá de tener provecho en tierra burgunda.» Con esto se dirigió el rey Gunter adonde estaba Sigfrido.
- 105 El rey y su séquito dispensaron tal acogida al forastero, que nada desmentía en sus modales la buena crianza. El apuesto guerrero agradeció entonces los amables saludos de bienvenida que le daban.
- 106 «Yo me pregunto», dijo en seguida el rey, «de dónde habéis venido, noble Sigfrido, a estas tierras o qué pretendéis en

Worms, a orillas del Rin.» Aquí contestó el forastero: «Eso no os lo pienso ocultar.

- 107 A mí me llegaron nuevas, que quisiera confirmar, en la tierra de mi padre, de que aquí a vuestro lado se hallaban los más animosos guerreros que jamás haya reunido un rey. Así lo he oído muchas veces y eso es lo que me trae aquí.
- 108 También se oye proclamar vuestra propia bravura y que jamás se ha visto rey alguno más intrépido. Por todas esas tierras hablan mucho de ello las gentes. Yo no quiero cejar hasta comprobarlo.
- 109 Yo soy igualmente un caballero y debería ceñir corona. Quisiera conseguir que se dijera de mí que poseo merecidamente mis tierras y mis vasallos. En este empeño pongo el honor y la vida.
- 110 Puesto que sois tan animoso como de vos se cuenta, a mí no me preocupa si a alguien agrada o desagrada mi intención. Yo quiero arrancaros en combate cuanto poseáis; tierras y castillos deben pasar a mi poder.»
- 111 Maravillado quedó el rey, igual que su séquito, de las palabras que acababa de oír, de que Sigfrido pretendiera arrebatárle el reino. Oyéndolas los guerreros, sintieron cómo montaban en cólera.
- 112 Aquí habló el noble Gunter: «¿Cómo he merecido yo que lo que mi padre tanto tiempo poseyó con todo honor lo haya de perder por la fuerza de un hombre? Si permitiésemos esto, mal probaríamos que aquí también cumplimos las leyes de la caballería.»
- 113 «No cejaré en mi empeño», replicó entonces el osado guerrero; «si no puedes con tus fuerzas defender la paz de tu reino, yo aspiro a dominarlo todo; por el contrario, todas mis posesiones, si las consigues con tu fuerza, quedarán sometidas a ti.
- 114 Tus bienes y los míos están igualados. Quienquiera de nosotros dos que venza al otro tendrá todo sometido, las gentes y

las tierras.» Tan pronto oyeron esto, lo refutaron Hagen y Gernot.

- 115 «No hay en nosotros designio de apoderarnos de país alguno por la fuerza ni de que nadie muera por ello a manos de un héroe. Tenemos ricos dominios, que nos acatan en buena ley y a nadie pertenecen con mayor derecho.»
- 116 Con semblante furibundo oyeron sus amigos estas palabras. Entre ellos estaba Ortwin de Metz, que dijo: «Pena me dan vuestras blandas razones. Sigfrido, el fuerte, os ha injuriado sin merecerlo.
- 117 Si vuestro hermano y vos no tuvierais la guardia que tenéis y Sigfrido acaudillara todo un ejército real, aún me atrevería a obligarle en combate a que depusiera toda su desmesurada altivez.»
- 118 Muy airado quedó el héroe de los Países Bajos. Dijo: «Que no pretenda tu brazo lidiar con el mío. Yo soy un rey poderoso, mientras que tú eres un vasallo de un rey. Doce como tú jamás podrían hacerme frente en batalla.»
- 119 A grandes gritos requirió ahora las espadas Ortwin de Metz¹⁵. Bien probaba que era sobrino de Hagen, el cual seguía callado, con gran pesar del rey. Entonces terció Gernot, el sereno y valeroso caballero.
- 120 Y dijo a Ortwin: «Sosegaos; el señor Sigfrido no nos ha inferido tan grave ofensa que nos impida disculparle con buenos modales. Y ése es mi parecer: ganarle como amigo. Ello nos honraría más.»
- 121 Entonces habló Hagen, el fuerte: «A todos tus guerreros nos causa enojo que Sigfrido haya venido aquí, a orillas del Rin, en busca de pelea. Él debería haberse abstenido de ello. Mis señores no le hubieran causado semejante injuria.»

¹⁵ Como nota M. Pidal, s. v. *espada*, Vocabulario, pág. 660 «... fue costumbre (medieval) usar dos espadas...», «... uso (que) venía sin duda desde muy antiguo».

- 122 A esto respondió Sigfrido, el esforzado señor: «Si os desagrada lo que he dicho, señor Hagen, entonces os haré ver cómo mi brazo será capaz de imponerse en esta tierra de burgundos.»
- 123 «Eso lo voy a impedir yo solo», habló de nuevo Gernot. A todos sus hombres les prohibió ahora hablar con arrogancia para no ofender a Sigfrido. Éste se puso a pensar entonces en la noble doncella.
- 124 «Cómo sería posible empuñar dignamente las armas contra vos» continuó Gernot. «De que los héroes cayeran en la lucha poco honor nos podría alcanzar, y a vos muy poco provecho.» A esto replicó Sigfrido, hijo del rey Sigmundo:
- 125 «¿Qué están esperando Hagen, lo mismo que Ortwin, que no vienen a luchar en compañía de sus amigos? Aquí en tierra burgunda los tienen en abundancia.» Pero los héroes hubieron de callarse, como les mandara Gernot.
- 126 «Sed bienvenidos entre nosotros», habló el hijo de Ute, «y los compañeros de armas que os escoltan. De grado os ofrecemos hospitalidad mis parientes y yo.» Entonces se dio orden de escanciar a los forasteros el vino de Gunter.
- 127 Ahora habló el soberano de Burgundia: «Cuanto tenemos, si lo pedís según las leyes del honor, será vuestro. Con vosotros compartiremos de buen grado la vida y los bienes.» Con esto quedó el señor Sigfrido un poco más apaciguado.
- 128 Pusieron luego en custodia todos los arreos y atalajes. Buscaron albergue para los escuderos, lo mejor que se pudo encontrar, y les prodigaron grandes atenciones. Desde entonces Sigfrido fue un huésped muy estimado en el país burgundo.
- 129 Pronto le empezaron a rendir grandes honores en muchas ocasiones, mil veces más de lo que yo os pueda contar. Esto se lo había merecido su esforzada persona, podéis creerme-lo. Raro era el que viéndole sintiera animosidad hacia él.

- 130 Reyes y caballeros se entregaban a justas y torneos. Y fuera cual fuera el desafío, Sigfrido era siempre el mejor; nadie podía parangonarse con él, tal era su fortaleza, tanto en el lanzamiento de piedras como arrojando la lanza.
- 131 Dondequiera que los gentiles caballeros practicaban sus juegos y mostraban su destreza y cortesanía, veíase siempre de buen grado al héroe de los Países Bajos. Altos eran los pensamientos amorosos de éste.
- 132 Cualquiera que fuera el festejo que se dispusiera, él siempre estaba presto a tomar parte en él. Una dama merecedora de todo amor ocupaba su pensamiento. También esta doncella, a la que él no había visto jamás, hablaba de él en la intimidad con afecto.
- 133 Siempre que los jóvenes se recreaban en el patio del castillo se veía entonces a menudo a Krimilda, la princesa bien nacida, asomada a la ventana; en tales ocasiones no necesitaba de ningún otro pensamiento.
- 134 Si él hubiese sabido que lo contemplaba aquella a quien había rendido su corazón, gran contento habría tenido en ello. Pero si la hubiesen visto sus ojos, os puedo asegurar que nada en este mundo le habría dado más gozo.
- 135 Cada vez que aparecía en la corte entre los caballeros, como suele hacer todavía la gente por pasatiempo, mostraba tal don de gentes y gentileza el hijo de Siglinda, que muchas ricashembras quedaban entrañablemente prendadas de su persona.
- 136 Y muchas veces pensaba para sí: «¿Cómo podrá ocurrir que yo vea con mis ojos a la noble doncella a la que hace tanto tiempo rendí mi corazón? Todavía sigue siendo una extraña para mí y por eso tengo que estar afligido.»
- 137 Siempre que los poderosos reyes salían a caballo por sus dominios, era de rigor que les acompañasen los guerreros. También Sigfrido iba con ellos y esto afligía a su dama, pero también él, en aras de su amor hubo de sufrir gran congoja.

138 Al lado de los príncipes del reino de Gunter vivió así —os lo digo en verdad— un año entero, sin ver jamás a la gentil dama que luego había de procurarle tantas alegrías y también tanta pesadumbre.

CANTO IV

De cómo luchó contra los sajones

- 139 Llegaron por entonces extrañas nuevas al reino de Gunter, traídas por emisarios venidos de lejos. Las enviaban guerreros desconocidos y hostiles a los burgundos. Cuando éstos oyeron a los heraldos, fueron presa de verdadera desazón.
- 140 Ahora oiréis quiénes eran: eran Lúdeger del reino de Sajonia, príncipe poderoso y altivo, y era también el rey Lúdegast de Dinamarca. Para la invasión venían acompañados de muchos preclaros guerreros.
- 141 Los heraldos enviados por sus adversarios habían llegado al reino de Gunter. A estos desconocidos se les preguntó cuál era su mensaje y se les hizo presentarse en la corte ante el rey.
- 142 Éste les saludó amablemente diciendo: «Sed bienvenidos. No sé todavía quién os ha enviado. Hablad y hacédnoslo saber.» Así habló el buen rey. Mucho temieron entonces la cólera de Gunter.
- 143 «Permitidnos, señor, deciros el mensaje que traemos: los nombres de los príncipes que aquí nos mandaron no queremos callarlos; son Lúdegast y Lúdeger, que vienen en son de guerra a vuestro reino.
- 144 Vos habéis incurrido en su enojo. Esto es en verdad lo que oímos: que los dos príncipes tienen por vos gran animosidad. Hasta su corte de Worms, a orillas del Rin, quieren traer a sus huestes. Muchos caballeros les prestan ayuda. Podéis creerlo bajo mi palabra.

- 145 Dentro de doce semanas va a comenzar la invasión; habréis de demostrar pronto si tenéis buenos amigos que os ayuden a proteger ciudades y campos. Muchos yelmos y rodela han de quedar destrozados por el brazo de vuestros contrarios.
- 146 Pero si queréis negociar con ellos, habéis de mandarles aviso para que no se os acerquen las numerosas mesnadas de vuestros poderosos enemigos y causaros hondo pesar, pues por ello habrán de morir muchos valientes y arrogantes caballeros.
- 147 «Esperad, pues, un rato», habló el noble rey, «hasta que yo lo considere y os pueda dar razón. Tengo aquí a mis leales y no les voy a ocultar estas graves noticias. A estos mis amigos les haré saber la tribulación que me causan».
- 148 Triste quedó ahora el muy poderoso rey. Escondida en sus entrañas llevaba esta preocupación. Y así mandó llamar a Hagen y a otros caballeros principales. También pidió que se presentara en seguida en la corte su hermano Gernot.
- 149 Ahora acudieron los mejores que se pudo encontrar. Habló el rey y así dijo: «A este nuestro reino lo quieren atacar poderosos invasores y debéis advertir la gravedad del trance.» A esto respondió Gernot, el bravo y gentil caballero.
- 150 «Eso lo impediremos con nuestras espadas», así hablaba Gernot. «No mueren sino los predestinados y a éstos los dejaremos tendidos sin vida. Por ello no voy a olvidar yo lo que exige mi honor. Bienvenidos, pues, nuestros enemigos.»
- 151 Aquí habló Hagen de Trônege: «Eso que dices no me parece acertado. Lúdegast y Lúdeger nos tratan con insolencia. No podemos aprestar nuestras huestes en plazo tan corto.» Así habló el bravo caballero: «¿Por qué no se lo decís a Sigfrido?»
- 152 Mandaron entonces aposentar en la ciudad a los emisarios. Gunter el poderoso mandó que se les tratara bien —eso fue un buen acuerdo— aunque se les tuviera por enemigos, hasta saber qué amigos estaban dispuestos a ayudarle.

- 153 Presa de grandes cuidados se afligía el soberano. Fue entonces cuando le vio un gentil caballero, Sigfrido, que no podía saber qué le había acontecido. Y así rogó al rey Gunter que se lo declarara.
- 154 «Mucho me maravilla y quisiera saber», habló ahora Sigfrido, «cómo se os ha cambiado el alegre semblante que hasta ahora nos solíais mostrar». A esto respondió el rey Gunter, el paladín preclaro:
- 155 «Yo no puedo en verdad decir a todos la pesadumbre que en secreto tiene que soportar mi corazón y sólo a los amigos leales hay que lamentarse de las tribulaciones que nos afligen.» El semblante de Sigfrido pasó, al oír esto, de pálido a rojo de indignación.
- 156 Y dijo entonces al rey: «Hasta hoy no os he defraudado en nada y quiero ayudaros a salir de la pena que os aflige. Si vais en busca de amigos contadme a mí entre ellos. Confío en demostrarlo hasta el fin de mis días.»
- 157 «Dios os dé buen galardón, señor Sigfrido, vuestras palabras son de mi agrado, y aunque vuestras fuerzas nunca me sirvieron de ayuda, yo me complazco en oír que me lois tan adicto. Si mi vida no se acaba, recibiréis buen pago de ello.
- 158 Ahora quiero que oigáis por qué estoy afligido. Por emisarios de mis enemigos me han llegado nuevas de que éstos van a invadir este mi reino. Nunca hubo guerreros que hicieran hasta hoy cosa igual a nuestro país.»
- 159 «No dejéis que tal cosa os preocupe», habló entonces Sigfrido, y apaciguad el ánimo: «Seguid mi consejo: dejadme ganar para vos honor y provecho y pedid a vuestros caballeros que acudan también en vuestra ayuda.
- 160 Aunque vuestros poderosos enemigos pudieran contar con el apoyo de treinta mil guerreros, yo les haría frente, incluso si no tuviera más que mil. Dejadlo de mi cuenta.» Aquí habló el rey Gunter: «Por esto he de guardarte siempre gratitud.»

- 161 «Mandad que me traigan mil de vuestros caballeros, pues yo no dispongo más que de once guerreros: así os defenderé el reino. El brazo de Sigfrido estará lealmente a vuestro servicio.
- 162 A esto nos ayudarán Hagen, y también Ortwin, Dankwart y Sindolt, tus bien amados paladines. Además, nos acompañará el bravo Volker; él será nuestro abanderado; nadie, a mi juicio, lo merece mejor.
- 163 Manda volver a los heraldos al país de sus señores y que hagan saber a éstos que pronto nos van a ver enfrente y así nuestras ciudades no conocerán la guerra.» Entonces el rey hizo reunir parientes y vasallos.
- 164 Los emisarios de Lúdeger fueron luego a la corte. Contentos se pusieron de regresar a su patria. Gunter, el rey generoso, les regaló valiosos presentes y les procuró escolta. Grande fue entonces la alegría de ellos.
- 165 «Decid» habló Gunter «a mis poderosos enemigos que más les valiera no emprender su aventura y quedarse en sus hogares. Pero si pretenden invadir mi reino y no me fallan mis amigos, van a conocer lo que son penalidades».
- 166 Ricas dádivas entregaron entonces a los emisarios, pues para repartirlas Gunter tenía de sobra. No osaron rechazarlas los hombres de Lúdeger. Y cuando hubieron recibido licencia, partieron con ánimo alegre.
- 167 Cuando llegaron a Dinamarca, hicieron saber al rey Lúdegast la embajada que le traían del Rin. Al oírla, grande fue su enojo ante la gran arrogancia de los burgundos.
- 168 Muchos y bravos guerreros había allí en Burgundia, tal era la embajada y entre ellos habían visto a un caballero, llamado Sigfrido, héroe de los Países Bajos. De mal grado recibió Lúdegast estas nuevas.
- 169 Cuando los de Dinamarca oyeron contar esto, se apresuraron a reunir aún muchos más amigos. Y así pudo juntar el rey para la expedición veinte mil guerreros entre sus bravos vasallos.

- 170 También el rey de Sajonia, Lúdeger, convocó a sus leales, hasta reunir entre los dos cuarenta mil hombres o más. Con ellos iban a invadir las tierras burgundas. El rey Gunter, por su parte, había hecho llamar en su reino
- 171 a sus deudos y a los vasallos de sus hermanos que estaban dispuestos a tomar las armas, y también a los hombres de Hagen; de ellos no podían prescindir. A causa de esta guerra muchos guerreros hubieron luego de perder la vida.
- 172 Luego se aprestaron para la campaña. Cuando ya la iban a emprender, partiendo de Worms y cruzando el Rin, designaron abanderado a Volker, el intrépido; Hagen de Trónege iba a ser el caudillo.
- 173 Con ellos cabalgaban Sindolt y Hunolt. Bien merecían ambos el oro de Gunter. Dankwart, hermano de Hagen, así como Ortwin, podían sumarse dignamente a la expedición.
- 174 «Señor», dijo Sigfrido al rey, «quedaos aquí en la corte, ya que vuestras huestes quieren acompañarme; permaneced con los señores y tened el ánimo sosegado. Yo confío en poder defender el honor y los bienes.
- 175 A los que os querían atacar llegando hasta aquí, a las orillas del Rin, los voy a obligar a que se queden en su patria. Vamos a meternos tanto en su territorio que su altanería se tornará en pavor».
- 176 Desde el Rin y a través de Hesse cabalgaron con sus mesnadas hacia el reino de Sajonia: aquí se iban a librar luego las batallas. Los saqueos y el fuego arrasaron el país y las nuevas de ello causaron gran pesadumbre a los dos príncipes.
- 177 Así llegaron a la frontera; los escuderos avanzaron después. Sigfrido el poderoso entonces preguntó: «¿Quién se va a encargar de vigilar a estos hombres?» Nunca, en verdad, sufrieron los sajones campaña más desastrosa.
- 178 A esto le dijeron: «Manda al valiente Dankwart que se ocupe de los escuderos durante el camino; él es un intrépido gue-

rrero. Tantas menos pérdidas nos causarán las tropas de Lúdeger. Que él y Ortwin se encarguen de la retaguardia.»

- 179 «Por mi parte voy a adelantarme a caballo», continuó Sigfrido, «para reconocer la situación de nuestros enemigos hasta que averigüe dónde se encuentran». No tardó en vestir su armadura el hijo de la bella Siglinda.
- 180 Las mesnadas se las confió a Hagen, pues él quería partir, y a Gernot el valeroso; luego se encaminó a caballo, solo, dentro de la tierra sajona¹⁶. Muchas correas de yelmo¹⁷ iban a cortar aquel día sus tajos.
- 181 Entonces vio acampado el gran ejército enemigo, que comparado con sus leales resultaba desmesurado: cuarenta mil hombres lo formaban o aun más. Sigfrido, el ánimo exaltado, lo contempló con satisfacción.
- 182 Pero también un guerrero enemigo, con esmero aprestado, se había dispuesto a reconocer el terreno burgundo. A éste lo vio el señor Sigfrido lo mismo que a él el atrevido danés. Entonces cada uno de ambos se puso a observar sañudamente al otro.
- 183 Y ahora oiréis quién era el atalayero. Un brillante escudo de oro llevaba embrazado: Era el rey Lúdegast, que así velaba por sus huestes. Y ahora este noble extranjero¹⁸, Sigfrido, hizo dar un salto magnífico a su corcel.
- 184 Pero el rey Lúdegast lo había observado también con hostilidad. Ambos espolearon los ijares de sus caballos y enderezaron con fuerza las lanzas hacia el escudo del enemigo. El rey poderoso fue entonces presa de gran tribulación.
- 185 Tras el duro encontronazo los dos corceles se llevaron en sentido contrario a los dos poderosos príncipes como empu-

¹⁶ Estas incursiones de reconocimiento son las llamadas *cabalgadas*, a diferencia de las que eran propiamente de castigo (*algaras*), en la épica española.

¹⁷ El término *monchuras* parece designar estas correas en el *Cantar de Mio Cid*. Véase vol. II, s. v.

¹⁸ *Extranjero* por haber penetrado en tierra enemiga.

jados por el viento. Luego, sujetando las riendas, les hicieron dar la vuelta con destreza de caballeros. Ahora los dos ensañados lidiadores iban a probar las espadas.

- 186 Los tajos que asestaba Sigfrido resonaron por todo el campo. Rojas centellas despedían los yelmos, cual si fueran hogueras, tal poder tenía el brazo del héroe. Los dos hallaron en su contrario un digno enemigo.
- 187 También descargó el señor Lúdegast sobre él muchos furiosos golpes. De la fuerza de los dos príncipes quedaba buena señal en los escudos. Entretanto se había acercado allí una hueste de unos treinta hombres del rey danés, pero antes de que accorrieran a su señor se alzó Sigfrido con la victoria.
- 188 Había causado tres grandes heridas al rey a través de su refulgente coraza, que era de gran calidad; las hojas de la espada hicieron manar sangre de las heridas. El rey de los daneses tuvo por esto gran tribulación.
- 189 Pidió entonces que le perdonaran la vida y le ofreció su reino. Dijo luego que su nombre era Lúdegast. Y ahora se acercaron sus hombres; bien habían visto lo que había acaecido a los dos atalayeros.
- 190 Sigfrido iba a llevarse de allí al vencido cuando fue acometido por los treinta. El brazo del héroe hubo de defender su valioso rehén con tajos descomunales. Pronto el gallardo batallador hizo aún más destrozos.
- 191 A los treinta en lucha heroica, los hizo perecer. Sólo dejó vivo uno, que en seguida partió a caballo a llevar la noticia de lo que allí había acaecido. En su yelmo ensangrentado podía verse que decía la verdad.
- 192 Grande y sombría fue la congoja entre los de Dinamarca, cuando les contaron que su señor era cautivo. Dijéronselo a su hermano, que rompió en alaridos, presa de terrible cólera: tanto pesar le causaba.

- 193 El príncipe Lúdegast, sometido por Sigfrido, fue llevado luego a las gentes de Gunter. El héroe se lo encomendó a Hagen. Cuando les dijeron a las tropas que el cautivo era el rey, muy menguado fue el dolor que sintieron.
- 194 Se mandó a los burgundos atar los pendones a las lanzas. «Adelante» dijo Sigfrido, «si conservo la vida, más hemos de hacer antes de que acabe el día. Esto causará duelo a muchas ricashembras de Sajonia.
- 195 Vosotros, héroes del Rin, prestad atención a lo que hago. Yo os puedo llevar bien en medio de las huestes de Lúdeger. Allí veréis yelmos destrozados por el brazo de los bravos caballeros. Antes de que emprendamos la vuelta, el enemigo va a saber lo que son sufrimientos».
- 196 Gernot y su hueste soltaron a los corceles. Volker el caballero, el esforzado ministril¹⁹, pronto asió la bandera y se puso a la cabeza de la hueste. Y ahora todas las tropas se dispusieron a la batalla magníficamente pertrechadas.
- 197 Pero ellos no pasaban de los mil hombres, eso sin contar los doce de Sigfrido. Nubes de polvo se levantaban de los caminos según cabalgaban por el país. Muchos escudos magníficos se veían brillar entre las huestes.
- 198 También los sajones se habían acercado con sus tropas, provistos de afiladas espadas, como he sabido después. Sus tajos eran contundentes cuando las manejaban estos valientes que iban a defender del enemigo ciudades y reino.
- 199 Los alféreces de los reyes hicieron avanzar entonces las tropas. Pero también Sigfrido se había adelantado, seguido de los hombres que había traído consigo de los Países Bajos. Aquel día quedaron muchas manos ensangrentadas en la batalla.

¹⁹ En el lexto *spileman*, que traducimos por «ministril» en la tercera acepción del Diccionario académico (DRAE). El autor del poema, como señala Bartsch, tiene buen cuidado de puntualizar que no es un mero músico, sino un *herr*, es decir, persona de noble cuna, que hemos traducido por «caballero».

- 200 Sindolt y Hunolt, lo mismo que Gernot, abatieron en la pelea a muchos héroes antes de poder enterarse bien de la bravura enemiga. Muchas nobles dueñas hubieron de llorarlos después.
- 201 Volker y Hagen, lo mismo que Ortwin, denodados e impetuosos campeones, borraron en el combate el lustre de muchos yelmos con la sangre vertida. Pero también Dankwart llevó a cabo proezas maravillosas.
- 202 Los de Dinamarca probaron bien la fuerza de sus brazos. Por doquier se oía el fragor de muchos escudos que chocaban o eran golpeados por las cortantes espadas. Aquellos aguerridos sajones causaron grandes daños al enemigo.
- 203 Ahora los de Burgundia arremetieron en la batalla y muchas grandes heridas se abrieron con sus tajos. Allí se vio correr la sangre por las sillas. Así se afanaban por los honores los bravos y cabales caballeros.
- 204 Grande era el fragor de las bien templadas espadas blandidas por el brazo de los héroes, cuando los hombres de los Países Bajos se lanzaron en medio de las fuertes mesnadas a la zaga de su señor. Cual bravos guerreros allí se abrieron paso, pegados a Sigfrido.
- 205 De los del Rin a nadie se le vio seguirle. Podían verse correr por los brillantes yelmos regueros de sangre producida por el brazo de Sigfrido, que por fin vio a Lúdeger a la cabeza de su tropa.
- 206 Tres veces había atravesado las filas del ejército enemigo hasta la retaguardia. Ahora se le había unido Hagen, quien le ayudó a saciar su sed de pelea. Aquel día hubieron de caer ante ellos muchos hombres de pro.
- 207 Cuando el rey Lúdeger descubrió a Sigfrido y le vio blandir en lo alto su bien forjada espada Balmung derribando tantos guerreros, su cólera y su furor fueron grandes.
- 208 Mucho fue el tumulto y grande el fragor de las espadas cuando se embistió el grueso de ambos ejércitos. Los dos

- probaron sus fuerzas con el mayor encono y las tropas de los sajones comenzaron a ceder terreno: terrible se hizo entonces la saña de los contendientes.
- 209 Al príncipe de los sajones le habían dado razón de que su hermano había sido hecho cautivo: grande fue su desazón. No sabía que lo hiciera el hijo de Siglinda; se lo atribuían a Gernot, pero pronto averiguó la verdad.
- 210 Los tajos de Lúdeger eran tan terribles que Sigfrido sintió cómo bajo la silla cedían las patas de su corcel. Pero cuando éste se recobró, su valiente amo se lanzó fieramente al combate.
- 211 Aquí le ayudó bien Hagen, lo mismo que Gernot, Dankwart y Volker. Esto les costó la vida a muchos enemigos. También Sindolt y Hunolt con el valeroso Ortwin supieron dejar el campo sembrado de muertos.
- 212 En toda esta confusión se mantuvieron unidos los nobles paladines. Muchos venablos lanzados por el brazo de los héroes veíanse volar por encima de los yelmos y atravesar los bruñidos escudos. Gran cantidad de adargas magníficas estaban teñidas de sangre.
- 213 En la encamizada lucha se apeó más de un caballero de su corcel. Sigfrido el bravo y Lúdegar se acometieron. ¡Cuántas lanzas quebradas y cuántos venablos afilados se veían volar entonces!
- 214 El bastidor del escudo saltó de la mano de Sigfrido. El héroe de los Países Bajos contaba con arrancar la victoria a los bravos sajones, que mostraban ya muchas heridas. ¡Dios, cuántas mallas de loriga destrozó Dankwart el valeroso!
- 215 Entonces advirtió el rey Lúdeger una corona pintada sobre un escudo. Sigfrido lo llevaba en la mano. Ahora supo que éste era el esforzado campeón y empezó a dar grandes alaridos llamando a sus guerreros:
- 216 «Detened la pelea, todos vosotros, mis guerreros; acabo de ver aquí al hijo de Sigmundo: al esforzado Sigfrido lo he reconocido. Satanás el malvado nos lo ha enviado a Sajonia.»

- 217 Mandó luego el rey que bajaran los pendones²⁰: él deseaba la paz; luego se la concedieron. Pero hubo de ser llevado cautivo al reino de Gunter: esto lo había sabido conquistar el brazo de Sigfrido.
- 218 De acuerdo los dos bandos, detuvieron la lucha. Horadados estaban los yelmos y también los anchos escudos, que depusieron entonces. El duro brazo de los burgundos había dejado su huella en todos, bermejos de sangre.
- 219 Gernot y Hagen, los bravos paladines, escogieron sus prisioneros: estaban en su derecho. A los heridos los mandaron poner en parihuelas; después se llevaron consigo cautivos hacia el Rin quinientos aguerridos hombres.
- 220 Los guerreros derrotados regresaron a Dinamarca. Pero los sajones no habían batallado tan heroicamente que merecieran alabanza y los combatientes sintieron gran pesar de ello. De los caídos hicieron gran duelo sus allegados.
- 221 Mandaron entonces cargar las armas sobre las bestias camino del Rin. Bien lo había logrado, con sus héroes, el bravo Sigfrido. Él había sobresalido en la batalla: esto tenían que reconocerlo todos los hombres de Gunter.
- 222 El rey Gernot envió mensajeros a Worms. Así hacía saber a los amigos que quedaron en la patria cómo habían triunfado él y sus hombres y cómo los muy valientes habían luchado con todo honor.
- 223 Los mozos²¹ emisarios corrieron. Y se contaba que los que antes penaban de tristeza estaban radiantes de alegría al oír las felices nuevas que ahora les llegaban. Muchas eran las preguntas que hicieron ahora las nobles dueñas.
- 224 Querían averiguar cómo les había ido en la batalla a los guerreros del poderoso rey. A uno de los mensajeros se le hizo

²⁰ En español antiguo «*abaxar las lanças*» era señal de ataque inminente. Aquí indica que el ejército se rinde.

²¹ En el original *gazûne*, voz tomada del francés. Cfr. la nota a la estrofa 341.

ir a presencia de Krimilda. El encuentro fue secreto; ella no se atrevía a dejarlo saber, pues en la hueste combatiente estaba la prenda amada de su corazón.

- 225 Cuando vio entrar al emisario en su aposento, la hermosa Krimilda habló gentilmente: «Dame buenas nuevas: yo te recompensaré con oro. Si tú no me dices mentira, podrás contar siempre con mi amistad.
- 226 ¿Cómo salió librado de la batalla Gernot, mi hermano y los otros amigos míos? ¿Han muerto muchos de los nuestros? ¿Quién se ha distinguido más? Contéstame.» Presto respondió el mozo: «En nuestra hueste no hubo ningún cobarde.
- 227 Nadie ha cabalgado en el rigor de la batalla, tan gallardo, noble reina, si he de decirlo, como el noble extranjero de los Países Bajos: el brazo de Sigfrido llevó a cabo proezas maravillosas.
- 228 Por grandes que hayan sido las hazañas realizadas por todos los caballeros, Dankwart y Hagen, y otros paladines del rey, por noblemente que lidiaran, eso no es nada comparado con la gesta de Sigfrido, el hijo del rey Sigmundo.
- 229 Ellos derribaron a muchos héroes en el tumulto de la batalla, cierto es, pero nadie podrá deciros las maravillas realizadas por Sigfrido siempre que acometía. Gran duelo tienen hoy las damas por la muerte de sus deudos, víctimas del héroe.
- 230 También hubieron de quedar tendidos los amados de muchas dueñas. Se oía allí cómo asestaba él tales golpes sobre los yelmos que hacían manar la sangre de las heridas. Él es un bravo y cabal caballero en todas sus virtudes.
- 231 Y aunque Ortwin de Metz haya luchado bravamente —quien era alcanzado por su espada quedaba malherido o casi siempre muerto— ha sido vuestro hermano el que ha causado al enemigo el mayor infortunio

232 que jamás le hubiera podido tocar en las batallas. Hay que reconocer los verdaderos méritos de estos guerreros excelentes: los gallardos burgundos se han portado de tal manera que han sabido mantener el honor limpio de toda mancha vergonzosa.

- 233 Al empuje de sus brazos muchas sillas se han visto sin jinete, allí en el campo de batalla donde el fragor de las brillantes espadas resonaba tan fuertemente. Los caballeros del Rin han cabalgado tan bien que mejor les habría ido a sus enemigos si no hubiera pasado nada.
- 234 Los hombres de Trónege causaron grave aflicción al chocar con todas sus tropas los dos ejércitos. Allí sembró la muerte el brazo del valeroso Hagen. Mucho se podrá contar de ello aquí en tierra burgunda.
- 235 Sindolt y Hunolt, los hombres de Gernot, y Rumolt el intrépido, tanto se han distinguido que siempre le ha de pesar a Lúdeger el haber mandado traer al Rin, a tus parientes, su desafío.
- 236 Pero las más brillantes proezas que jamás se vieron en todo el campo de batalla, tanto al final como al principio, ésas las hizo, siempre dispuesto, el brazo de Sigfrido. Él traerá valiosos rehenes al reino de Gunter.
- 237 Él los sometió con su fuerza, el bizarro caballero. De esto ha de sufrir el daño el rey Lúdegast, pero también el rey de Sajonia, su hermano Lúdeger. Y ahora seguid escuchando mis nuevas, noble y respetable reina.
- 238 A ambos los hizo prisioneros el brazo de Sigfrido. Nunca se trajeron tantos a este país como los que gracias a él ahora vienen a orillas del Rin.» La señora nunca pudo oír noticias más gratas que éstas.
- 239 «Quinientos guerreros capaces o más vienen cautivos a tierra burgunda y sabed, señora, que de los moribundos otros ochenta vienen sobre parihuelas teñidas de sangre, la mayoría derribados por el brazo del valiente Sigfrido.

240 Los que en su insolencia vinieron al Rin a declarar la guerra serán ahora prisioneros de Gunter: ahora son traídos con júbilo a este país.» Cuando oyó estas nuevas, el que era pálido rostro se arreboló.

241 Su bella faz tomó el color de la rosa al saber que Sigfrido el gallardo paladín, el joven caballero, había salido felizmente de aquel grave apuro. Pero también se alegró de la suerte de sus allegados, como era de razón.

242 Aquí habló la gentil doncella: «Buenas nuevas son las que trajiste. Por ello recibirás en recompensa ricas vestiduras y diez marcos de oro, que haré traerte.» Así se hace placentero el llevar noticias agradables a las ricashembras.

243 Le dieron su recompensa: el oro, y también los vestidos. Entonces se asomaron a las ventanas muchas agraciadas doncellas. Ellas otearon el camino y vieron acercarse a caballo a muchos de los gallardos caballeros que volvían a la corte burgunda.

244 Llegaban allí los bien librados, y también los heridos. Podían sin pudor oír las aclamaciones de sus amigos. El rey, muy jubiloso, cabalgó al encuentro de sus huéspedes. Su gran desolación de antes se había tomado al fin en alegría.

245 Bien acogió a los suyos, pero también a los extranjeros, pues no convenía al poderoso rey otra cosa que agradecer amablemente a quienes acudieron en su ayuda la victoria tan honrosamente conquistada en el campo de batalla.

246 Gunter pidió noticias de sus amigos para saber quiénes habían muerto en la expedición. No había perdido más que sesenta. No quedaba otro remedio que conformarse, como se hace hasta hoy cuando caen los héroes.

247 Los indemnes trajeron destrozados muchos escudos y bien de yelmos hechos añicos al regresar a la patria. La tropa se apeó ante la residencia del rey. Alegre fue la acogida y grande el alborozo.

248 Mandaron entonces buscar posada en la ciudad para los caballeros. El rey pidió que a sus huéspedes²² los trataran con mucha cortesía. A los heridos hizo que los atendieran y les procuraran buen albergue. Bien se mostraban sus virtudes en el trato dispensado al enemigo.

249 Dijo a Lúdegast: «Sed bienvenido; por vuestra culpa, he tenido que sufrir grandes quebrantos, que serán reparados si tengo suerte. Dios premie a mis leales, que me han procurado gran alegría.»

250 «Hacéis bien en darles gracias», habló ahora Lúdeger. «Jamás rey alguno cobro más prisioneros ni tan nobles. Para recibir un trato decente os daremos buenos dineros, y para que nos tratéis con clemencia a vuestros enemigos.»

251 «Yo os dejaré andar libres a los dos», dijo entonces Gunter, «pero quiero una garantía de que mis enemigos se van a quedar aquí y de que no van a abandonar mi reino sin permiso.» A esto, tendiendo la mano, dio Lúdeger su conformidad.

252 Luego los llevaron a descansar y se les facilitaron comodidades. Se vio a los heridos atendidos solícitamente en sus lechos. A los sanos les regalaron con hidromiel y buen vino. Nunca conoció la tropa alegría mayor.

253 Llevaron a guardar entonces los maltratados escudos. Las ensangrentadas sillas —las había en gran número— mandaron ocultarlas, así no lloraban las damas al verlas. Desmayados de la brega había muchos aguerridos caballeros.

254 El rey trató a sus huéspedes con gran generosidad. Todo estaba lleno de súbditos y extranjeros. A los heridos graves los mandó cuidar con esmero. Muy abajo se había tenido la altanería de los infelices.

²² La buena crianza del rey borra en estas estrofas la diferencia entre propios y extraños. De paso se identifican, como en la primitiva lengua indoeuropea, los huéspedes (*gesten*) y los enemigos (lat. *hostis*), designados etimológicamente con la misma palabra.

- 255 A los que entendían de medicina les ofrecieron altas recompensas, plata sin medida, y además oro reluciente, para que curaran a los héroes tras los agobios de la batalla. También el rey obsequió a sus huéspedes con dádivas magníficas.
- 256 A algunos que tenían intención de volver a sus hogares se les invitó a quedarse más tiempo, como suele hacerse con los amigos. Luego el rey empezó a meditar cómo podría premiar a sus leales por haber cumplido los deseos de él tan honrosamente.
- 257 Entonces habló el rey Gernot: «Dejadlos partir y hacedles saber que dentro de seis semanas habrán de volver a una gran fiesta: entonces estarán curados muchos que hoy padecen graves heridas.»
- 258 Pidió luego licencia para partir Sigfrido el de los Países Bajos. Ahora, cuando supo su deseo el rey Gunter, le rogó con todo afecto que permaneciera con él. Pero si no hubiera sido por Krimilda, el héroe jamás habría aceptado.
- 259 Además era rico de sobra para aceptar cualquier recompensa. Él bien había merecido que el rey le tuviera afecto, igual que sus hermanos, que ya sabían lo que gracias a su heroísmo había acaecido en la batalla.
- 260 Por amor a la bella princesa pensaba quedarse allí a ver si la podía contemplar. Pronto lo consiguió; como era su deseo, llegó a conocer a la doncella. Luego cabalgaría feliz al reino de Sigmundo.
- 261 El rey mandó practicar a cada momento juegos de caballería, lo que hicieron de buen grado muchos jóvenes caballeros. Entretanto, cerca de Worms, sobre la arena, hizo construir asiento para los que iban a venir a tierra burgunda.
- 262 Hacia la época en que debían llegar, se enteró la bella Krimilda de que su hermano el rey pensaba organizar una gran fiesta en honor de sus amigos. Bellas damas entonces se entregaron diligentemente a la tarea de aderezar

- 263 los vestidos y tocados que pensaban lucir. Ute, la magnífica reina, oyó también hablar de los arrogantes caballeros que iban a llegar. Entonces sacó de las arcas sus galas más ricas.
- 264 Por amor a sus hijos mandó preparar vestidos con que adornar a muchas señoras y doncellas y bien de jóvenes caballeros de la tierra burgunda. También mandó aprestar magníficas galas para los extranjeros.

CANTO V

De cómo vio Sigfrido a Krimilda la primera vez

- 265 Día tras día se veía a los invitados cabalgar rumbo al país renano, contentos de asistir a las fiestas. Por amor al rey acudían a su reino. A muchos de ellos les ofrecieron caballos y ricas vestiduras.
- 266 Para todos había asiento preparado, como nos han contado, para los más nobles y para los mejores. Treinta y dos príncipes venían a las fiestas. Las hermosas damas rivalizaban en sus adornos.
- 267 Muy atareado estaba entonces Giselher el mozo, para recibir, con su hermano Gernot y los vasallos de ambos, a amigos y extraños; estos caballeros eran acogidos con todos los honores de costumbre.
- 268 Traían a tierra burgunda muchas sillas de montar adornadas con oro; traían también al Rin hermosos escudos y magníficas vestiduras para lucir en los festejos. Muchos enfermos recobraron luego la alegría.
- 269 Los que postrados en sus lechos estaban atormentados por las heridas hubieron de olvidar cuán amarga es la muerte. En cuanto a los enfermos agonizantes no quedaba más que conformarse con su pérdida. Iba reinando la alegría conforme se acercaban los días de la fiesta.
- 270 Y se pensaba en la vida que iban a llevar en los convites reales. Regocijo sin límites y alegrías en abundancia tendrían cuantos allí se encontraron. Gran júbilo se despertó entonces por todo el reino de Gunter.

- 271 Una mañana de Pentecostés²³ pudo verse avanzar lujosamente vestidos a muchos gallardos caballeros, cinco mil o tal vez más, camino de la fiesta. Y todo el mundo, a cuál más, comenzó a divertirse por todas partes.
- 272 El rey tenía sentido suficiente para haber reconocido hacía tiempo cuán entrañablemente el héroe de los Países Bajos quería a su hermana, aunque no la había visto jamás. Su belleza, había que confesarlo, superaba a la de todas las demás doncellas.
- 273 Habló entonces al rey el caballero Ortwin: «Si queréis que esta fiesta redunde en vuestro honor, habréis de permitir que se muestren las hermosas doncellas que tanto honran a esta tierra burgunda.
- 274 ¿Cuál sería la dicha y alegría del hombre si no se la procuraran las bellas doncellas y las nobles señoras? Dejad que se presente vuestra hermana ante los invitados.» Estas razones fueron recibidas con gran júbilo por muchos héroes.
- 275 «Seguiré de buen grado el consejo», habló entonces el rey. Cuantos supieron de ello sintieron viva alegría. Mandó luego decir a doña Ute y a su agraciada hija que, acompañadas de sus damas, se presentaran en la corte.
- 276 Buscaron ahora en las arcas bellas vestiduras y sacaron de sus fundas todas las ricas galas que allí encontraron. Pulseiras y orifrès había en abundancia. Mucha gentil doncella puso todo su celo en adornarse bien.
- 277 Muchos caballeros bisoños tenían aquel día tal interés en aparecer ventajosamente ante las damas que no hubieran cambiado la ocasión por todo un gran reino: tanto era el gozo que sentían de contemplar a las que nunca habían visto.
- 278 Entonces mandó el poderoso rey que acompañaran a su hermana los hombres que habían de rendirle homenaje,

²³ Sobre esto y otras referencias cristianas, recuérdese lo dicho en la introducción.

- unos ciento, parientes de ella y de él. Todos portaban espadas en la mano y eran los palaciegos de la corte burgunda.
- 279 Ute, la majestuosa señora, avanzó con su hija. Su séquito lo formaban hermosas dueñas, unas ciento o acaso más, luciendo ricas vestiduras. Detrás de Krimilda iban también muchas engalanadas doncellas.
- 280 Se vio entonces salir de los aposentos de las damas a toda la comitiva. Grande fue ahora la prisa de la muchedumbre de caballeros que esperaban poder ver, llenos de alegría, a la noble doncella.
- 281 La muy gentil avanzaba como la aurora se presenta separándose de oscuros nubarrones. Entonces se liberó de grandes torturas el que tanto tiempo la llevaba prendida en su corazón. Ahora veía, majestuosa, delante de sí, a la bien amada.
- 282 Muchas piedras preciosas refulgían en sus vestiduras. El color de su rostro era el de la rosa y tenía un adorable resplandor. Si a alguien le hubieran dejado pedir más, no podría haber afirmado que en este mundo había visto algo más hermoso.
- 283 Lo mismo que la blanca luna se destaca sobre las estrellas, cuando su resplandor rompe el celaje de las nubes, igualmente se alzaba Krimilda ahora ante el cortejo de sus ricashembras. Los gentiles caballeros sintieron a su vista cómo se les levantaba el ánimo.
- 284 Con gran pompa abrían paso ante ella los chambelanes. Los arrogantes caballeros no dejaban de forcejear para ver pasar a la gentil doncella. Sigfrido, el señor, sentía a la vez gozo y tristeza.
- 285 Pensaba para sí: «¿Cómo es posible que yo pretenda quererte? Es una vana ilusión. Pero si hubiera de permanecer un extraño para ti, antes preferiría la muerte.» Estos pensamientos le hacían enrojecer y empalidecer una y otra vez.

- 286 Allí estaba, lleno de galanura, el hijo de Sigmundo. Como si lo hubiera pintado sobre pergamino el arte de un buen maestro. Había que admitir que jamás se había visto héroe alguno tan gallardo.
- 287 Los que formaban el séquito de las damas mandaban abrir paso todo el camino: más de un caballero así lo hizo. Corazones henchidos de gozo colmaban de felicidad a muchos. Veíanse algunas nobles damas desfilar llenas de dignidad.
- 288 Habló entonces el príncipe de Burgundia Gernot: «Gunter, mi querido hermano, a aquel que tan generosamente os ofreció sus servicios debéis tributarle, delante de todos estos caballeros, la satisfacción que merece. Nunca me sonrojaré de haberos dado este consejo.
- 289 Haced que Sigfrido se presente ante mi hermana, para que ella le salude y conozca; esto redundará siempre en nuestro provecho. La que nunca saludó a un caballero debe hacerlo ahora con Sigfrido; con ello habremos ganado al valiente paladín.»
- 290 Los parientes del rey fueron entonces a buscar al héroe, y dijeron al guerrero de los Países Bajos: «El rey os invita a que os acerquéis a la corte para que su hermana os salude. Con esto se os quiere hacer un honor.»
- 291 El héroe en su interior se sintió muy satisfecho y orgulloso. Ahora se henchía su corazón sin reservas al pensar que iba a ver a la hija de la hermosa Ute. Pronto había de saludar ésta a Sigfrido con discreción y dignidad.
- 292 Cuando vio delante de sí al arrogante caballero el rubor tiñó su semblante. La hermosa doncella dijo: «Bienvenido seáis, señor Sigfrido, noble y cabal caballero.» Con este saludo el ánimo del héroe cobró alientos.
- 293 Él se inclinó con presteza, tomándola por la mano. ¡Con qué gentileza caminaba luego al lado de la dama! Con ojos llenos de ternura se contemplaban ahora el uno al otro, la dama y el caballero, pero lo hacían muy en secreto.

- 294 ¿Acaso hubo una mano blanca que no fuera apretada con cariño a causa de un amor que colma de dicha el corazón? No lo podría decir. Pero no puedo creer tampoco que Sigfrido lo dejara de hacer, pues pronto ella le había hecho saber su afecto.
- 295 Ni luego hacia el mes de mayo ni en los días de verano pudo ya colmar el corazón del héroe mayor dicha que la que él entonces sintió llevando de la mano a la que ansiaba por amada.
- 296 Entonces pensó más de un caballero: «Ay, si a mí me hubiera pasado lo mismo y fuera caminando al lado de ella, como he visto a Sigfrido, o pudiera compartir su lecho! No me desagradaría nada.» Nunca jamás había aspirado más vivamente un héroe al favor de una reina.
- 297 Fuera cual fuera el reino de donde habían venido los convidados, todos igual, no eran capaces de mirar a otra cosa que a esta pareja. A Krimilda le permitieron besar al apuesto caballero. Él jamás sintió en este mundo una dicha mayor.
- 298 «Por causa de este saludo que tanto le honra», habló entonces el rey de Dinamarca, «yace postrado —yo mismo lo he tenido que sufrir— más de un guerrero herido por el brazo de Sigfrido. No permita Dios que él vuelva a mi reino.»
- 299 Mandaron entonces a la muchedumbre que dejara todo el camino el paso libre ante la hermosa Krimilda. Muchos bravos caballeros la acompañaron cortésmente hasta la iglesia. Luego quedó separado de ella el apuesto paladín.
- 300 Ahora entró ella en la catedral seguida de gran cortejo de damas. Tan noblemente ataviada iba la reina que vanos fueron los sentimientos de afecto que despertó su paso en más de uno. Muchos caballeros la escogieron como agradable blanco de sus miradas.
- 301 Apenas pudo esperar Sigfrido que acabaran de cantar la misa. Hubo de dar las gracias a su buena estrella, por ver tan

inclinada hacia él la que había conquistado su corazón: con razón sentía él hacia la hermosa un afecto entrañable.

- 302 Cuando ella salió de la catedral, como él había hecho antes, se invitó al valiente caballero a que volviera a su lado. Y fue sólo ahora cuando la adorable doncella le agradeció que hubiera luchado tan bravamente a la cabeza de sus parientes.
- 303 «Dios os dé buen galardón, señor Sigfrido», dijo la bellísima joven, «por haber merecido que luego los guerreros os tengan tan sincera lealtad como yo les he oído proclamar a sus labios.» Oyendo esto, él contempló con ternura a la hermosa señora.
- 304 «Yo les prestaré siempre servicio», habló entonces el caballero, «y no quiero que en tanto viva repose mi cabeza antes de cumplir su voluntad. Esto, mi señora Krimilda, lo hago para alcanzar vuestro favor.»
- 305 Día tras día, durante doce, pudo verse a la graciosa doncella junto al caballero, cada vez que ella se encaminaba a la corte a la cabeza de su séquito. Era ésta una atención que se tributaba al héroe por el afecto que le tenían.
- 306 Gran gozo y alegría hubo a diario. El alboroto que producían tantos valientes caballeros ante el palacio de Gunter se oía fuera y dentro. Ortwin y Hagen realizaron grandes maravillas.
- 307 Ellos, héroes corteses, estaban siempre dispuestos a tomar parte sin reservas en cuantas empresas acometiera cualquiera. Por esta causa se hicieron los dos famosos entre los forasteros y su comportamiento fue un timbre de gloria para el reino de Gunter.
- 308 A los que yacían heridos, se les vio dejar los lechos y llegar a la corte, pues querían disfrutar de las diversiones de los caballeros, validos de sus escudos, y arrojar lanzas. Muchos se prestaron a ayudarles.
- 309 Durante las fiestas el rey mandó que les regalaran con los mejores manjares. Gunter se veía libre de todas las asechan-

zas a que está expuesto un rey. Se le veía acercarse afablemente a sus invitados.

- 310 Díjoles: «Cumplidos caballeros; antes de partir, recibid mis presentes. Es empeño mío mostraros siempre mi gratitud. No despreciéis mis bienes, que quiero compartir con vosotros. Esto lo hago de muy buen grado.»
- 311 Los de Dinamarca dijeron entonces: «Antes de regresar a nuestro país queremos reconciliación eterna. Como caballeros nos es bien necesaria, pues a causa de vuestros guerreros hemos tenido que sufrir la muerte de muchos amigos queridos.»
- 312 Lúdegast ya estaba recobrado de sus heridas. El señor de Sajonia también había sanado después de la batalla. Algunos muertos iban a dejar en tierra de burgundos. Entonces fue el rey Gunter en busca de Sigfrido.
- 313 Dijo el rey al héroe: «Aconséjame qué debo hacer. Nuestros contrarios quieren partir mañana temprano y desean reconciliación eterna conmigo y mis vasallos. Dime, pues, caballero Sigfrido, qué te parece oportuno.
- 314 Lo que estos príncipes me ofrecen te lo voy a decir: si les dejo en libertad, están dispuestos a entregarme tanto oro como puedan cargar quinientas bestias.» Pero el poderoso Sigfrido replicó: «Eso no sería un acuerdo digno.
- 315 Debéis dejarlos partir libremente. Y para que estos caballeros en adelante se cuiden de no emprender incursiones hostiles contra vuestro reino, haced que os lo prometan solemnemente aquí.»
- 316 «Seguiré tu consejo», contestó el rey, y con esto partieron. A los enemigos se les hizo saber que nadie codiciaba el oro que habían ofrecido antes. Allá en la patria los amigos queridos echaban de menos a sus guerreros agotados por la campaña.
- 317 Se trajeron entonces muchos escudos llenos de tesoros. El rey los repartió sin tasa y con generosidad entre sus amigos,

unos quinientos marcos cada uno, alguno más. El valeroso Gernot así se lo había aconsejado a su hermano.

- 318 Cuando iban a partir, todos se despidieron. Viose entonces a los invitados ir ante Krimilda y a los aposentos donde vivía doña Ute, la reina. Jamás fueron despedidos unos caballeros más cortésmente.
- 319 Vacías se vieron sus posadas cuando ellos partieron. Quedaron en Worms el rey y sus nobles entregados a la vida cortesana. A diario se les veía ir a ver a la señora Krimilda.
- 320 Quiso tomar ahora licencia Sigfrido, el héroe cabal. No confiaba en alcanzar lo que su pensamiento deseaba. Oyó decir el rey que quería partir, pero el joven Giselher lo disuadió del viaje.
- 321 «¿Adónde queréis cabalgar ahora?, muy noble Sigfrido. Quedaos con estos caballeros, haced lo que os pido, al lado del rey Gunter y de sus hombres. Hay aquí muchas hermosas damas, que de buen grado os serán presentadas para que las tratéis.»
- 322 Habló ahora Sigfrido el fuerte: «Dejad ahí los caballos. Sí, yo quería partir, pero renuncio a ello. Llevaos también los escudos. Ciertamente, quería regresar a mi país, pero el señor Giselher, con leal amistad, me ha disuadido de ello.»
- 323 Así fue cómo el bravo paladín, por el afecto de sus amigos, permaneció en Worms. Sin duda no se hubiera encontrado tan bien en ningún otro país, pues así podía ver a diario a la hermosa Krimilda.
- 324 Su desusada belleza fue la causa de que el héroe se quedara allí. El tiempo se pasaba en frecuente esparcimiento, salvo que el amor era para él tortura y le daba honda congoja. Por este amor hubo de sufrir después el valiente una muerte lamentable.

CANTO VI

De cómo Gunter fue a Islandia para conquistar a Brunilda

- 325 Nuevas inesperadas llegaron hasta el Rin. Se decía que en tierra remota vivían muchas bellas mujeres. Entonces Gunter, el bravo y buen rey, decidió tomar una por esposa; con este proyecto cobró su ánimo gran entusiasmo.
- 326 Había una reina que vivía allende los mares. No se sabía que en parte alguna otra pudiera igualarla. Era de hermosura sin límites y su fuerza muy grande; la medía arrojando la lanza en pugna con los caballeros que la pretendían.
- 327 Lanzaba una piedra y detrás saltaba ella. Quien aspiraba a su amor había de ganar, sin fallo, tres pruebas a la linajuda señora. Si fracasaba en una, perdía la cabeza.
- 328 Combates así la doncella los había librado innumerables. De esto se enteró a orillas del Rin un apuesto caballero, que entonces tornó sus pensamientos a la hermosa mujer. Ello fue causa de que después perdiera la vida más de un héroe.
- 329 Dijo el señor del Rin: «Yo voy a bajar hasta el mar y luego llegaré hasta Brunilda, me pase lo que me pase. Estoy dispuesto a arriesgar mi vida por conseguir su amor y a perderla si ella no llega a ser mi esposa.»
- 330 «Yo quisiera disuadiros», habló entonces Sigfrido, «pues esta reina tiene una terrible costumbre y al que solicita su amor le sale caro. Por eso mejor os sería renunciar a tal viaje.»
- 331 «En ese caso, yo quisiera aconsejaros esto», dijo ahora Hagen, «pedid a Sigfrido que soporte con vos las terribles

penalidades: ése es mi consejo, ya que él conoce tan bien cuanto se refiere a Brunilda.»

- 332 Aquí dijo el rey: «¿Quieres ayudarme, noble Sigfrido, a conquistar a esa amable reina? Si tú haces lo que te pido, y ella, la digna de amor, llega a ser mi esposa, yo expondré por ti el honor y la vida.»
- 333 A esto contestó Sigfrido, el hijo de Sigmundo: «Si tú me das por esposa a tu hermana, la hermosa Krimilda, la noble reina, estoy dispuesto a hacerlo. Entonces ya no desearé recompensa alguna por mis fatigas.»
- 334 «Eso te lo prometo, Sigfrido», dijo ahora Gunter. «Estréchame la mano; si la bella Brunilda viene a este país, yo te daré por mujer a mi hermana. Entonces podrás vivir siempre feliz con la hermosa.»
- 335 De ello hicieron juramento solemne los dos nobles paladines. Por esta causa fueron luego tantas sus penalidades, antes de poder traer a aquella señora a Worms y por ello hubieron de arrostrar los muy valientes después grandes peligros.
- 336 Sigfrido tuvo que llevar consigo la capa que con fatigas había ganado, como héroe denodado, a un enano llamado Alberico. Los valientes y poderosos caballeros se prepararon para el viaje.
- 337 Cuando el fornido Sigfrido se ponía esta capa cobraba dentro de ella un notable vigor y su cuerpo alcanzaba la fuerza de doce hombres. Con sutiles artes conquistó después a la majestuosa señora.
- 338 Esta misma capa estaba además hecha de tal manera que quien se cubría con ella era capaz de hacer cuanto quería sin que nadie lo viera. Así es como Sigfrido ganó a Brunilda: ello fue la causa de los infortunios que le acaecieron.
- 339 «Dime ahora, bravo Sigfrido», antes de que empiece mi viaje, ¿acaso no debemos llevar guerreros para atravesar el mar y

llegar al país de Brunilda con todos los honores? Treinta mil hombres podrían reunirse pronto.»

340 «Por mucha tropa que llevemos», replicó Sigfrido, «las costumbres de ese reino son tan crueles, que todos habrían de morir, víctimas del orgullo de ella. Yo os propongo algo mejor, valiente y buen caballero.

341 Debemos avanzar Rin abajo, como caballeros andantes²⁴. Yo voy a decir quiénes vamos a ser: cuatro, contándome yo, que nos haremos a la mar. Así conquistaremos a la señora reina, suceda lo que suceda.

342 Yo seré uno de los compañeros, tú serás otro; el tercero será Hagen —espero que salgamos salvos— y el cuarto será Dankwart, el muy valeroso. Mil hombres no se atreverían nunca a presentarnos batalla.»

343 «Yo quisiera saber», dijo entonces el rey, «antes de partir hacia allí —ello sería para mi alegría— qué clase de ropas deberíamos vestir ante Brunilda, dignas de nuestra condición. Eso debes decírmelo.»

344 «Las mejores galas que jamás se hayan visto, eso es lo que se lleva siempre en el país de Brunilda. Por eso debemos vestir ante la reina vestidos lujosos, para no tener que avergonzarnos cuando se hable de nuestro viaje.»

345 Aquí habló Gunter, el buen caballero: «Entonces yo mismo iré a preguntar a mi querida madre si puede lograr que las bellas dueñas de su séquito ayuden a disponer galas que podamos vestir con honor cuando lleguemos ante la noble doncella.»

346 Hagen de Trónege habló entonces con noble compostura: «¿Para qué queréis que vuestra madre os preste semejante

²⁴ En el original *recken wise*, es decir, no como tropa organizada, sino a guisa o manera de caballeros. *Recke*, en el siglo XII, ya significa «caballero distinguido, paladín», pero antes designaba al que, desterrado, como el Cid, ofrecía solitario sus servicios a otros señores o guerreaba por su cuenta. La palabra se remonta a germ. *Wrakjan*, de donde procede fr. *garçon*; de éste, esp. *garzón*. Cfr. estrofa 223.

servicio? Haced saber a vuestra hermana lo que pensáis hacer y ella os servirá de excelente ayuda para el viaje que vais a hacer a la corte de la reina.»

347 Entonces anunció a su hermana que quería ir a verla, junto con el caballero Sigfrido. Antes de que llegaran ambos, la hermosa se había vestido a la perfección. La llegada de los muy valientes no fue para ella, en verdad, motivo de pena.

348 Las damas de su séquito estaban también ataviadas, como convenía a su condición. Cuando ella supo que venían ambos príncipes se levantó de su asiento y se adelantó cortésmente a recibir al muy noble huésped y a su propio hermano.

349 «Sean bienvenidos mi hermano y su compañero. Me gustaría saber», así habló la doncella, «qué deseáis, señores, cuando venís aquí a verme. Decidme, nobles caballeros, en qué puedo servirlos.»

350 Aquí habló el rey Gunter: «Señora, ahora os lo voy a decir: con todo nuestro júbilo, tenemos una gran preocupación. Es nuestra intención hacer un viaje a rendir homenaje a nobles damas, en un remoto y extraño país. Para este viaje serían menester lujosas galas.»

351 «Sentaos, entonces, mi querido hermano», dijo la hija del rey, «y explicadme quiénes son las damas cuyo amor pretendéis en otro reino.» La señora tomó de la mano a los dos preclaros caballeros.

352 Luego volvió a acomodarse, acompañada de ambos, donde estaba antes, sobre ricos almohadones, bordados, como es sabido, de hilo de oro, que formaba bellas figuras. Allí, al lado de las damas, gozaron de grata diversión.

353 Ahora pudieron él y ella cruzar a menudo miradas llenas de afecto y contemplarse dulcemente. Él la llevaba en su corazón; ella valía para él tanto como su propia vida. Más adelante la bella Krimilda iba a ser la esposa del esforzado Sigfrido.

- 354 Habló entonces el poderoso rey: «Querida hermana mía, sin tu ayuda no podrá realizarse lo que intentamos. Queremos ir, por nuestro gusto, al país de Brunilda: allí necesitaremos vestir prendas magníficas para poder presentarnos ante las damas.»
- 355 A esto contestó la doncella: «Muy amado hermano mío, yo quiero haceros confiar en que cuanto ayuda pueda daros, estoy dispuesta a prestarla, y si otros se negaran a hacerlo, lo lamentarían.
- 356 No vaciléis, nobles caballeros, en exponer vuestro deseo. No tenéis más que mandar, con la cortesía de vuestro estado. Cuanto de mí dependa, lo pondré a vuestra disposición y ello lo haré de muy buen grado.» Así habló la gentil doncella.
- 357 «Es nuestro deseo, hermana querida, llevar valiosas vestiduras. Esperamos que vuestras nobles manos ayuden a prepararlas: que las damas de vuestro séquito hagan que nos sienten bien, pues nada nos habrá de disuadir del viaje proyectado.»
- 358 Entonces habló la doncella: «Ahora prestadme atención: yo misma tengo sedas: haced que nos traigan en escudos piedras preciosas que nosotros engastaremos sobre los vestidos.» Gunter y Sigfrido se ofrecieron gustosos a cumplir su deseo.
- 359 «¿Quiénes son los compañeros», preguntó Krimilda, «que han de presentarse a la reina con vosotros vestidos de gala?» A esto dijo el rey: «Cuatro, en total, pues dos de mis hombres, Dankwart y Hagen, van a acompañarme a la corte.»
- 360 «Fijaos también, señora, en lo que os digo: los cuatro vamos a llevar durante cuatro días tres vestidos diferentes²⁵, de telas tan valiosas, que podamos partir del país de Brunilda sin desdoro.»
- 361 Con gentiles palabras se despidieron ahora los señores. Entonces la reina Krimilda hizo venir de sus aposentos trein-

²⁵ Es decir, cada caballero doce vestidos distintos.

ta damas de su séquito que tenían gusto y disposición para tal tarea.

- 362 En sedas de Arabia, blancas como la nieve, y en otras finas de Zazamanc²⁶ verdes como el trébol, bordaron ellas pedrerías y de allí salieron hermosos vestidos; Krimilda misma, la noble doncella, cortó las telas.
- 363 Cuantos forros bien fabricados pudieron reunir de pieles de extraños animales marinos y de aspecto exótico, los cubrieron ellas de sedas para que así las llevaran los caballeros. Y ahora oídmelas las grandes maravillas que os voy a contar de tan suntuosas galas.
- 364 Ellas tenían en abundancia las mejores sedas de tierras de Marruecos y Libia que jamás reuniera un linaje de reyes. Bien mostraba Krimilda que sentía hacia ellos gran afecto.
- 365 Como fuera tan alto el propósito del viaje, les pareció que las pieles de armiño no resultaban lo suficientemente valiosas. Así que cubrieron los vestidos con finísimos paños, negros como el carbón, que todavía hoy sentarían bien en los festejos a los héroes valientes.
- 366 Entre el oro de Arabia brillaban las piedras preciosas. El trajín de las señoras no era pequeño: al cabo de siete semanas ya habían preparado los atavíos; a la vez quedaban dispuestas las armas de los caballeros.
- 367 Mientras ellos se aprestaban, se les estaba construyendo en el Rin con todo esmero una robusta barca que había de llevarlos río abajo hasta el mar. Las nobles doncellas habían quedado doloridas de tanto trabajo.
- 368 Se avisó entonces a los caballeros que ya tenían dispuestos los lujosos vestidos que iban a llevar en su viaje, tales como los habían deseado. Ahora ya estaban acabados. Sabido esto, ellos ya no quisieron permanecer más a orillas del Rin.

²⁶ Lugar sin identificar. Puede ser nombre de ciudad o país oriental. ¿Samarcanda?

- 369 Un emisario fue enviado entonces en busca de los cuatro compañeros de armas por si éstos querían ver sus nuevas ropas y para ver si a los héroes les estaban muy largas o muy cortas. Pero la medida había sido justa y por ello dieron las gracias a las señoras.
- 370 Todas las gentes ante las cuales se presentaron tuvieron que reconocer que en este mundo no habían visto nada más hermoso. Por eso pudieron ellos con agrado llevar a la corte tales atavíos. Nadie podría haber hablado de mejores ropajes de caballeros.
- 371 No se escatimaron allí grandes muestras de gratitud. Luego los ufanos caballeros pidieron permiso para retirarse, haciéndolo con modales caballerescos. Los ojos claros de muchas damas se empañaron entonces y se humedecieron de lágrimas.
- 372 Dijo Krimilda: «Hermano muy querido, todavía podrías quedarte aquí y pretender la mano de otra dama —ello me parecería un buen acuerdo—, pues así no estaría vuestra vida en tan grave peligro. Aquí, sin ir tan lejos, podéis encontrar una dama de tan alto linaje.
- 373 Yo creo que a ellas les hizo saber el corazón lo que luego les iba a suceder. Todas se entregaron al llanto, fueran cuales fueran las palabras que les consolaran. El oro que adornaba sus pechos estaba empañado por las lágrimas que caían abundantes de los ojos.
- 374 Habló Krimilda: «Señor Sigfrido, permitidme que yo confíe a vuestra lealtad y benevolencia a mi querido hermano, para que nada le suceda en el país de Brunilda.» El muy esforzado estrechó entonces, en señal de juramento, la mano de Krimilda.
- 375 Y dijo el poderoso caballero: «Si conservo la vida, señora, estaréis libre de toda preocupación. Yo os lo devolveré, sano y salvo, aquí, en Worms. De ello podéis estar segura.» La hermosa joven le dio las gracias inclinando la cabeza.

- 376 Entonces les llevaron a la arena de la orilla los dorados escudos, así como todas las armaduras. Se mandó también que les trajeran los caballos. Así quedaron listos para la partida. Lágrimas abundantes se vieron ahora en los ojos de las hermosas dueñas.
- 377 De pie, asomadas a las ventanas, se veían gentiles jóvenes. Una ráfaga de viento, soplando la vela, empezó a mecer la barca. Los arrogantes compañeros de armas tomaron asiento en ella, sobre el Rin. Aquí habló el rey Gunter: «¿Quién va a ser el capitán de la nave?»
- 378 «Yo lo seré», contestó Sigfrido: «Sabed que yo puedo llevaros de aquí sobre las olas, héroes valientes. Conozco bien los derroteros que debemos tomar.» Alegres se despidieron entonces de tierra burgunda.
- 379 Pronto se hizo Sigfrido cargo de una buena barra de timón. El esforzado mancebo empezó con su empuje a separar la nave de la orilla. El propio Gunter, el valeroso, tomó un remo. Entonces se alejaron de tierra los animosos caballeros sin tacha.
- 380 Llevaban manjares escogidos y además vino de calidad, el mejor que se pudo encontrar por el Rin. Sus caballos tenían bella estampa y se hallaban bien acomodados. El barco se deslizaba suavemente. No les acaeció contratiempo alguno.
- 381 Soltaron entonces las fuertes jarcias que sujetaban las velas; veinte millas recorrieron antes de que llegara la noche, con la ayuda de un viento favorable que los llevaba río abajo hacia el mar. Más adelante grandes quebrantos habían de sufrir los arrogantes caballeros.
- 382 Después de doce jornadas, una mañana, según nos han contado, los vientos los habían llevado lejos, hasta cerca de Isenstein, en el país de Brunilda. Ninguno de ellos, excepto Sigfrido, lo conocía.
- 383 Cuando el rey Gunter contempló tantas fortalezas y tan extensos territorios, no tardó en exclamar: «Decidme, amigo

Sigfrido, ¿sabéis acaso de quién son esos castillos y este magnífico país?»

384 A esto respondió Sigfrido: «Bien lo sé. Ahí están las gentes y el reino de Brunilda y esa fortaleza es Isenstein, tal como me habéis oído hablar de ella. Todavía hoy podréis ver ahí muchas hermosas damas.

385 Ahora quiero daros un consejo y es que debéis ponerlos de acuerdo en lo que digáis; a mí me parece conveniente. Si hoy vamos a presentarnos a Brunilda, tendremos que estar prudentemente delante de ella.

386 Cuando veamos a la muy gentil rodeada de su séquito, vosotros, héroes famosos, debéis declarar todos a una que Gunter es mi señor y yo su vasallo; de esta suerte todo lo que él espera podrá realizarse.»

387 Ellos se mostraron dispuestos a cumplir cuanto él les hizo prometer. Ninguno, a pesar de su orgullo, se olvidó de hablar como quería Sigfrido; gracias a ello les fue a todos bien cuando el rey Gunter acudió a ver a la hermosa Brunilda.

388 «Ciertamente yo no me comprometo a esto tanto por afecto a ti como por amor a tu hermana, la hermosa doncella. Ella es para mí como mi propia alma y mi propia vida. De buen grado estoy dispuesto a hacer méritos para que sea mi mujer.»

CANTO VII

De cómo Gunter ganó a Brunilda

389 La nave entretanto se había acercado al castillo; entonces el rey divisó allí arriba en las ventanas muchas hermosas doncellas. Pena le dio a Gunter que le fueran desconocidas.

390 Preguntó entonces a Sigfrido, su compañero: «¿Conocéis acaso esas doncellas que están contemplando, desde allí arriba, cómo nos acercamos sobre las olas? Sea cual fuere su señor, se muestran con gran altivez.»

391 Contestó el señor Sigfrido: «Ahora contemplad en secreto las doncellas; luego me diréis cuál escogeríais entre ellas, si ello estuviera en vuestra mano.» «Así lo haré», replicó Gunter, el bravo y atrevido caballero.

392 «Bien, pues veo una allí, asomada a la ventana, que viste ropas tan blancas como la nieve: es tan agraciada que mi mirada la escoge por su hermosura. Si yo tuviera poder para ello, habría de ser mi esposa.»

393 «La luz de tus ojos ha elegido muy bien para ti. Esa hermosa doncella es la noble Brunilda, a la que aspiran tu corazón, tus pensamientos y tu ánimo.» Todo su porte le pareció agradable a Gunter.

394 Mandó entonces la reina retirarse de las ventanas a sus apuestas damas de compañía, pues pensaba que no debían mostrarse a la vista de los forasteros. Ellas siguieron su mandato. Lo que hicieron entonces las damas también nos lo han contado después.

395 Como iban a saludar a los extranjeros, se arreglaron según es costumbre entre damas finas. Luego se dirigieron a angostos

miradores desde donde contemplaban a los héroes: esto lo hacían por curiosidad.

- 396 No eran más que cuatro los que bajaron a tierra. Sigfrido el valeroso, llevando un caballo²⁷ de las riendas, lo dejó en la playa; esto lo vieron desde sus ventanas las gentiles dueñas. El rey Gunter, con esta deferencia, se sintió muy honrado.
- 397 Cogido por la brida tenía Sigfrido ahora el soberbio corcel, de buena estampa, muy grande y fuerte, hasta que el rey Gunter estuvo sentado en su silla. Así es como Sigfrido le rindió homenaje, pero luego Gunter bien lo olvidó.
- 398 Ahora sacó también del barco el caballo propio. Muy rara vez había prestado él antes un servicio semejante, sostenerle el estribo a un héroe. Esto lo contemplaron desde sus ventanas las hermosas y nobles dueñas.
- 399 Muy iguales eran los dos animosos héroes, con sus caballos y vestiduras de una blancura brillante como la nieve. Ambos coincidían en su exterior. Sus hermosos escudos desprendían destellos en las manos de tan apuestos caballeros.
- 400 Las sillas estaban recubiertas de pedrería, los petrales eran estrechos. Ellos avanzaban majestuosos ante el palacio de Brunilda. De los petrales colgaban cascabeles²⁸ de brillante oro rojo. Así llegaron a este país, tal como lo exigía su valor,
- 401 con los hierros de las lanzas recién afilados y con hermosas espadas, que colgaban hasta las espuelas de los arrogantes paladines. Anchas y cortantes eran las que portaban los muy valientes. Todo esto lo contemplaba Brunilda, la noble doncella.

²⁷ El de Gunter (véase más abajo). Esta muestra de vasallaje por parte de Sigfrido a la vista de las damas produce en el rey un sentimiento de satisfacción que se señala a continuación.

²⁸ En el texto no está claro de dónde colgaban los cascabeles, pero la costumbre de colgarlo del petral estaba muy extendida. Véase M. Pidal, *El Cantar de Mio Cid*, vol. II, v. s. *cascabeles*.

- 402 Con ellos²⁹ avanzaban Dankwart y Hagen. Hemos oído contar cómo estos guerreros llevaban ricas vestiduras de color negro como el del cuervo. Sus escudos eran bellos, grandes, fuertes y anchos.

- 403 Llevaban piedras preciosas de la India, que se veían centellear sobre sus ropajes según se movían los caballeros. Dejaron sin custodia su embarcación junto a la orilla. Y así cabalgaron hacia la fortaleza los cumplidos y valerosos héroes.

- 404 Dentro de ella vieron cómo se alzaban ochenta y seis torres, tres amplios palacios y una soberbia sala de nobles mármoles verdes como la hierba. En ésta se hallaba sentada Brunilda acompañada de su séquito.

- 405 Las puertas de la fortaleza estaban abiertas de par en par. Corrieron a su encuentro los hombres de Brunilda para recibir a los forasteros en el reino de su soberana. Los caballos de éstos fueron llevados a custodiar y los escudos tomados de sus brazos.

- 406 Dijo entonces un chambelán: «Debéis entregarnos las espadas, así como las brillantes armaduras.» «Esa petición no os será satisfecha», replicó Hagen de Trónege, «nosotros mismos las llevaremos». Pero entonces intervino Sigfrido para dar las explicaciones oportunas.

- 407 «Es costumbre de este castillo, quiero anunciaros, que ningún forastero lleve armas aquí. Así pues, permitid que se lleven las vuestras; eso será un buen acuerdo.» Hagen, el vasallo de Gunter, obedeció, aunque muy a su pesar.

- 408 Mandaron obsequiar con vino a los recién llegados y se les atendió debidamente. Se veía andar por doquier en la corte multitud de bravos caballeros vestidos de galas principescas. Sin embargo, era a los valientes extranjeros a quienes iban las miradas.

²⁹ Gunter y Sigfrido.

miradores desde donde contemplaban a los héroes: esto lo hacían por curiosidad.

- 396 No eran más que cuatro los que bajaron a tierra. Sigfrido el valeroso, llevando un caballo²⁷ de las riendas, lo dejó en la playa; esto lo vieron desde sus ventanas las gentiles dueñas. El rey Gunter, con esta deferencia, se sintió muy honrado.
- 397 Cogido por la brida tenía Sigfrido ahora el soberbio corcel, de buena estampa, muy grande y fuerte, hasta que el rey Gunter estuvo sentado en su silla. Así es como Sigfrido le rindió homenaje, pero luego Gunter bien lo olvidó.
- 398 Ahora sacó también del barco el caballo propio. Muy rara vez había prestado él antes un servicio semejante, sostenerle el estribo a un héroe. Esto lo contemplaron desde sus ventanas las hermosas y nobles dueñas.
- 399 Muy iguales eran los dos animosos héroes, con sus caballos y vestiduras de una blancura brillante como la nieve. Ambos coincidían en su exterior. Sus hermosos escudos desprendían destellos en las manos de tan apuestos caballeros.
- 400 Las sillas estaban recubiertas de pedrería, los petrales eran estrechos. Ellos avanzaban majestuosos ante el palacio de Brunilda. De los petrales colgaban cascabeles²⁸ de brillante oro rojo. Así llegaron a este país, tal como lo exigía su valor,
- 401 con los hierros de las lanzas recién afilados y con hermosas espadas, que colgaban hasta las espuelas de los arrogantes paladines. Anchas y cortantes eran las que portaban los muy valientes. Todo esto lo contemplaba Brunilda, la noble doncella.

²⁷ El de Gunter (véase más abajo). Esta muestra de vasallaje por parte de Sigfrido a la vista de las damas produce en el rey un sentimiento de satisfacción que se señala a continuación.

²⁸ En el texto no está claro de dónde colgaban los cascabeles, pero la costumbre de colgarlo del petral estaba muy extendida. Véase M. Pidal, *El Cantar de Mio Cid*, vol. II, v. s. *cascaueles*.

402 Con ellos²⁹ avanzaban Dankwart y Hagen. Hemos oído contar cómo estos guerreros llevaban ricas vestiduras de color negro como el del cuervo. Sus escudos eran bellos, grandes, fuertes y anchos.

403 Llevaban piedras preciosas de la India, que se veían centellear sobre sus ropajes según se movían los caballeros. Dejaron sin custodia su embarcación junto a la orilla. Y así cabalgaron hacia la fortaleza los cumplidos y valerosos héroes.

404 Dentro de ella vieron cómo se alzaban ochenta y seis torres, tres amplios palacios y una soberbia sala de nobles mármoles verdes como la hierba. En ésta se hallaba sentada Brunilda acompañada de su séquito.

405 Las puertas de la fortaleza estaban abiertas de par en par. Corrieron a su encuentro los hombres de Brunilda para recibir a los forasteros en el reino de su soberana. Los caballos de éstos fueron llevados a custodiar y los escudos tomados de sus brazos.

406 Dijo entonces un chambelán: «Debéis entregarnos las espadas, así como las brillantes armaduras.» «Esa petición no os será satisfecha», replicó Hagen de Trónege, «nosotros mismos las llevaremos». Pero entonces intervino Sigfrido para dar las explicaciones oportunas.

407 «Es costumbre de este castillo, quiero anunciaros, que ningún forastero lleve armas aquí. Así pues, permitid que se lleven las vuestras; eso será un buen acuerdo.» Hagen, el vasallo de Gunter, obedeció, aunque muy a su pesar.

408 Mandaron obsequiar con vino a los recién llegados y se les atendió debidamente. Se veía andar por doquier en la corte multitud de bravos caballeros vestidos de galas principescas. Sin embargo, era a los valientes extranjeros a quienes iban las miradas.

²⁹ Gunter y Sigfrido.

- 409 Entonces se le anunció a la reina Brunilda la nueva de que habían llegado bogando sobre las olas caballeros desconocidos en magníficas vestiduras. La hermosa y noble reina empezó ahora a preguntar sobre ellos.
- 410 «Me gustaría oír», habló la reina, «quiénes pueden ser estos caballeros tan desconocidos que se han presentado tan magníficos en mi castillo y a causa de quién han venido hasta aquí».
- 411 Dijo entonces uno de su séquito: «Señora, yo os puedo asegurar que no he visto jamás a ninguno de ellos, a no ser uno que se parece a Sigfrido. A éste debéis acogerlo bien; ése es mi consejo sincero».
- 412 El segundo del grupo es muy digno de alabanza, él podría bien ser un rey poderoso, señor de extensos principados, si tuviera poder para ello y hubiera de conservarlos. Junto a los otros se ve qué porte majestuoso tiene.
- 413 El tercero de los compañeros ¡qué aspecto tan fiero le dan —y, sin embargo, noble reina, qué gallarda apostura— las furiosas miradas que lanza tan a menudo! Yo sospecho que él es de carácter y genio terribles.
- 414 El más joven de ellos merece ser alabado: yo veo al doncel colmado de virtudes juveniles y de noble compostura, digno de todo afecto. Pero todos tendríamos que temer si alguien de aquí le hubiera hecho algo.
- 415 Por afables que sean sus modales y gallarda su persona, él será capaz de llevar el llanto a muy gentiles dueñas³⁰ cuando provoquen su cólera. Por su aspecto se ve que él tiene todas las virtudes de un caballero valeroso e intrépido».
- 416 Habló entonces la reina: «Traed mis galas. Si el esforzado Sigfrido ha venido a estas tierras a causa de mi amor, en ello le va la vida. Yo no le temo tanto que esté dispuesta a ser su mujer sin más».

³⁰ Es decir, de matar a sus deudos y amigos.

- 417 La hermosa Brunilda pronto estuvo bellamente ataviada. Ella avanzó entonces en compañía de un numeroso cortejo de agraciadas damas, acaso ciento o más, bien adornadas. Las gentiles dueñas querían ver a los forasteros.
- 418 Con ellas iban caballeros de Islandia, guerreros de Brunilda, empuñando las espadas: eran más de quinientos. Esto no agradó a los cuatro extranjeros, que se alzaron, valientes y altaneros, de sus asientos.
- 419 Entonces vio la reina a Sigfrido. Os gustaría oír lo que le dijo la doncella: «Sed bienvenido, Sigfrido, a este país. ¿Qué pretendéis con vuestro viaje? Me agradaría saberlo».
- 420 «Es un gran favor el que me dispensáis, mi señora Brunilda, al dignaros saludarme, augusta princesa, antes que al noble caballero que me precede, pues es mi señor. A tal honor renuncio yo de buen grado».
- 421 Viene él del Rin, en cuyas tierras nació. ¿Qué más he de decirte? Por el amor que en ti busca hemos venido hasta aquí. Él aspira a ganarlo, le pase lo que le pase. Así, pues, piénsalo a tiempo, ya que mi señor no va a desistir de ello.
- 422 Se llama Gunter y es un noble soberano. Si conquista tu amor, ya no le quedará nada que desear. Este apuesto caballero es el que me mandó venir a este país. Si hubiera estado en mi mano el negarme lo habría hecho con mucho gusto».
- 423 Ella dijo: «Siendo él tu señor y tú su vasallo, sabed que si él se atreve a disputar las pruebas a que yo le reto y sale de ellas vencedor, será su esposa; pero si yo alcanzo la victoria, os irá a todos en ello la vida».
- 424 Aquí habló Hagen de Trónege: «Señora, permitidnos conocer esas arriesgadas pruebas. Para que tenga que rendirse ante vos Gunter, mi señor, mal habría de irle. Él bien confía en poder conquistar el amor de una tan hermosa doncella como sois vos».

- 425 «La piedra tendrá que arrojar y luego saltar detrás de ella. Después se medirá conmigo arrojando la lanza. No os precipitéis demasiado; podéis bien perder el honor y la vida. Meditadlo bien.» Así habló la bellísima mujer.
- 426 Sigfrido el muy valiente se acercó entonces al rey y le pidió que declarara a la reina su firme intención de vencerla y a él le dijo que no tuviera miedo. «Yo me encargo de protegeros bien de ella con mis artes.»
- 427 Habló ahora el rey Gunter: «Augusta reina, decidme ahora qué es lo que disponéis. Aunque fuera ello mucho más, yo superaría todo por alcanzar vuestro amor y estoy dispuesto a perder la vida si no llegáis a ser mi esposa.»
- 428 Cuando la reina oyó sus palabras, mandó que apresuraran la competición, pues a ella le convenía entonces. Hizo que le trajeran para las pruebas buena armadura: coraza³¹ de oro rojo y un escudo de buena calidad.
- 429 Vistióse la doncella un jubón hecho de seda³² que nunca en lid alguna había atravesado un arma. La tela había venido de Libia. Era una prenda primorosa: en ella se veían brillar cintas de adorno recamadas en oro.
- 430 Entretanto, la jactancia de la gente lanzaba sobre los guerreros burgundos abundantes amenazas. Dankwart y Hagen estaban preocupados y con ánimo acongojado, por lo que pudiera suceder al rey. Así pensaban: «Este viaje nuestro va a resultarnos caro.»
- 431 El gallardo Sigfrido, mientras, y antes de que nadie se percatara, había ido a la nave a buscar la capa mágica que allí tenía escondida. Pronto se cubrió con ella y quedó invisible a todos.

³¹ En el texto: *brünne* que corresponde formalmente a la *brunia*, de cuero, francesa de la Edad Media o las *brunias* mencionadas en un documento latino de España. Véase M. Pidal, *Cantar*, II, s. v. *loriga*.

³² En el texto: *wafenhemde siden*, es decir, «camisa de armas, de seda», que parece corresponder, por la función, más al *velmeiz* español que a la camisa.

- 432 Volvió de prisa adonde estaba antes: entonces encontró multitud de guerreros en el sitio que la reina había dispuesto para el difícil duelo. Allí se dirigió en secreto —por sus artes mágicas—, de suerte que de cuantos allí estaban ninguno fue capaz de verlo.
- 433 La liza estaba señalada con lindes. En ella iba a tener lugar la competición ante muchos bravos guerreros, que iban a presenciaria. Más de setecientos se veían allí llevando sus armas. Estos héroes eran los que iban a decir a quién correspondía la victoria.
- 434 Brunilda ya había llegado: aparecía armada como si hubiera de luchar por dominar todos los reinos. Encima de sus sedas llevaba muchos colgantes de oro. La lozanía de su tez destacaba magnífica de su atuendo.
- 435 Llegó entonces su séquito. Llevaban los caballeros un escudo de gran tamaño de oro rojo, y abrazaderas fuertes como el acero. Protegida con este escudo es como iba a realizar las pruebas la hermosa doncella.
- 436 La embrasadura de su escudo era de rico orifrén y llevaba incrustada pedrería verde como la hierba, cuyos reflejos variados trataban de emular en brillo a los del oro. Muy valeroso tenía que ser quien se ganara el afecto de aquella mujer.
- 437 El escudo que iba a abrazar la doncella tenía bajo la bloca³³, según nos han contado, sus tres palmos de espesor. Sus abundantes guarniciones de acero y oro lo hacían tan pesado que el chambelán de la reina y tres hombres más apenas podían llevarlo.
- 438 Cuando el esforzado Hagen, el héroe de Trónege, los vio avanzar con el escudo, exclamó con ánimo sombrío: «¿Adónde hemos venido a parar, rey Gunter? ¿Qué les espera a nuestras vidas? Ésa cuyo amor pretendéis es la esposa del demonio.»

³³ Véase nota a la estrofa 36. Aquí es inevitable usar el arcaísmo bloca.

- 439 Pero dejadme que os siga hablando del atuendo de la reina, que era muy variado. Sobre la coraza llevaba una cota de armas, noble y valiosa, de seda de Azagonc³⁴. Destacándose sobre el color de la seda, se expandían de la reina los destellos de muchas piedras preciosas.
- 440 Trajeron entonces para la reina una afilada jabalina larga y pesada, que ella solía arrojar. Era recia y enorme, ancha y grande y sus dos filos eran tremendamente cortantes³⁵.
- 441 Del peso de la lanza oiréis decir cosas increíbles. Tres medidas y media de metal³⁶ se habían gastado para hacerla. Apenas podrían llevarla tres hombres de Brunilda. El noble rey Gunter comenzó a afligirse seriamente.
- 442 Pensaba él para sí: «¿Qué va a suceder aquí? ¿Cómo podría salir bien librado de esto el propio diablo de los infiernos? Si yo estuviese en Burgundia sano y salvo, bien podría quedarse ella aquí para largo, libre de mis requerimientos amorosos.»
- 443 Habló entonces el valeroso Dankwart, hermano de Hagen: «En el fondo del alma me arrepiento de este viaje de corte a corte. Siempre nos habían llamado héroes hasta hoy, pero ¿qué clase de mísera muerte nos aguarda si ahora en estas tierras nos van a quitar la vida las mujeres?»
- 444 Muy hondamente me pesa el haber venido a este país. Pero si mi hermano Hagen tuviera en su poder la espada y yo también la mía, entonces andarían más comedidos los hombres de Brunilda.
- 445 Tened muy por seguro, que templarían su arrogancia. Y si yo hubiese jurado mil veces no quebrantar la paz, esa bellísima moza perdería la vida a mis manos antes que ver yo morir a mi amado señor.»

³⁴ País oriental sin identificar.

³⁵ Véase nota a la estrofa 73.

³⁶ La equivalencia de estas medidas nos es desconocida.

- 446 «Podríamos salir de este país, sin duda, antes de que nos apresaran», habló entonces su hermano Hagen, «si tuviéramos las armaduras que se necesitan en combate, así como nuestras excelentes espadas; entonces se moderaría la arrogancia de esta formidable mujer.»
- 447 Bien oyó la noble reina lo que dijo el guerrero. Con semblante sonriente le miró por encima de los hombros y habló: «Ya que él se cree tan bravo, traedles a estos caballeros sus armaduras: poned también las afiladas armas en sus manos.»
- 448 Cuando recobraron las espadas, como la moza había mandado, el muy valiente Dankwart se sonrojó de alegría: «Ahora, que pongan las pruebas que quieran», dijo el animoso caballero: «Gunter quedará invicto, pues tenemos nuestras armas.»
- 449 La fuerza de Brunilda se reveló ahora como descomunal. Trajéronle a la liza una pesada piedra, gruesa, desmesurada, grande y redonda. Doce héroes valientes y forzudos apenas podían llevarla.
- 450 Esta piedra solía lanzarla a menudo, cuando había arrojado la lanza. La inquietud de los burgundos creció ahora mucho. «Malhaya», exclamó Hagen. «¿Qué mujer ha escogido el rey por amada! ¡En verdad que podía ser muy bien la novia del enemigo malo en los infiernos!»
- 451 Ella se arremangó ahora mostrando sus blancos brazos, luego empezó por embrazar el escudo, la lanza empuñada la puso enhiesta; La lucha comenzaba. Gunter y Sigfrido temían ahora la furia de Brunilda.
- 452 Si no hubiera acudido Sigfrido en su ayuda, ella le habría arrebatado la vida al rey. A éste se acercó en secreto el héroe y le tocó la mano. Gunter se percató con gran desazón de sus artes mágicas.
- 453 «¿Qué es lo que me ha tocado?», pensó el valeroso caballero. Entonces miró por todas partes, pero no vio a nadie. El otro

dijo: «Soy Sigfrido, tu amigo bien amado. No tengas temor delante de la reina.

- 454 Entrégame el escudo y déjame llevarlo. Ahora presta mucha atención a lo que me oigas decir. Tú harás los movimientos; de las obras me encargo yo.» Cuando el rey reconoció a Sigfrido, sintió gran alegría.
- 455 «Ahora no descubras mis artes ni se las reveles a nadie. Así, muy poco podrá alcanzar la reina a tu costa de la gloria en que, sin embargo, tiene puesta su voluntad. Ahí tienes ante ti a la mujer; mira cuán llena de confianza se presenta.»
- 456 Entonces, con brazo vigoroso, arrojó su lanza la magnífica moza contra el escudo nuevo, grande y ancho que tenía en su mano el hijo de Siglinda. Chispas de fuego saltaron del acero, como llevadas por el viento.
- 457 El potente hierro de la lanza atravesó el escudo de parte a parte de tal guisa que se vieron saltar también chispas de los anillos de la loriga. El golpe hizo tambalearse a los robustos caballeros. Si no hubiera sido por la capa mágica, los dos habrían quedado allí muertos.
- 458 Al valeroso Sigfrido se le escapó sangre de la boca. Pero pronto saltó de nuevo a su sitio. Entonces asió el héroe cabal la lanza con la que la reina había atravesado su escudo y se dispuso a arrojarla hacia ella con su poderoso brazo.
- 459 Pensó el héroe: «Yo no quiero herir de muerte a la hermosa doncella.» Tomó entonces la lanza con el hierro hacia atrás; luego la arrojó con su potente mano, el asta por delante, contra la armadura de la reina. El golpe se oyó retumbar fuertemente.
- 460 Saltaron centellas de los anillos de la malla como polvo empujado por el viento. El hijo de Sigmundo había tirado su arma con brío y ella no pudo, con toda su fuerza, resistir el golpe. Ciertamente, el rey Gunter no habría sido capaz nunca de hacer esto.

461 ¡Qué rauda se puso en pie la hermosa Brunilda! «Gunter, noble caballero, os felicito por el golpe.» Ella pensaba que lo había logrado sólo con su fuerza, pero es que se había deslizado furtivamente un hombre mucho más poderoso.

462 Muy pronto avanzó la reina: su ánimo era colérico. Levantó la piedra muy en alto la noble y fuerte moza. Luego la arrojó vigorosamente a gran distancia y entonces dio un salto hacia ella. Toda su armadura resonó.

463 La piedra había caído a unas doce brazas³⁷ de allí. Con su salto la bella doncella había superado la distancia. Entonces se dirigió el señor Sigfrido adonde había caído la piedra. Allí Gunter hizo el ademán de lanzarla, pero fue el héroe quien la arrojó.

464 Sigfrido era valiente, de gran fuerza y estatura. Él lanzó la piedra más lejos que la reina y además dio un salto mayor. Gracias a sus prodigiosas artes, tenía tanta fuerza que podía además llevar consigo en el salto al rey Gunter.

465 El salto estaba cumplido, la piedra yacía en el suelo. Allí no se veía a nadie a no ser Gunter el caballero. La hermosa Brunilda estaba roja de ira. Sigfrido había alejado a la muerte del rey Gunter.

466 Vuelta hacia su séquito, dijo ella a grandes voces, al ver al extremo de la liza sano y salvo al héroe: «Acercaos pronto aquí parientes y vasallos míos; todos debéis hacer acto de sumisión al rey Gunter.»

467 Entonces depusieron las armas los muy valientes guerreros y se pusieron de hinojos ante el poderoso Gunter, rey de los burgundos, en señal de vasallaje. Creían que él había rendido las pruebas con sus propias fuerzas.

468 Él saludó amablemente; no en vano estaba finamente educado en la corte. Entonces lo tomó de la mano la gentil donce-

³⁷ La medida mencionada en el texto, Klafter, como la braza española, originalmente equivale a la distancia entre los extremos de las manos con los brazos extendidos. Como unidad de medida, según el *DRAE*, es igual a dos varas (1,67 m.).

lla. Ella le dio autoridad para mandar en aquel país. Mucho se alegró de ello Hagen, el bravo y audaz guerrero.

- 469 Brunilda pidió al noble caballero que entrara con ella en el espacioso palacio. Cuando estuvieron dentro, se les dispensó a los guerreros todo género de atenciones. Dankwart y Hagen tuvieron ahora que olvidar su cólera.
- 470 El animoso Sigfrido mostróse ahora hartó precavido. Una vez más tomó su capa mágica para llevarla a guardar. Luego volvió adonde estaban las damas reunidas. Dijo al rey, hablando con gran prudencia:
- 471 «A qué esperáis, señor? ¿Cuándo comenzáis las muchas pruebas que la reina os propone? Hacednos ver cuanto antes cómo se realizan.» Como si no supiese nada de ello, así se conducía el astuto caballero.
- 472 Habló entonces así la reina: «¿Cómo puede ocurrir, señor Sigfrido, que no hayáis visto las pruebas que aquí ha realizado victoriosamente el brazo de Gunter?» A esto respondió Hagen, el guerrero de Burgundia.
- 473 Dijo: «Señora, verdaderamente nos habéis preocupado. Cerca de nuestra nave ha permanecido Sigfrido, el cabal caballero, mientras el señor del Rin os arrancaba la victoria en la liza; por eso no sabe lo ocurrido.» Así habló el vasallo de Gunter.
- 474 «Albricias por la noticia», exclamó Sigfrido, el paladín, «de que vuestra altanería ha quedado doblegada. Hay, pues, alguien que puede dominaros. Ahora, noble doncella, deberéis partir de aquí y seguirnos a las tierras del Rin.»
- 475 Habló aquí la hermosa: «Eso no puede suceder ahora, pues antes tienen que enterarse de ello mis deudos y vasallos. Ciertamente, yo no puedo abandonar mi reino tan fácilmente. Es menester que sean convocados primero mis mejores amigos.»
- 476 Envió entonces a todas partes mensajeros a caballo. Mandaba que acudieran sus amigos, parientes y vasallos. Pedía que

se presentaran sin demora en Isenstein y ordenó que se les dieran a todos valiosas y magníficas vestiduras.

- 477 Desde el alba hasta el atardecer cabalaron día tras día, agrupados en mesnadas, hacia el castillo de Brunilda. «¡Santo Dios!, ¿qué hemos hecho?», exclamó Hagen. «Grave peligro nos acecha de parte de los hombres de la bella Brunilda.»
- 478 Si ellos con toda su potencia guerrera vienen ahora aquí —los designios de la reina los desconocemos, pero, ¿qué pasaría si su cólera le empuja a decidir nuestra muerte?—, entonces la noble doncella habrá nacido para nuestra gran desgracia³⁸.
- 479 Habló ahora el esforzado Sigfrido: «Yo me encargaré de impedirlo; no voy a dejar pasar lo que teméis. Iré a buscaros ayuda que nos acuda en esta tierra, y serán guerreros escogidos de los que jamás tuvisteis noticia.
- 480 No debéis hacer preguntas acerca de mí; yo voy a partir. Espero que Dios vele por nuestro honor entretanto. Volveré pronto y os traeré mil hombres entre los mejores guerreros que jamás pude encontrar.»
- 481 «No tardéis demasiado en volver», dijo entonces el rey. «Naturalmente nos alegramos de vuestra ayuda.» Replicó Sigfrido: «Dentro de pocos días estaré de vuelta con vosotros. A Brunilda debéis decirle que sois vos quien me habéis enviado.»

³⁸ Una traducción más libre hubiera aconsejado «Mal haya el día en que nació, para nuestra desgracia», pero se habría perdido el curioso razonamiento del original.

CANTO VIII

De cómo Sigfrido fue en busca de sus guerreros

- 482 Envuelto en su capa mágica, fue entonces Sigfrido a la puerta de la fortaleza que daba a la playa. Allí encontró una barca. A ella subió en secreto el hijo de Siglinda. Luego se alejó rápido de allí como si lo llevara el viento.
- 483 Nadie veía al piloto, pero la barca avanzaba rauda, impulsada por la fuerza de Sigfrido, que era muy grande. Uno se imaginaba que era llevada por un viento huracanado, pero no, era el hijo de la hermosa Siglinda.
- 484 El resto de aquel día y la noche siguiente navegó hasta llegar, tras mucho esfuerzo, a un país que distaba unas cien millas e incluso más. Llamábase la tierra de los nibelungos y en ella estaba el gran tesoro que poseía Sigfrido.
- 485 El héroe, solo, atracó a una isla muy vasta y pronto amarró la barca el animoso caballero. Se encaminó luego a un monte, donde se alzaba un castillo, y allí buscó albergue como hacen los caminantes cansados.
- 486 Así llegó a la puerta, que se hallaba cerrada, pues los ocupantes eran de los que cumplían con honor su deber, como todavía hoy se hace. El caballero desconocido empezó a golpear la puerta, que estaba bien guardada, pues él descubrió en la parte interior
- 487 un enorme gigante que custodiaba el castillo. A su lado, en todo momento, tenía las armas. Él preguntó: «¿Quién es el que golpea tan violentamente la puerta?» Entonces Sigfrido, que seguía ante la puerta, cambió la voz.

- 488 Dijo: «Soy un caballero andante; ábreme la puerta. Soy capaz de hacer montar en cólera, aquí delante y desde hoy mismo, a más de uno a quien le gustaría estar tumbado y cómodo.» El portero se irritó mucho cuando dijo esto el señor Sigfrido.
- 489 Pronto había vestido su armadura el bravo gigante y puesto el yelmo sobre la testa. Este formidable gigante embrazó presto el escudo e hizo girar el portalón sobre sus goznes. ¡Con qué tremenda furia se lanzó entonces contra Sigfrido!
- 490 Ahora exclamó: «¿Cómo te atreves tú a despertar a tantos bravos guerreros?» Con esto su brazo empezó rápido a repartir golpes y el soberbio forastero a protegerse, pero el gigantesco portero consiguió luego hacer saltar las guarniciones de su escudo
- 491 con una barra de hierro, poniendo así al héroe en gran apuro. Mucho temió entonces Sigfrido a la muerte, al ver los descomunales golpes del portero, pero éste, gracias al celo demostrado, se ganó el aprecio de Sigfrido, su señor.
- 492 Tan violenta fue la lucha, que retumbaba todo el castillo. Entonces oyeron el estruendo en la gran sala del rey Nibelungo. Sigfrido dominó al gigante y luego lo ató. De este lance se enteraron en todo el país de los nibelungos.
- 493 El fragor del terrible combate lo oyó más allá de los montes Alberico, el muy valiente. Era un feroz enano, que tomó en seguida las armas y acudió corriendo adonde estaba el noble extranjero atando fuertemente al gigante.
- 494 Alberico estaba muy furioso y su fuerza era grande. Protegían su cuerpo un yelmo y cota de mallas y llevaba en la mano un grande y pesado látigo de oro. Con gran violencia se lanzó él entonces contra Sigfrido.
- 495 Siete pesadas bolas colgaban del látigo. Con ellas golpeó el escudo del animoso caballero tan duramente que le hizo un enorme destrozo. Mucho temió entonces por su vida el animoso extranjero.

- 496 Al ver destrozado el escudo lo arrojó de sus manos. Luego envainó la espada, un arma larga. No quería matar de un tajo a quien guardaba un tesoro: en esto obraba según su buena crianza, haciendo lo que su honor exigía de él.
- 497 Con sus brazos vigorosos se arrojó sobre Alberico y agarró entonces por las barbas a este viejo canoso tirando violentamente de él, de suerte que daba grandes alaridos. Los tiros del joven héroe causaron gran dolor a Alberico.
- 498 Gritaba el atrevido a grandes gritos: «Perdonadme la vida. Si yo pudiera ser vasallo de alguien que no fuera el caballero al que juré solemnemente sumisión, sería vuestro siervo antes que morir», dijo el astuto hombrecillo.
- 499 Sigfrido ató ahora también a Alberico, como antes había hecho con el gigante. La enorme fuerza del héroe le produjo gran dolor. Entonces preguntó el enano: «¿Cómo os llamáis?» Replicó aquél: «Me llamo Sigfrido. Yo creía que me conocíais bien.»
- 500 «Muy grata es para mí esa noticia», habló Alberico el enano. «Ahora he comprobado yo mismo qué hazañas heroicas hacen de vos con razón señor de este país. Yo haré lo que me mandéis para así conservar la vida.»
- 501 Dijo entonces el señor Sigfrido: «Partid en seguida y traedme de entre los mejores guerreros que tenemos mil nibelungos que habrán de presentarse aquí ante mí.» Nadie le oyó declarar el porqué de esta demanda.
- 502 Luego soltó las ataduras del gigante y de Alberico. Éste corrió en seguida en busca de los guerreros. Lleno de preocupación despertó a los nibelungos y les dijo: «En pie, guerreros, tenéis que presentaros a Sigfrido.»
- 503 Ellos saltaron de sus lechos y pronto estuvieron preparados. Mil decididos caballeros se vistieron de buenos ropajes, luego se dirigieron adonde estaba Sigfrido: allí le saludaron donosamente con palabras y ademanes.

- 504 Muchas velas se encendieron; luego le escanciaron ponche. Sigfrido dio las gracias a todos por haber venido tan pronto. Luego les dijo: «Tenéis que acompañarme al otro lado del mar.» A esto se declararon muy dispuestos los animosos y leales guerreros.
- 505 Unos tres mil caballeros habían acudido corriendo. De ellos fueron escogidos entonces mil de los mejores. Les trajeron los yelmos y el resto de las armaduras, pues él quería llevarlos al reino de Brunilda.
- 506 Dijo Sigfrido: «Leales caballeros, quiero deciros una cosa, y es que allí, en la corte, debéis llevar ricas vestiduras, porque en ella han de vernos multitud de gentiles dueñas. Por ello es menester que adornéis vuestras personas con buenos atavíos.»
- 507 Una mañana temprano se pusieron en camino. ¡Dios, qué valientes compañeros había ganado Sigfrido! Buenos caballos llevaban y también soberbias armaduras y llegaron con toda magnificencia al país de Brunilda.
- 508 De pie en las almenas veíanse hermosas jóvenes. Dijo entonces la reina: «Sabe alguien quiénes son los que veo navegar en lontananza? Magníficas son las velas que traen, aun más blancas que la nieve.»
- 509 Contestó el rey del Rin: «Son mis hombres, que cuando vine los dejé esperando cerca de aquí. Los he mandado llamar: helos aquí, señora, ahora vienen.» Con esto creció grandemente el prestigio de los extranjeros.
- 510 Viose entonces a Sigfrido de pie a la proa de una nave, magníficamente vestido; a su lado muchos bravos caballeros. Entonces habló la reina a Gunter: «Señor, decidme si debo recibir cortésmente a estos extranjeros o, por el contrario, no prestarles atención.»
- 511 Contestó Gunter: «Debéis salir a su encuentro y recibirlos ante el palacio, para que ellos noten claramente que los acogemos

con agrado. La reina hizo como le aconsejó el rey, pero no saludó a Sigfrido de tan buen grado como a los demás.

- 512 Preparáronles albergue y les guardaron sus armaduras. Tantos eran los extranjeros llegados al país que por todas partes se apiñaban en masa. Los muy bravos burgundos desearon entonces regresar a su patria.
- 513 Dijo entonces la reina: «Yo le guardaría gratitud a quien supiera repartir entre mis huéspedes y los del rey la plata y el oro de que dispongo en abundancia.» Aquí habló Dankwart, el vasallo del bravo Giselher.
- 514 «Muy noble reina, permitid que me encargue de las llaves. Creo que sabré distribuir de manera que cualquier deshonor que pueda causar un mal reparto recaiga sobre mí.» Luego demostró claramente que era generoso.
- 515 Cuando el hermano de Hagen se hubo hecho cargo de las llaves, la mano del héroe prodigó ricos regalos. A todo el que sólo quería un marco le dieron tanto que cualquier pobre pudo vivir felizmente después.
- 516 Las dádivas de cien libras fueron innumerables. Muchos eran los que, magníficamente ataviados, se veían bullir delante del palacio, gentes que jamás habían llevado antes tan lujosas vestiduras. Cuando se enteró la reina, tuvo de ello gran pesadumbre.
- 517 Dijo entonces la augusta señora a Gunter: «Señor, yo renunciaría a que vuestro chambelán me deje despojada de todas las ropas que poseo; él está derrochando todo mi oro. Quedaría eternamente agradecida al que se lo impidiese.
- 518 Está repartiendo tan ricos obsequios como si pensara que yo he llamado a la muerte. Espero todavía vivir muchos años y creo que puedo derrochar yo misma lo que me dejó mi padre.» Jamás reina alguna tuvo un tesorero tan generoso.
- 519 Dijo entonces Hagen de Trônege: «Señora, menester es decir que el rey del Rin tiene tanto oro y vestidos para regalar

que nos podemos permitir no llevar de aquí ninguna de vuestras vestiduras.»

- 520 «No», replicó la reina, «si queréis otorgarme un placer, dejadme colmar de oro y sedas veinte arcas de viaje que mi mano ha de repartir cuando lleguemos a la tierra de Gunter.»
- 521 De piedras preciosas fueron cargadas las arcas. Los propios chambelanes de la reina hubieron de estar presentes en ello, pues ella no quería confiárselas al vasallo de Giselher. Gunter y Hagen no pudieron menos de reírse.
- 522 Dijo ahora la reina: «¿A quién dejaré yo mi reino? Conviene que antes de partir vos y yo lo encomendemos a alguien.» Habló entonces el noble rey: «Mandad venir aquí a quien os agrade para el cargo y lo nombraremos gobernador.»
- 523 La reina vio cerca de sí a uno de sus más nobles parientes, hermano de su madre. A él habló la joven dueña: «Permitid que os encomiende mis ciudades y las tierras de mi reino hasta que rija aquí como soberano el rey Gunter.»
- 524 Escogió luego de entre sus tropas dos mil hombres que habían de acompañarla después a tierra burgunda, aparte de aquellos mil caballeros venidos del país nibelungo. Todos se aprestaron para el viaje; se les veía cabalgar camino de la playa.
- 525 Llevaba ella consigo ochenta y seis damas, además de unas cien doncellas, todas de gran hermosura. No quisieron demorarse más; todos querían partir en seguida. De los que se quedaban en la patria, ¡cuántos prorrumpieron en llanto!
- 526 Con noble señorío abandonó ella su reino. Besó a sus amigos más entrañables, que se hallaban cerca de ella. Después de haber recibido amable despedida se hicieron a la mar. Nunca más volvió aquella reina a su patria.
- 527 Mientras duró la travesía hubo toda clase de jolgorios, las diversiones fueron también muchas. Vientos favorables aliviaban el viaje. Se alejaban de aquel país con gran júbilo.

528 Brunilda no quiso durante el viaje rendir su amor a su señor; sus goces nupciales quedaron aplazados hasta haber llegado a la morada de Gunter, en el palacio de Worms, y haber celebrado una gran fiesta. Allí hubieron de llegar después, llenos de alegría y acompañados de sus guerreros.

CANTO IX

De cómo mandaron a Sigfrido a Worms

- 529 Cuando hubieron navegado nueve días enteros dijo Hagen de Trônege: «Oíd lo que voy a decir: Estamos retrasándonos en mandar noticias nuestras a Worms del Rin. Vuestros mensajeros deberían estar ya en el país burgundo»³⁹.
- 530 Habló aquí el rey Gunter: «Cierto es lo que decís. Nadie nos parecería tan indicado para ese viaje como vos, amigo Hagen. Cabalgad, pues, hacia mi reino. Nadie mejor que vos podría contar nuestro viaje a la corte de Brunilda.»
- 531 A esto replicó Hagen: «No soy yo buen mensajero. Dejadme quedar de chambelán en la nave, donde custodiaré los ropajes de las damas hasta que las hayamos llevado a tierra burgunda.
- 532 Así, pues, rogad a Sigfrido que lleve el mensaje; él puede cumplir el encargo con bravura y fortaleza. Si se negara a ello, debéis pedirle cortésmente el favor por amor a vuestra hermana.»
- 533 Gunter mandó llamar al caballero, que acudió cuando le encontraron, y le dijo: «Puesto que nos acercamos a mi reino, es menester que yo envíe mensajeros a mi querida hermana, así como a mi madre, para anunciar que llegamos al Rin.
- 534 Esto es lo que pido de vos, Sigfrido: cumplid mi deseo. Por ello os quedará siempre agradecido.» Así habló el cabal

³⁹ El lector, salvando imprecisiones, debe imaginar que la expedición ha llegado ya al continente y es posible adelantarse a caballo al grueso que, sin decirse cómo, ha de remontar el Rin hasta Worms, que es, a su vez, el Rin por antonomasia.

caballero. Pero Sigfrido, el animoso, se negó, hasta que Gunter volvió a suplicar encarecidamente.

- 535 Decía el rey: «Es menester que vayáis, no sólo por mí, sino por Krimilda, la hermosa doncella, para que la noble dueña os lo recompense igual que yo.» Cuando esto oyó Sigfrido, grande fue su deseo de cumplir el encargo.
- 536 «Pedid ahora cuanto queráis, que será ejecutado. Yo lo haré de buen grado por amor a la bellísima doncella. ¿Cómo podré rehusar nada a la que llevo en el corazón? Quanto pidáis en su nombre quedará cumplido.»
- 537 «Decid entonces a mi madre, la reina Ute, que hacemos gozosamente este viaje. Haced saber a mis hermanos cómo nos ha ido. También debéis hacer llegar estas nuevas a nuestros amigos.
- 538 A mi hermosa hermana no olvidéis decirle de parte mía y de Brunilda que estamos a su servicio. Y a mi séquito y a todos mis vasallos, cómo he llevado a cabo aquello a que aspiraba mi corazón.
- 539 Y decidle a Ortwin, mi querido primo⁴⁰, que se encargue de los alojamientos en Worms del Rin. Al resto de mis parientes hay que hacerles saber que voy a celebrar grandes fiestas, con ocasión de mi boda con Brunilda.
- 540 Decid a mi hermana que tan pronto se entere de que he llegado a mi reino con mis huéspedes prepare con celo el recibimiento de mi amada. De esto le guardaré siempre gratitud a Krimilda.
- 541 Sigfrido el caballero luego se despidió, como convenía a su condición, de Brunilda y de todo su séquito; después montó a caballo y se encaminó hacia el Rin. No podría darse en este mundo un mensajero mejor.

⁴⁰ Véase nota 4.

542 Llegó a Worms acompañado de veinticuatro caballeros. Cuando se corrió la voz de que llegaba sin el rey, la corte quedó acongojada temiendo que su soberano hubiera perecido en el remoto país.

543 Se apearon de sus corceles con los semblantes ufanos. Pronto llegó a ellos Giselher, el joven y cabal rey, así como Gernot, su hermano. ¡Cuán presto empezó su razón, al no ver a Gunter al lado de Sigfrido!

544 «¡Bienvenido seáis, Sigfrido! Quisiera saber dónde habéis dejado al rey, mi hermano. Temo que la fuerza de Brunilda nos lo haya arrebatado. Si fuera así, sus altas aspiraciones se habrían tornado para nosotros en gran pesadumbre.»

545 «¡Dejaos de temores! Mis compañeros de armas me encargan que os salude a vos y a sus parientes. Yo lo he dejado sano y salvo. Él es quien me envía de mensajero para traer os nuevas a vuestra patria.

546 Ahora pensad pronto cómo, de la manera que sea, puedo yo ver a la reina madre y a vuestra hermana. A ellas tengo que hacerles saber el recado que me han dado Gunter y Brunilda: los dos se encuentran muy bien.»

547 Dijo entonces el joven Giselher: «Entonces id a ver a mi hermana. Con vuestra llegada le habéis dado gran alegría. Pero también tenía ella gran pesar por la suerte de mi hermano. Os verá con agrado, eso os lo aseguro.»

548 Habló aquí el señor Sigfrido: «Todo cuanto pueda servirle lo haré de muy buen grado y con lealtad. Y ahora, ¿quién anuncia a la señora que quiero ir a verla?» De este aviso fue portador Giselher, el apuesto mancebo.

549 Giselher el animoso habló así a su madre y a su hermana, cuando vio a ambas: «Llegado es Sigfrido, el héroe de los Países Bajos. Ha sido mi hermano Gunter el que lo ha enviado aquí, a orillas del Rin.

- 550 Nos trae nuevas de la salud del rey y es menester que le deis permiso para venir a veros y daros razón cumplida de lo acaecido en Islandia.» Pero la inquietud de las nobles dueñas era todavía grande.
- 551 Deprisa corrieron a buscar los vestidos y pronto se los pusieron. Luego mandaron rogar a Sigfrido que viniera a sus aposentos. De buen grado lo hizo el caballero, pues él las veía con gusto. La noble Krimilda le dirigió amablemente la palabra.
- 552 «¡Sed bienvenido, señor Sigfrido, digno de alabanza! ¿Dónde está mi hermano Gunter, el noble y poderoso rey? Yo me temo que lo hemos perdido, víctima de la fornida Brunilda. ¡Ay de mí, pobre mujer! ¿Para qué habré sido jamás traída al mundo?»
- 553 Habló entonces el animoso caballero: «¡Y ahora dadme la recompensa de mensajero!⁴¹ ¡Hermosa señora, no lloréis sin motivo! Yo lo dejé lleno de salud, quiero que lo sepáis. Me han mandado a vosotras dos con este mensaje.
- 554 Él y su amada os envían leal saludo y su afecto amistoso, muy noble reina. Ahora dejad los llantos; pronto van a llegar.» En mucho tiempo no había recibido ella tan gratas noticias.
- 555 Con los bordes del halda, blancos como la nieve, enjugó ella las lágrimas que le quedaban a sus bellos ojos. Luego dio las gracias al mensajero por las nuevas que le habían llegado. Así desaparecieron su gran pesadumbre y su llanto.
- 556 Rogó al mensajero que tomara asiento. A esto se prestó él gustoso. Luego habló la muy gentil: «Mucho me agradaría pagaros en oro la recompensa que os podía dar por las agradables noticias. Pero sois muy rico para ello; yo os quedaré siempre obligada con mi afecto.»

⁴¹ Literalmente *Botenbrót* significa «pan de mensajero», anticipando así que las nuevas son agradables.

- 557 «Aunque yo sólo tuviera», dijo él, «treinta reinos, todavía aceptaría con agrado dádivas de vuestra mano»⁴². A esto replicó la cortés doncella: «Entonces así se hará.» Y mandó a su camarera que fuera a buscar la recompensa.
- 558 Veinticuatro pulseras cubiertas de pedrería fueron el premio a su servicio que le dio Krimilda, pero era tal el carácter del héroe que no las quiso aceptar para sí y pronto se las dio a las camareras que había en el aposento
- 559 La madre le mostró su gratitud con gentileza. «Debo haceros saber también», dijo el bravo caballero, «lo que os pide Gunter para cuando llegue al Rin. Si lo cumplís, señora, él siempre os guardará devoción».
- 560 Yo le oí expresar el deseo de que acogierais a sus más importantes huéspedes y de que le hicierais el favor de salir a caballo a su encuentro en las riberas del Rin delante de Worms. Esto es lo que os pide el rey con toda lealtad.»
- 561 Habló aquí la gentil doncella: «Estoy muy dispuesta a ello. Todo cuanto pueda hacer en su servicio, no le será negado, sino cumplido con amistosa fidelidad.» Al decir esto la alegría hizo aumentar el rubor de su rostro.
- 562 Jamás mensajero de ningún rey fue mejor atendido. Si se hubiera atrevido a besarlo, la señora lo habría hecho. ¡Con cuánta gentileza se despidió él de las damas! Tal como les aconsejó Sigfrido, así hicieron luego los burgundos.
- 563 Sindolt y Hunolt, con Rumolt el caballero, tuvieron que encargarse entonces de grandes menesteres. Levantaron las gradas en la ribera que había ante Worms. Allí se podía encontrar al mayordomo real entregado al trabajo.
- 564 Ortwin y Gere no se olvidaron de enviar desde allí a todas partes emisarios en busca de los amigos. A éstos les anun-

⁴² Nótese que no es codicia lo que delatan las palabras de Sigfrido, sino su deseo de demostrar que, ya recompensado y libre Krimilda de la deuda de gratitud, aceptaría con gusto el estar sometido a ella.

ciaron las fiestas que se iban a celebrar. Allí rivalizaron en sus adornos muchas hermosas doncellas.

- 565 Tanto el palacio como las murallas quedaron cubiertos de colgaduras en atención a los convidados. La gran sala de Gunter fue bien amueblada para los muchos forasteros. Esta magnífica fiesta comenzó jubilosamente.
- 566 Entonces empezaron a cabalgar de todas partes por los caminos del reino los parientes de los tres reyes, a los cuales se había llamado para que atendieran a los que iban a llegar. Muchas ricas vestiduras fueron sacadas de las arcas.
- 567 Corrió entonces la noticia de que se había visto acercarse a caballo a los amigos de Brunilda. Empezó ahora gran ajetreo entre la muchedumbre de los burgundos. ¡Dios, qué esforzados caballeros se vieron entonces por ambas partes!⁴³.
- 568 Dijo entonces la hermosa Krimilda: «Vosotras, mis doncellas, las que queráis acompañarme en el recibimiento, habéis de buscar en las arcas las más bellas galas, a fin de que nuestros huéspedes nos alaben y honren con sus palabras.»
- 569 Ahora avanzaron los caballeros burgundos. Ellos mandaron traer las espléndidas sillas, acabadas en color de oro rojo, en que iban montadas las damas desde Worms hasta la orilla del Rin. Mejores jaeces no podría haber en parte alguna.
- 570 ¡Oh cuánto oro reluciente brillaba sobre las cabalgaduras! Lanzaban destellos en las riendas muchas piedras preciosas. Se trajeron a las señoras escabeles de oro⁴⁴, puestos sobre finas telas: de ello tuvieron gran placer.
- 571 Dispuestos estaban en la corte los palafrenes para las nobles doncellas, como os he dicho ya. Llevaban los corceles estrechos petrales de las mejores sedas, de las que todavía os puede contar cualquiera.

⁴³ Es decir, entre los que llegaban y entre los que esperaban.

⁴⁴ Es decir, pequeñas tarimas, en la primera acepción académica, para que las damas pudieran montar al caballo más fácilmente. En el texto *schemele* < lat. tardio *scamillus*, variante de *scabellum*.

- 572 Se vio entonces salir de sus aposentos a ochenta y seis dueñas que llevaban toca de casadas. Luego se dirigieron a Krimilda magníficamente vestidas en tonos claros. Por otro lado aparecieron también, bellamente ataviadas, muchas lindas doncellas.
- 573 Eran cincuenta y cuatro hijas de Burgundia, las más principales que se podía encontrar en parte alguna. Bajo las claras cintas que ceñían la cabeza se veía su rubia cabellera. Lo que antes había deseado el rey se estaba cumpliendo celosamente.
- 574 Llevaban ricas telas, las mejores que se podían hallar; delante de los caballeros extranjeros mostraban tantas lujosas galas como convenían a su gran hermosura. Tendría que ser un necio el que no sintiera inclinación hacia alguna.
- 575 Había allí gran cantidad de vestiduras de marta cibelina y de armiño. Vistosamente adornados se veían muchos brazos y manos, con pulseras que ceñían las sedas que vestían para la ocasión. Yo no podría dar cuenta del esfuerzo que habían puesto en engalanarse.
- 576 Mucho cinturón repujado de cuero de Arabia, largo y costoso, ceñía las claras vestiduras. Más de una mano bordó nobles vestidos de finas telas. Aquellas ricashembras rebosaban alegría.
- 577 A otras muchas damas cubría un corpiño atado con cordones. Debía de ser causa de placer para alguna que su radiante tez no resaltara sobre los vestidos⁴⁵. Jamás tuvo una estirpe real corte tan hermosa.
- 578 Cuando las muy gentiles ya se hubieron ataviado, llegaron los que habían de acompañarlas, un gran tropel de arrogantes caballeros. Juntamente con los escudos traían muchas lanzas de fresno⁴⁶.

⁴⁵ Como nota Bartsch, el ideal cortesano de belleza exige que las brillantes vestiduras realcen, sin exageración, la belleza del semblante y del cabello.

⁴⁶ También la lanza del Cid era de fresno, como nota de M. Pidal (Vocab. s. v. *lança*). Ya desde la *Hildebrandslied*, el más antiguo monumento épico alemán, el fresno, sin más, designa la lanza (v. 63, *asckim*); en antiguo inglés, *aesce*, *asce* significa también «lanza» además de «fresno».

CANTO X

De cómo recibieron a Brunilda en Worms

- 579 Por el otro lado del Rin se vio llegar a la ribera, seguido de numerosa hueste, al rey con sus huéspedes. Veíanse también, llevadas por las riendas, muchas doncellas a caballo. Cuantos habían de recibirlos estaban ya preparados.
- 580 Cuando los de Islandia hubieron subido a las barcas, así como los nibelungos, hombres de Sigfrido, pronto arribaron todos —los brazos remaban sin parar— a la otra orilla, al país donde estaban los amigos del rey.
- 581 Y ahora oíd también cómo la reina Ute, la muy poderosa, condujo desde el palacio a las doncellas hasta donde ella se dirigía a caballo. Entonces trabaron conocimiento entre sí muchos caballeros y doncellas.
- 582 El duque Gere llevó de la rienda el caballo de Krimilda sólo hasta la puerta de la fortaleza. El bravo Sigfrido hubo de rendirle homenaje llevándola desde allí adelante. Era una criatura de gran belleza. Bien le había de recompensar su servicio la hermosa doncella.
- 583 El valeroso Ortwin cabalgaba al lado de doña Ute. Así lo hacían también muchas damas y caballeros. Para un recibimiento tan suntuoso —eso lo puedo asegurar bien— nunca se habían visto reunidas tantas damas.
- 584 Veíanse ahora muchos y magníficos juegos caballerescos practicados por héroes preclaros —otra cosa no se podía esperar— delante de la bella Krimilda cuando el cortejo se dirigía a las barcas. Al llegar, se ayudó a apearse de sus palafrenes a mucha dama agraciada.

- 585 El rey había atravesado el río acompañado de muchos extranjeros de condición. ¡Oh, cuántas recias lanzas se quebraron delante de las ricashembras! ¡Cómo se oía el estruendo de los escudos en cuanto chocaban los jinetes! ¡Oh, cuántas costosas bloca resonaban fuertemente en el revuelo!
- 586 Las gentiles dueñas se hallaban en el puerto. Gunter, seguido de sus huéspedes, desembarcó. Él mismo llevaba de la mano a Brunilda. Pedrerías y trajes rivalizaban en fulgor.
- 587 Graciosamente la señora Krimilda se dirigió adonde estaba la señora Brunilda y las damas de su séquito para recibir las. Con sus blancas manos retiraron las dos sus tocados para besarse. Así se cumplían las exigencias de la buena crianza.
- 588 Habló entonces con gran donosura Krimilda la doncella: «Mi madre y yo, así como todos nuestros parientes, os damos la bienvenida al llegar a este reino.» Brunilda se inclinó en señal de agradecimiento.
- 589 Las tres señoras se dieron repetidos abrazos. Jamás se oyó que se dispusiera una acogida tan afectuosa como la ofrecida por las dos damas a la novia. Doña Ute y su hija besaron una y otra vez sus dulces labios.
- 590 Cuando hubieron desembarcado en la orilla todas las damas de Brunilda, fueron muchas las agraciadas mujeres llevadas por la mano de apuestos caballeros con toda gentileza. Veíase a estas bellas damas de pie ante la señora Brunilda.
- 591 Pasó un buen rato antes de que terminaran los saludos. Hubo besos para más de unos labios color de rosa. Seguían una al lado de otra las dos ricas princesas. Ello era motivo de alegría para muchos cabales caballeros.
- 592 Las contemplaron entonces con la mirada aquellos que antes habían declarado que nunca vieran nada tan hermoso como aquellas dos mujeres; ahora se veía que no habían mentido. Tampoco revelaban sus rostros afeites de ninguna clase.

- 593 Los que podían juzgar las mujeres y sus encantos ensalzaban la belleza de la mujer de Gunter, pero los entendidos que habían mirado mejor decían que debería ponerse a Krimilda antes que Brunilda.
- 594 Doncellas y señoras se acercaron unas a otras. Veíase allí mucha hermosura bellamente ataviada. Se habían levantado tiendas engalanadas con sedas y lujosos pabellones, y con ellos se había cubierto todo el llano que se extendía ante Worms.
- 595 Los parientes del rey se agolpaban allí. Luego hicieron ir a Brunilda y Krimilda a un lugar sombreado acompañadas de todas sus damas. Allí las llevaron los caballeros del reino burgundo.
- 596 Mientras tanto, los forasteros habían montado todos a caballo. Magníficas justas se vieron entonces —lanzas contra escudos. Del llano empezó a levantarse una polvareda, como si todo el país fuera presa del fuego. Allí se demostró quién era un héroe.
- 597 Eran muchas las doncellas que contemplaban las justas de los caballeros. Me parece que el señor Sigfrido con sus hombres atravesó las filas a menudo delante de las tiendas, yendo a la cabeza de los mil bizarros nibelungos.
- 598 Se adelantó entonces Hagen de Trónege, como le había encargado el rey. Cortésmente el héroe mandó parar el juego, para librar del polvo a las hermosas dueñas. Los forasteros atendieron luego su deseo de buen talante.
- 599 Habló aquí el señor Gernot: «Dejad descansar los corceles hasta que empiece a refrescar. Luego rendiremos homenaje a las bellas damas, delante del gran palacio⁴⁷. Estad, pues, dispuestos para cuando el rey quiera partir.»
- 600 Cuando cesaron los juegos en todo el llano, los caballeros, en espera de noble solaz, pasaron a esparcirse en compañía

⁴⁷ Mientras ellas los contemplan desde los ventanales.

de las damas, a las altas tiendas. Allí pasaron el rato hasta que llegó el momento de la partida.

- 601 Hacia el atardecer, cuando el sol se ponía y empezaba a refrescar, ya no siguieron allí: caballeros y damas se enderezaron hacia el castillo. Más de una bella dueña era contemplada con tiernas miradas.
- 602 Buen número de vestiduras quedó destrozado al cabalgar aquella tarde por los valientes y arrogantes caballeros—según uso del país—hasta que el rey se apeó delante del palacio. Hubo entonces grandes atenciones para las damas, como es costumbre entre los héroes de corazón noble.
- 603 Luego se separaron las dos poderosas reinas. Doña Ute y su hija pasaron ambas a un gran aposento con sus damas de honor. Oyóse entonces por doquier ruido de gran alborozo.
- 604 Los escaños quedaron dispuestos: el rey quería sentarse a la mesa con sus convidados. Se vio entonces a su lado a la hermosa Brunilda. Una corona ceñía ya sus sienes en el reino de los burgundos. Ciertamente ella era de sobra poderosa para llevarla.
- 605 Eran muchos los bancos, bellas y anchas las mesas colmadas de manjares, como nos han contado. ¡Cuán pocas cosas faltaban de las que los convidados debían tomar! Gran número de huéspedes notables veíanse en torno al rey.
- 606 Los chambelanes del rey iban ofreciendo el agua en lavamanos de oro rojo. En balde se diría que alguna vez se sirvió mejor en la fiesta de un príncipe; yo no lo creería.
- 607 Antes de humedecer las manos el señor del Rin, le recordó el señor Sigfrido, como convenía a la ocasión, la promesa que le había hecho antes de haber visto a Brunilda en Islandia.
- 608 Dijo: «Recordad que me jurasteis solemnemente que cuando viniera la señora Brunilda a esta tierra, me daríais por esposa a vuestra hermana. ¿Qué ha sido de este juramento? Grandes han sido las penalidades que he sufrido en vuestro viaje.»

- 609 Replicó el rey a su huésped: «Bien hacéis en recordármelo. En verdad, no quisiera cometer perjurio: yo os ayudaré a cumplir vuestro deseo lo mejor que pueda.» Pidieron luego a Krimilda que se presentara en la corte ante el rey.
- 610 Acompañada de sus bellas damas apareció ella ante la sala. Bajó entonces la escalera su hermano Giselher. «Despedid a esas doncellas; es mi hermana la que debe presentarse ante el rey.»
- 611 Entonces condujeron a Krimilda adonde estaba el rey. Había allí, en la vasta sala, nobles caballeros venidos de muchos reinos. Les pidieron que se quedaran en pie. Entretanto, la señora Krimilda se había acercado hasta la misma mesa.
- 612 Dijo entonces el rey Gunter: «Gentil hermana mía, ¡que tu propia buena crianza me permita cumplir un juramento! Yo te he prometido a un caballero y si él llega a ser tu esposo, entonces habrás realizado mi deseo con gran lealtad!»
- 613 Habló aquí la noble doncella: «Mi querido hermano, no es menester que me supliquéis. Cuanto me mandéis se habrá de cumplir. Yo aceptaré de buen grado, señor, a quien me deis por esposo.»
- 614 El dulce mirar de sus ojos enrojeció el semblante de Sigfrido. Con cortés ademán, el caballero dio las gracias a la señora Krimilda. En el corro de los convidados les hicieron acercarse el uno al otro. Preguntáronle si quería tomar por marido al apuesto guerrero.
- 615 Con su inocencia de doncella, grande fue su rubor. Pero quiso la suerte y fue la buena estrella de Sigfrido que en tal ocasión ella no quisiera rechazarle. También prometió tomarla por esposa el noble rey de los Países Bajos.
- 616 Cuando él hubo hecho la promesa y ella también, no tardó en ser estrechada la gentil doncella con ternura por los brazos de Sigfrido. Luego besó a la hermosa reina delante de los héroes.

- 617 El corro se deshizo cuando esto hubo ocurrido. Entonces se vio a Sigfrido tomar asiento con Krimilda enfrente de Gunter. Muchos caballeros le rindieron homenaje. Viose también a los nibelungos acompañarle.
- 618 El rey se había sentado, así como Brunilda, la joven reina. Entonces ésta vio a Krimilda —nunca tuvo tan gran pesar— sentada al lado de Sigfrido; Brunilda rompió a llorar. Ardientes lágrimas corrieron sobre sus pálidas mejillas.
- 619 Dijo entonces el soberano: «¿Qué os pasa, señora mía, para dejar que se empañe el brillo de vuestros ojos claros? Podríais sinceramente alegraros: mi reino y mis ciudades y muchos arrogantes caballeros os están sometidos.»
- 620 «Bien puede llorar mi corazón», replicó la hermosa doncella, «hondo es el dolor que siento al ver a tu hermana sentada junto a un siervo tuyo. Siempre habré de llorar al verla tan humillada.»
- 621 Ahora habló el rey Gunter: «Mejor sería que callarais ahora. En otra ocasión os contaré por qué he dado mi hermana a Sigfrido. Ella puede vivir eternamente feliz con este héroe.»
- 622 Replicó Brunilda: «Yo me seguiré lamentando de lo ocurrido a una mujer tan hermosa y de tan buena crianza. Si yo supiera adónde ir, huiría de buen grado para no tener que compartir el lecho con vos, si no me decís por qué Krimilda es la amada de Sigfrido.»
- 623 Habló entonces el noble rey: «Os lo haré saber. Él tiene tantas ciudades como yo y extensos territorios. Podéis estar segura: es un rey poderoso. Por ello le concedo por esposa a la bella y gentil doncella.»
- 624 Dijera el rey lo que dijera, ella siguió con el ánimo apesadumbrado. Levantáronse entonces presto de las mesas muchos bravos caballeros. Tan recios eran los golpes de sus lanzas que todo el castillo retumbaba. Al lado de sus invitados el rey se sentía impaciente.

- 625 Pensaba que estaría con mayor placer echado al lado de la hermosa dueña. En su interior no dejaba, en modo alguno, de albergar la esperanza de alcanzar, gracias a ella, gozos abundantes. Con tierna mirada contemplaba ahora a la señora Brunilda.
- 626 Se pidió entonces a los caballeros que dejaran sus juegos, pues el rey quería retirarse al lecho con su esposa. Luego se juntaron ante la escalera de la sala Krimilda y Brunilda; todavía no se había despertado el odio entre las dos.
- 627 Se acercó entonces el séquito de ambas y, sin hacerse esperar, los chambelanes les trajeron las antorchas. Ahora se separaron los caballeros vasallos de los dos reyes. Se vio entonces a muchos bravos guerreros acompañar a Sigfrido.
- 628 Los dos señores llegaron a los aposentos donde iban a acostarse. Cada uno contaba con conquistar amorosamente a su gentil esposa: eso les ablandaba el ánimo. Los goces de Sigfrido fueron muy agradables.
- 629 Mientras Sigfrido yacía al lado de Krimilda y le demostraba tiernamente su amor con noble afecto, ella se hizo para él tan valiosa como la vida. No hubiera cambiado por Krimilda sola, mil otras mujeres.
- 630 No os voy a decir más de cómo atendió a su esposa, pero dejadme que os cuente cómo le fue a Gunter el apuesto al lado de Brunilda. Mucho mejor habría yacido junto a otras mujeres.
- 631 La gente se había retirado, mujeres y hombres, y pronto la cámara estuvo cerrada. Soñaba con abrazar su hermosa figura, pero, en verdad, estaba lejos la hora en que ella fuera su mujer.
- 632 Yacía ella en el lecho vestida de blanca camisa⁴⁸. El noble caballero pensó entonces: «Heme aquí con todo lo que he

⁴⁸ En el texto: *in sabenuwizen bemedē*, es decir, camisa blanca como una sábana. *Saben* < *sabanum* indica un tejido fino de hilo, así como las prendas con él elaboradas.

deseado toda la vida.» La reina, por su belleza, era natural que le agradara en extremo.

- 633 La mano del noble rey comenzó a apagar las luces. Luego el bravo caballero se dirigió adonde estaba la dama. Entonces se echó a su lado. Grande era su alegría. A la muy gentil el héroe la abarcó en sus brazos.
- 634 Muchas amorosas caricias habría él comenzado si la noble señora le hubiera permitido hacerlo. Pero ella se puso tan furiosa que él se sintió ofendido. Había esperado encontrar amiga, pero se encontró con odio hostil.
- 635 Habló ella: «Noble caballero, olvidaos de ello. Lo que pretendéis no podrá realizarse. Yo quiero seguir siendo doncella, debéis saberlo. Hasta que no esté bien enterada»⁴⁹. Gunter entonces se llenó de animosidad contra ella.
- 636 Ahora pretendió él conseguir su amor por la fuerza. Y desahogó las ropas de ella. Echó entonces mano de un cinturón la magnífica reina. Era una fuerte banda de orfres que ceñía su talle. Luego sometió ella al rey a terribles sufrimientos.
- 637 Lo ató de pies y manos y entonces se lo llevó para dejarlo colgado de un clavo fijo en la pared. Como él le había estorbado en su sueño, ella le prohibía ahora su amor. Ciertamente la fuerza de la reina casi le hizo a Gunter perder la vida.
- 638 Entonces empezó a rogar el que creía ser señor: «Soltad mis ataduras muy noble señora. Lejos de mí, hermosa señora, está el venceros jamás y no he de acostarme en la vida a vuestro lado.»
- 639 Pero ella no se preocupó por lo que a él le pasara, pues ya descansaba tranquilamente. Y allí hubo él de seguir colgado toda la noche hasta llegar el día, hasta que el resplandor del claro amanecer entró por las ventanas. Si él alguna vez había tenido fuerza, ésta había quedado menguada en su cuerpo.

⁴⁹ De la causa por la que Gunter da a su hermana como esposa a Sigfrido; véase más arriba, estrofa 622.

- 640 «Y ahora decidme, señor Gunter», dijo la bella moza, «¿no os avergonzaría que os encontraran atado, por manos de una mujer, vuestros chambelanes?» Replicó el noble caballero: «Eso os habría de manchar incluso a vos.»
- 641 «Y yo también ganaría poca honra», añadió el bravo caballero. «Os pido que, por vuestra buena crianza, me dejéis yacer a vuestro lado, y puesto que mis demostraciones de amor os causan tanto pesar, no he de tocar jamás con mis manos vuestro vestido.»
- 642 Pronto deshizo ella las ataduras y le dejó ponerse en pie. De nuevo se dirigió él al lecho a reunirse con la mujer, pero se acostó tan lejos de ella, que ya ni siquiera tocaba su hermosa camisa. De esto quería verse también libre la reina.
- 643 Llegó entonces la servidumbre palaciega. Les traían nuevas ropas. Muchas les habían preparado aquella mañana. Aunque era mucho el júbilo visible, era grande la tristeza del señor del reino, a pesar de ceñir aquel día la corona.
- 644 De acuerdo con las costumbres que practicaban y conforme a la ley, Gunter y Brunilda no tardaron en dirigirse a la catedral, donde se cantó la misa. También fue el señor Sigfrido; grande era el gentío que allí se reunió.
- 645 Con pompa y honor reales les habían preparado allí cuanto requerían, coronas y vestiduras. Entonces fueron consagrados y cuando ocurrió esto se les vio a los cuatro, ciñendo sus coronas, mostrar su júbilo.
- 646 Y habéis de saber que muchos donceles recibieron allí su espaldarazo, seiscientos o más, en honor de los reyes. Grande fue la alegría que se extendió por el país burgundo. Oyóse entonces el chasquido de las lanzas embrizadas por los recién armados caballeros.
- 647 Jóvenes doncellas, sentadas en las ventanas, contemplaban los reflejos que ante sí irradiaban tantos escudos bruñidos. El rey se había aislado de sus vasallos. Hicieran lo que hicieran a su alrededor, a él se le veía andar lleno de pesadumbre.

- 648 ¡Cuán distinto era su estado de ánimo del de Sigfrido! Bien imaginaba el noble caballero lo que a Gunter le pasaba. Entonces se dirigió al rey y empezó a preguntarle: «¿Cómo os ha ido anoche? ¿Queréis decírmelo?»
- 649 Dijo entonces el rey a su huésped: «He sufrido vergüenza y daño, por haber traído a mi casa al mismo enemigo malo. Cuando yo esperaba estrecharla en mis brazos con amor, ella me ha atado ignominiosamente y me ha colgado de un clavo en lo alto de la pared.
- 650 Allí estuve toda la noche hasta el alba, presa de congoja, antes de que me desatara. En tanto, ¡qué tranquilamente reposaba ella! De esto, valiéndome de la amistad quiero quejarme esperando vuestra compasión.» A ello respondió el fornido Sigfrido: «Me duele de veras lo que os ha ocurrido.
- 651 Por eso quiero demostraros, si no tenéis nada en contra, que puedo lograr que esta noche esté tan cerca de vos en el lecho que le sea imposible negaros jamás su amor.» Después de las tribulaciones sufridas, estas palabras fueron un alivio para Gunter.
- 652 Continuó entonces el señor Sigfrido: «Te verás libre de tu infortunio. Me parece que la noche pasada ha sido muy distinta para los dos. Para mí tu hermana Krimilda se ha hecho más valiosa que mi propia vida. Es menester que la señora Brunilda sea tu mujer esta misma noche.»
- 653 Luego continuó: «Yo iré esta noche a tu aposento en secreto, envuelto en mi capa mágica, de manera que nadie pueda darse cuenta de mis artes. A tu servidumbre mándala retirarse.
- 654 Luego apagaré las antorchas que llevan los pajes en la mano. Así sabrás tú que yo estoy ya dentro y dispuesto a servirte. Entonces lucharé con tu mujer hasta dominarla, para que esta noche sea por fin tuya, o me irá en ello la vida.»
- 655 «Con tal de que no te propases», habló aquí el rey, «con mi querida esposa, estoy de acuerdo en lo demás; así es que

haz de ella lo que quieras. Y si le quitaras la vida, yo no te demandaré: es una mujer peligrosa.»

- 656 «Yo te doy mi palabra», replicó Sigfrido, «de que no he de abusar de ella. Tu hermosa hermana está por encima de todas las mujeres que he visto en mi vida». Muy satisfecho quedó Gunter de la promesa hecha por Sigfrido.
- 657 Las diversiones habían sido causa de alegría, pero también de cansancio. Cuando llegó el momento de que las dueñas se dirigieran a la gran sala, hubo órdenes de que terminasen las justas y el tumulto. Entonces los chambelanes se encargaron de abrir paso entre la gente para ellas.
- 658 Libre quedó la plaza de gentes y caballos. Cada una de las damas iba acompañada por un obispo cuando, ante la mirada de los reyes, se dirigían a la mesa. Detrás, en busca de sus asientos, venían muchos gallardos caballeros.
- 659 Alegre y muy esperanzado se sentaba allí el rey, pensando en lo que Sigfrido le había prometido. Aquel solo día le parecía que duraba treinta. Todo su pensamiento no tenía más que un objeto: gozar del amor de su esposa.
- 660 Apenas tuvo paciencia para esperar a que se levantaran de la mesa. Se hizo salir de la sala a la hermosa Brunilda, así como a la señora Krimilda, para que fueran a descansar. ¡Ah, cuán bravos caballeros abrieron camino a las reinas!
- 661 El señor Sigfrido, con amorosa devoción, estaba sentado al lado de la bella esposa, alegre sin reservas. Ella estrechaba dulcemente con sus blancas manos las del caballero cuando éste desapareció de su vista sin que pudiera saber en qué momento.
- 662 Al notar que mientras le acariciaba ella, había dejado de verla, la reina dijo al séquito del caballero: «Me maravilla grandemente adonde haya podido ir el rey. ¿Quién es el que ha retirado sus manos de las mías?»
- 663 Pero ella interrumpió las preguntas. Él se había encaminado a un aposento donde estaban muchos chambelanes de pie

con antorchas. Él empezó a apagar las que tenían los pajes. Así se enteró Gunter de que Sigfrido estaba allí.

- 664 Bien sabía Gunter lo que el otro intentaba, y así, fueron despedidas del aposento damas de honor y doncellas. Cuando éstas se hubieron ido, el mismo rey cerró la puerta y la aseguró presto con dos fuertes cerrojos.
- 665 Detrás de las cortinas del lecho escondió en seguida las antorchas. Entonces comenzó un juego —no podía ser de otro modo— entre Sigfrido el muy fuerte y la hermosa joven. El rey, entretanto, sentía a la vez alegría y tristeza.
- 666 Sigfrido se acostó al lado de la doncella, que dijo: «Dejadlo, Gunter, por agradable que sea para vos, si no queréis padecer los sufrimientos de anoche.» Esta mujer iba pronto a causar gran daño al valiente Sigfrido.
- 667 Él ocultó su voz, manteniéndose callado. Gunter bien se daba cuenta —aunque no podía verle— de que no se entregaban a ninguna intimidad. Muy pequeña era la comodidad que tenían ambos en el lecho.
- 668 Sigfrido hacía como si fuera Gunter, el poderoso rey. Él estrechó entre sus brazos a la gentil reina, pero ella lo rechazó fuera del lecho y lo lanzó tan fuertemente sobre un banco, que su cabeza resonó al chocar contra un escabel.
- 669 De un salto se puso nuevamente en pie el bravo caballero, reuniendo fuerzas. Quería probar otra vez. Pero cuando empezó a tratar de dominarla hubo de sufrir vivamente. Tamaña resistencia creo que nunca opuso mujer alguna.
- 670 Como él no desistía de su empeño, la joven se levantó de un salto: «No desaliñéis mi blanca camisa. Demostráis mala crianza y eso os ha de pesar. Ahora os lo voy a probar.» Así habló la agraciada dueña.
- 671 Entonces sujetó con sus brazos al magnífico caballero. Quería atarlo y tenderlo en el suelo, lo mismo que había hecho con el rey, para poder reposar así cómodamente en el lecho.

Puesto que él había estropeado su vestido de noche, ella iba ahora a tomar cruel venganza.

- 672 ¿De qué valió a Sigfrido su enorme fuerza y su gran nervio? Ella mostró entonces al héroe que le ganaba en fortaleza levantándolo con violencia —no se lo podía impedir— y empujándolo con rudeza entre un arcón y la pared.
- 673 «Ay de mí», pensó el caballero, «si voy ahora a perder la vida a manos de una moza, en adelante todas las mujeres van a mostrar su arrogancia a sus maridos, cosa que, si no, no harían nunca».
- 674 El rey, que oía todo el forcejeo, temió por el héroe. Sigfrido se sentía muy avergonzado y empezó a encolerizarse. Con fuerza descomunal se rehizo y entabló denodada lucha contra la señora Brunilda.
- 675 Largo le pareció el tiempo al rey hasta que Sigfrido consiguió domeñarla. Ella apretaba con tal fuerza las manos del héroe, que hacía saltar a éste la sangre de las uñas. Esto le causó dolor a Sigfrido, que pronto hizo que la muy noble doncella renegara de
- 676 lo que antes, con cruel intención, había declarado. El rey lo oía todo, aunque Sigfrido nada dijera. Éste la empujó contra el lecho, tanto que ella dio grandes voces. Muy grande era el dolor que le causaban las fuerzas del héroe.
- 677 Echó entonces ella mano al cinturón que rodeaba su talle y quiso atar con él al contrario. Pero los brazos de éste se lo impidieron con tal violencia que todos los miembros y el cuerpo de ella crujieron. Con esto concluyó la lucha y así Brunilda pasó a ser mujer de Gunter.
- 678 Dijo ahora: «Noble rey, perdóname la vida. Yo te repararé el mal que te he causado. Jamás me opondré a tu amor. Ya he podido comprobar por mí misma que sabes domar a las mujeres.»
- 679 Sigfrido se puso a un lado dejando tendida a la mujer y haciendo como si quisiera quitarse la ropa. Él soltó de la

mano a la noble reina un anillo sin que ella se diera cuenta en absoluto.

- 680 Y además tomó su cinturón, que era una hermosa banda de orifrés. Yo no sé si esto lo hizo por jactancia. Él se lo dio a su esposa y después hubo de pesarle. Ahora yacían, uno al lado del otro, Gunter y la hermosa doncella.
- 681 Él la trató amorosamente, como era de razón. Ella tuvo que resignarse, con su cólera y su pudor herido. Después de aquel momento quedaron pálidas sus mejillas. ¡Ay, cómo el amor le hizo perder su gran fortaleza!
- 682 Ahora ella no era más fuerte que cualquier otra mujer. Gunter trató con tiernas caricias el hermoso cuerpo de su esposa. Aunque ella hubiera querido oponer otra vez resistencia, ¿de qué le habría valido? Esto es lo que había conseguido Gunter al consumir su amor.
- 683 ¡Cuán amorosa yacía ella a su lado, embargada de dulce afecto, hasta que llegó el claro día! Entretanto, Sigfrido había vuelto a su aposento, donde fue bien acogido por una bella señora.
- 684 Él soslayó las preguntas que ella pensaba hacerle y le ocultó mucho tiempo después lo que le había traído³⁰, hasta que ya ciñendo corona fue Krimilda a su propio reino. ¡Poco tiempo había de guardar lo que estaba escrito que le diese a ella!
- 685 El rey estaba a la mañana siguiente de mucho mejor talante que el día anterior. Por ello fue completa la alegría en todo su reino, entre todos los nobles vasallos que él había invitado a su residencia. Muchos fueron los favores que les dispensó.
- 686 Duraron los festejos dos semanas. En todo este tiempo no cesó el alboroto de las diversiones de todo género a que se entregaban todos. Los gastos del rey fueron hartamente elevados.

³⁰ El anillo y el cinturón.

687 Los parientes del noble príncipe, siguiendo las órdenes de éste, regalaron, para hacer los honores a su señor, vestidos y mucho oro rojo, así como caballos y plata, a la turba de juglares que había acudido. Quienes deseaban dádivas pudieron regresar contentos a sus casas.

688 Sigfrido, el señor de los Países Bajos, y sus mil guerreros regalaron también toda la vestimenta que habían traído al Rin, así como los caballos con sus sillas. Sabían bien cómo se comportan los señores.

689 Antes de acabar los abundantes agasajos, ya estaban deseando volver a sus casas todos los que pensaban que aquello había durado demasiado. Jamás fueron mejor tratados unos huéspedes. Y así terminaron los festejos: Ése fue el deseo de Gunter.

CANTO XI

De cómo Sigfrido, con su esposa, volvió a su tierra

690 Cuando hubieron partido todos los huéspedes, habló a sus huéspedes el hijo de Sigmundo: «Es menester que nosotros también nos dispongamos a regresar a mi reino.» Grata fue a Krimilda la nueva cuando se enteró de ella.

691 Dijo entonces a su esposo: «¿Cuándo vamos a partir? Yo me libraré bien de apresurarme demasiado. Antes han de darme mis hermanos la parte que me corresponde del reino.» Con pesar oyó Sigfrido cómo Krimilda declaraba este deseo.

692 A él se dirigieron los príncipes y hablaron los tres: «Sabed, señor Sigfrido, que estamos dispuestos a mostraros nuestra lealtad hasta la muerte.» Sigfrido agradeció, inclinando la cabeza, el generoso ofrecimiento.

693 «Es menester también», dijo el joven Giselher, «que os demos parte en las tierras y ciudades que nos pertenecen, y de cuanto nos está sometido de vastos reinos también tendréis vuestra buena parte, así como Krimilda».

694 El hijo de Sigmundo, al oír la buena voluntad de los príncipes, les dijo: «Dios permita que vuestra herencia sea siempre venturosa para vos y para vuestras gentes. Pero mi querida esposa puede renunciar bien

695 a la parte que queráis entregarle. Donde ella ha de ceñir corona —si yo he de vivir para ello— ella será más rica que ningún otro ser humano. Por lo demás, yo estaré dispuesto a servirlos en cuanto se os ofrezca.»

- 696 Habló aquí la señora Krimilda: «Pues bien: renunciad a la herencia. En cuanto a los caballeros burgundos, la cosa no es tan fácil de hacer, pues cualquier rey puede gustoso llevarse los a su reino. Es, pues, menester que mis hermanos repartan conmigo los vasallos»⁵¹.
- 697 Dijo entonces el señor Gernot: «Escoge, pues, los que quieras. Encontrarás aquí muchos que partirán de buen grado contigo. De los tres mil caballeros que tenemos, te daremos mil hombres. Ellos serán tu guardia personal.» Krimilda entonces hizo preguntar
- 698 a Hagen de Trônege y también a Ortwin si ellos y sus parientes no querían ser de su séquito. Esto puso a Hagen en un estado de cólera. Dijo entonces: «Gunter no tiene potestad para darnos a nadie de este mundo.
- 699 Haced que os acompañen otros de vuestro séquito. Porque vos bien conocéis la manera de ser de la gente de Trônege; tenemos que estar aquí en la corte, al lado del rey. Hemos de seguir sirviendo al que hasta ahora habíamos obedecido.»
- 700 No se volvió a hablar más de ello. Se hicieron los preparativos para la partida. La señora Krimilda llevaba consigo su noble séquito: treinta y dos doncellas y quinientos caballeros. El conde Eckewart se unió también a Sigfrido.
- 701 Todos se despidieron entonces, lo mismo caballeros que escuderos, señoras y doncellas, como debía ser. Entre besos se separaron las que partían y se alejaron con alegría del país del rey Gunter.
- 702 Hasta bien avanzado el camino fueron acompañados por sus parientes. Se había mandado que dondequiera que se les antojara hacer alto, les tuvieran preparados campamentos de noche a través de todo el reino. Pronto despacharon

⁵¹ Krimilda cede al esposo el derecho a renunciar a las posesiones materiales, pero se reserva los derechos feudales que tiene sobre sus vasallos (Bartsch).

mensajeros por delante para anunciar la llegada al rey Sigmundo

- 703 para que éste estuviera avisado, así como Siglinda, de que su hijo iba a llegar en compañía de la hija de doña Ute, la muy hermosa Krimilda, procedente de Worms del Rin. Ninguna nueva les habría sido más grata.
- 704 «¡Albricias!», exclamó Sigmundo, «por poder vivir el día en que Krimilda, la muy hermosa, va a ser coronada en esta tierra. Con ello quedará, sin duda, acrecentada mi herencia. Es menester que mi hijo, el noble Sigfrido, sea el que reine aquí».
- 705 La señora Siglinda prodigó entonces los regalos de terciopelo rojo, plata y oro macizo. Tal fue la recompensa de los mensajeros, pues se alegraba vivamente de las nuevas que le habían traído. Su séquito se vistió con el esmero que era de razón.
- 706 Dijéronle también quién venía con Sigfrido al país. Pronto se dio orden de que se levantara un estrado donde él iba a ser coronado a la vista de sus amigos. Luego cabalgaron a su encuentro guerreros del rey Sigmundo.
- 707 No tengo noticia de que alguien fuera recibido jamás mejor de lo que fue el héroe preclaro en el reino de Sigmundo. La hermosa Siglinda salió a caballo al encuentro de Krimilda acompañada de un cortejo de hermosas damas y escoltada por apuestos caballeros
- 708 hasta una jornada de distancia, donde encontraron a los viajeros. Éstos, tanto los forasteros como los del país, hubieron de sufrir todavía molestias hasta llegar a su destino, una gran ciudad llamada Xanten, donde después habrían de ceñir corona Sigfrido y Krimilda.
- 709 Con la sonrisa en los labios, besaron Siglinda y Sigmundo a Krimilda repetidas veces con cariño, así como a Sigfrido. Su preocupación había desaparecido. También al séquito de Krimilda se le tributó una cordial bienvenida.

- 710 Se hizo que pasaran los huéspedes a la sala de Sigmundo. Se prestó ayuda a las hermosas doncellas cuando se apeaban de sus cabalgaduras. Muchos fueron los caballeros que con gran celo rindieron servicio a las bellas dueñas.
- 711 Por grande que hubiera sido el esplendor de las fiestas celebradas en Worms, aquí les regalaron a los héroes galas mucho mejores de lo que habían llevado en todos sus días. De la riqueza de estas vestiduras se podrían decir maravillas.
- 712 Mientras se hallaban así rodeados de los altos honores que les prodigaban, ¡cuántas prendas ribeteadas de bandas doradas llevaba su séquito, con perlas y piedras preciosas bien incrustadas! Así es como los atendía, con todo celo, la noble reina Siglinda.
- 713 Habló entonces ante sus amigos el rey Sigmundo: «Quiero hacer saber a todos los parientes de Sigfrido, que va a ser él quien a la cabeza de estos guerreros ceñirá mi corona.» Con agrado oyeron pronunciar estas palabras los de los Países Bajos.
- 714 El rey confió entonces la corona, la ley y el país a su hijo. Desde entonces fue éste el soberano de todos. En cuanto alcanzaba su autoridad y había de hacer justicia, ésta se cumplía, de suerte que se temía mucho el rigor del esposo de Krimilda.
- 715 Rodeado de grandes honores, habéis de saber, vivió él allí ciñendo corona y ejerciendo justicia. A los diez años su bella esposa le dio un hijo. Así se cumplió el deseo que albergaban los parientes del rey.
- 716 Se apresuraron a bautizarle y a darle un nombre. Gunter se llamó, como su tío, nombre limpio de toda mancha. Si salía a la estirpe de la madre, sería afortunado. Como era de razón, se le educó con todo esmero.
- 717 Por aquel entonces murió doña Siglinda. Entonces alcanzó la hija de la noble Ute toda la autoridad que correspondía a

tan poderosa soberana en aquel reino. Muchos fueron los que lamentaron que la muerte se la hubiera arrebatado.

- 718 También por aquellas fechas, así nos han contado, había dado en Burgundia, a orillas del Rin, la hermosa Brunilda un hijo al poderoso Gunter. Por amor al héroe diéronle el nombre de Sigfrido.
- 719 ¡Con cuánto celo fue atendido este hijo! El noble Gunter le puso maestros que pudieran hacer de él un cabal caballero. ¡Pero cuántos amigos había de arrebatarse después el destino al infortunado!
- 720 Sin cesar llegaban noticias del esplendor que en todo momento rodeaba la vida de los bravos caballeros en el país de Siglinda. De igual modo vivía Gunter en compañía de sus preclaros parientes.
- 721 El país de los nibelungos rendía vasallaje a Sigfrido. Jamás tuvo ninguno de sus parientes mayor poder. También le estaban sometidos los guerreros de Schilbungo y eran suyos los bienes de ambos reyes⁵². Esto hacía al muy valiente tanto más arrogante.
- 722 El más rico de los tesoros que jamás poseyera un héroe era ahora propiedad del valeroso. Lo había conquistado con sus brazos al pie de una montaña, después de dejar sin vida a muchos bravos caballeros.
- 723 Tenía él honores en abundancia, pero si no los hubiese tenido, había que reconocer que este noble paladín era uno de los mejores que jamás montó caballo. Se temía su fuerza y había motivos para ello.

⁵² Es decir, de los dos hijos de Nibelungo, que da nombre a su nación: Nibelungo y Schilbungo. En general, el *Cantar* abarca en el nombre *nibelungos* a todos y, en la segunda parte, a los burgundos. Recuérdese estrofa 87 y ss.

CANTO XII

De cómo invitó Gunter a Sigfrido a las fiestas

- 724 Entretanto, la esposa de Gunter no paraba de pensar: «¿Cómo es posible que Krimilda se haya engraido tanto? Después de todo, su marido Sigfrido no deja de ser nuestro vasallo: tiempo hace ya que no nos presta vasallaje.»
- 725 Estos pensamientos embargaban su alma, pero ella los mantenía bien callados. Que Sigfrido y Krimilda vivieran lejos de ella le causaba gran desazón. Le habría gustado saber cuál era la causa de que el país de Sigfrido le rindiera tributo y vasallaje tan rara vez.
- 726 Dirigióse al rey para preguntarle si era posible volver a ver a Krimilda. Habló en privado con él de lo que tenía en el pensamiento, pero sus palabras no le parecieron al rey muy acertadas.
- 727 «¿Cómo vamos a poder traerlos», habló el poderoso rey, «a este nuestro país? Eso sería imposible. Viven ellos demasiado lejos de aquí, yo no me atrevo a pedirselo». A esto respondió Brundilda con astutas palabras:
- 728 «Por muy poderoso que fuera el vasallo de cualquier rey, no dejaría de obedecer cuanto su señor le ordenara.» Gunter empezó a sonreír cuando oyó esto. Él no consideraba que ver a menudo a Sigfrido en Worms tuviera que tomarse como acto de vasallaje.
- 729 Dijo ella entonces: «Señor mío muy amado, yo te ruego que en atención a mí me ayudes a hacer que Sigfrido y también tu hermana vengan a este país para que los veamos. Cierta-

mente si cumples mi deseo nunca podría ocurrirme nada más agradable.

- 730 ¡Qué placer siento cada vez que recuerdo la donosura y la buena crianza de tu hermana y cuán felices vivíamos juntos cuando yo me casé contigo! Bien se honra Sigfrido al poder amarla.»
- 731 Ella porfió en su empeño hasta que el rey dijo: «Bien sabéis que nunca habría huéspedes más queridos para mí. No es menester que insistáis conmigo. Voy a mandar a mis mensajeros a invitar a los dos a venir con nosotros al Rin.
- 732 Dijo entonces la reina: «Si es así, decidme cuándo vais a enviarles los mensajeros y cuánto tardarán en llegar a este país nuestros queridos parientes. Y dejadme conocer a los que pensáis mandar de emisarios.»
- 733 «Así lo haré», replicó el príncipe: «Quiero mandar treinta de mis hombres a caballo.» Luego los mandó venir a su presencia para darles el mensaje que habían de llevar al país de Sigfrido. Para su contento y alegría Brunilda les regaló ricas vestiduras.
- 734 Habló entonces el rey Gunter: «Caballeros, quiero que digáis de mi parte al valiente Sigfrido, así como a mi hermana —y no debéis olvidar nada de lo que os encargo— que nadie de este mundo siente mayor afecto por ellos que yo
- 735 y rogadle que vengan ambos a nuestra residencia del Rin. Decidle, asimismo, que mi esposa y yo siempre les quedaremos obligados y que él y sus hombres podrán ver aquí, antes del próximo solsticio, muchos caballeros que le sabrán rendir grandes honores.
- 736 Al rey Sigmundo dadle mis respetuosos saludos y decidle que tanto yo como mis amigos estamos siempre a su servicio. Decid también a mi hermana que no deje de venir a visitar a sus amigos: jamás festejo alguno estuvo mejor indicado para ella.»

- 737 Brunilda y Ute, y cuantas señoras allí había, enviaron también sus saludos a las gentiles damas y a los muchos y bravos caballeros del reino de Sigfrido. Y con la venia de los amigos del rey emprendieron la marcha los mensajeros.
- 738 Iban ellos bien pertrechados. A todos les habían preparado caballos y armaduras. Salieron entonces del país, y con presereza se encaminaron hacia su destino. El rey mandó celosamente que los protegieran con escolta.
- 739 Después de cabalgar tres semanas llegaron al país de Sigfrido. De aquí los enviaron al castillo de Nibelungo, en la marca de Noruega, donde encontraron al héroe. Los caballos de los mensajeros estaban casi reventados del largo viaje.
- 740 Llegó noticia a Sigfrido y Krimilda de que habían llegado caballeros que llevaban vestiduras como las que se solían usar en Burgundia. Ella se levantó de un salto del lecho en que yacía descansando.
- 741 Pidió entonces a una doncella que se asomara a la ventana. Ésta vio de pie en el patio al valiente Gere, así como a los compañeros enviados a aquel país. ¡Cuán grato resultaba este suceso para su corazón lleno de añoranza!
- 742 Así habló al rey: «Ved quiénes están ahí, avanzando por el patio al lado del bravo Gere. Son los que mi hermano Gunter nos envía Rin abajo.» Replicó entonces el valeroso Sigfrido: «Sean bienvenidos entre nosotros.»
- 743 Acudieron entonces a verlos todas las gentes del séquito real. Cada uno de ellos se dirigió con las más amables palabras a los miembros de la embajada. El rey Sigmundo se alegraba vivamente de su llegada.
- 744 Gere y sus hombres fueron entonces llevados a sus albergues y se mandó que los caballos fueran atendidos. Luego los mensajeros se dirigieron a la sala donde estaba sentado Sigfrido al lado de Krimilda. Esto podían hacerlo porque antes habían recibido permiso para ello.

- 745 El rey y su esposa se levantaron al punto. Cálida fue la acogida que le hicieron a Gere, el del país burgundo, y a sus hombres, vasallos de Gunter. Al poderoso Gere le invitaron a tomar asiento.
- 746 «Permitidnos daros nuestra embajada antes de sentarnos y, aunque cansados por el camino, dejadnos estar de pie entre tanto. Hemos de dar razón de lo que Gunter y Brunilda, a quienes todo va bien, nos mandan deciros.
- 747 Y también lo que doña Ute, vuestra madre, Giselher el joven y el señor Gernot, así como vuestros mejores parientes, nos han encargado comunicaros al mandarnos aquí. Ellos, desde Burgundia, quieren declararos su afecto y lealtad.»
- 748 «Dios se lo pague», respondió Sigfrido: «Me agrada vivamente encontrar en ellos lealtad y buena disposición, como se debe esperar de los amigos. Éste es también el sentir de su hermana. Y ahora contadnos si nuestros queridos parientes de allá tienen algo nuevo de que estar felices.
- 749 Desde que partimos de allí, decidme: ¿Ha habido alguien que causara mal a los parientes de mi esposa? Yo estoy lealmente dispuesto a ayudarles a soportar el daño hasta que sus enemigos tengan que lamentar el servicio que presto a los burgundos.»
- 750 Dijo entonces el margrave Gere, un cabal caballero: «Ellos están muy satisfechos de la noble vida de caballeros que llevan y os invitan a ir a su corte del Rin para asistir a grandes festejos. Y no tengáis duda alguna, os verían allí con suma alegría.
- 751 Y ruegan a mi señora Krimilda que os acompañe allá cuando termine el invierno. Ellos quisieran veros antes del solsticio que viene.» Aquí habló el bravo Sigfrido: «Eso difícilmente será posible.»
- 752 Entonces Gere, el burgundo, continuó: «Vuestra madre, doña Ute y vuestros hermanos Gernot y Giselher tienen

mucho empeño en que aceptéis la invitación. A diario les he oído yo lamentarse de vuestra lejanía.

- 753 Brunilda, mi señora, y todas sus damas de honor se alegran ante la idea de vuestra visita. Y si fuera posible que os volvieran a ver, les daría gran contento.» Estas palabras le parecieron muy gratas a la hermosa Krimilda.
- 754 Gere era pariente de ella: el rey le pidió que se sentara. Luego mandó que dieran de beber a los visitantes, lo que se hizo sin tardar. Allí había acudido Sigmundo al ver a los mensajeros. Este noble señor habló así a los burgundos:
- 755 «Sed bienvenidos, caballeros, hombres de Gunter. Desde que mi hijo Sigfrido tomó a Krimilda por esposa se os debería ver más a menudo en este país, si de veras queréis declararnos vuestra amistad.»
- 756 A esto replicaron que vendrían de buen grado siempre que fuera éste el deseo de Sigmundo. La alegría les alivió mucho de sus grandes fatigas. Se pidió a los emisarios que tomaran asiento y luego trajeron comida, que por orden de Sigfrido se les dio en abundancia a los huéspedes.
- 757 Allí hubieron de quedarse nueve días enteros. Pero los caballeros acabaron por lamentarse de no poder cabalgar de nuevo para volver a su tierra. Entretanto, Sigfrido había hecho convocar a sus amigos.
- 758 Preguntóles qué le aconsejaban, si su esposa y él debían ir a la corte burgunda. «El rey Gunter, mi amigo, y sus parientes me han invitado, por emisarios, a asistir a muy grandes fiestas. Yo iría de buena gana si su reino no estuviera tan lejos.
- 759 También ruegan a Krimilda que vaya conmigo. Ahora, queridos amigos, dadme vuestro parecer. ¿Cómo puede soportar ella este viaje? Si fuera menester lidiar por los burgundos treinta campañas en países distintos, el brazo de Sigfrido se pondría de buen grado a su servicio.»

- 760 Sus guerreros contestaron: «Si tenéis ánimo de asistir a esa gran fiesta os aconsejamos que hagáis esto: Tomad mil guerreros que cabalguen con vos hasta Burgundia. De esta suerte podréis presentaros con todo honor entre los burgundos.»

761 Habló entonces Sigmundo, señor de los Países Bajos: «Si queréis ir a la fiesta, ¿por qué no me lo hacéis saber? Si no os resulta inoportuna mi compañía, iré con vos y llevaré cien caballeros para reforzar vuestras mesnadas.»

762 «Si queréis acompañarnos, mi querido padre», habló el valiente Sigfrido, «tendré sumo contento en ello. Dentro de doce días partiré de esta tierra». A cuantos lo desearon les dieron entonces caballo y vestiduras.

763 Cuando el noble rey resolvió emprender el viaje, se pidió a los bravos y animosos mensajeros que partieran. A los parientes de su mujer en Burgundia mandó decir que asistiera muy gustoso a los festejos.

764 Según nos han contado, Sigfrido y Krimilda extremaron tanto sus dádivas a los emisarios, que no les bastaban sus caballos para llevarlas a su patria. Tal era la riqueza de Sigfrido. Alegrementemente se pusieron en camino, teniendo que cargarlas en robustas acémilas.

765 Mandaron vestirse a sus hombres Sigfrido y Sigmundo. El conde Eckewart hizo buscar al punto galas para las damas, las mejores que se pudo encontrar o adquirir en todo el reino de Sigfrido.

766 Luego empezaron a preparar las sillas de montar y los escudos. A los caballeros y a las damas que iban a acompañarlos se les dio cuanto quisieron, de modo que no les faltó nada. Ahora llevaba Sigfrido a sus amigos gran número de huéspedes magníficamente ataviados.

767 Con marcha apresurada se encaminaron los emisarios hacia su patria. Así llegó a Burgundia Gere el guerrero. Allí les dis-

pensaron un espléndido recibimiento. Luego se apearon todos de sus corceles ante la residencia de Gunter.

- 768 Mozos y viejos se acercaron, como es costumbre, a pedir noticias. Habló entonces el buen caballero: «Tan pronto se las dé al rey, las oiréis.» Luego avanzó con sus compañeros en busca de Gunter.
- 769 El rey, tal era su alegría, se levantó de un salto de su asiento. La bella Brunilda les dio las gracias por haber regresado tan pronto. Gunter preguntó a los mensajeros: «¿Cómo se encuentra Sigfrido, a quien debo tantas atenciones?»
- 770 Contestó ahora el bravo Gere: «Rojo se puso de alegría, lo mismo que vuestra hermana. Nunca mandó un hombre saludos tan leales a sus amigos como los que traemos de Sigfrido y de su padre.»
- 771 Habló entonces al margrave la esposa del noble rey: «Decidme ahora, ¿va a venir Krimilda a visitarnos? ¿Conserva todavía ella en su belleza los modales cortesanos que la adornaban?» Gere, el héroe, respondió: «Es seguro que vendrá.»
- 772 Ute rogó en seguida a los mensajeros que se acercaran a ella. Bien se entendía en el tono de su pregunta cuánto le agradaba oír que Krimilda gozaba de buena salud. Gere contó cómo la había encontrado y anunció que ella iba a venir pronto.
- 773 Los viajeros no dejaron de mencionar los obsequios que Sigfrido les había entregado. Tanto el oro como los vestidos recibidos fueron mostrados a los hombres de los tres reyes. De la extremada generosidad de Sigfrido y su esposa se habló entonces con gratitud.
- 774 «Bien puede él», habló ahora Hagen, «ser liberal en sus regalos. Nunca podría agotarlos, aunque viviera eternamente. En su poder tiene Sigfrido el tesoro de los nibelungos. ¡Ay, si éste viniera a parar alguna vez a tierra burgunda!»
- 775 Todo el séquito real se alegró de saber que Sigfrido y Krimilda iban a venir. De mañana temprano hasta entrada la

noche trabajaron diligentemente las gentes de los tres reyes. A la vez se empezó a preparar albergue para los caballeros visitantes.

- 776 Hunolt el bravo y Sindolt el intrépido tuvieron hartas ocupaciones. Todo el tiempo hubieron de vigilar la instalación de bancos por mozos trinchantes y escanciadores⁵³. En esto les ayudó también Ortwin. A todos ellos dio las gracias Gunter.
- 777 Rumolt, el maestre de la cocina, ¡qué bien dirigía a sus huéspedes! ¡Era cosa de ver el tamaño de los muchos calderos, ollas y sartenes! Ahora se iban preparando los manjares para los forasteros que iban a llegar.

⁵³ Recuérdese (estrofa 11) que Hunolt y Sindolt son camarero mayor y escancador mayor, respectivamente, dos importantes cargos palaciegos a los que incumbe el buen orden y preparación de festejos.

CANTO XIII

De cómo Sigfrido con su esposa acudieron a las fiestas

- 778 Dejemos por ahora todo este tráfico y contemos cómo la señora Krimilda fue desde el país de los nibelungos a Burgundia acompañada de sus damas de honor. Jamás cabalgaron palafrenes más lujosamente enjaezados.
- 779 Muchas arcas de viaje fueron enviadas camino adelante. Allí cabalgaba con sus amigos el héroe Sigfrido, así como la reina, ilusionados con la alegría que les esperaba en su destino. Pero el gozo se había de tornar luego en gran dolor.
- 780 Atrás, en la patria, dejaban al niño de Sigfrido, hijo de Krimilda. Así tenía que ser. Este viaje de los padres a la corte burgunda había de ser causa de grandes penas para él. Padre y madre jamás volverían a ver al infante.
- 781 También cabalgaba con los reyes el viejo soberano Sigmundo. Si él hubiera sabido lo que pronto iba a acontecer en los festejos, no habría asistido a ellos. No cabía, pues, sufrir dolor más hondo en parientes tan amados.
- 782 Se mandó que se adelantaran mensajeros anunciando la llegada. A su vez cabalgó a su encuentro una multitud de amigos de Ute y los vasallos de Gunter en brillante tropel. El rey se aprestó con diligencia a recibir a sus huéspedes.
- 783 Dirigióse Gunter adonde Brunilda estaba sentada. «¿Cómo os recibió mi hermana cuando llegasteis a esta tierra? Tal como lo hizo, habéis de acoger ahora a la esposa de Sigfrido.» «Lo haré de buen grado» replicó ella, «es de razón que tenga gran afecto por su persona».

- 784 Dijo entonces el poderoso rey: «Ellos llegarán mañana por la mañana. Si queréis recibirlos, debéis daros prisa, de suerte que no les esperemos aquí en palacio. En ninguna ocasión llegaron a visitarme huéspedes que me fueran tan queridos.»
- 785 La reina hizo en seguida a sus doncellas y damas de honor sacar hermosos vestidos, los mejores que pudieron hallar, para llevarlos puestos en presencia de los huéspedes. Con gusto obedecieron ellas su orden; esto puede decirse sin exagerar.
- 786 También se apresuraron los vasallos de Gunter a ofrecer sus servicios. El rey hizo reunir a su lado a todos sus guerreros. Luego se alejó la reina a caballo en todo esplendor. Grandes muestras de afecto fueron prodigadas a los huéspedes queridos.
- 787 ¡Con qué alegría tan abierta se recibió a los visitantes! A los allí presentes les pareció que la señora Krimilda no había dispensado tan buena acogida a la reina Brunilda cuando ésta llegó a tierra burgunda. Quienes nunca habían visto a los recién llegados tuvieron motivo de gran contento.
- 788 Por fin llegó también Sigfrido con sus huestes. Veíase entonces a los héroes ir y volver en todas las direcciones una vez y otra en inabarcables tropeles. Nadie era capaz de librarse del polvo y de las apreturas.
- 789 Cuando el señor del país divisó a Sigfrido y a Sigmundo ¡cuán afables fueron sus palabras!: «¡Sed muy bienvenidos a mi corte, amigos míos todos! Vuestra visita es para nosotros causa de gran satisfacción y orgullo.»
- 790 «Dios os lo recompense», dijo Sigmundo, el preclaro caballero. «Desde que mi hijo Sigfrido se hizo vuestro pariente, grande ha sido mi deseo de veros.» A lo cual respondió Gunter: «En ello tengo yo también gran contento.»
- 791 Sigfrido fue recibido, como correspondía a su condición, con muy grandes honores. No había nadie que le fuera hostil. Giseler y Gernot se unieron con esmerada cortesía a la

acogida que se le ofrecía. Creo que nunca se dispensaron a unos huéspedes tan amables atenciones.

- 792 Entonces se dirigieron una a otra las dos esposas de los dos reyes. Muchas fueron ahora las sillas de montar que quedaron vacías, y muchas las hermosas dueñas que el brazo de los héroes ayudó a descender sobre la hierba. ¡Cómo se afanaban allí cuantos querían rendir homenaje a las damas!
- 793 Las dos gentiles reinas llegaron una frente a otra. Y causó gran alegría a los muchos caballeros el ver que las dos se saludaban tan donosamente. Veíase entonces multitud de caballeros haciendo compañía a las doncellas.
- 794 Emparejados los caballeros y las damas del brillante séquito iban cogidos de la mano. Allí se vieron grandes reverencias de cortesía y afectuosos besos entre las señoras. Los hombres de Gunter y Sigfrido contemplaban todo esto con alegría.
- 795 No demoraron más tiempo allí. Ahora cabalgaron hacia la ciudad. Pidió el rey que se mostrara a sus huéspedes de qué buen grado se les veía en la tierra burgunda. Ante las doncellas pudieron verse reñidos encuentros caballerescos.
- 796 Hagen de Trônege, así como Ortwin, mostraron bien su fortaleza. Nadie osaba poner reparo a cuanto ellos querían mandar. Muchas fueron las atenciones que supieron dispensar a los huéspedes.
- 797 Ante la puerta del castillo oíase el frecuente retumbar de los escudos atravesados y golpeados. Al pasar el rey con sus invitados se detuvo largo rato antes de entrar. Por supuesto, el tiempo volaba con estas grandes diversiones.
- 798 Montados en sus corceles se acercaron al magnífico palacio. Se veían, colgando abundantes de la silla de montar de las damas, ricas telas primorosamente acabadas. Entonces se presentaron los caballeros de Gunter.
- 799 Hicieron conducir pronto a los huéspedes a sus aposentos. Entretanto, se vio cómo Brunilda contemplaba de cuando en

cuando a la señora Krimilda, radiante de hermosura. El color de su tez resistía bien el contraste con el esplendor del oro que la adornaba.

- 800 Por toda la ciudad de Worms se oía el alboroto causado por las gentes del séquito de los recién llegados. Gunter pidió a su mariscal, Dankwart, que se cuidase de ellos. Éste comenzó entonces a señalar cómodo alojamiento a estos acompañantes.
- 801 A unos les sirvieron la comida dentro del castillo; a otros, fuera. Jamás fueron mejor tratados huéspedes forasteros. Allí tenían dispuesto todo cuanto deseaban. Era tan rico el rey que a nadie se le negó nada.
- 802 Todos fueron atendidos amistosamente y sin asomo de mala voluntad. Sentado a su mesa se hallaba el rey Gunter rodeado de sus invitados. A Sigfrido se le rogó que se sentara en el sitio de honor que había ocupado en otro tiempo. Muchos apuestos guerreros tomaron asiento a la vez que él.
- 803 Unos mil doscientos caballeros se sentaron a la mesa del rey. Brunilda, la reina, pensaba para sí que ningún vasallo⁵⁴ podía ser más rico que su rey de lo que era Sigfrido. Pero todavía sus sentimientos hacia éste no le impedían gozar de su presencia.
- 804 Aquella noche en torno a la mesa del rey fueron muchas las lujosas galas que quedaron manchadas por el vino, mientras los escanciadores atendían a las mesas. Los comensales forasteros fueron tratados con toda cortesía y diligencia.
- 805 Como ha sido costumbre mucho tiempo en las grandes fiestas, para las señoras y doncellas destinaron lechos lujosos. Fuera cual fuera su procedencia, el rey les mostró su afecto. A todos se les colmó de honores y atenciones.

⁵⁴ Se mantiene el equívoco sobre la verdadera condición de Sigfrido con respecto a Gunter.

806 Cuando terminó la noche y apareció el claror del alba pudieron verse, al sacar las manos de las damas los ricos vestidos de las arcas de viaje, los destellos de numerosas joyas. Muchas y magníficas galas salieron entonces del equipaje.

807 No había amanecido del todo cuando llegaron delante de la sala caballeros y escuderos en gran número. De nuevo se oyó el alboroto que causaban antes de entrar en la misa temprana que se cantó en honor del rey. Los donceles a caballo mostraron tal destreza que el rey hubo de darles las gracias.

808 Sopladadas con gran brío se oyeron las bocinas. Era tan fuerte el sonido de tambores y flautas, que la ciudad de Worms resonaba en toda su vastedad. Por doquier se veían apuestos guerreros montados a caballo.

809 Comenzaron entonces en toda la comarca brillantes torneos en que tomaban parte aguerridos caballeros en gran cantidad. Sus corazones juveniles se henchían de bravura. Veíanse allí, protegidos por sus escudos, muchos gallardos y esforzados guerreros.

810 Sentadas en el alfeizar de las ventanas podían verse nobles damas y multitud de hermosas doncellas, vestidas de lujosas galas, que contemplaban los juegos de tantos bravos caballeros. El mismo rey, acompañado de sus parientes, se unió entonces a las justas.

811 De esta suerte pasaban el tiempo y no les parecía largo. Oyéronse pronto sonar las campanas de la catedral. Luego llegaron los palafrenes y las mujeres partieron a caballo. Las dos reinas iban seguidas de muchos valientes caballeros.

812 Delante de la catedral sobre el césped se apearon todos. Brunilda no sentía entonces más que estima por los invitados. Ceñidas sus coronas entraron en la vasta iglesia. Pronto iba a acabar el afecto, destruido por un odio profundo.

813 Cuando hubieron oído misa regresaron. Con gran ceremonia se les vio luego encaminarse alegremente a las mesas. La alegría no cesó nunca en estas fiestas hasta el oncenno día.

14. ÄVENTIURE

Wie die küneginne einander schulten

- 814 Vor einer vesperzîte huop sich grôz ungemach,
daz von manigem recken ûf dem hove geschach.
si pflâgen ritterschefte durch kurzewîle wân.
dô liefen dar durch schouwen vil manic wîp unde man.
- 815 Ze samene dô gesâzen die küneginne rîch.
si gedâhten zweier recken, die wâren lobelîch.
dô sprach diu schoene Kriemhilt: «ich hân einen man,
daz elliu disiu rîche ze sînen handen solden stân.»
- 816 Dô sprach diu vrouwe Prûnhilt: «wie kunde daz gesîn?
ob ander niemen lebte wan Sîn unde dîn,
sô möhten im diu rîche wol wesen undertân.
die wîle lebt Gunther, sô kundez nîmmér ergân.»
- 817 Dô sprach aber Kriemhilt: «nu sihestu wie er stât,
wie rehte hêrlîche er vor den recken gât,
alsam der liehte mâne vor den sternen tuot?
des muoz ich von schulden tragen vrœcelîchen muot.»
- 818 Dô sprach diu vrouwe Prûnhilt: «swi wætlic sî dîn man,
swi biderbe und swi schœne, sô muost du vor im lân
Gunther den recken, den edeln bruoder dîn.
der muoz vor allen kûnegen, daz wizzest wærlîche, sîn.»
- 819 Dô sprach diu vrouwe Kriemhilt: «sô tîwer ist wól mîn man,
daz ich in âne schulde niht gelobet hân.
an vil manegen dingen so ist sîn êre grôz.
geloubestu des, Prûnhilt, er ist wol Gunthers genôz.»

CANTO XIV

De cómo las reinas se agraviaron

- 814 Cierta día, a la hora de visperas, alzóse gran alboroto causado por multitud de caballeros en el patio del castillo. Se entregaban ellos, para divertirse, a juegos caballerescos. Allí habían acudido, a presenciarnos, muchas damas y caballeros.
- 815 Mientras tanto, estaban sentadas juntas las dos poderosas reinas. Pensaban en dos héroes dignos de toda alabanza. La hermosa Krimilda dijo: «Yo tengo un esposo al que deberían pertenecer todos estos reinos.»
- 816 Aquí habló la señora Brunilda: «¿Cómo podría ser eso? Si no viviera nadie en la tierra más que él, estos reinos podrían acaso estarle sometidos, pero mientras viva Gunter eso no podrá suceder jamás.»
- 817 Entonces dijo Krimilda: «Sólo tienes que ver su porte y mirar cuán magnífico sobresale entre los otros guerreros, como la brillante luna se destaca entre las estrellas. Yo no puedo menos de alegrarme de ello y con motivo.»
- 818 Ahora replicó la señora Brunilda: «Por muy gallardo que sea tu esposo, por bravo y apuesto que sea, tienes que admitir que Gunter, tu hermano, lo aventaja. Ciertamente, debes saberlo, él va por delante de todos los reyes.»
- 819 La señora Krimilda habló entonces: «Son tales las cualidades de mi marido, que si lo alabo es con razón. Grande es su fama en muchas cosas. Puedes creerme, Brunilda, él es sin duda un igual de Gunter.»

- 820 «Jane sôlt du mirz, Kriemhilt, ze arge niht verstân,
wand' ich âne schulde die rede niht hân getân.
ich hôrte si jehen beide, do ihs' âller êrste sach,
und dâ des kûneges wille an mînem lîbê geschach,
- 821 Unt dâ er mîne minne sô ritterlîch gewan,
dô jach des selbe Sifrit, er wære 'skûneges man.
des hân ich in für eigen, sît ihs in hôrte jehen.»
dô sprach diu schoene Kriemhilt: «sô wære mir übele ges-
chehen.
- 822 Wie heten sô geworben die edelen bruoder mîn,
daz ich eigen mannes wine solde sîn?
des wil ich dich, Prûnhilt, vil friuntlîche biten
daz du die rede lâzest durch mich mit gûetlîchen siten.»
- 823 «Ine mât ir niht gelâzen», sprach des kûneges wîp.
«zuiu sold' ich verkiesen sô maniges ritters lîp,
der uns mit dem degene dîenstlîch ist ûndertân?»
Kriemhilt diu vil schoene vil sêre zûrnên began.
- 824 «Du müost in verkiesen, daz er dir immer bî
wone deheiner dienste. er ist tiwerr danne sî
Gunter mîn bruoder, der vil edel man.
du solt mich des erlâzen, daz ich von dir vernomen hân.
- 825 Unde nimet mich immer wunder, sît er dîn eigen ist,
unt daz du über uns beide sô gewaltec bist,
daz er dir sô lange den zins versezen hât.
der dîner übermüete sold' ich von rehte haben rât.»
- 826 «Du ziuhest dich ze hôhe», sprach des kûniges wîp.
«nu wil ich sehen gerne, ob man den dînen lîp
habe ze solhen êren sô man den mînen tuot.»
die vrouwen wurden beide vil sêre zôrnêc gemuot.

- 820 «No veas, Krimilda, mala intención en lo que digo, pues no
he hablado sin fundamento. Yo se lo he oído declarar a los
dos cuando los vi por primera vez y cuando se cumplieron
en mí los deseos del rey»⁵⁵
- 821 y tan caballerosamente conquistó mi amor. Entonces declaró
el mismo Sigfrido que era vasallo del rey. Así pues, lo tengo
por tal desde que se lo oí declarar.» A esto replicó Krimilda:
«Si eso fuera así, habría sido una afrenta para mí.
- 822 ¿Cómo es posible que mis nobles hermanos obrasen de tal
suerte, que yo me convirtiera en mujer de un vasallo? Por
eso, Brunilda, quiero pedirte de corazón que dejes, en aten-
ción a mí, todas esas razones.»
- 823 «No puedo dejarlas», habló la esposa del rey. «¿Cómo podría
yo renunciar a tantos caballeros que, juntamente con Sigfri-
do, nos deben homenaje y sumisión?» Aquí Krimilda, la muy
hermosa, empezó a encolerizarse vivamente.
- 824 «Tienes que renunciar a que él te preste jamás cualquier
clase de servicio. Sigfrido vale más que Gunter mi hermano,
el muy noble caballero. Tu debes relevarme de oír en ade-
lante lo que acabo de oír de tus labios.
- 825 Además me asombra en demasía que, siendo Sigfrido tu
vasallo y teniendo tú tanta autoridad sobre nosotros dos, te
haya dejado él de pagar tributo tanto tiempo. Espero, y
creo que es justo, estar en adelante libre de tus arrogan-
cias.»
- 826 «Tú tienes muy altas pretensiones», dijo la esposa del rey,
«pero me gustaría ver ahora si se rinden los mismos honores
a tu persona que a la mía». Grande fue entonces la cólera de
las dos damas.

⁵⁵ Pasaje confuso. Según Bartsch, esta alusión sólo puede referirse a la noche de bodas. Otros ven aquí una doble referencia a la sumisión de Brunilda por las armas en Islandia y a su rendición en la noche de bodas. La mención de la «primera vez» y la estrofa siguiente sólo pueden referirse a Islandia.

- 827 Dô sprach diu vrouwe Kriemhilt: «daz muoz et nû geschehen.
sît du mines mannes für eigen hâst verjehen,
nu müezen hiute kiesen der beider künige man,
ob ich vor küniges wibe zem münster tûrré gegân.
- 828 Du muost daz hiute schouwen, daz ich bin adelvrî,
unt daz mîn man ist tiwerr danne der dîne sî.
dâ mit wil ich selbe niht bescholten sîn.
du solt noch hînte kiesen wie diu eigene diu dîn
- 829 Ze hove gê vor recken in Burgonden lant.
ich wil sêlbe wesen tiwerr danne iemen habe bekant
deheine küneginne, diu krône ie her getruoc.
dô huop sich under den vrouwen des grôzen nîdes genuoc.
- 830 Dô sprach aber Prûnhilt: «wiltu niht eigen sîn,
sô muostu dich scheiden mit den vrouwen dîn
von mînem ingesinde, dâ wir zem münster gân.»
des antwurte Kriemhilt: «entriuwen, daz sol sîn getân.»
- 831 «Nu kléidet iuch, mîne meide», sprach Sîfrides wîp.
«ez muoz âne schande belîben hie mîn lîp.
ir sult wol lâzen schouwen, und habt ir rîche wât.
si mac sîn gerne lougen, des Prûnhilt verjehen hât.»
- 832 Man moht' in lîhte râten, si suochten rîchiu kleit.
dâ wart vil wol gezieret manic vrôuwe unde meit.
dô gie mit ir gesinde des edelen küniges wîp
(dô wart ouch wol gezieret der schoenen Kriemhilden lîp)
- 833 Mit drîn und vierzec meiden, di brâhte si an den Rîn,
di truogen liehte pfelle geworht in Arâbîn.
sus kômen zuo dem münster die meide wol getân.
ir warten vor dem hûse alle Sîfrides man.
- 834 Die liute nam des wunder, wâ von daz geschach,
daz man die küneginne alsô gescheiden sach,
daz si bî ein ander niht giengen alsam ê.
dâ von wart manigem degene sît vil sorclîchen wê.

- 827 Habló ahora la señora Krimilda: «Pues eso lo vamos a ver
ahora. Ya que has tildado de siervo a mi marido, hoy será
menester que vean los caballeros de ambos reyes si me atre-
vo a entrar en la iglesia delante de la esposa del rey.
- 828 Hoy tienes que comprobar que soy noble de derecho y que
mi esposo es máspreciado que el tuyo. No quiero que me
echen en cara haber dicho esto. Esta misma noche vas a ver
cómo tu sierva
- 829 va delante de sus guerreros en la corte burgunda. Aspiro a
alcanzar mayor gloria de la que jamás conociera hasta ahora
reina alguna que ciñera corona.» Entonces nació entre las
dos reinas un odio terrible.
- 830 Brunilda volvió a hablar: «Puesto que no quieres considerar-
te vasalla, tendrás que irte con las damas de tu séquito y
separarte de mi cortejo cuando entremos en el templo.» A lo
cual replicó Krimilda: «Pues bien, así sera.»
- 831 «Ahora vestíos, mis damas», dijo la mujer de Sigfrido. «Mi per-
sona ha de quedar aquí limpia de afrenta. Es menester que
demostréis si poseéis ricas vestiduras. Brunilda no tendrá
más remedio que retractarse de cuanto ha dicho.»
- 832 Era aquella una orden fácil de seguir. Ellas sacaron ropas
suntuosas. Muchas damas y doncellas quedaron entonces
lujosamente ataviadas. Luego la esposa del rey apareció a la
cabeza de su cortejo. También era lujoso el atavío de la bella
Krimilda,
- 833 lo mismo que el de las cuarenta y tres doncellas que había
llevado a orillas del Rin. Vestían ellas ropas claras hechas
con telas de Arabia. Así llegaron al templo las gentiles
mozas. En espera de Krimilda, a la puerta, estaban los caba-
lleros de Sigfrido.
- 834 Las gentes se asombraron de lo que pasaba, viendo cómo se
presentaban separadas las reinas y no juntas como antes.
Esto había de pesarle hondamente a más de un caballero.

- 835 Hie stuont vor dem münster daz Guntheres wîp.
dô hete kurzewile vil maniges ritters lîp
mit den schoenen vrouwen, der si dâ nâmen war.
dô kom diu vrouwe Kriemhilt mit maniger hêrlîchen schar.
- 836 Swaz kleider ie getruogen edeler ritter kint,
wider ir gesinde daz was gar ein wint.
si was sô rîch des guotes, daz drîzec künige wîp
ez möhten niht erziugen, daz tete Kriemhilde lîp.
- 837 Ob iemen wûnschen solde, der kunde niht gesagen
daz man sô rîchiu kleider gesæhe ie mêr getragen
alsô dâ ze stunden truogen ir meide wol getân.
wan ze léide Prûnhilde, ez hete Kriemhilt verlân.
- 838 Ze samne si dô kômen vor dem münster wît.
ez tet diu hûsvrouwe durch einen grôzen nît,
si hiez vil übellîche Kriemhilde stille stân:
«jâ sol vor küniges wîbe niht êigên diu gegân.»
- 839 Dô sprach diu schœne Kriemhilt (zornec was ir muot):
«kûndestu nôch geswîgen, daz wære dir guot.
du hâst geschendet selbe den dînen schœnen lîp:
wie möhte mannes kebse werden immer küniges wîp?»
- 840 «Wen hâstu hie verkebset?» sprach dô des küniges wîp.
«daz tuon ich dich», sprach Kriemhilt. «den dînen schœnen lîp
den minnet' êrste Sîfrit, der mîn vil lieber man.
jane wâs ez niht mîn bruoder, der dir den magetuom an
gewan.
- 841 War kômen dîne sinne? ez was ein arger list.
zwiu lieze du in minnen, sît er dîn eigen ist?
ich hoere dich», sprach Kriemhilt, «ân' alle schulde klagen.»
«entriuwen», sprach dô Prûnhilt, «daz wil ich Gunthere sagen.»
- 842 «Waz mac mir daz gewerren? dîn übermuot dich hât betrogen.
du hâst mich ze dienste mit rede dich an gezogen.
daz wizze in rehten triuwen, ez ist mir immer leit.
getriuwer heinlîche sol ich dir wesen umbereit.»

- 835 Estaba ante la catedral la esposa de Gunter. Muchos caballeros hallaban solaz con las hermosas mujeres que veían allí. Entonces apareció la señora Krimilda con magnífico y numeroso cortejo.
- 836 Cualquier vestido que antes hubieran llevado hijas de nobles caballeros no era nada al lado de las galas de estas damas del séquito. Era tal la riqueza de Krimilda, que treinta reinas no hubieran podido desplegar el lujo que ella mostraba.
- 837 Si a alguien le hubiese sido dado expresar sus deseos, no habría podido decir jamás que viera galas tan lujosas como las que en aquella sazón vestían las gentiles damas de Krimilda. Ésta no habría hecho tal cosa a no ser por herir a Brunilda.
- 838 Llegaron ambos cortejos a la par delante de la catedral. Entonces la soberana del país, empujada por su odio profundo, mandó pararse de mal talante a Krimilda: «Una sierva no debe ir delante de la esposa de un rey.»
- 839 Habló entonces la hermosa Krimilda con ánimo airado: «Si hubieras podido callarte, más te habría valido. Tú misma has ultrajado a tu propia persona. ¿Cómo pudo la barragana de un vasallo llegar a ser jamás la esposa de un rey?»
- 840 «¿A quién tratas tú de barragana?», replicó ahora la mujer del rey. «A ti», contestó Krimilda, «pues fue Sigfrido, mi esposo bien amado, quien primero halló en ti cumplido deleite. No fue ciertamente mi hermano el que conquistó tu doncellez.
- 841 ¿Dónde estaba entonces tu entendimiento? Fue aquella una baja argucia. ¿Cómo es que le dejaste que te poseyera si, como dices, es tu siervo? Veo que te estás quejando sin razón alguna», dijo Krimilda. «Te aseguro», replicó ahora Brunilda, «que le voy a decir todo esto a Gunter.»
- 842 «¿Qué puede importarme a mí eso? Tu soberbia te ha traicionado. Con tus palabras has pretendido hacer de mí tu sierva. Pues has de saber y creer de buena ley que siempre sentiré gran pesar y que en adelante no estaré dispuesta a guardarte lealtad alguna ni a mantener el secreto.»

- 843 Prünhilt dô weinde: Kriemhilt niht länger lie,
vor des küniges wibe inz münster si dô gie
mit ir ingesinde. dâ huop sich grözer haz:
des wurden liehtiu ougen vil starke trüeb' unde naz.
- 844 Swie vil man gote gediente oder iemen dâ gesanc,
des dûhte Prünhilde diu wile gar ze lanc,
wand' ir was vil trüebe der lîp und ouch der muot.
des muose sît engelten manic hêlt kûen' unde guot.
- 845 Prünhilt mit ir frouwen gie für daz münster stân.
si gedâhte: «mich muoz Kriemhilt mêre hoeren lân
des mich sô lûte zîhet daz wortræze wîp.
hât er sich es gerüemet, ez gêt an Sîfrides lîp.»
- 846 Nu kom diu edele Kriemhilt mit manigem kûenem man.
dô sprach diu vrouwe Prünhilt: «ir sult noch stille stân.
ir jâhet mîn ze kebesen: daz sult ir lâzen sehen.
mir ist von iuwern sprûchen, daz wizzet, lédê geschehen.»
- 847 Dô sprach diu vrouwe Kriemhilt: «ir möhtet mich lâzen gân.
ich erziugez mit dem golde, daz ich ân der hende hân:
daz brâhte mit mîn vriedel do er êrste bî iu lac.»
nie gelebte Prünhilt deheinen lédêren tac.
- 848 Si sprach: «diz golt vil edele daz wart mir verstoln
und ist mich harte lange vil übele vor verholn.
ich kum es an ein ende, wer mir ez hât genomen.»
die vrouwen wâren beide in grôz ungemüete komen.
- 849 Dô sprach aber Kriemhilt: «ine wîls niht wesen diep.
du möhtes wol gedaget hân, und wære dir êre liep.
ich erziugez mit dem gûrtel, den ich hie umbe hân,
daz ich niht enliuge: jâ wart mîn Sîfrît dîn man.»

- 843 Rompió entonces Brunilda a llorar. Krimilda, sin más tardanza, entró en la iglesia por delante de la esposa del rey y seguida de su cortejo. Ahora estalló un odio sin igual. Por él hubieron de entristecerse y empañarse de lágrimas muchos ojos claros.
- 844 Por piadoso que fuese entre tanto el servicio y solemnes los cantos religiosos, el tiempo se hizo muy largo para Brunilda, porque tanto el cuerpo como el alma eran presa de gran emoción. Esto hubo de pagarlo después más de un héroe esforzado y animoso.
- 845 Brunilda y su séquito se pusieron delante de la puerta. Decía ella para sí: «Krimilda tiene que explicarme lo que me echa en cara con tan mordaces palabras. Si Sigfrido se ha jactado de esto, le va en ello la vida.»
- 846 Apareció entonces la noble Krimilda seguida de gran número de bravos caballeros. Ahora habló la señora Brunilda: «Puesto que me habéis tachado de barragana, debéis probarlo. Vuestras palabras, habéis de saber, me han causado gran pesar.»
- 847 Contestó a esto la señora Krimilda: «Mejor os sería dejarme en paz. Yo puedo demostrarlo con la sortija de oro que llevo en la mano. Me la trajo mi amado esposo después de compartir el lecho con vos el primero.» Nunca vivió Brunilda un día más aciago.
- 848 Ahora dijo: «Ese precioso anillo me fue robado y hace harto tiempo que maliciosamente me lo han retenido escondido. Por fin logro averiguar quién me lo había quitado.» Las dos mujeres fueron presa de una gran cólera.
- 849 Krimilda volvió a hablar entonces: «No quiero consentir que me tilden de ladrona. Más te hubiera valido callarte, si tienes aprecio a tu honra. Ahora pruebo con el cinturón que llevo aquí ceñido que no te estoy mintiendo. Ciertamente mi Sigfrido fue tu amante.»

- 850 Von Ninnivê der sîden si den porten truoc,
mit edelem gesteine. jâ was er guot genuoc.
dô den gesach vrou Prûnhilt, weinen si began.
daz muose vreisichen Gunther und alle Burgonden man.
- 851 Dô sprach diu kûneginne: «heizet here gân
den fürsten vonne Rîne. ich wil in hoeren lân
wie mich hât gehoenet sîner swester lîp.
si sagt hie offenlîche, ich sî Sifrides wîp.»
- 852 Der kûnic kom mit recken. weinen er dô sach
di sînen triutinne. wie gûetlîch er sprach:
«saget mir, liebiu vrouwe, wer hât iu iht getân?»
si sprach zuo dem kûnige: «ich muoz unvr ôelîche stân.
- 853 Von allen minen êren mich diu swester dîn
gerne wolde scheiden. dir sol geklaget sîn,
si giht, mich habe gekebet Sîfrit ir man.»
dô sprach der kûnec Gunther: «sô hetes' ubele getân.»
- 854 «Si treit hie mînen gûrtel, den ich hân verlorn,
und mîn golt daz rôte. daz ich ie wart geborn,
daz riuwet mich vil sêre, dune berêdest, kûnic, mich
der vil grôzen schande; daz diene ich immer umbe dich.»
- 855 Dô sprach der kûnic Gunther: «er sôl her fûr gân.
und hât er sihs gerüemet, daz sol er hoeren lân,
oder sîn muoz lougen der helt ûz Niderlant.»
den Kriemhilde vriedel den hiez man bringen sâ zehant.
- 856 Dô der herre Sîfrit di ungemuoten sach,
(er'n wesse niht der maere) wie balde er dô sprach:
«waz weinent dise vrouwen? daz het ich gerne erkant,
oder von welhen schulden mich der kûnic habe besant.»
- 857 Dô sprach der kûnic Gunther: «dâ ist mir harte leit.
mir hât mîn vrouwe Prûnhilt ein mære hie geseit,
du habes dich des gerüemet, daz du ir schoenen lîp
allerêrst habes geminnet, daz sagt vrou Kriemhilt dîn wîp.»

- 850 Llevaba ella un cinto de seda de Nínive con piedras preciosas: era una pieza de gran valor. Cuando lo vio doña Brunilda rompió a llorar. Pensó entonces que Gunter y todos los nobles burgundos tenían que saber esto.
- 851 Dijo ahora la reina: «Haced venir aquí al príncipe del Rin. Yo quiero que sepa cómo me ha ultrajado su hermana. Ella ha asegurado aquí públicamente que yo he sido la concubina de Sigfrido.»
- 852 Llegó allí el rey con sus caballeros. Cuando vio el llanto de su bien amada, ¡con qué dulzura le habló!: «Decidme, mi querida esposa, ¿quién os ha afligido?» Y ella contestó al rey así: «¿Cómo no he de estar apesadumbrada?
- 853 De toda mi honra ha querido despojarme tu hermana. Oye ahora mi queja. Ella afirma que Sigfrido, su esposo, ha hecho de mí su barragana.» Aquí habló el rey Gunter: «Si hizo tal cosa, ha obrado mal.»
- 854 «Ella lleva puesto mi cinturón, el que yo había perdido, y también mi sortija de oro rojo. Si tú, rey, no me libras de esta afrenta, me arrepentiré hondamente de haber nacido. Si lo haces, te guardaré eterno agradecimiento.»
- 855 El rey Gunter dijo entonces: «Es menester que Sigfrido venga aquí. Si el héroe de los Países Bajos se ha jactado de ello, tendrá que admitirlo, y si no, negarlo.» Al punto mandaron ir a buscar al amado de Krimilda.
- 856 Cuando el señor Sigfrido vio los semblantes alterados sin saber la razón de ello, en seguida habló: «¿Por qué lloran estas mujeres? Me agradaría saberlo o que me dijeran cuál es la causa de que el rey me haya mandado venir.»
- 857 Aquí habló el rey Gunter: «Es para mí muy doloroso; mi esposa Brunilda me ha dado la noticia de que tú te has ufornado de haber sido el primero en poseer su hermoso cuerpo. Eso es lo que dice Krimilda, tu mujer.»

- 858 Dô sprach der starke Sîfrit: «und hât si daz geseit,
ê daz ich erwinde, ez sol ir werden leit,
und wil dir daz enpfûeren vor allen dînen man
mit mînen hôhen eiden, daz ich irs niht gesaget hân.»
- 859 Dô sprach der kûnic von Rîne: «daz soltu lâzen sehen.
den eit den du dâ biutest, unt mac der hie geschehen,
aller valschen dinge wil ich dich ledic lân.»
dô hiez man zuo dem ringe die stolzen Burgonden stân.
- 860 Sîfrit der vil küene zem eide bôt die hant.
dô sprach der kûnic rîche: «mir ist sô wol bekant
iuwer grôz unschulde; ich wil iuch ledic lân,
des iuch mîn swester zîhet, daz ir des niene habt getân.»
- 861 Dô sprach aber Sîfrit: «geniuzet es mîn wîp,
daz si hât ertrûebet den Prûnhilde lîp,
daz ist mir sicherlichen âne mâze leit.»
dô sâhen zuo zein ander die guoten rîttêr gemeit.
- 862 «Man sol sô vrouwen ziehen», sprach Sîfrit der degen,
«daz si ûppeclîche sprûche lâzen under wegen.
verbiut ez dînem wibe, der mînen tuon ich sam.
ir grôzen ungefüege ich mich wærlîchen scham.»
- 863 Mit rede was gescheiden manic schoene wîp.
dô trûret' alsô sêre der Prûnhilde lîp,
daz ez erbarmen muose die Guntheres man.
dô kom von Tronege Hagene zuo sîner vrôuwên gegân.
- 864 Er vrâgete waz ir wære, weinende er si vant.
dô sagte si im diu mære. er lobt' ir sâ zehant
daz ez eramen müese der Kriemhilde man,
oder er wolde nimmer dar umbe vroelich gestân.
- 865 Zuo der rede kômen Ortwin und Gêrnôt
dâ die helde rieten den Sîfrides tôt.
dar zuo kom ouch Giselher, der edelen Uoten kint.
do er ir rede gehôrte, er sprach getriulîche sint:

- 858 A esto replicó el buen Sigfrido: «Si ella ha dicho tal cosa, no
cejaré hasta que le pese; y estoy dispuesto a jurar solemne-
mente ante todos tus caballeros que no le he dicho nada
de ello.»
- 859 Entonces habló el rey del Rin: «Eso tendrás que probarlo. Si
puedes prestar aquí el juramento que ofreces, te declararé
libre de toda falsedad.» Mandóse entonces formar corro a los
arrogantes burgundos.
- 860 Sigfrido el muy valiente alzó la mano para prestar juramen-
to. Entonces dijo el poderoso rey: «De sobra sé que tú eres
enteramente inocente. Estoy dispuesto a declararos libre de
lo que os achaca mi hermana, pues estoy seguro de que
nunca lo habéis dicho.»
- 861 Ahora volvió a hablar Sigfrido: «Si mi esposa sale impune de
haber injuriado a Brunilda lo lamentará de veras.» Los dos
valientes y arrogantes caballeros se miraron mutuamente.
- 862 «Hay que educar a las mujeres», dijo Sigfrido el guerrero, «de
suerte que eviten las palabras insolentes. Prohíbeselo a tu
mujer, que yo haré lo mismo con la mía. Yo me avergüenzo
en verdad de su descomedimiento.»
- 863 Con esto las dos reinas y sus cortejos dejaron de hablarse.
Tan atribulada había quedado Brunilda que los caballeros
de Gunter hubieron de sentir compasión de ella. Hagen de
Trônege se dirigió entonces a su señora.
- 864 Sumida en llanto la encontró cuando le preguntó qué le
acontecía. Entonces ella le contó lo que había pasado. Muy
presto él le prometió que esto habría de pagarlo el esposo
de Krimilda o de lo contrario él no viviría jamás feliz por
aquella causa.
- 865 Ortwin y Gernot se unieron a esta reunión donde los héroes
se confabulaban para la muerte de Sigfrido. Luego acudió
también Giselher, el hijo de la noble Ute. Cuando oyó lo
que tramaban, habló lealmente:

- 866 «Ir vil guoten recken, war umbe tuot ir daz?
jane gediente Sifrit nie alsolhen haz
daz er dar umbe solde verliesen sînen lîp.
jâ ist es harte lîhte, dar umbe zûrnént diu wîp.»
- 867 «Suln wir gouche ziehen?» sprach aber Hagene:
«des habent lûtzel êre sô guote degene.
daz er sich hât gerûemet der lieben vrouwen mîn,
dar umbe wil ich sterben, ez engé im an daz leben sîn.»
- 868 Dô sprach der kûnic selbe: «er'n hât uns niht getân
niwan guot und êre; man sol in leben lân.
waz touc ob ich dem recken wære nu gehaz?
er was uns ie getriuwe und tet vil willeclîche daz.»
- 869 Dô sprach von Metzen der degen Ortwin:
«jane kân in niht gehelfen diu grôze sterke sîn.
erloubet mirz mîn herre, ich getuon im leit.»
dô heten im die helde âne schulde widerseit.
- 870 Sîn gevolgete niemen, niwan daz Hagene
riet in allen zîten Gûnther dem degene,
ob Sifrit niht enlebte, sô wurde im undertân
vil der kûnege lande. der helt des trûren began.
- 871 Dô liezen siz belîben. spiln man dô sach.
hey waz man starker schefte vor dem mûnster brach
vor Sifrides wîbe al zuo dem sale dan!
dô wâren in úmmûote genuoge Guntheres man.
- 872 Der kûnic sprach: «lât belîben den mortlîchen zorn.
er ist uns ze sælden unt ze êren geborn.
ouch ist sô grimme stark der wundernkûene man:
ob er sîn innen wurde, sô torste in niemén bestân.»
- 873 «Nein er», sprach dô Hagene. «ir muget wol stille dagen.
ich getrúwez heinlîche alsô wol án getragen:

- 866 «Muy nobles caballeros, ¿por qué pensáis hacer eso? Ciertamente Sigfrido no ha merecido un odio tal que haya de perder la vida a causa de él. Es por una verdadera pequeñez por lo que han reñido las mujeres.»
- 867 «¿Es que vamos a criar cuervos?»⁵⁶, replicó entonces Hagen, «poca honra sacarían entonces de ello caballeros tan nobles». Si él se ha jactado de haber gozado de mi amada reina, estoy dispuesto a morir, si él antes no pierde la vida.»
- 868 El rey mismo fue el que habló ahora: «Él no nos ha dado más que bienes y honores; debemos dejarle vivir en paz. ¿De qué me valdría a mí ahora mostrar mi odio al héroe? Él siempre nos fue leal y lo hizo de muy buena voluntad.»
- 869 Tomó entonces la palabra Ortwin, el guerrero de Metz: «Su gran fortaleza no ha de valerle mucho. Si me lo permite mi señor, yo me encargo de causarle daño.» Así declararon los héroes la guerra a Sigfrido sin razón alguna.
- 870 Nadie habló más del asunto. Sólo Hagen siguió advirtiendo a Gunter el caballero que si Sigfrido no moría, a él quedaría sometida gran parte del reino. Con esto el rey comenzó a acongojarse.
- 871 Así quedaron las cosas. Pronto se reanudaron las justas. ¡Ay cuántas recias lanzas se rompieron delante de la catedral y ante la esposa de Sigfrido mientras volvían a palacio! En cambio era muy grande el enojo de los hombres de Gunter.
- 872 Dijo el rey: «No os dejéis llevar por furia asesina. Sigfrido vino al mundo para salvación y honra nuestra. Pero, además, su bravura es portentosa y su fortaleza terrible. Si él advirtiera vuestro empeño, nadie osaría hacerle frente.»
- 873 «Qué ha de advertir», dijo entonces Hagen, «no tenéis más que guardar bien el secreto. Yo pienso llevar tan encubierta-

⁵⁶ En el original, *gouche*, «cucos», porque estas aves depositan los huevos en nidos ajenos. Esta vez hemos sacrificado la fidelidad a favor de otro símil forzado.

daz Prünhilde weinen sol im werden leit.
jâ sol im von Hagenen immer wesen widerseit.»

874 Dô sprach der künic Gunther: «wie möhte daz ergân?»
des antwurte Hagene: «ich wilz iuch hoeren lân.
wir heizen boten rîten zuo uns in daz lant
widersâgen offenliche, die hie niemen sîn bekant.

875 Sô jehet ir vor den gesten daz ir und iuwer man
wellet herverten. alsô daz ist getân,
sô lobt er iu dar dienen; des vliuset er den lip.
so ervar ich uns diu mære ab des kûenen recken wîp.»

876 Der künic gevolgete übele Hagenen sînem man.
die starken untriuwe begonden tragen an,
ê iemen daz erfunde, die ritter ûz erkorn.
von zweier vrouwen bâgen wart vil manic helt verlorn.

mente a cabo las cosas, que las lágrimas de Brunilda le van a
pesar. De Hagen sólo le cabe esperar la hostilidad eterna».

874 Aquí habló el rey Gunter: «¿Cómo es ello posible?» A lo cual
replicó Hagen: «Ahora lo vais a saber. Haremos que vengan
a declararnos la guerra abiertamente emisarios desconoci-
dos en esta ciudad.

875 Entonces anunciaréis delante de vuestros huéspedes que
vais a empezar la campaña con vuestros guerreros. Hecho
esto, él os ofrecerá sus servicios y por ello perderá la vida.
Yo me encargo de que la esposa del valiente caballero nos
dé razón⁵⁷».

876 En mala hora siguió el rey los consejos de Hagen. Los aque-
rridos caballeros se aprestaron a ejecutar su alevoso plan sin
que nadie lo descubriera. La querella de las dos mujeres iba
a causar la muerte de más de un héroe.

⁵⁷ De dónde es vulnerable Sigfrido. Véase la estrofa 100.

CANTO XV

De cómo fue traicionado Sigfrido

- 877 Una mañana, cuatro días después, se vio llegar a la corte a treinta y dos caballeros. A Gunter el muy poderoso le anunciaron que venían a declarar la guerra. Esta mentira hubo de causar gran duelo a más de una mujer.
- 878 Se les concedió permiso para presentarse ante el rey. Y dijeron que eran emisarios de Lúdeger, a quien antes venciera el brazo de Sigfrido y trajera de rehén al reino de Gunter.
- 879 Gunter saludó entonces a estos mensajeros y les pidió tomar asiento. Uno de ellos habló ahora: «Señor, permitidnos quedar de pie hasta que os digamos la embajada que nos han encomendado para vos. Habéis de saber que tenéis entre nosotros muchos enemigos⁵⁸.
- 880 La guerra os la declaran Lúdegast y Lúdeger, a quienes en otro tiempo causasteis gran desventura. Ambos se disponen a invadir con su ejército este país.» El rey fue presa de gran cólera cuando oyó la nueva.
- 881 Luego fueron despedidos los falsos mensajeros y enviados a sus posadas. ¿Cómo hubiera podido prevenirse Sigfrido o cualquier otro de lo que allí tramaban? Pero ellos mismos iban luego a sufrir gran dolor por su perfidia.
- 882 El rey y sus leales pusieron a conspirar. Hagen de Trónege no les dejó ningún respiro. Todavía lo hubieran evitado

⁵⁸ En el texto, literalmente, «que son enemigos vuestros muchos hijos de madre».

muchos de los vasallos del rey, pero Hagen no quería dejarse disuadir.

- 883 Un día Sigfrido los halló juntos intrigando. Entonces les preguntó el héroe de los Países Bajos: «¿Qué es lo que preocupa tanto al rey y a sus caballeros? Si alguien ha agraviado a Gunter yo estaré siempre dispuesto a vengarlo.»
- 884 Dijo entonces el rey Gunter: «Con razón estoy afligido. Lúdegast y Lúdeger me han declarado la guerra. Prestos están a invadir abiertamente mi reino.» Aquí habló el bravo caballero: «El brazo de Sigfrido
- 885 estará enteramente a vuestro servicio para defender vuestro honor. Yo les daré a esos guerreros el escarmiento que sufrieron ya otra vez; asolaré sus ciudades y campos antes de acabar la campaña. De ello respondo con mi cabeza.
- 886 Vos y vuestros guerreros debéis quedaros aquí y dejarme acometer al enemigo con mis propios caballeros. Así podréis ver cuánto me huelgo de servirlos. Os aseguro que a vuestros adversarios les haré sufrir.»
- 887 «Cuánto me alegro de esas palabras», dijo entonces el rey, como si de veras se holgara de la ayuda ofrecida. Con perfidia le dio cumplidas gracias el alevoso rey. Habló luego Sigfrido: «No tengáis cuidado alguno.»
- 888 Entonces aprestaron para la campaña a los escuderos⁵⁹, pero sólo para que lo vieran Sigfrido y los suyos. Luego mandó Sigfrido prepararse a los guerreros de los Países Bajos. Los caballeros de Sigfrido fueron ahora a buscar sus armaduras de batalla.
- 889 Habló ahora el bravo Sigfrido a Sigmundo: «Padre mío querido, quedaos aquí, volveremos en corto plazo, si Dios nos da merced, aquí al lado del Rin. Cerca del rey tendréis paz y sosiego.»

⁵⁹ Sigfrido ya ha ofrecido sus propios caballos.

- 890 Prendieron luego los estandartes y enseñas a las astas como si quisiesen partir. Eran bastantes los guerreros de Gunter que no sabían la razón de lo que allí pasaba. Muy densa era la muchedumbre que se podía ver en torno a Sigfrido.
- 891 Yelmos y corazas los cargaron y sujetaron sobre las cabalgaduras. Muchos bravos caballeros se aprestaban a partir del país. Entonces Hagen de Trónege se fue a ver a Krimilda para despedirse de ella, diciendo que iban a emprender la marcha.
- 892 «Cuánto me place», dijo Krimilda, «haber tomado por esposo a un hombre tan dispuesto a proteger a mis queridos parientes como lo es Sigfrido, mi señor. Ello me da una gran alegría.
- 893 Mi muy querido amigo Hagen, no olvidéis cuánto afecto os tengo y cómo nunca hubo enemistad entre nosotros. Haced, pues, que esto redunde en favor de mi querido esposo. Él no debe pagar por lo que yo le haya hecho a Brunilda.
- 894 De esto ya me he arrepentido desde entonces», dijo la noble dama. «Además, harto me ha golpeado él por mi falta. Las palabras que le dije a Brunilda gran dolor le causaron a ella, pero el héroe valiente y cabal bien me ha castigado.»
- 895 Hagen tomó la palabra: «Al cabo de unos días ya habréis hecho las paces. Pero Krimilda, mi amada señora, sería menester que me dijerais cómo puedo yo servir a Sigfrido vuestro esposo. Yo no lo haría por nadie de mejor grado.»
- 896 «Yo no tendría cuidado alguno», replicó la noble señora, «de que alguien le quitara la vida en combate, si él no se dejara llevar por su temeridad; entonces estaría seguro el valiente y cabal caballero».
- 897 «Señora», dijo entonces Hagen, «si albergáis el temor de que alguien pudiera herirle, habréis de decirme de qué artes habría yo de valerme para evitarlo. Quiero protegerle lo mismo a caballo que a pie».

- 898 Dijo ella: «Tú eres pariente mío como yo lo soy tuya. Yo te encomiendo en confianza la prenda de mi corazón, para que protejas bien a mi esposo bien amado.» Entonces ella le reveló un secreto que mejor hubiera debido callar.
- 899 Dijo así: «Mi marido es valeroso y además de una fuerza terrible. Cuando mató al dragón al pie de la montaña, bañóse en su sangre el arrogante caballero. Por eso desde entonces ningún arma ha podido herirle en una batalla.
- 900 Yo siempre empero he tenido el temor, cada vez que entra en combate y silban los venablos lanzados por el brazo de los guerreros, de perder a mi amado esposo. ¡Ay, cuántas veces tengo que afligirme a causa de Sigfrido!
- 901 Voy a revelarte a ti, mi querido amigo, contando con tu discreción y lealtad hacia mí, en qué sitio se le puede herir a mi esposo querido. Esto te lo voy a decir ahora; confío por entero en tu silencio.
- 902 Cuando de las heridas del dragón brotó la sangre caliente y se bañó en ella el valiente y cabal caballero, cayó en medio de su espalda una hoja de tilo muy grande. Ahí es donde pueden herirle y esa es la causa de mi gran desazón.»
- 903 Dijo entonces Hagen de Trónege: «Cosed encima de su atuendo una pequeña señal para que así yo sepa dónde debo protegerle cuando entremos en combate.» Así creía ella salvar al héroe, pero era así como ayudaba a su muerte.
- 904 Ahora habló Krimilda: «Voy a coser sobre su vestido una cruz de seda fina muy disimulada. Ahí es donde tú, buen guerrero, has de proteger a mi esposo cada vez que en lo más reñido de la batalla se enfrente a sus enemigos.»
- 905 «Así lo haré», replicó Hagen, «mi muy amada señora». También creía la dama que su idea sería de provecho para él, pero, al contrario, por ella fue alevosamente muerto el esposo de Krimilda. Entonces se despidió Hagen y partió todo contento de allí.

- 906 Gran alegría reinaba entre los cortesanos. Yo creo que jamás caballero alguno tramará mayor alevosía que la cometida por aquel hombre cuando la reina estaba confiando en su lealtad.
- 907 Al día siguiente, con mil de sus hombres, partió de allí a caballo el señor Sigfrido, con ánimo alegre. Pensaba que así iba a vengar la ofensa sufrida por sus amigos. Hagen acercó a él su corcel para poder observar así la ropa del héroe.
- 908 Cuando vio la señal en la espalda, hizo partir en secreto a dos de sus hombres para anunciar otra noticia: la de que Lúdeger los enviaba al rey Gunter para decirle que el reino de éste podía seguir en paz.
- 909 ¡De qué mala gana hizo volver Sigfrido la grupa a su caballo sin haber podido vengar en algo la ofensa hecha a sus amigos! Pues muy difícilmente lograron los hombres de Gunter que diera la vuelta. Él regresó al lado del rey y éste le mostró su agradecimiento:
- 910 «¡Dios os premie vuestra buena disposición! Es de razón que yo os guarde siempre gratitud por hacer de tan buen grado cuanto os pido. Entre todos mis amigos, es en vos en quien más confío.
- 911 Y ahora que nos hemos librado de la invasión enemiga, tengo la intención de ir a cazar osos y jabalíes al bosque de los Vosgos, como suelo hacer a menudo.» Éste era el consejo de Hagen, el muy pérfido caballero.
- 912 «Quiero que anuncien a todos mis invitados que vamos a partir temprano. Los que quieren cazar conmigo, ¡que se preparen! Pero si alguno prefiere quedarse a cortejar a las damas, también me alegraré de ello.»
- 913 Habló entonces el señor Sigfrido con gran nobleza: «Si vais de caza, me holgaré de acompañaros. Y si me prestáis un ojeador y varios perros sabuesos, yo me meteré en el bosque de abetos.»

- 914 «¿No queréis más que un ojeador?», preguntó el rey. «Yo os presto, si queréis, cuatro que conocen bien el bosque y las veredas que siguen los animales y que no os dejarán extrañados cuando busquéis el campamento.»
- 915 Entonces cabalgó Sigfrido en busca de su mujer, el muy gallardo caballero. Poco tardó Hagen en dar cuenta al rey de cómo pensaba acabar con el valeroso guerrero. Tamaña alevosía jamás debería cometerla hombre alguno.

CANTO XVI

De cómo fue muerto Sigfrido

- 916 Gunter y Hagen, los dos esforzados caballeros, prepararon traidoramente una cacería en el bosque. Con sus afilados venablos iban a la caza del jabalí, del oso y del bisonte. ¿Podría haber algo más atrevido?
- 917 Al lado de ellos cabalgaba Sigfrido con noble continente. De comida llevaban toda clase de viandas. Junto a una fuente de frescas aguas iba él luego a perder la vida. Así lo había aconsejado Brunilda, la esposa del rey Gunter.
- 918 El animoso caballero fue a ver a Krimilda, mientras salían cargadas en las acémilas sus ricas ropas de montería y las de sus compañeros. Se disponían a atravesar el Rin. Nunca iba Krimilda a sufrir un duelo más grande.
- 919 A su bien amada la besó en la boca. «Dios quiera, señora, que te vuelva a ver en sana salud y tus ojos a mí. Menester es que tengas solaz con tus fieles parientes. A mí no me es posible quedar contigo en casa.»
- 920 Recordó ella entonces el secreto —no se atrevió a decirlo a Sigfrido— que había confiado a Hagen. Ahora empezó a lamentarse de haber jamás nacido, y a llorar desaforadamente la esposa del señor Sigfrido.
- 921 Ella habló así al héroe: «Dejad la cacería. Anoche he tenido un sueño aciago: dos jabalíes os perseguían por el monte y todas las flores se tornaban rojas. No puedo menos de derramar amargas lágrimas.

- 922 Temo seriamente cualquier perfidia: ¿No habremos ofendido a alguien que ahora nos guarde un odio mortal? Quedaos, dueño y señor mío, yo os lo aconsejo con toda lealtad.»
- 923 Dijo él: «Amor mío, yo volveré dentro de pocos días. No sé de nadie de aquí que pueda guardar hacia mí odio alguno. Todos tus parientes me tienen afecto, tampoco he merecido aquí otra cosa de estos caballeros.»
- 924 «De manera alguna, señor Sigfrido! Yo ciertamente temo tu muerte. Anoche también tuve otro sueño que me hizo sufrir: eran dos montañas que se desplomaban sobre ti, luego no volví a verte. Si persistes en separarte de mí, muy grande será mi congoja.»
- 925 Él estrechó en sus brazos a su ejemplar esposa y con amorosos besos le mostró su cariño. Después de haberse despedido, partió presto. Ella no volvería, para su desventura, a verlo vivo jamás.
- 926 Montados a caballo se alejaron de allí y entraron en un espeso bosque buscando esparcimiento en la caza. Numerosos caballeros valientes seguían a Gunter y a su gente. Gernot y Giselher se habían quedado en casa.
- 927 Muchos rocines cargados cruzaron el Rin delante de ellos, portadores de pan y vino, carne y pescado para los cazadores, además de otras provisiones variadas, como cumple llevar a un rey tan poderoso.
- 928 Mandaron montar las tiendas los arrogantes y bravos caballeros a la entrada del verde bosque, sobre una isla muy grande y cerca del lugar por donde habría de salir la caza. Allí llegó también Sigfrido y esto se lo anunciaron al rey.
- 929 Los monteros ocuparon sus puestos de ojeo por todas partes. Entonces Sigfrido, el muy esforzado, dijo: «¿Quién va a guiarnos en el bosque, bravos y animosos guerreros, en pos de la caza?»

- 930 «¿Y si nos separásemos», habló ahora Hagen, «antes de empezar a cazar? Así podríamos saber mis señores y yo quiénes eran los mejores hombres en esta cacería por el bosque.
- 931 Nos repartiremos los moneros y las jaurías y que cada uno se apueste en el sitio que le plazca. El que cobre las mejores piezas será felicitado por ello». Después de estas palabras no tardaron mucho los cazadores en separarse.
- 932 Dijo entonces el señor Sigfrido: «Yo no he menester de jauría. Me basta con un sabueso que por haber probado el encame sepa seguir el rastro de la presa a través del bosque. Haremos una buena cacería», dijo el esposo de Krimilda.
- 933 Luego un viejo monero escogió un buen podenco y llevó en poco rato a su señor a un sitio donde había caza abundante. Toda pieza que sacaron de su guarida fue cobrada por los moneros, como hoy todavía hacen los buenos cazadores.
- 934 Cuantas piezas levantó el sabueso, las abatió con su brazo Sigfrido el muy valiente, el héroe de los Países Bajos. Era tan raudo su corcel, que ninguna se le escapaba. Así alcanzó delante de todos la gloria del triunfo en aquella batida.
- 935 Mostraba en todas cosas gran maestría. La pieza que él mató con su mano fue la primera cobrada en la cacería. Era un jabato de gran fuerza. Al poco rato tropezó con un león descomunal.
- 936 Cuando éste fue levantado por el sabueso, Sigfrido disparó el arco, donde había puesto una afilada flecha. La fiera, alcanzada, a duras penas pudo dar tres saltos. Sus compañeros de caza felicitaron al héroe.
- 937 Poco después derribó un bisonte y un alce, cuatro poderosos uros y un enorme ciervo de temible estampa. Su caballo le llevaba tan rápido que ninguno se le escapó. Pocos ciervos y ciervas eran capaces de huir.

- 938 Levantó luego el sabueso un gran jabalí. Cuando se ponía ya en fuga, el vencedor de la cacería le salió al paso y se arrojó sobre él. Pero la bestia, llena de rabia, se lanzó en seguida al ataque.
- 939 Entonces el esposo de Krimilda lo derribó de un tajo de su espada. Para cualquier otro cazador el lance no hubiera sido fácil. Cuando lo dejó tendido, sujetaron al sabueso. Pronto supieron los burgundos lo rico de su botín.
- 940 Dijeron entonces sus moneros: «Si es de vuestro agrado, señor Sigfrido, dejadnos gozar de una parte de la caza. Si no, vais a acabar con toda la caza del monte y del bosque.» Una sonrisa asomó entonces en los labios del valiente y esforzado caballero.
- 941 Oyóse en aquel punto por doquier gran ruido y alboroto. Hombres y jaurías hacían tal estruendo, que montes y bosques resonaban con el eco. Los cazadores habían soltado una jauría de veinticuatro sabuesos.
- 942 Muchas bestias hubieron de perder allí la vida. Esperaban los otros conseguir que se les diera el premio de la victoria. Pero no pudo ser cuando se vio al valiente Sigfrido presentarse ante la hoguera del campamento.
- 943 La cacería había terminado, pero no del todo. Los que regresaban al campamento traían consigo muchas pieles de animales y gran cantidad de piezas. ¡Ay, cuántas de ellas fueron llevadas a la cocina para las gentes del rey!
- 944 En este momento hizo anunciar el rey a los avezados cazadores que quería comer. Resonó luego la trompa en un solo y fuerte toque. De esta suerte supieron ellos que el noble príncipe se hallaba ya en su albergada⁶⁰.
- 945 Uno de los moneros de Sigfrido habló entonces: «Señor, la llamada de la trompa he oído. Eso es señal de que debemos

⁶⁰ En su campamento, en sus reales.

regresar al campamento. Voy a contestarla.» Pronto en repetidos toques hicieron acudir a los demás compañeros.

946 Habló en este punto el señor Sigfrido: «Hora es de que nosotros salgamos también del bosque.» Su corcel lo llevaba con paso firme; los otros se daban prisa en seguirle. Con el ruido levantaron de su cobijo a un animal muy terrible: era un oso feroz. Volviéndose a los que le seguían dijo el héroe:

947 «Compañeros, vamos a gozar de una buena diversión. Soltad el sabueso. El oso que estoy viendo ha de venir con nosotros al campamento. Como no se escape a toda prisa, no podrá librarse de lo que le espera.»

948 Soltaron al sabueso y el oso de un salto echó a correr. Entonces el esposo de Krimilda se dispuso a alcanzarlo a caballo. Pero le cerraba el paso un gran estorbo: árboles caídos. La empresa se hacía imposible. El feroz animal creía haberse salvado del cazador.

949 El arrogante y esforzado caballero descabalgó al punto y se echó a correr en pos de la bestia. El oso estaba desprevenido y no podía escapársele. En un momento lo atrapó y sin causarle herida alguna lo ató sin más tardanza.

950 La bestia no pudo arañar ni morder al héroe. Éste la sujetó a la silla y al instante volvió a montar. Así, por diversión y gracias a su gran bravura, llevó al animal hasta el campamento el valiente y esforzado caballero.

951 ¡Qué magnífica apostura tenía conforme cabalgaba hacia el campamento! Su jabalina era muy larga, recia y gruesa. Una espada de bellos adornos le colgaba hasta las espuelas. La trompa que llevaba era hermosa y de oro rojo.

952 Nunca oí hablar de un atuendo de caza mejor. El manto que vestía era de fina lana negra. Llevaba también una gorra de marta cibelina, de gran valor. ¡Ay, cuánto oro recamado adornaba su carcaj!

953 Estaba éste recubierto de piel de pantera a causa de su agradable olor⁶¹. También llevaba un arco que había que tensar con arte mecánica a menos que fuera el propio héroe el que lo tensara con su brazo.

954 Todo su ropaje estaba hecho de piel de nutria. Desde la cabeza a los pies podían verse otras pieles de distinto color. Sobre el esplendor de ellas refulgían adornos de oro en los dos costados del bravo campeón de la cacería.

955 También llevaba a Balmung, una espada bien labrada y formidable, tan afilada, que cada vez que golpeaba un yelmo jamás fallaba. Sus aristas eran de buen temple. De esta arma estaba muy orgulloso el magnífico cazador.

956 Como es menester que os dé cuenta en pormenor, os diré que su valioso carcaj estaba lleno de saetas de gran calidad, con monturas de oro y el hierro del ancho de una mano. A quien fuera alcanzado por ellas le esperaba una muerte rápida.

957 Cabalgaba el noble caballero con el porte ufano de un buen cazador. Los hombres de Gunter contemplaban cómo avanzaba hacia ellos. Salieron a su encuentro y tomaron el corcel de las riendas. Trabado a su silla de montar llevaba un oso enorme y de gran fuerza.

958 Después de apearse del caballo, Sigfrido le deshizo las ataduras de patas y boca. De repente estalló el aullido desaforado de la jauría en cuanto los perros vieron al oso. La bestia quería volver al bosque y hubo gran revuelo entre las gentes.

959 Con todo el alboroto, el oso fue a parar a las cocinas. ¡Ay, cuántos cocineros y pinches hubieron de escapar de la lumbre! Bien de ollas fueron volcadas y tizones desparramados. ¡Ay, qué de buenos manjares se pudieron ver entre las cenizas!

⁶¹ Una creencia muy extendida en la Edad Media. El olor, se decía, atraía a los animales.

- 960 Los señores y su escolta saltaron de los asientos. El oso empezó a enfurecerse. Mandó entonces el rey soltar los perros, que estaban sujetos a las correas. Si la caza hubiera acabado, aquella hubiera sido una feliz jornada.
- 961 No tardaron ya más los valientes en salir corriendo en pos del oso provistos de arcos y jabalinas. Pero era tal la cantidad de perros, que nadie se atrevía a arrojar un arma. Tan grande era el griterío, que todos los montes resonaban.
- 962 El oso echó a correr de allí huyendo de los perros. Nadie fue capaz de seguirlo más que el esposo de Krimilda, que logró alcanzarlo y darle muerte con la espada. Luego volvieron a llevar el oso hasta las hogueras del campamento.
- 963 Quienes contemplaron la proeza hubieron de declarar que Sigfrido era un hombre muy fornido. Luego se pidió a los cazadores que se sentaran a las mesas. Muchos de ellos lo hicieron sobre un hermoso prado. ¡Ay, qué manjares tan sabrosos les sirvieron a los nobles moneros!
- 964 Mas los que debían escanciar el vino no acababan de aparecer. Pero no fueron nunca mejor servidos otros héroes. Si no hubiera habido entre ellos intenciones tan alevosas, habrían quedado limpios de toda infamia aquellos caballeros.
- 965 Dijo entonces el señor Sigfrido: «Estoy asombrado, puesto que nos traen de la cocina tantas provisiones, ¿por qué no nos sirven el vino los escanciadores? Si no se agasaja mejor a los cazadores, yo no estoy dispuesto a tomar parte en otra cacería.
- 966 Yo creía haber merecido que se me prestara más atención.» El rey, desde su mesa, le habló entonces aviesamente: «Será una satisfacción desagraviaros por nuestra falta. La culpa de esto la tiene Hagen, que con gusto nos dejaría morir de sed.»
- 967 Dijo entonces Hagen de Trônege: «Muy querido señor, yo creía que la cacería de hoy iba a ser en el Spessart. Allí es adonde mandé el vino. Si hoy estamos sin bebida, en adelante yo me cuidaré de evitarlo.»

- 968 Habló ahora el señor Sigfrido: «¡Malhaya! Deberían haberme traído siete acémilas cargadas de hidromiel y ponche. De no haber podido ser así, tendríamos que haber armado las tiendas más cerca del Rin.»
- 969 Hagen de Trônege replicó entonces: «Nobles y valientes caballeros, yo conozco cerca de aquí una fuente de agua fresca —no debéis enfureceros—, y allí debemos ir.» Este consejo había de causar gran desventura a más de un caballero.
- 970 Sigfrido el valeroso hubo de sucumbir al tormento de la sed. Con tanta mayor presteza hizo que le retiraran la mesa, pues quería encaminarse a la fuente que brotaba al pie del monte. Los caballeros habían tramado la traición con perfidia.
- 971 Las piezas cobradas por el brazo de Sigfrido fueron enviadas a Burgundia en carretas. Cuantos las veían hacían grandes alabanzas de él. Hagen había quebrantado gravemente la lealtad que le debía a Sigfrido.
- 972 Cuando se disponían a partir hacia el tilo de ancha copa⁶², dijo Hagen de Trônege: «Me han contado a menudo que no había nada que pudiera alcanzar al esposo de Krimilda cuando él se pone a correr con empeño. ¡Ojalá nos lo quisiera demostrar ahora!»
- 973 Habló entonces el bravo Sigfrido, el de los Países Bajos: «Bien podéis probarlo si estáis dispuestos a competir conmigo corriendo desde aquí a la fuente. Cuando lo hagamos, habrá que declarar vencedor a quien se haya visto ganar la carrera.»
- 974 «Pues ahora vamos a hacer la prueba», dijo Hagen el guerrero. Y replicó el valiente Sigfrido: «Entonces yo me echaré sobre la hierba a vuestros pies»⁶³. Al oír esto, ¡cuál no sería el gozo de Gunter!

⁶² Donde estaba la fuente. El tilo es un elemento recurrente de la lírica medieval alemana.

⁶³ Para dar ventaja a su adversario en la carrera.

- 975 Continuó el bravo caballero: «Todavía voy a añadir algo. Pienso llevar encima todos mis pertrechos, la jabalina, el escudo y todo atuendo de caza.» Y sin más tardar ciñó el carcaj y la espada.
- 976 Los otros dos se despojaron entonces de sus vestiduras. De pie se les vio a los dos en sus blancas camisas. Como dos panteras salvajes corrieron ambos por el verde trébol. Pero pronto se vio llegar a la fuente, el primero, al bravo Sigfrido.
- 977 Él salió victorioso en todo ante muchos caballeros. Pronto se desprendió de la espada y se desembarazó del carcaj. La recia jabalina la dejó apoyada en una rama del tilo. Allí, al lado del hontanar, lleno de majestad, quedó en pie el huésped de los burgundos.
- 978 Las virtudes cortesanas de Sigfrido eran muy grandes. El escudo lo dejó en el suelo, allí donde manaba la fuente. Por ardiente que fuera su sed, el héroe no quería beber antes de que lo hiciera el rey. ¡Mal se lo había de agradecer el soberano!
- 979 La fuente tenía el agua fresca, clara y agradable. Gunter se agachó hacia la corriente. Cuando hubo bebido, volvióse a levantar. De buena gana hubiera hecho lo mismo Sigfrido.
- 980 Pero él hubo de pagar su buena crianza. El arco y la espada, todo lo quitó Hagen de allí. Luego volvió de un salto adonde estaba la jabalina. Ahora se puso a buscar la señal que había en la ropa del valiente.
- 981 Cuando el señor Sigfrido estaba inclinado sobre la fuente le clavó la jabalina en la cruz señalada en la espalda. Por la herida le brotó abundante la sangre que salía del corazón, hasta manchar las ropas de Hagen. Nunca podrá héroe alguno cometer tamaña felonía.
- 982 Clavada en el corazón le dejó entonces el arma. Jamás en esta vida corrió Hagen tan furiosamente huyendo de un hombre. Cuando el señor Sigfrido se percató de su terrible herida

- 983 saltó loco de furor de la fuente. En medio de la espalda seguía clavado el hierro de la larga jabalina. El príncipe creía poder encontrar allí el arco o la espada: entonces habría pagado mercedamente Hagen su vileza.
- 984 Cuando el malherido no pudo hallar la espada, no le quedó otra arma que el escudo. Alejándose de la fuente corrió entonces al encuentro de Hagen. Ahora no pudo escapársele el hombre de Gunter.
- 985 Aunque estaba herido de muerte, sus tajos eran tan desaforados, que del escudo saltaban las piedras preciosas y quedó enteramente destrozado. Al huésped de noble postura le hubiera agradado poderse vengar.
- 986 Pronto fue derribado Hagen por la fuerza de su brazo. La violencia del golpe lo hizo resonar en toda la isla. De haber empuñado la espada, habría sido la muerte de Hagen. Tanto le irritaba la grave herida, que padeció por ella honda aflicción.
- 987 El color de la faz se había tornado lívido; ya no podía tenerse en pie. Las fuerzas de su cuerpo tenían necesariamente que agotarse. En su color pálido se iban marcando las señales de la muerte. Luego había de ser llorado por más de una hermosa dama.
- 988 Entonces cayó entre las flores el esposo de Krimilda. Podía verse correr a borbotones la sangre de la herida. Empezó ahora a denostar —tal era su desventura— a quienes habían urdido su muerte alevosa.
- 989 En el umbral de la muerte, dijo entonces: «Malvados y cobardes, ¿de qué valieron mis servicios ahora que me habéis asesinado? Siempre os guardé fidelidad y éste es el premio que recibo. Mala se la urdisteis a vuestros deudos.
- 990 Todos vuestros descendientes nacerán manchados de vuestro crimen. Habéis desahogado vuestra cólera en demasía sobre mi persona. Para vergüenza vuestra huirán de vosotros los buenos guerreros.»

991 Todos los caballeros corrieron adonde Sigfrido yacía moribundo. Para muchos de ellos fue aquella una triste jornada. Los que aún le guardaban alguna lealtad hubieron de llorarle. Bien lo había merecido el valiente y gallardo caballero.

992 El rey de Burgundia lamentó entonces su muerte. Pero el moribundo replicó: «No es menester que llore el daño quien lo ha cometido, lo que merece es graves reproches. Mejor sería que dejara el llanto.»

993 Habló ahora el terrible Hagen: «No sé en verdad por qué os lamentáis. Por fin se acabaron nuestros desvelos y nuestras cuitas. No habrá ninguno que se atreva a hacernos frente. Contento estoy de haber dado fin a su poderío.»

994 «Fácil es jactarse ahora», dijo entonces Sigfrido. «Si yo hubiese descubierto vuestra criminal intención, ya habría sabido guardar mi vida de vosotros. Nada me duele tanto como el pensar en Krimilda, mi esposa.

995 Dios me perdone el haber engendrado un hijo, al cual echarán en cara alguna vez que alguien de los suyos mató traidamente. Si yo pudiera, con razón me lamentaría de ello.»

996 Luego siguió el moribundo en tono lastimero: «Si queréis, noble rey, dar todavía en este mundo una prueba de lealtad a alguien, dejadme encomendar a vuestra protección a mi esposa muy amada

997 y que ella tenga algún provecho de ser hermana vuestra. Apelo a vuestra buena crianza de príncipe para que le prestéis ayuda y protección. A mí mucho me habrán de esperar mi padre y mis hombres. Nunca sufrió mujer mayor dolor por el hombre amado.»

998 A su alrededor las flores se habían teñido de sangre. Él luchaba con la muerte, pero no por mucho tiempo, porque el arma de la muerte siempre ha sido muy cruel. Ahora ya no podría hablar más el valiente y gallardo caballero.

999 Cuando los señores vieron que el héroe había muerto lo tendieron sobre un escudo de oro rojo y deliberaron cómo habrían de hacer para encubrir lo que Hagen había hecho.

1000 Muchos de ellos decían: «Mal paso hemos dado. Menester es que todos lo oculten y convengan en declarar que el esposo de Krimilda salió a cazar a solas y le mataron unos bandidos cuando iba por el bosque.»

1001 Dijo entonces Hagen de Trônege: «Yo lo llevaré a Worms. A mí no me importa si lo averigua la que tanto ha hecho sufrir a Brunilda. Llore lo que llore, muy poco me va a preocupar.»

CANTO XVII

De cómo Sigfrido fue llorado y enterrado

- 1002 Luego esperaron a la noche y atravesaron el Rin. Jamás héroe alguno hizo peor cacería. La pieza que habían cobrado la lloraron nobles damas. Muchos preclaros caballeros hubieron de pagarlo después.
- 1003 Ahora podréis oír contar de una gran soberbia y de una espantosa venganza. Hagen había mandado llevar ante los aposentos de Krimilda el cadáver de Sigfrido.
- 1004 Allí, a la puerta, hizo que lo dejaran sigilosamente para que ella lo encontrara al salir a misa de maitines, antes del amanecer, a la que la señora Krimilda nunca faltaba.
- 1005 Tocaron a misa como de costumbre. Krimilda la hermosa despertó a varias de sus doncellas y mandó traer luces y vestidos. Llegó entonces un chambelán, que encontró el cadáver de Sigfrido.
- 1006 Vio al héroe rojo de sangre, todas sus ropas teñidas. De que él fuese su amo no dudó un solo momento. Llevando la luz en la mano entró en la cámara. Por él se enteró la señora Krimilda de la triste nueva.
- 1007 Cuando, acompañada de sus dueñas, se disponía a ir a la iglesia, dijo el chambelán: «¡No os mováis de ahí! Delante de este aposento yace muerto un caballero.» Krimilda entonces rompió en lamentaciones desaforadas.
- 1008 Antes de comprobar que se trataba de su esposo, le asaltó el recuerdo de la pregunta que Hagen le hizo para proteger al héroe. Ahora fue cuando se apoderó de ella la congoja.

Aquella muerte era para la esposa el abandono de toda dicha.

- 1009 Se desplomó entonces sobre el suelo, incapaz de decir palabra. Allí se podía ver yacente a la hermosa desventurada. El dolor de Krimilda no tenía medida. Al volver de su desmayo, fueron tales sus gritos que toda la cámara tembló.
- 1010 Entonces hablaron los del séquito: «¿Y si fuera un extraño? La sangre le brotaba a Krimilda de los labios; tan grande era el dolor de su corazón. Dijo ahora: «Es Sigfrido, mi esposo bien amado: Brunilda ha sido la que tramó esto; Hagen ha sido el brazo ejecutor.»
- 1011 La señora mandó que la llevaran al sitio donde yacía el héroe. Allí alzó la hermosa cabeza de Sigfrido con sus blancas manos. Aunque estaba todo ensangrentado, al punto lo reconoció. Quien tendido estaba tan lastimoso era el héroe de los Países Bajos.
- 1012 Presa de gran congoja, clamó entonces la atribulada reina: «¡Ay de mí!, ¡cuánta es mi desventura! No está tu escudo destrozado por tajos de espada, a ti te han asesinado. Si yo supiera quién lo ha hecho, no cejaría hasta lograr su muerte.»⁶⁴
- 1013 Todo su séquito se lamentó a gritos a la par que su amada señora, pues tenían gran pesar por el noble señor que acababan de perder. Cruel había sido la venganza tomada por Hagen para desagrar a Brunilda.
- 1014 Llena de pesar habló entonces la infortunada: «¡Id, mis chambelanes, a despertar en seguida a los caballeros de Sigfrido. Contadle también a Sigmundo mi desgracia y preguntad si puede venir a llorar conmigo al valeroso Sigfrido.»
- 1015 Presto partió un mensajero hacia donde estaban alojados los héroes de Sigfrido, los nibelungos. Las tristes nuevas arreba-

⁶⁴ Esta frase no está en contradicción con la declaración, más bien conjetura, de la estrofa 1010. Aquella es sospecha y no basta para justificar la venganza. Hace falta la prueba.

taron la alegría de sus corazones. No podían creerlas hasta oír las lamentaciones.

- 1016 Luego, a toda prisa, corrió el mensajero adonde el rey estaba acostado. El señor Sigmundo no dormía. Yo sospecho que su corazón le decía lo que había acaecido y que no volvería a ver con vida a su hijo querido.
- 1017 «Despertad, mi señor Sigmundo. Me ha pedido que venga aquí mi señora Krimilda. Una gran desgracia le ha ocurrido, que acongoja su corazón más que todos los pesares. Es menester que la acompañéis en el llanto, pues mucho os atañe también.»
- 1018 Levantóse entonces el rey Sigmundo, diciendo: «¿Qué pesares afligen a la hermosa Krimilda?» Replicó el mensajero con lágrimas: «No os lo puedo ocultar: el valiente Sigfrido, el de los Países Bajos, ha sido muerto.»
- 1019 Dijo ahora el señor Sigmundo: «Dejaos de burlas y, en atención a mí, no divulgéis tan grave noticia. Libraos de decir a nadie que han matado a Sigfrido, pues en toda mi vida podría yo resignarme a su muerte.»
- 1020 «Si no queréis creer lo que os digo, vos mismo podéis oír el llanto de Krimilda y de todo su séquito por la muerte de Sigfrido.» Al oír esto, grande fue el espanto de Sigmundo y ciertamente no pudo menos de ser así.
- 1021 De un salto se levantó del lecho; lo mismo hicieron cien de sus guerreros. Empuñando pronto las largas y afiladas armas corrieron hacia donde se oían los tristes lamentos. Luego llegaron mil caballeros más de las huestes de Sigfrido.
- 1022 Al oír el llanto lastimero de las damas, algunos pensaron que debían vestirse de manera apropiada. Y es que el dolor no les dejaba regir los sentidos. Honda era la pesadumbre que se enterraba en sus corazones.
- 1023 Llegó entonces el rey Sigmundo adonde estaba Krimilda. Dijo: «Malhaya el viaje que nos trajo a este país. ¿Quién nos ha arrebatado con mano asesina a mi hijo y vuestro esposo?»



El cuerpo sin vida de Sigfrido ante la puerta de Krimilda

- 1024 «¡Ay, si yo lo supiera!», habló la muy noble señora. «Ni mi alma ni mi persona jamás se lo perdonarían. Yo le trataría tan despiadadamente que por mi causa sus amigos habrían de llorar.»
- 1025 El rey Sigmundo estrechó entre los brazos al príncipe muerto. Fue entonces tan honda la congoja de sus amigos, que sus fuertes lamentos y su llanto resonaron en las salas, el palacio y la ciudad de Worms.
- 1026 Nadie podía consolar a la esposa de Sigfrido. El hermoso cuerpo del héroe fue despojado de sus vestidos; laváronle la herida y lo tendieron sobre la parihuela. Honda fue la aflicción de sus gentes ante la gran desgracia.
- 1027 Hablaron ahora sus guerreros del país nibelungo: «Nuestro brazo ha de estar siempre dispuesto para vengarlo. En este castillo se halla el que lo ha matado.» Allí corrieron en busca de las armas los hombres de Sigfrido.
- 1028 Los esforzados caballeros llegaron con sus escudos, mil cien en número. Ellos formaban la hueste de Sigmundo. Ahora estaba deseando vengar la muerte de su hijo. Tenía motivo sobrado para ello.
- 1029 Ahora no sabían a quién debían presentar batalla, si no era en contra de Gunter y sus hombres, con quienes había partido de cacería el señor Sigfrido. Cuando Krimilda los vio armados, fue presa de gran zozobra.
- 1030 Aunque su dolor era muy hondo y muy grande su tribulación, ella temía seriamente la muerte de los nibelungos a manos de los guerreros de sus hermanos, de suerte que impidió la lucha. Con ternura, como los amigos hablan a los amigos queridos, les advirtió del peligro.
- 1031 Así habló la desventurada: «Mi señor Sigmundo, ¿qué pretendéis hacer? No conocéis bien la situación. Dispone el rey Gunter de tantos valientes guerreros que, si queréis darle batalla, vos perderéis todos los hombres.»

- 1032 Levantando los escudos, mostraban su impaciencia por luchar. La noble reina les rogó y aun les dio orden de que no lo hicieran. Cuando ellos no consintieron, sintió verdadera pena.
- 1033 Dijo ella: «Señor Sigmundo, dejad las cosas hasta que se presente mejor ocasión. Entonces vengaré a mi esposo con vosotros. Para el que me lo ha arrebatado, cuando tenga prueba de ello, seré yo su perdición.
- 1034 Son muchos aquí en el Rin los héroes arrogantes; por eso os aconsejo que no entréis en combate con ellos. Frente a cada uno de los vuestros tienen unos treinta hombres. Que Dios les dé el pago que han merecido por su comportamiento hacia nosotros.
- 1035 Quedaos aquí y compartid conmigo esta aflicción, cuando despunte el día, gallardos caballeros; ayudadme a poner en el ataúd a mi querido esposo.» Respondieron entonces los héroes: «Así se hará.»
- 1036 Nadie podría contaros cabalmente los increíbles lamentos que allí se oyeron a caballeros y damas, tales que hasta en la ciudad hubieron de percatarse de los gritos de dolor. Los nobles ciudadanos acudieron corriendo allí.
- 1037 Ellos se unieron a las lamentaciones de los forasteros, pues grande era también su duelo. Nadie les había dicho que Sigfrido fuera culpable de algo por lo que hubiera de perder la vida. Allí juntaron su llanto al de las damas las buenas vecinas de la ciudad.
- 1038 Mandaron venir artesanos que prepararan un ataúd de plata y de oro, grande y fuerte. Recios bastidores de acero bien templado le daban solidez. Todo el mundo tenía el ánimo muy atribulado.
- 1039 La noche había pasado, dijeron que ya amanecía. Entonces ordenó la noble señora que llevaran a la iglesia a Sigfrido el señor, su muy amado esposo. A cuantos amigos tenía allí el héroe se les vio acudir llorando al templo.

- 1040 Cuando lo llevaron a la iglesia, doblaron muchas campanas. Por doquier se oía el cántico de los sacerdotes. Llegó entonces el rey Gunter acompañado de sus hombres, así como el feroz Hagen; ellos se unieron al coro de las lamentaciones.
- 1041 Dijo el rey: «Mi hermana muy querida, ¡ay, qué terrible es tu desgracia! ¡No haber podido librarnos de tan gran pérdida! Siempre habremos de lamentarnos de la muerte de Sigfrido.» «No tenéis motivo para ello», replicó la atribulada esposa.
- 1042 «Si por ello tuvierais pena, no habría ocurrido. No habéis pensado en mí; esto lo puedo decir bien ahora, cuando he quedado separada de mi querido esposo. Ojalá», exclamó Krimilda, «me lo hubieran hecho a mí misma».
- 1043 Ellos negaron con tesón. Krimilda dijo entonces: «Quien sea inocente, que lo pruebe. Que se acerque a la parihuela públicamente. Muy pronto se conocerá entonces la verdad.»
- 1044 Éste es un gran portento que ocurre todavía a menudo. Cuando los culpables de un crimen se presentan ante el muerto, vuelven a sangrar las heridas, como allí ocurrió. De ello se siguió que el culpable era Hagen.
- 1045 La sangre brotó abundante de las heridas, como lo había hecho antes. Los que se habían estado lamentando, ahora sollozaron mucho más. Dijo entonces el rey Gunter: «Quiero que sepáis que lo mataron unos bandidos; no fue Hagen quien lo hizo.»
- 1046 «A los bandidos —dijo ella— los conozco muy bien. Quiera Dios que alguna vez lo vengue el brazo de sus amigos. Sois vosotros, Gunter y Hagen, quienes lo habéis matado.» Los guerreros de Sigfrido sintieron entonces ansias de lucha.
- 1047 Krimilda volvió a tomar la palabra y dijo: «Sufrid conmigo esta desgracia.» Entonces se acercaron sus dos hermanos, Gernot y el joven Giseler, adonde Sigfrido yacía muerto y se unieron con sinceridad a las lamentaciones de los demás.

- 1048 Con honda aflicción lloraron ahora al esposo de Krimilda. Hubo luego que cantar una misa. A la iglesia acudieron de todas partes hombres, mujeres y niños. Lloraron entonces hasta los que poco tenían que ver con el muerto.
- 1049 Gernot y Giseler dijeron ahora: «Hermana, consuélate de esta pérdida, la vida tiene que ser así. Te daremos cumplida reparación en tanto vivamos.» Pero nadie en este mundo podía darle a ella consuelo alguno.
- 1050 Hacia el mediodía ya el ataúd estaba preparado. Entonces levantaron al muerto de la parihuela en que yacía. Pero la esposa no quería todavía dejarlo enterrar. Por causa de ello hubieron de padecer todos grandes trabajos.
- 1051 Fue envuelto el cadáver en una magnífica mortaja. Creo que no hubo nadie allí que no llorase. Ute, la noble señora, y todas sus damas lamentaron entrañablemente la muerte del héroe.
- 1052 Cuando corrió la nueva de que se cantaba en la iglesia y de que el muerto estaba en el ataúd, la muchedumbre acudió en tropel. ¡Cuántas ofrendas se dieron por la salvación de su alma! ¡Bien leales amigos tenía en tierra de sus enemigos!
- 1053 La desventurada Krimilda habló a sus chambelanes: «Que aquellos que le tengan afecto y a mí me sean adictos se dispongan a sufrir incomodidades por mí. Será menester, por el descanso de su alma, repartir el oro de Sigfrido.»
- 1054 Ningún niño, por pequeño que fuera, si tenía algún uso de razón, quedó sin ir a hacer su ofrenda. Antes de que lo enterraran se cantaron más de cien misas aquel día. Los amigos de Sigfrido acudieron allí en gran número.
- 1055 Cuando acabaron los cánticos retiróse la gente de allí. Dijo entonces la señora Krimilda: «No debéis dejarme velar a solas esta noche al preclaro caballero. Con su muerte se han ido todas mis alegrías.»
- 1056 Tres días y tres noches quiero yo que permanezca aquí hasta que me sienta saciada de mi muy amado esposo. Acaso sea

la voluntad de Dios que también me arrebató la muerte. Así tendrían fin las desventuras de esta pobre Krimilda.

1057 Las gentes de la ciudad tornaron a sus casas. A los curas y a los monjes y a todo el séquito de Sigfrido les pidió que se quedaran para velar al héroe. La noche fue para ellos de prueba y el día agotador.

1058 Sin comida ni bebida fueron muchos los que se quedaron. A quienes deseaban tomar algo, se les anunció que serían atendidos con abundancia: de ellos se encargó Sigmundo. Grandes fueron las penalidades que hubieron de aceptar entonces los nibelungos.

1059 Según nos han contado, durante los tres días los que sabían cantar misa tuvieron harta ocupación. ¡Cuántas ofrendas les llevaron! Los que eran muy pobres se tornaron bien ricos.

1060 A los menesterosos que nada poseían se les hizo presentar ofrendas con el oro de las propias arcas de Sigfrido. Ahora que había perdido la vida se ofrendaban miles de marcos por su alma.

1061 Las rentas de bienes raíces las repartió ella por dondequiera que había monasterios, necesitados y enfermos. Plata y vestidos se dieron en abundancia a los pobres. Así probaba Krimilda el tierno amor que por él sentía.

1062 El tercer día de mañana, a la hora de misa, el vasto campo-santo cerca de la iglesia estaba lleno de gentes del campo que lloraban. Así le rendían el último servicio, como se debe hacer con los amigos queridos.

1063 Se ha dicho que estos cuatro días se repartieron a los pobres, por la salvación de su alma, treinta mil marcos o acaso más. En nada habían quedado su hermosura y su vida.

1064 Cuando hubieron acabado los oficios divinos y los cantos la muchedumbre sintió en su alma una enorme pena. Mandaron entonces que lo llevaran de la iglesia a la sepultura. Allí se vio llorar y lamentarse a cuantos sentían la pérdida.

1065 Con grandes lamentaciones salió el fúnebre cortejo. Nadie había allí con el ánimo alegre, ni hombre ni mujer. Antes de sepultarlo hubo cantos y rezos. ¡Ay, qué buenos clérigos asistieron a su entierro!

1066 Antes de llegar a la fosa la mujer de Sigfrido fue presa de tal desfallecimiento, la fiel compañera, que hubo que rociarla varias veces con agua fresca. Era su dolor hondo, sin medida.

1067 Fue un gran milagro que ella pudiera sobrevivir. Muchas fueron las damas que la acompañaron en su llanto. Dijo entonces la reina: «Huestes de Sigfrido, yo os pido un favor apelando a vuestra lealtad.

1068 Después de toda mi aflicción, dadme una pequeña alegría. Dejadme ver una vez más su bello rostro.» Tanto empeño puso en el deseo con su desgarradora pena, que hubo que romper la tapa del magnífico ataúd.

1069 Llevaron luego a la señora adonde yacía el héroe. Alzó ella la hermosa cabeza con su blanca mano; entonces besó, aunque muerto, al noble y bravo caballero. El dolor hizo derramar lágrimas de sangre a los ojos claros de la reina.

1070 Una triste despedida tuvo allí lugar. Lleváronla luego de allí; ella no podía andar. Cayó entonces desvanecida esta noble señora. De dolor hubiera podido morir la hermosa mujer.

1071 Cuando hubieron enterrado al noble caballero, viose un dolor sin límites en todos los semblantes de los que con él vinieron del país nibelungo. Nunca más se vio feliz la faz de Sigmundo.

1072 Más de uno, en aquellos tres días, no comió ni bebió de tan gran aflicción. Sin embargo, no era posible que sacrificaran tanto la salud: después del duelo volvieron a alimentarse como ocurre todavía a muchos.

CANTO XVIII

De cómo Sigmundo volvió a su patria

- 1073 El suegro de Krimilda fue adonde ella estaba. Dijo así a la reina: «Debemos regresar a nuestro país. Aquí a orillas del Rin, creo que no somos huéspedes gratos. Krimilda, muy querida señora, venid a nuestros dominios.
- 1074 No es de razón que sufráis aquí en esta tierra las consecuencias de la alevosía que nos ha arrebatado a vuestro noble esposo. Yo os trataré con afecto por amor a mi hijo: no lo dudéis.
- 1075 Seguiréis teniendo, señora, la soberanía que antes os había concedido Sigfrido, el bravo caballero. El país y la corona estarán en vuestro poder. Todos los vasallos de Sigfrido se pondrán de buen grado a vuestro servicio.»
- 1076 Mandaron entonces a los escuderos que se aprestaran a partir. Con gran presteza se dirigieron a los caballos; con tan encarnizados enemigos era cosa triste quedarse. A las dueñas y doncellas les pidieron que prepararan los vestidos.
- 1077 Cuando el rey Sigmundo quería haber partido, empezaron a rogar a Krimilda sus parientes que se quedara al lado de su madre. Replicó la noble señora: «Eso no será posible nunca.
- 1078 ¿Cómo podría yo contemplar constantemente con mis ojos a quien tanto dolor me ha hecho sufrir, pobre de mí?» Habló aquí el joven Giselher: «Mi hermana muy querida, por lealtad a tu linaje deberías quedarte al lado de tu madre.
- 1079 De los que te han llenado el corazón de pesadumbre y de desazón no necesitarás favores. Basta que hagas uso de mis

propios bienes.» Ella replicó al caballero: «No podría ser así, pues yo moriría de dolor si tuviera que ver a Hagen.»

- 1080 «De eso quiero disuadirte, mi hermana muy querida. Quédate al lado de tu hermano Giselher. Yo trataré de compensarte de la muerte de tu esposo.» Dijo entonces la desventurada: «Buena falta me haría a mí.»
- 1081 Después del afectuoso requerimiento del joven Giselher, empezaron los ruegos de Ute y Gernot, así como de sus parientes leales encareciéndole que permaneciera allí. Entre las gentes de Sigfrido, alegaban, no tendría pariente alguno.
- 1082 «Todos son extraños para ti», dijo Gernot. «No existe nadie tan fuerte que no tenga que morir algún día. Pensadlo, querida hermana, y dad alivio a vuestro corazón: Quedaos con vuestros allegados; eso redundará ciertamente en vuestro bien.»
- 1083 Prometió entonces ella a Giselher que se quedaría con los suyos. Habían sacado los caballos de los establos para las huestes de Sigmundo, que iban a partir para el país de los nibelungos. Las ropas de los guerreros habían sido cargadas sobre las acémilas.
- 1084 Fue entonces el señor Sigmundo delante de Krimilda. Dijo ahora a la señora: «Los hombres de Sigfrido os esperan junto a los caballos. Es menester que partamos, pues muy en contra de mi voluntad estoy en tierra de burgundos.»
- 1085 Replicó entonces la señora Krimilda: «Todos los fieles amigos que tengo aquí me aconsejan que permanezca en Worms. No tengo pariente alguno en tierra de nibelungos.» Mucho le pesó a Sigmundo lo que Krimilda le hacía saber.
- 1086 Habló entonces el rey Sigmundo: «No os dejéis persuadir por nadie de eso. Ceñiréis corona por encima de todos mis parientes, como habéis hecho antes. No es razón que vos paguéis por la muerte que hemos sufrido.
- 1087 Volved con nosotros además por amor a vuestro hijo. No debéis dejar, señora, que viva huérfano. Cuando él haya cre-

cido, será consuelo para vuestro ánimo. Entretanto, muchos héroes bravos y esforzados os prestarán servicio.»

1088 Ella respondió: «Señor Sigmundo, no es posible que os acompañe. Debo permanecer aquí, me suceda lo que me suceda, al lado de los míos, que me ayudarán a llevar mi aflicción.» Estas razones no fueron del agrado de los valientes guerreros.

1089 Éstos dijeron de común acuerdo: «Bien podríamos decir que ahora es cuando nos ha alcanzado gran desventura, si queréis permanecer aquí al lado de nuestros enemigos. Jamás héroe alguno emprendió más desazonado un viaje a la corte.»

1090 «Partid sin cuidado; yo os encomiendo a Dios. Que os den buena escolta (yo atenderé a que se os proteja) hasta el reino de Sigmundo. A vuestro amparo, guerreros, os encomiendo mi querido hijito»⁶⁵.

1091 Cuando se convencieron de que ella no quería partir, los hombres de Sigmundo, todos a una, rompieron en llanto. ¡Cuán honda fue la congoja de Sigmundo al despedirse de la señora Krimilda! Sintió entonces una gran pesadumbre.

1092 «¡Mal haya la fiesta!», dijo entonces el noble soberano. «Nunca volverá a suceder en una fiesta celebrada para diversión lo que aquí nos ha acaecido a un rey y sus parientes. Jamás nos verán en esta tierra burgunda.»

1093 Hablaron sin ambages los hombres de Sigfrido: «Bien pudiera ocurrir que volviéramos a este país en son de guerra, cuando sepamos por seguro quién mató a nuestro señor. Quien haya sido tendrá entre los parientes del héroe muchos enemigos encarnizados.»

1094 Besó Sigmundo a Krimilda. ¡Con cuánto dolor habló cuando la vio decidida a quedarse! «Sin alegría volvemos ahora a nuestra tierra. Hasta este momento no había sentido yo cuán hondo es mi dolor.»

⁶⁵ El diminutivo *kindelîn* es de los pocos usados en el *Cantar*.

1095 Salieron sin escolta de Worms y llegaron al Rin. Los valientes nibelungos sentíanse bien seguros de sí mismos y de que, si fueran atacados por gentes enemigas, habrían de saberse defender.

1096 De nadie quisieron despedirse. Se vio ir afablemente hacia Sigmundo a Gernot y Giselher. Ellos sentían el dolor que a él le acongojaba; así se lo hicieron comprender los esforzados y animosos héroes.

1097 Habló con galanura el príncipe Gernot: «Bien sabe Dios del cielo que en la muerte de Sigfrido no se me puede achacar que haya sabido quién fuese aquí su enemigo. Es justo, pues, que yo lamente su pérdida.»

1098 Dioles entonces buena escolta el joven Giselher⁶⁶. Solicito llevó después al rey y a sus huestes fuera del país hasta los Países Bajos. ¡Cuántos parientes de Sigfrido encontraron allí llenos de pesar!

1099 No puedo decir lo que después les acaeció. En Worms se oían a todas horas las lamentaciones de Krimilda. Nadie sabía dar consuelo a su corazón ni a su ánimo a no ser Giselher, que hacía ella fue leal y bueno.

1100 La hermosa Brunilda siguió soberbia en su trono. Por grande que fuera el dolor de Krimilda, la dejaba indiferente. Jamás volvió a estar dispuesta a mostrarle benevolencia y fidelidad. Luego había de causarle también a ella la señora Krimilda amargo dolor.

⁶⁶ Nótese que en la estrofa 1095 sólo se dice que salieron de Worms y llegaron al Rin, es decir, al lado de la ciudad, sin escolta.

CANTO XIX

De cómo fue llevado a Worms el tesoro de los nibelungos

- 1101 Cuando la señora Krimilda así hubo enviudado, quedó a su lado en el país el conde Eckewart con sus guerreros, prestandole servicio en todo momento. A menudo acompañó a su señora en el llanto por su señor.
- 1102 En Worms, cerca de la iglesia, se construyó una morada para la viuda, grande y espaciosa, rica y vasta, donde, robada de alegrías, vivió después con su séquito. Le gustaba ir a la iglesia y permanecer allí con devoción.
- 1103 Cuando hubieron enterrado a su amado no dejó de ir a su tumba, con ánimo dolorido, todos los días. A la bondad de Dios encomendó su alma. El héroe fue llorado a menudo con gran fidelidad.
- 1104 En todo momento la confortaban Ute y su séquito. Pero su corazón estaba cruelmente herido. De nada le servía lo que le ofrecían de consuelo. Pensando en su bien amado era presa del ansia más honda
- 1105 que jamás sintiera una mujer por su esposo querido. En ello podían advertirse las virtudes de su crianza. Mientras vivió, hasta su muerte, lloró al esposo. Tiempo después la esposa del valeroso Sigfrido hubo de vengarse con saña.
- 1106 Después de la pérdida de su esposo, esto es cosa cierta, vivió así tres años y medio sin dirigir nunca la palabra a Gunter. Tampoco en ese tiempo vio jamás a su enemigo Hagen.
- 1107 Por entonces dijo al héroe de Trónege: «¿No os podríais arreglar para ganaros de amiga a vuestra hermana? Así vendría a

este país el oro de los nibelungos. Mucho de él podrías lograr si la reina se nos pusiera propicia.»

- 1108 Gunter replicó: «Deberíamos intentarlo. Mis hermanos tienen trato con ella. A ellos debemos pedirles que traten de ganarnos su amistad y que consienta en dejarse persuadir.» «Yo no creo», dijo Hagen, «que eso suceda jamás.»
- 1109 Luego mandó Gunter a Ortwin y al margrave Gere que fueran a ver a la reina. Hecho esto, llevaron allí también a Gernot y al joven Giselher. Con amistosas palabras trataron ellos entonces de convencer a doña Krimilda.
- 1110 El valiente Gernot de Burgundia habló ahora: «Señora, habéis llorado mucho tiempo la muerte de Sigfrido. El rey está dispuesto a declarar ante tribunal que él no lo mató. Continuamente se os oye lamentaros muy amargamente.»
- 1111 «Nadie le acusa de ello», dijo Krimilda, «lo mató el brazo de Hagen. Cuando él supo por mí el lugar donde se le podía herir, ¿cómo iba yo a sospechar que abrigara odio contra él? ¡Mucho me hubiese guardado de
- 1112 descubrir lo que ponía en peligro su vida! ¡Así, pobre de mí, me hubiera ahorrado las lágrimas! Jamás tendré afecto hacia quienes lo hicieron.» Entonces Giselher, el muy apuesto caballero, empezó a rogar encarecidamente.
- 1113 Cuando ella hubo declarado que estaba dispuesta a recibir al rey, Gunter se presentó ante ella acompañado de sus más leales amigos. Pero Hagen no se atrevió a acudir a su presencia: bien sabía él cuál era su propia culpa y el dolor que le había causado a Krimilda.
- 1114 Estando ella dispuesta a cejar en su odio hacia Gunter, hubiera sido oportuno que éste la besara. Si el daño causado a su hermana no hubiese sido con su complicidad, habría podido aparecer ahora ante Krimilda tranquilo y desenvuelto.
- 1115 Jamás se cumplió con más lágrimas una reconciliación entre parientes. Ella sentía aún dolor de su desgracia, pero los per-

donó a todos ellos, excepto a un solo hombre. Nadie podía haber matado a Sigfrido, si no lo hubiera hecho Hagen.

- 1116 No pasó mucho tiempo sin que persuadieran a Krimilda de que recobrara el gran tesoro que tenía en tierra de los nibelungos y lo trajera junto al Rin a Worms. Era su regalo de recién casada y era justo que lo poseyera.
- 1117 En su busca fueron entonces Giselher y Gernot. Krimilda mandó a ocho mil de sus hombres que fueran a buscarlo donde se hallaba oculto custodiado por el guerrero Alberico y sus mejores amigos.
- 1118 Cuando se vio llegar a los burgundos en busca del tesoro, Alberico, el muy esforzado, habló así a sus amigos: «No tenemos derecho a retenerle a ella el tesoro, pues lo pretende en calidad de regalo de boda.
- 1119 Pero esto no hubiera sucedido nunca», prosiguió Alberico, «si por desgracia no hubiésemos perdido, al tiempo que a Sigfrido, la valiosa capa mágica, pues el amado de la bella Krimilda la llevaba en todo momento.
- 1120 Triste ventura la de Sigfrido por habernos arrebatado la capa⁶⁷ y habernos forzado a servirle todo este tiempo.» Partió entonces el tesoro en busca de las llaves.
- 1121 Delante de la montaña se hallaban los hombres de Krimilda, así como una parte de sus parientes. Se dio orden de que llevaran el tesoro a orillas del mar, a los barcos. Luego lo llevaron sobre las olas Rin arriba hasta Worms.
- 1122 Y ahora podréis oír contar maravillas del tesoro: era la carga de doce carros colmados hasta los bordes que en cuatro días y cuatro noches bajaron de la montaña al mar; cada uno de ellos hubo de hacer tres viajes por día.
- 1123 No lo formaban otra cosa que piedras preciosas y oro. Y aunque hubiera habido que dar sueldo de él a todos los hombres

⁶⁷ La capa permitió a Sigfrido la victoria dos veces frente a Brunilda. De ahí vino su desgracia.



Traslado del tesoro de los Nibelungos a Worms.

del mundo, su valor no hubiera menguado un marco. No sin motivo lo había deseado Hagen.

- 1124 La más preciada de todas las joyas era una varita de oro. Quien supiera su virtud podría hacer su voluntad con toda la gente del mundo. De los parientes de Alberico muchos partieron luego con Gernot.
- 1125 Cuando se hubo guardado el tesoro en el país de Gunter y pasó todo a poder de la reina, quedaron repletas de él cámaras y torres. Jamás se oyó hablar de mayor maravilla de riquezas.
- 1126 Y si el tesoro hubiese sido mil veces mayor y el señor Sigfrido hubiera seguido en vida, la señora Krimilda se habría guardado de usarlo para sí. Jamás pudo tener un héroe esposa más fiel.
- 1127 Cuando tuvo el tesoro en su poder, acudió al país muchedumbre de guerreros forasteros. Las manos de la dama prodigaban tales dones que nunca se vio generosidad más grande. Se reconocía que así mostraba su buena crianza la reina.
- 1128 Repartió tantos dones a pobres y a ricos que Hagen tuvo que decir que, si ella hubiera de vivir todavía algún tiempo, se ganaría la gratitud de tantos guerreros que ello redundaría en desgracia para los burgundos.
- 1129 Dijo entonces el rey Gunter: «Suyos son la vida y los bienes. ¿Por qué voy a impedir yo que obre como quiera? A duras penas logré recobrar su afecto. No debe preocuparnos adónde van a parar su plata y su oro.»
- 1130 Hagen habló así al rey: «Un hombre cabal no debería dejar así un tesoro en manos de mujer alguna. Con tantos regalos llegará el día en que los bravos burgundos hayan de lamentarlo.»
- 1131 Habló ahora el rey Gunter: «Yo le he prometido a ella por juramento que jamás volvería a causarle daño y estoy dispuesto a mantener la promesa: es mi hermana.» Hagen replicó: «Dejad que sea yo el culpable.»

- 1132 Mal cumplieron sus propios juramentos algunos burgundos. Ahora despojaron a la viuda de sus copiosos bienes. Hagen se apoderó de todas las llaves. Esto encolerizó al hermano de Krimilda, Gernot, cuando de ello tuvo noticia cierta.

- 1133 Dijo entonces el señor Giselher: «Mucho dolor ha causado Hagen a mi hermana; yo debería evitarlo. Si él no fuese mi pariente, le iría en ello la vida.» Nuevas lágrimas empañaron los ojos de la esposa de Sigfrido.

- 1134 Habló ahora el señor Gernot: «Antes que estar siempre preocupados por el tesoro, lo deberíamos mandar sepultar en el Rin, para que nunca fuera de nadie.» Krimilda se presentó luego, muy quejosa, ante su hermano Giselher.

- 1135 Dijo ella: «Mi hermano muy querido, a tu celo acudo; tú has de ser el guardián de mi vida y de mis bienes.» Entonces replicó él a la señora: «Así lo haré cuando estemos de vuelta; ahora tenemos intención de salir de cabalgada.»

- 1136 El rey y sus parientes partieron luego del país. Entre ellos iban los mejores que se pudo encontrar excepto sólo Hagen, que allí quedó por el odio que tenía a Krimilda. Esto lo hacía de muy buen grado.

- 1137 Antes de que retornara el poderoso rey, Hagen se había apoderado de todo el tesoro. Él lo arrojó entero al Rin, en Loch. Pensaba sacar provecho de él algún día; pero esto no pudo ser nunca.

- 1138 Volvieron los príncipes con su numerosa hueste. Empezó entonces Krimilda a lamentarse de su desgracia con dueñas y doncellas: hondo era su dolor. Giselher de buen grado le hubiera demostrado presto toda su fidelidad.

- 1139 De común acuerdo decían todos: «Mal ha obrado Hagen.» Éste se sustrajo a la ira de los príncipes hasta tanto no recobró su afecto; ellos le perdonaron la vida. Ahora la hostilidad de Krimilda no pudo ser mayor.

- 1140 Antes de que Hagen de Trônege escondiera así el tesoro, habían ellos convenido con firme juramento que siguiera oculto en tanto viviese uno de ellos. Después, empero, ni ellos iban a gozar de él ni pudieron dárselo a nadie.
- 1141 Con nueva pesadumbre sufría el corazón de Krimilda, por la pérdida de su esposo y ahora por los bienes que le habían arrebatado enteramente. Desde ahora no iban a cesar sus penas jamás hasta su última hora.
- 1142 Tras la muerte de Sigfrido —esto es cosa cierta— vivió en gran tribulación trece años, sin poder olvidar la pérdida del héroe. Ella le siguió siendo fiel y esto lo puede atestiguar todo el mundo.

CANTO XX

De cómo el rey Atila mandó por Krimilda a Burgundia

- 1143 Era en aquel tiempo cuando murió doña Helche y el rey Atila buscaba otra esposa. Sus amigos le aconsejaron entonces dirigirse a una viuda de arrogante ánimo, doña Krimilda, que vivía en tierra burgunda.
- 1144 Como la hermosa Helche estuviera muerta, dijeron ellos: «Si queréis por ventura ganar una noble esposa, la mejor y de más alcurnia que jamás alcanzó un rey, tomadla a ella; el esforzado Sigfrido fue su esposo.»
- 1145 Habló entonces el poderoso rey: «¿Cómo podría ser ello posible siendo yo un pagano y no habiendo recibido el bautismo? En cambio, esa dama es cristiana; por ende, no accedería a ello. Tendría que ser un milagro si así ocurriera.»
- 1146 Replicaron ahora los bravos caballeros: «¿Y si a pesar de eso consintiera a causa de vuestro renombre y de vuestras grandes riquezas? Así, pues, habrá que intentarlo cerca de la muy noble dama. Seréis feliz amando a una mujer tan hermosa.»
- 1147 Allí habló el noble rey: «¿Quién de vosotros conoce las gentes y el país del Rin?» Dijo entonces el buen Rúdeger, el de Bechelaren⁶⁸: «Yo he conocido desde su niñez a la noble y augusta reina.
- 1148 Son sus hermanos Gunter y Gernot, nobles y cabaes caballeros; el tercero se llama Giselher, cada uno de ellos cumple lo mejor que puede con los deberes del honor y de la crian-

⁶⁸ Identificado como Pöchlarn, a orillas del Danubio, solar de Rúdeger.

za cortesana. Y lo mismo hicieron siempre los antepasados de ella.»

- 1149 Tomó Atila de nuevo la palabra: «Amigo, decidme si sería propio que ella ciñera corona en mi reino. Si su belleza es tan grande como me dicen, a mis mejores amigos nunca les pesará.»
- 1150 «En belleza iguala bien a mi muy amada señora, la poderosa Helche. En verdad que no podría haber en este mundo ninguna más hermosa soberana. A quien ella promete su amor, no le queda nada que desear.»
- 1151 Dijo entonces el rey: «Pídela, pues, en honor a tu afecto hacia mí. Y si alguna vez comparto el lecho con Krimilda, te daré el mejor galardón posible, pues has dado cumplida satisfacción a mi voluntad.»
- 1152 De mi tesoro yo mandaré que te den cuanto tú y tus compañeros necesitéis para poder vivir alegres, y de caballos y vestidos cuantos quieras: yo haré que os preparen para vuestra embajada de todo eso en abundancia.»
- 1153 A esto replicó Rúdeger, el poderoso margrave: «Si yo deseara tus riquezas, sería inapropiado. Seré con gusto tu emisario en tierras del Rin. Los gastos corren por mi cuenta, ya que mis bienes de tus manos los recibí.»
- 1154 Habló entonces el prepotente soberano: «Bien, ¿cuándo pensáis partir en busca de esa dama tan digna de amor? Que Dios os proteja en el viaje y os conserve todos los honores, así como a mi dama. Quiera la suerte que nos dispense su favor.»
- 1155 Ahora prosiguió Rúdeger: «Antes de que abandonemos el país, menester es que preparemos armas y vestimenta, de suerte que los príncipes nos concedan sus honores. Yo quisiera ir al Rin llevando 500 guerreros apuestos.»
- 1156 Dondequiera que en Burgundia nos vean a mí y a los míos, es menester que cada uno de ellos reconozca, pensando en

ti, que jamás hubo soberano alguno que enviase tan lejos y mejor pertrechados tantos hombres como tú mandas al Rin.

- 1157 Y si esto, poderoso rey, no te arredra en tu designio, has de saber que ella entregó su noble amor a Sigfrido, hijo de Sig-mundo, al cual tú has visto por aquí⁶⁹. A él podría considerársele, en verdad, como acreedor de grandes honores.»
- 1158 Habló entonces el rey Atila: «Si ella fue la esposa del héroe, la persona de éste era tan estimable que yo no debo desdeñar a la reina. Su gran hermosura ya cautiva mi corazón.»
- 1159 Dijo ahora el margrave: «Siendo así, yo quiero deciros que partiremos de aquí dentro de veinticuatro días. Avisaré a Gotlinda, mi amada esposa, que voy a llevar vuestro mensaje a Krimilda.»
- 1160 Rúdeger mandó noticia a Bechelaren. Al recibirla tornóse la margravina⁷⁰ triste y jubilosa a la vez. Él le anunciaba que iba a pedir esposa para el rey. Pensó entonces ella con cariño en la bella Helche.
- 1161 Cuando la margravina conoció el mensaje, grande fue su aflicción y no pudo menos de llorar, pensando si ahora iba a tener una soberana como la que había tenido antes. Cada vez que pensaba en Helche, sentía un profundo dolor.
- 1162 Siete días después partió a caballo Rúdeger de Hungría. Contento y ufano quedó de ello el rey Atila. Luego, en la ciudad de Viena, les prepararon las vestiduras. Hecho esto, no hubo causa ya de demorar el viaje.
- 1163 Allí en Bechelaren le aguardaba Gotlinda y la joven condesa, hija de Rúdeger, recibió gran contento de ver a su padre y los hombres de éste. Hubo entonces una entrañable acogida por parte de gentiles doncellas.

⁶⁹ No hay mención alguna en los poemas que tocan el tema del cantar de una visita de Sigfrido a la corte de Atila.

⁷⁰ Véase «Introducción», *Marcgrävin (ne)* supone una especificación de *grävin (ne)*, «condesa». *Marc*, «marca, tierra fronteriza», como en *Marca Hispánica*.

- 1164 Antes de que el noble Rúdeger, partiendo de Viena, llegase a Bechelaren, habían llegado ya intactos los vestidos encargados, llevados por bestias de carga de tal manera que no faltaba nada.
- 1165 Cuando llegaron a la villa de Bechelaren, mandó el señor solícitamente que alojaran a sus compañeros de viaje y que los atendieran cumplidamente. La ricahembra Gotlinda sintió gran júbilo al ver llegar al esposo.
- 1166 Lo mismo hizo su amada hija, la joven condesa. A ella no podría haberle dado mayor alegría la llegada de su padre. ¡Con cuán gran placer veía a los héroes del país de los hunos! Con ánimo gozoso habló la doncella:
- 1167 «Muy bienvenidos sean aquí mi padre y sus hombres. Entonces fueron muchos los valientes caballeros que le dieron gentil y calurosamente las gracias a la joven condesa. Muy bien sabía Gotlinda lo que embargaba el alma del señor Rúdeger.
- 1168 Cuando por la noche yacía al lado de Rúdeger, la margravina preguntó afectuosamente adónde le enviaba el rey de los hunos. Respondió él: «Mi señora Gotlinda, os lo contaré de buen grado.
- 1169 Me han encargado que busque nueva esposa para mi señor, puesto que ha muerto la hermosa Helche. Voy hacia el Rin en busca de Krimilda. Ella será aquí, en tierra de los hunos, una poderosa soberana.»
- 1170 «¡Quiéralo Dios», dijo Gotlinda, «y así suceda! Puesto que se le atribuyen tantos méritos, será, cuando lleguemos a viejos, digna sucesora de mi señora. Con gusto la veremos ceñir corona en el país de los hunos».
- 1171 Dijo entonces el margrave: «Esposa mía querida, a los caballeros que me acompañan hacia el Rin habréis de ofrecerles cortésmente vuestros bienes. Los héroes que viajan en la abundancia siéntense muy ufanos.»

- 1172 Ella replicó: «A ninguno de los que lo acepten de buen grado de mí, dejaré de darle lo que sea decoroso antes de que vos y vuestros hombres partáis de aquí.» Habló entonces el margrave: «Eso me complacerá mucho.»
- 1173 ¡Ay, qué hermosos mantos se sacaron de las arcas de la señora! En abundancia los repartieron entre los nobles caballeros. Estaban forrados con esmero desde el cuello hasta las espuelas. Rúdeger había escogido para el viaje la compañía que le agradaba.
- 1174 A los siete días, de mañana, Rúdeger partió con los suyos de Bechelaren. Atravesaron las tierras bávaras bien pertrechados de armas y vestidos. Ningún salteador les atacó en el camino.
- 1175 Doce días después llegaron al Rin. La nueva no se pudo ocultar. Al rey y a sus nobles les anunciaron la llegada de los forasteros. Entonces el rey preguntó
- 1176 si alguien los conocía y pidió que se lo dijeran. Veíanse allí bestias de carga agobiadas por el peso. Bien se advertía que eran ricos viajeros. Pronto les procuraron albergue en la vasta ciudad.
- 1177 Cuando los forasteros hubieron quedado alojados, estos señores fueron objeto del interés de las gentes. Éstas se preguntaban con asombro de dónde llegaban al Rin aquellos guerreros. El rey hizo llamar a Hagen para ver si los conocía.
- 1178 Dijo entonces el héroe de Trónege: «No los he visto todavía. Cuando se presenten a nosotros podré decir con certeza de dónde vienen a este país. Deben de venir de muy lejos cuando yo no los puedo reconocer en seguida.»
- 1179 Los recién llegados habían tomado ya sus alojamientos. El emisario, en ricas galas, avanzaba seguido de sus compañeros de armas. Cabalgaban hacia la corte; magníficas eran sus vestiduras, cortadas artísticamente.
- 1180 Habló ahora el valeroso Hagen: «Por lo que yo entiendo, pues hace largos años que no veo al señor, parece por el

- aspecto como si fuera Rúdeger, el héroe noble y valiente del país de los hunos.»
- 1181 «¿Cómo es posible creer», dijo en seguida el rey, «que el margrave de Bechelaren haya venido a este reino?». Cuando el rey Gunter hubo pronunciado estas palabras, vio el bravo Hagen al valeroso Rúdeger.
- 1182 Acompañado de sus amigos, salió presto de la sala. Se vio entonces cómo quinientos guerreros se apeaban de sus corceles. Fueron bien recibidos los del país de los hunos. Jamás llevó una embajada tan magníficas galas.
- 1183 Con voz potente habló entonces Hagen de Trónege: «Sean bienvenidos en Dios estos caballeros, el señor de Bechelaren y todos sus hombres.» Los valientes hunos fueron entonces acogidos con dignos honores.
- 1184 Los parientes más próximos del rey fueron ahora adonde se oía a Ortwin de Metz hablar de Rúdeger: «Nunca en nuestras vidas hemos visto aquí con mayor placer unos visitantes, os lo puedo asegurar con certeza.»
- 1185 Todos los hunos en general les agradecieron el recibimiento. Con sus huestes entraron en la sala donde se hallaba el rey rodeado de muchos valientes guerreros. El soberano se levantó de su asiento con gran cortesía.
- 1186 ¡Con cuánta gentileza se dirigió hacia los emisarios! Gunter y Gernot recibieron al huésped y a sus guerreros con todas las atenciones que convenían a su condición. Gunter tomó de la mano al valeroso Rúdeger.
- 1187 Luego lo llevó al mismo asiento donde él estaba sentado. Mandaron servir entonces a los huéspedes —y esto lo hacían de todo corazón— excelente hidromiel y vino del mejor que se podía encontrar en el Rin y sus alrededores.
- 1188 Giseler y Gere, los dos habían llegado. También Dankwart y Volker se habían enterado de la llegada de estos huéspedes. Con ánimo alegre saludaron en presencia del rey a los nobles caballeros de pro.

- 1189 Dijo entonces a su señor Hagen de Trónege: «Menester es que estos caballeros muestren eterna gratitud por el placer que el margrave nos ha procurado. El marido de la hermosa Gotlinda debe recibir su recompensa por ello.»
- 1190 Habló ahora el rey Gunter: «No puedo dejar de preguntar cómo están los dos, Atila y Helche, los reyes de los hunos.» Dijo entonces el margrave: «Con gusto os lo haré saber.»
- 1191 Levantóse entonces de su asiento con todos sus hombres y dijo al rey: «Príncipe, si me lo permitís, no quiero seguir callando el mensaje que os traigo y que os daré con placer.»
- 1192 Ahora habló el rey: «Sean cuales fueren las nuevas que os han encomendado traernos, os las permito decir sin pedir consejo a mis amigos. Hacédnoslas saber a mí y a mis hombres, pues yo estoy dispuesto a concederos cuantos honores merecéis al cumplir vuestra misión.»
- 1193 Habló entonces el mensajero de pro: «Mi gran soberano me encarga que os traiga aquí al Rin el testimonio de su leal amistad, tanto a vos como a cuantos amigos tengáis. Yo os traigo fielmente esa embajada.
- 1194 El noble rey os ruega que lamentéis su dolor. Su pueblo ha perdido la alegría, La reina Helche, mi señora, esposa de mi soberano, ha muerto. Con ello han quedado huérfanas muchas doncellas
- 1195 hijas de nobles príncipes, a quienes ella educó. Por esta razón hay en el país una situación muy lamentable. Ellas, desventuradamente, no tienen ahora a nadie que las cuide con cariño. Por esto, creo yo, nada se alivia la congoja del rey.»
- 1196 «Dios le recompense», dijo Gunter, «por habernos ofrecido a mí y a mis amigos su leal amistad. De buen grado he recibido su saludo. Tanto mis parientes como mis hombres lo sabrán agradecer.»
- 1197 Habló entonces el caballero Gernot de Burgundia: «El mundo llorará siempre la muerte de la hermosa Helche por

las muchas virtudes cortesanias que sabía practicar. A estas palabras asintió Hagen y con él muchos otros caballeros.

- 1198 Ahora volvió a hablar Rúdeger, el noble y preclaro mensajero: «Puesto que me dais licencia, señor, he de deciros además lo que os pide mi querido rey, pues su condición, tras la muerte de Helche, es muy atribulada.
- 1199 Le han contado a mi señor que Krimilda había quedado sin marido, que el señor Sigfrido había muerto. Si ello es así, y vos lo concedéis, ella ceñiría corona ante los caballeros de Atila. Esto es lo que manda decir a ella mi señor.»
- 1200 Habló aquí el poderoso rey (grave era su talante): «Ella oirá mi consejo si así lo desea. Os daré razón dentro del plazo de tres días. ¿Cómo podría yo denegar la petición de Atila sin saber lo que ella piensa?»
- 1201 Entretanto, mandaron que se atendiera cumplidamente a los huéspedes. De tal suerte los trataron, que Rúdeger hubo de confesar que tenía buenos amigos entre las gentes de Gunter. Hagen le atendió con solicitud; antes él había hecho lo mismo por Hagen.
- 1202 Así permaneció allí Rúdeger hasta el tercer día. El rey hizo convocar consejo (esto fue una prudente medida) para saber si a sus parientes les parecía bien que Krimilda tomase por esposo al rey Atila.
- 1203 Todos a una, menos Hagen, asintieron. Éste dijo a Gunter, el valiente guerrero: «Si sois un hombre sensato deberíais impedir que esto suceda, aun si ella estuviera dispuesta a aceptar.»
- 1204 «¿Por qué», dijo Gunter, «no habría yo de consentir? Sea cual fuere el deseo de la reina, yo debo concedérselo: ella es mi hermana. Nosotros mismos deberíamos afanarnos si ello redunde en su honor.»
- 1205 Replicó aquí Hagen: «No sigáis por ahí. ¡Ojalá conocierais a Atila como yo le he conocido! Si ella se casara con él, como

yo os oigo decir, vos seríais el primero en tener motivo para lamentarlo.»

- 1206 «¿Por qué?», dijo entonces Gunter. «Ya me guardaré yo bien de acercarme a su presencia tanto que haya de soportar su odio, si ella llegara a ser su esposa.» Aquí replicó Hagen: «Yo no os aconsejaría eso jamás.»
- 1207 Hicieron venir entonces a Gernot y a Giselper para preguntarles si les parecía bien que Krimilda se casara con el poderoso y noble rey. Pero Hagen siguió oponiéndose y nadie más.
- 1208 Habló ahora el caballero Giselper de Burgundia: «Ya podríais, amigo Hagen, portaros lealmente. Desagraviarla del daño que le habéis hecho. Si algún bien le alcanzara a ella, deberíais libraros de impedirlo.
- 1209 Tanto dolor le habéis causado a mi hermana», continuó Giselper, el muy apuesto caballero, «que tendría motivos de sobra para seros hostil. Jamás le quitaron mas alegrías a mujer alguna.»
- 1210 «Hay algo que yo preveo y os lo voy a hacer saber. Si Atila la toma por esposa y a ella le llega el momento, nos causará todavía mucho daño urdiéndolo como sea. Son muchos los valientes caballeros que van a estar a su servicio.»
- 1211 A estas palabras de Hagen replicó el valeroso Gernot: «Bien puede suceder que hasta la muerte de los dos no vayamos nunca al país de Atila. Debemos ser leales hacia ella; ello redundará en honor nuestro.»
- 1212 Hagen volvió a tomar la palabra: «Nadie me puede disuadir de lo que digo. Si la noble Krimilda llega a ceñir la corona de Helche, nos ha de causar daño de la manera que pueda. Olvidaos del asunto. Eso, caballeros, os convendrá mucho más.»
- 1213 Con ira habló ahora Giselper, el hijo de la hermosa Ute: «Pero no vamos a portarnos todos como bellacos. De cual-

quier honor que a ella le alcance, deberíamos sentirnos ufanos. Digáis lo que digáis, Hagen, yo le prestaré servicio para mantener mi lealtad.»

1214 Al oír esto Hagen, grande fue su enojo. Gernot y Giselher, los orgullosos y bravos caballeros, así como el poderoso Gunter acabaron por acordar que, si Krimilda aceptaba, ellos consentirían con gusto en la boda.

1215 Dijo entonces el príncipe Gere: «Yo pienso decir a la señora que acepte gustosa al rey Atila. Muchos guerreros le rinden, temerosos, homenaje. Él puede resarcirla de cuantos sufrimientos ha padecido.»

1216 Luego se dirigió el valeroso caballero adonde estaba Krimilda. Ella lo recibió muy afablemente y él se apresuró a decirle: «Motivo tenéis para recibirme con agrado y darme el permiso que merecen los mensajeros. Muy pronto la fortuna os librará de todas vuestras desdichas.

1217 En pos de vuestro amor, señora, uno de los mejores reyes que jamás hayan gobernado un país con todos los honores y haya ceñido corona, ha enviado aquí nobles caballeros a pedir vuestra mano. Esto es lo que vuestro hermano os hace saber.»

1218 Habló entonces la agobiada de dolor: «Dios no os permita a vos ni a ninguno de mis amigos que hagáis burlas de mí, desventurada mujer, ¿qué puedo ser yo para un hombre que ya conoció la dicha que da el amor de una buena esposa?»

1219 Ella rechazó en redondo la propuesta. Pero luego llegaron sus hermanos Giselher y Gernot el mozo, que le rogaron con cariño que se dejara consolar. Si ella aceptaba al rey, decían, redundaría ciertamente en su propio beneficio.

1220 Nadie pudo entonces convencer a la mujer de que accediese a aceptar la mano de hombre alguno. Los caballeros le rogaban: «Si no otra cosa, permitid que venga a vuestra presencia el mensajero.»

1221 «Yo no podría asegurar», dijo la muy noble dueña, «que no vería con agrado a Rúdeger, por sus muchos méritos. Si no fuera él el emisario y lo fuera otro, en modo alguno le dejaría venir a mi presencia.»

1222 Luego siguió: «Decidle que venga mañana a mi aposento. Le haré saber llanamente cuál es mi voluntad; yo misma se lo diré.» Dicho esto, reanudó sus grandes lamentaciones.

1223 El noble Rúdeger no aspiraba a otra cosa que ver a la noble reina. El caballero se consideraba tan hábil que si acertaba a ser recibido, ella había de dejarse convencer.

1224 A la mañana siguiente, temprano, cuando se había cantado la misa, llegaron los nobles mensajeros (grande fue entonces el tropel de gentes) que habían de acudir con Rúdeger a la importante entrevista. Veíanse allí bien ataviados muchos caballeros de gran porte.

1225 La noble Krimilda, presa de gran tristeza, esperaba a Rúdeger, el noble y esforzado caballero. Él la encontró en los vestidos que ella se ponía a diario, mientras que su séquito estaba ataviado de muy ricas galas.

1226 Ella fue a la puerta al encuentro de ellos y recibió muy amablemente al vasallo de Atila. Nada más que once caballeros entraron con él a presencia de la reina. Se les tributó una calurosa acogida; jamás habían entrado allí emisarios más importantes.

1227 Al señor y a sus hombres se les hizo tomar asiento. Dos margraves, Eckewart y Gere, los nobles y esforzados caballeros, se veían de pie ante ella. Nadie mostraba semblante alegre a causa del dolor de la señora de la casa.

1228 Vieron ante ella muchas hermosas dueñas. Krimilda no hacía otra cosa que sufrir su dolor. Su vestido estaba rociado en el pecho por las ardientes lágrimas. El noble margrave bien se percató de ello al mirar a Krimilda.

- 1229 Habló entonces el preclaro mensajero: «Hija de muy noble rey, permitidnos a mí y a los que me acompañan que de pie ante vos os demos la embajada por la que aquí hemos venido.»
- 1230 «Concedido lo tenéis», dijo la reina. «Yo estoy dispuesta de buen grado a oír cuanto queráis decir; vos sois un buen mensajero.» Pero los demás notaron bien en su tono que pensaba para sus adentros rechazar la oferta.
- 1231 Dijo ahora el príncipe Rúdeger de Bechelaren: «Señora, Atila, un noble rey, os ofrece su gran afecto, y así, os envía a esta tierra valientes caballeros para pedir vuestra mano.
- 1232 Él os ofrece entrañablemente una vida sin penas, y está dispuesto a daros amistad constante, como antes hizo con doña Helche, a la que amaba de corazón. Recordando las virtudes de la muerta, él ha padecido muchos días tristes.»
- 1233 Habló ahora mismo la reina: «Margrave Rúdeger, si alguien conociera el dolor punzante que me hiere, no me pediría que amase a ningún otro hombre. El que yo perdí era de los mejores que jamás tuvo una mujer.»
- 1234 ¿Qué otra cosa puede compensar de la aflicción», dijo el intrépido caballero, «si no es un afecto amistoso a quien puede conseguirlo y escoger a aquél que le va bien? Contra un dolor entrañable no hay nada que aproveche tan bien.
- 1235 Si aceptáis casaros con mi noble señor, seréis soberana de doce poderosos reinos. Mi rey os dará por añadidura treinta principados que él ha domeñado con su poderoso brazo.
- 1236 Seréis también señora de muchos preclaros caballeros que eran vasallos de mi señora Helche y de muchas dueñas de alta alcurnia, de príncipes que le rendían homenaje.» Así habló el valiente y esforzado héroe.
- 1237 «Mi señor os dará además —me manda deciros, si aceptáis ceñir corona a su lado— poder supremo como el que disfrutó Helche. Con él ejerceréis autoridad sobre todos los hombres de Atila.»

- 1238 Ahora dijo la reina: «¿Cómo podría desear ser otra vez esposa de un héroe? La muerte me ha causado tan gran dolor al arrebatarme uno, que yo he de permanecer afligida hasta mi hora postrera.»
- 1239 Volvieron entonces a hablar los hunos: «Poderosa reina, vuestra vida ha de ser tan grata al lado de Atila que siempre os sentiréis dichosa, si llegáis a casaros con él, pues al poderoso rey le obedecen muchos y corteses guerreros.
- 1240 Las damas del séquito de Helche y las vuestras propias habrán de formar en tal sociedad una sola familia. Ello lo celebrarían los caballeros. Dejaos persuadir, señora: será un bien para vos.»
- 1241 Ella habló con sus bellos modales: «Dejemos el asunto hasta mañana por la mañana. Venid entonces aquí. Yo voy a dar respuesta a lo que os preocupa.» Los valientes y esforzados caballeros tuvieron entonces que asentir.
- 1242 Cuando todos volvían a sus posadas, mandó la noble dueña buscar a Giselher y a su madre. A los dos les dijo que no le quedaba más que llorar y ninguna otra cosa.
- 1243 Habló entonces su hermano Giselher: «Hermana, a mí me han dicho y estoy dispuesto a creerlo, que el rey Atila te hará olvidar tu aflicción si lo tomas por esposo. Sea lo que sea lo que te aconsejen, este acuerdo me parece bueno.»
- 1244 «Él sabrá resarcirte», prosiguió Giselher. «Desde el Ródano hasta el Rin y desde el Elba hasta el mar no hay ningún rey tan poderoso. Tendrás hartos motivos de alegría si él te toma por esposa.»
- 1245 Ella replicó: «Mi hermano muy querido, ¿por qué me aconsejas esto? Sollozos y llanto es lo que siempre convendrá a mi condición. ¿Cómo podría yo presentarme ante los caballeros de la corte? Si alguna vez fui hermosa, hoy ya no lo soy más.»
- 1246 Habló entonces doña Ute a su amada hija: «Haz, querida hija, lo que te aconsejan tus hermanos. Si sigues a los tuyos,

sólo venturas podrán sucederte. Durante mucho tiempo no te he visto más que presa de una gran pesadumbre.

- 1247 Krimilda pidió entonces a Dios encarecidamente que dispusiera cómo podría repartir ahora oro, plata y vestidos, igual que en otro tiempo hiciera al lado de su esposo, cuando él vivía todavía. Jamás había vivido ella desde entonces horas tan gozosas.
- 1248 Ella pensó para sus adentros: «Y si he de entregarme a un pagano —yo soy una mujer cristiana— tendré que avergonzarme de ello toda la vida. Aunque él me diera todos los reinos de la tierra, por mi parte será siempre imposible.»
- 1249 Y en este acuerdo se mantuvo. Aquella noche hasta el amanecer la pasó tendida en el lecho y sumida en pensamientos. Sus ojos claros jamás se secaron hasta que, llegado el día, ella se dirigió a la misa de maitines.
- 1250 Los reyes habían llegado puntuales a la misa. De nuevo trataron de convencer a su hermana, aconsejándole que se casara con el rey de los hunos. Pero ninguno de ellos halló en el semblante de la dama alegría alguna.
- 1251 Hicieron acudir luego a los hombres de Atila, que de buen grado hubieran pedido licencia para partir, satisfechos o desengañados de su misión, fuera lo que fuera. Fue entonces Rúdeger a la corte. Los héroes decían entre sí.
- 1252 que era menester saber cuál era el acuerdo del noble rey y cuanto antes averiguarlo. A todos les parecería bien esto; que el camino de vuelta a su tierra era largo. Luego fue llevado Rúdeger a presencia de Krimilda.
- 1253 Cortés y encarecidamente suplicó el caballero a la noble reina que le hiciera saber qué recado había de llevar él al país de Atila. Pero él, creo yo, no encontró en ella más que la negativa
- 1254 de que no estaba dispuesta a casarse jamás con hombre alguno. Habló entonces el margrave: «Eso sería un mal

acuerdo. ¿Por qué queréis echar a perder en vano tan gran belleza? Todavía podéis ser con todo honor la esposa de un hombre cabal.»

- 1255 De nada sirvieron los ruegos hasta que Rúdeger le dijo en privado a la noble reina que él estaba dispuesto a resarcirla de cuantos sufrimientos le habían acaecido. Entonces empezó a mermar un poco la gran aflicción de Krimilda.
- 1256 Dijo él a la reina: «Dejad de llorar. Aunque no llegarais a tener en el país de los hunos a nadie más que a mí, mis leales parientes y mis huestes, si alguien, quien fuese, os agraviara, habría de pagarlo caro.»
- 1257 Con esto quedó aliviada la pesadumbre de la dama. Dijo ella: «Dadme entonces juramento de que si alguien me agravia, seréis el primero que vengue la afrenta.» El margrave replicó: «Estoy dispuesto a prestarlo.»
- 1258 Juró entonces Rúdeger, a la vez que sus hombres, que habían de servirle lealmente siempre; y que los nobles caballeros del país de Atila jamás habían de negarle los honores que merecía su condición. Alzando la mano, selló Rúdeger el juramento.
- 1259 Pensó aquí la fiel esposa: «Puesto que he conquistado tantos amigos, yo, desdichada mujer, dejaré que la gente diga lo que quiera. ¿Y si todavía pudiera vengar la muerte de mi querido esposo?»
- 1260 Luego siguió pensando: «Si Atila tiene tantos guerreros y yo voy a mandar en ellos, haré cuanto me plazca. Él es tan rico que yo tendré para hacer dádivas. El malvado Hagen me ha arrebatado mis bienes.»
- 1261 Dijo entonces a Rúdeger: «Si tú pudieras asegurarme que él no es un pagano, iría de buen grado adondequiera que fuese su voluntad y lo aceptaría por marido.» Replicó ahora el margrave. «No sigáis, señora, hablando así.
- 1262 Él tiene tantos caballeros que viven en la ley cristiana, que nunca os ha de pesar vivir al lado de este rey. ¿Y si lograrais

que se bautizase? En cuanto a eso, bien podéis ser la esposa de Atila.»

- 1263 Dijeron entonces sus hermanos: «Consentid en lo que os piden hermana nuestra, y salid de vuestra pesadumbre.» Se empeñaron tanto en sus ruegos que Krimilda, a pesar de su tribulación, acabó por prometer ante el héroe que sería esposa de Atila.
- 1264 Habló así: «Yo, pobre reina, seguiré vuestro consejo y me iré lejos al país de los hunos, tan pronto sea posible y tenga amigos dispuestos a llevarme a la tierra de Atila.» Esto lo juró la bella Krimilda levantando la mano en presencia de los héroes.
- 1265 Dijo entonces el margrave: «Con sólo dos caballeros que tengáis, basta; yo pondré muchos otros. Será conveniente que os acompañemos con todos los honores allende el Rin. No debéis, señora, permanecer más tiempo en tierra burgunda.
- 1266 Dispongo de quinientos hombres, aparte de caballeros parientes míos. Estarán a vuestro servicio aquí y en vuestro futuro reino, para cuanto vos mandéis. Yo haré lo mismo para que siempre me recordéis mi juramento y no tenga que avergonzarme de ello.
- 1267 Ahora, mandad preparar los arreos de vuestros caballos. Nunca os pesará haber seguido los consejos de Rúdeger. Avisad a las doncellas que penséis llevar con vos. En el camino saldrán a nuestro encuentro muchos héroes excelentes.»
- 1268 Tenían ella y sus damas todavía valiosos arreos que se habían usado en vida de Sigfrido para cabalgar, de manera que la reina pudiese llevar consigo muchas dueñas de su cortejo cada vez que salía de la ciudad. ¡Ay, qué sillas de montar tan hermosas sacaron entonces para las bellas damas!
- 1269 Aunque ellas habían llevado siempre magníficos atavíos, para este viaje se les prepararon muchos otros, tanto se les

había contado del rey. Las arcas, que habían estado bien cerradas, fueron abiertas ahora.

- 1270 Ellas anduvieron muy atareadas cuatro días y medio y desenvolvieron los lienzos para sacar sus muchas galas. Pronto abrió Krimilda la cámara de sus tesoros. Quería prodigar sus bienes entre todos los hombres de Rúdeger.
- 1271 Le quedaba todavía oro del país de los nibelungos. Tenía tanto que cien caballeros no hubieran podido llevarlo. Dijeron entonces a Hagen lo que se disponía a hacer Krimilda.
- 1272 Dijo él: «Como Krimilda no va a hacer nunca las paces conmigo, es preciso que se quede aquí el oro de Sigfrido. ¿Por qué he de dejar yo a mis enemigos una fortuna tan grande? De sobra sé yo lo que Krimilda quiere hacer con ese tesoro.
- 1273 Si ella se lo lleva de aquí, yo bien creería que se distribuirá para hacer enemigos contra mí. No tienen ellos bastantes caballos para transportarlo. Hagen es el que va a guardarlo; que se lo digan a Krimilda.»
- 1274 Cuando la reina supo esta nueva, grande fue su cólera. También se lo dijeron a los tres reyes. Ellos estaban dispuestos a impedirlo. Pero como nada sucedió, el noble Rúdeger, con ánimo jovial, dijo:
- 1275 «Poderosa reina, ¿por qué lloráis el oro que os quitan? El rey Atila os tiene tan grande aprecio que cuando os vean sus ojos, os dará tanto que jamás podréis gastarlo. Yo estoy dispuesto, señora, a juraros lo que os digo.»
- 1276 Dijo entonces la reina: «Muy noble Rúdeger, nunca alcanzó la hija de un rey riquezas mayores de las que Hagen me ha arrebatado.» Fue entonces su hermano Gernot a la cámara del tesoro.
- 1277 Con el poder de la autoridad real metió la llave en la cerradura. Sacaron de la cámara el oro de Krimilda, unos treinta mil marcos o acaso más. Luego mandó entregarlo a los visitantes; esto le causó a Gunter gran alegría.

- 1278 Habló entonces el señor de Bechelaren, el marido de Gotlin-
da: «Aunque mi señora Krimilda poseyera todo el oro que en
otro tiempo trajeron del país de los nibelungos, nadie, ni yo
ni la reina, pondría en él la mano.
- 1279 Mandad, pues, que lo vuelva a guardar, porque yo no quie-
ro nada de él. He traído de mi patria tanto oro del mío que
podemos bien prescindir del de Krimilda en el viaje y hacer
frente a todos los gastos con gran holgura.»
- 1280 Sin embargo, durante todo este tiempo las doncellas de Kri-
milda habían colmado doce cofres del mejor oro que se
pudo encontrar. Luego se lo llevaron de allí, así como
muchos aderezos que las damas requerían para el viaje.
- 1281 El poder del feroz Hagen le parecía a ella muy grande. Le
quedaban todavía más de mil marcos de oro para las ánimas.
Ella lo ofendió para el descanso de la de su amado esposo.
Esto le pareció a Rûdeger una gran prueba de su fidelidad.
- 1282 Habló entonces la atribulada dama: «¿Dónde están los ami-
gos míos dispuestos a vivir, por amor a mí, en tierra extraña?
Los que lo estén, que vengan conmigo al país de los hunos,
que tomen mi dinero y compren caballos y ropas.»
- 1283 Dijo entonces a la reina el margrave Eckewart: «Puesto que
yo fui el primero en formar parte de vuestro séquito y os he
servido con lealtad», siguió el caballero, «quiero seguir
haciendo lo mismo hasta mi hora postrera.
- 1284 Quiero además llevar conmigo quinientos de mis hombres,
que con toda lealtad pongo a vuestro servicio. Estamos muy
unidos y nada, si no es la misma muerte, podrá separarnos.»
A estas palabras Krimilda inclinó la cabeza en señal de grati-
tud; tenía motivos de sobra para hacerlo.
- 1285 Trajeron entonces los caballos; los viajeros iban a partir.
Grandes fueron los llantos de los amigos. Ute, la muy pode-
rosa, y muchas hermosas doncellas mostraban en su sem-
blante cuánto les pesaba la partida de Krimilda.

- 1286 Cien ricas doncellas llevaba consigo, vestidas como convenía
a su condición. Cayeron entonces las lágrimas de los ojos cla-
ros. Pero más adelante iba a gozar de muchas alegrías cerca
de Atila.
- 1287 Llegaron luego los señores Gernot y Giselher, acompañados
de su séquito, como exigía su buena crianza. Querían dar
escolta en el viaje a su hermana querida y llevaban mil
apuestos caballeros escogidos entre sus hombres.
- 1288 Se presentó entonces el valeroso Gere, así como Ortwin.
Rumolt, el maestre de cocina, quería también acompañarlos.
Ellos se ocuparon de los campamentos de noche hasta que
alcanzaron las orillas del Danubio. Gunter, en cambio, no
les dio escolta más que poco trecho al salir de la ciudad.
- 1289 Antes de partir del Rin habían mandado por delante heral-
dos suyos al país de los hunos, con el encargo de decirle al
rey que Rûdeger había logrado para él la mano de la noble y
enaltecida reina.

CANTO XXI

De cómo Krimilda fue al país de los hunos

- 1290 Dejemos ahora cabalgar a los heraldos. Vamos a contaros cómo la reina atravesó varios países, y dónde se despidieron de ella Giselher y Gernot. Ellos tuvieron para la hermana las atenciones que exigía su lealtad.
- 1291 Cabalgaron los hermanos hasta Vergen⁷¹ del Danubio. Allí pidieron a la reina permiso para despedirse, pues querían volver a orillas del Rin. Pero una despedida de buenos amigos no podía suceder sin llanto.
- 1292 Giselher el bravo habló así a su hermana: «Siempre que necesites, señora, algo de mí, si algo malo te aconteciera, házmelo saber, que yo sabré acudir a tu servicio al país de Atila.
- 1293 A los que eran sus parientes besóles ella en la boca. En aquella sazón se pudo ver a los bravos burgundos despedirse afectuosamente de los hombres de Rúdeger. Llevaba consigo la reina muchas gentiles doncellas,
- 1294 ciento cuatro en total, ataviadas de ricas galas hechas de finas y abigarradas telas. Embrazando anchos escudos flanqueaban el camino de las damas muchos caballeros. Entonces se separaron de la reina, para volver a sus lares, muchos magníficos guerreros.
- 1295 Pronto partieron de allí, bajando a través de Baviera. Corrió la noticia de que habían llegado huestes de forasteros desconocidos. También llegó donde todavía hoy se alza un monasterio y se juntan las aguas del Inn con las del Danubio.

⁷¹ Hoy Pförring an der Donau, cerca de Ingolstadt.

- 1296 En la ciudad de Passau tenía la sede un obispo. Las casas quedaron vacías y también la corte del príncipe prelado. Aprisa salieron al encuentro de los viajeros por el camino que llevaba a Baviera; allí encontró el obispo Peregrín a la hermosa Krimilda.
- 1297 No les desagradó a los guerreros del país ver en el séquito de la reina tantas hermosas doncellas. Con ojos cariñosos fueron contempladas estas hijas de nobles caballeros. Luego diéronles buena posada a los visitantes.
- 1298 El obispo cabalgó hasta Passau acompañado de su sobrina⁷². Cuando les dijeron a los vecinos de la ciudad que llegaba Krimilda, hija de la hermana del príncipe, los mercaderes le dispensaron un grato recibimiento.
- 1299 El obispo tenía el deseo de que ellos se quedaran algún tiempo. Pero el señor Eckewart dijo: «No puede ser. Henos aquí bajando⁷³ hasta la tierra de Rúdeger. Allí nos aguardan muchos caballeros⁷⁴, pues todos saben que vamos a llegar.»
- 1300 La bella Gotlinda conocía ya bien esta nueva. Con esmero se prepararon ella y su noble hija. Rúdeger le había hecho saber que le parecería bien si consolaba el ánimo de la reina
- 1301 saliendo a su encuentro con los hombres del margrave, Danubio arriba hasta el Ens. Así lo hizo ella. Se vieron entonces por todas partes concurridos los caminos de gentes que a pie y a caballo salían a esperar los viajeros.
- 1302 Entretanto, la reina había llegado a Everdingen. Si los muchos salteadores bávaros, según su costumbre, hubieran salido a los caminos, muy fácilmente hubieran causado daño a los viajeros.
- 1303 Ello lo había impedido bien el noble margrave. Consigo llevaba mil caballeros o aun más. Además había llegado

⁷² Peregrín es hermano de la reina Ute.

⁷³ Danubio abajo.

⁷⁴ Avisados de la llegada según estrofa 1289.

Gotlinda, esposa de Rúdeger. Con ella habían venido, magníficamente pertrechados, muchos nobles guerreros.

- 1304 Cuando hubieron cruzado el Traun y llegado a campos cercanos a Ens, se alzaron pabellones y tiendas, donde los viajeros iban a pasar la noche. Su manutención corrió a cargo de Rúdeger.
- 1305 La hermosa Gotlinda dejó su posada y se adelantó. Por los caminos llegaban, con cascabeles en los arreos, caballos de noble estampa. La acogida fue, para contento de Rúdeger, muy amistosa.
- 1306 Los que se les unían, de uno y otro lado del camino, eran diestros jinetes; entre ellos había buen número de esforzados guerreros. Muchas doncellas contemplaban cómo se entregaban a juegos de caballería. Grande fue el contento de la reina por las atenciones de estos caballeros.
- 1307 Se acercaron entonces a los viajeros los hombres de Rúdeger. Saltaban por los aires los trozos de lanzas que los brazos de los guerreros manejaban con destreza caballeresca. Su arte de cabalgar merecía la alabanza de las damas.
- 1308 Cuando los juegos acabaron, los hombres se saludaron afablemente unos a otros y llevaron a la bella Gotlinda adonde estaba Krimilda. Los que podían rendir homenaje a las damas no conocieron ningún descanso.
- 1309 El señor de Bechelaren cabalgó hacia su esposa. Mucho agradó a la noble margravina ver que había vuelto tan sano de las riberas del Rin. La pesadumbre que había sentido desapareció con la gran alegría de verle.
- 1310 Después de que ella le hubo recibido, él pidió a su esposa y a cuantas damas la acompañaban que descabalgaran sobre la hierba. Allí hubieron de afanarse muchos nobles caballeros. Con gran solicitud fueron atendidas ahora las señoras.
- 1311 Entonces vio en pie la señora Krimilda a la margravina acompañada de su séquito. Ahora ya no siguió cabalgando.

Paró el caballo con las riendas y pidió entonces que la apearan presto de la silla.

- 1312 Viose luego al obispo, en compañía de Eckewart, llevar a su sobrina ante Gotlinda. En aquel momento la muchedumbre retrocedió para abrirles paso. Krimilda, la extranjera, besó entonces en los labios a Gotlinda.
- 1313 Habló entonces con gran donosura la esposa de Rúdeger: «Dichosa yo, querida señora, que puedo veros en estas tierras con estos mis ojos. Nada podría ser más grato para mí en estos momentos.»
- 1314 «Dios os dé buen galardón, noble Gotlinda», habló Krimilda. «Si el hijo de Botelungo⁷⁵ y yo duramos con vida, será para vos un bien el haberme visitado aquí.» Ninguna de las dos sabía lo que había de acontecer más adelante.
- 1315 Con gentileza se acercaron unas a otras las doncellas. Prestos a servir las estaban allí los caballeros. Después de los saludos sentáronse sobre la hierba. Así trabaron conocimiento con muchas otras que antes les eran desconocidas.
- 1316 Diose orden de ofrecer bebidas a las damas. Era mediodía. El noble cortejo no demoró más tiempo allí. A caballo se dirigieron a los grandes pabellones; entonces hubo grandes atenciones para los nobles huéspedes.
- 1317 Allí descansaron durante la noche hasta el amanecer. Los de Bechelaren se dispusieron a dar alojamiento a tantos dignos convidados. Bien se había arreglado Rúdeger para que nada les faltara.
- 1318 Veíanse en las paredes ventanas abiertas; también abiertas estaban las puertas del castillo. A caballo entraron en él los huéspedes, vistos con placer. La noble castellana mandó que se les procurara buen acomodo.

⁷⁵ Atila.

- 1319 La hija de Rúdeger se adelantó con su séquito a recibir a la reina con gentileza. Allí estaba también su madre, la esposa del margrave. Muchas nobles doncellas fueron objeto de cariñosos saludos.
- 1320 Damas y caballeros fueron de allí, cogidos de las manos, a una gran sala, bellamente dispuesta, a cuyos pies corría el Danubio. Sentáronse cerca de los ventanales y tuvieron gran pasatiempo.
- 1321 De otras cosas que allí hicieron no podría contar. Oyóse lamentar a los guerreros de Krimilda de que el viaje durara tanto; por ello tenían gran pesar. ¡Ay, qué valientes caballeros partieron con ella de Bechelaren!
- 1322 Rúdeger prodigóles toda clase de atenciones. Luego la reina dio a la hija de Gotlinda doce pulseras de oro rojo y un vestido tan rico que ni siquiera ella llevaba otro mejor al país de Atila.
- 1323 Aunque le habían arrebatado el oro de los nibelungos, cuantos la veían quedaban cautivados con las dádivas de lo poco que aún le quedaba. Entre el séquito del margrave repartió valiosos regalos.
- 1324 Por su parte, la señora Gotlinda honró luego a sus huéspedes del Rin con tales presentes, que fueron muy pocos los forasteros que partieron sin piedras preciosas o ricas galas de la castellana.
- 1325 Después de haber comido, cuando se disponían a partir, la dueña de la casa ofreció a la esposa de Atila sus más leales servicios. Krimilda quedó cautivada por la bella doncella, hija de Rúdeger.
- 1326 Ésta dijo a la reina: «Si alguna vez os parece bien, yo sé bien que mi querido padre me enviará gustoso a vuestro lado, en tierra de los hunos»⁷⁶. Krimilda vio con agrado la fidelidad que la joven le tenía.

⁷⁶ A terminar su educación cortesana.

- 1327 Los caballos habían sido preparados y llevados ante el castillo de Bechelaren. La noble reina se había despedido ya de la esposa y de la hija de Rúdeger. También se despidieron allí con saludos muchas damas de honor.
- 1328 Ellas no habían de volverse a ver en sus días. En las afueras de Medelicke⁷⁷ la gente les ofreció al pasar vino a los viajeros llevado en preciosas vasijas de oro. Así les daban la bienvenida.
- 1329 Era allí el solar de un noble. Su nombre era Astoldo. Él les enseñó el camino que llevaba a Austria, rumbo a Mutaren⁷⁸, Danubio abajo. La poderosa reina fue allí objeto de grandes atenciones.
- 1330 El obispo se despidió con afecto de su sobrina. Le deseó encarecidamente que fuese feliz y le aconsejó que se granjeara el respeto de su pueblo como antes lo hiciera Helche. ¡Ay, cuán grandes honores alcanzó Krimilda luego en tierra de hunos!
- 1331 Desde allí los forasteros fueron llevados hasta el Treisen. Los hombres de Rúdeger cuidaron de ellos solícitamente hasta que los hunos, atravesando el país, los encontraron. Grandes fueron entonces los honores tributados a la reina.
- 1332 Cerca del Treisen poseía un castillo el rey del país huno, un poderoso castillo, muy famoso, llamado Zeizenmure⁷⁹. En otro tiempo había residido en él doña Helche mostrando tan grandes virtudes que difícilmente hallarían parangón,
- 1333 a no ser que las tuviese Krimilda, que tan generosa sabía ser; ella pudo, después de todos sus sufrimientos, vivir la dicha de oír a los hombres de Atila reconocer su largueza y de verse colmada de honores por los héroes.
- 1334 El señorío de Atila era acatado en dominios tan vastos, que en todo momento se podía hallar en su corte a los más bra-

⁷⁷ Hoy Mölk, en Austria.

⁷⁸ Hoy Mautern.

⁷⁹ Acaso el Treismauer de hoy.

vos guerreros de que jamás se hubiera oído hablar entre cristianos y paganos; todos habían venido con él al encuentro de la reina.

- 1335 En torno al rey convivían en todo tiempo —esto es difícil que se repita— el credo de los cristianos y leyes religiosas de los paganos. Fuera cual fuera el modo de vida practicado por cada uno, la liberalidad del rey velaba para que las dádivas se prodigarán entre todos.

CANTO XXII

De cómo Krimilda fue recibida por Atila

- 1336 Krimilda paró en Zeizenmure hasta el cuarto día. Mientras tanto el polvo no se había posado sobre el camino; como en un fuego se levantaba en todas partes. Y es que los hombres del rey Atila cruzaban Austria a caballo.
- 1337 Al rey le había sido cabalmente anunciado —y esto había alejado sus penas del pensamiento— cuán magnífica venía Krimilda atravesando tierras. El rey entonces apresuró la marcha para salir al encuentro de la hermosa.
- 1338 Veíanse por los caminos, adelantándose a caballo a Atila, multitud de bravos guerreros de lenguas muy diversas, muchas y nutridas huestes de cristianos y paganos. Cuando encontraron a la reina, lucían magníficos arreos.
- 1339 Allí cabalgaban gentes de Rusia y de Grecia. A los polacos y a los válacos se les veía avanzar fogosos, montando con brío hermosos corceles. Fueran cuales fueran sus usanzas seguían apegadas a ellas.
- 1340 De las comarcas de Kiev cabalgaban allí muchos guerreros; y a su lado los feroces pecheneros⁸⁰. Se entregaban en gran número a tirar con su arco a las aves que pasaban volando. Tensaban el arco hasta que la punta de la flecha tocaba su centro.
- 1341 En Austria, a orillas del Danubio, hay una ciudad llamada Tulne⁸¹. Allí conoció la reina muchas costumbres extranjeras

⁸⁰ Tribu de origen fino-úgrico, famosos como arqueros.

⁸¹ Hoy Tulln.

de que antes no sabía. La recibieron numerosos caballeros que luego habían de sufrir por su causa.

- 1342 Delante del rey Atila cabalgaba una hueste alegre y con muchos ricos arreos, cortés y ufana, más de veinticuatro príncipes de gran mérito y nobleza. Ellos no deseaban otra cosa que ver a su soberana.
- 1343 El duque Ramung de Valaquia fue corriendo hacia ella seguido de setecientos hombres. Como aves en vuelo veíanse avanzar. Luego le siguió el príncipe Gibeche con magníficas mesnadas.
- 1344 Hornboge el valeroso, con más de mil hombres, se apartó del rey y se dirigió a su soberana. Gran algarabía se alzó entonces, como era costumbre del país. Los parientes de los hunos corrían allí con brío las lanzas.
- 1345 Llegó entonces el bravo Hawart de Dinamarca, también Irinc el muy esforzado, hombre sin doblez, así como Infrid de Turingia, apuesto caballero. Ellos recibieron a Krimilda en forma que les honraba
- 1346 con los mil doscientos hombres que llevaban en sus huestes. Luego llegó el señor Bloedelin, hermano de Atila, de la tierra de los hunos, con tres mil guerreros. En magníficas galas se dirigió al encuentro de la reina.
- 1347 Poco después se presentaron el rey Atila y el señor Teodorico⁸² con todos sus compañeros. Había allí muchos nobles caballeros, hombres de pro, valientes y dignos de encomio. La señora Krimilda tuvo con ello bien confortado el ánimo.
- 1348 Habló entonces a la reina el señor Rúdeger: «Señora, el noble rey os va a recibir aquí. Yo os diré a quiénes habéis de besar, pues no podéis dispensar el mismo saludo a todos los hombres de Atila.»

⁸² Teodorico de Verona, o Dietrich von Bern, rey de los ostrogodos y héroe de la épica medieval alemana.

- 1349 Ayudaron entonces a apearse del caballo a la augusta reina. Atila, el muy poderoso, ya no esperó más. Él descendió de su caballo con muchos bravos caballeros. Entonces se le vio avanzar alborozado al encuentro de Krimilda.

- 1350 Dos poderosos príncipes, según nos han contado, andando al lado de la reina, le llevaban la cola del vestido, mientras el rey Atila se dirigía a ella, y ésta acogía al noble rey gentilmente con un beso.

- 1351 Krimilda levantó su tocado de cintas; su hermosa tez resplandecía entre los adornos de oro. Más de un caballero aseguró entonces que la señora Helche no había sido más bella. Muy cerca de ellos se hallaba Bloedelin, el hermano del rey.

- 1352 A éste, Rúdeger, el poderoso margrave, pidió a la reina que lo besara, lo mismo que al rey Gibeche. Allí estaba también Teodorico. La esposa de Atila besó a doce nobles guerreros; luego, con un saludo, recibió a multitud de caballeros.

- 1353 Mientras Atila permanecía de pie al lado de Krimilda, hicieron los donceles lo que todavía se hace hoy: montados a caballo realizaron bellos ejercicios con las lanzas. Obrando según su usanza se entregaban a las justas héroes cristianos y paganos.

- 1354 ¡Con cuánta destreza caballeresca se veían volar muy por encima de los escudos las astas de las lanzas, hechas pedazos, manejadas por el brazo de valientes caballeros! ¡Más de un escudo quedó atravesado por obra de los huéspedes teutones⁸³!

- 1355 Muy grande era el estruendo que se oía al quebrarse las astas. Todos los héroes del país se habían juntado allí, así como muchos nobles caballeros, huéspedes del rey. Luego el poderoso rey se alejó de allí con Krimilda.

⁸³ En el original: *von den tiuschen gæsten*. K. Bartsch interpreta *tiusch (deutsch)* —única aparición en el *Cantar*— como adjetivo gentilicio que abarca a los burgundos, las huestes de Rúdeger y los hombres de Teodorico.

- 1356 Vieron, cerca de ellos, levantada una magnífica tienda. Todo el campo alrededor estaba cubierto de pabellones donde habían de reposar tras sus fatigas. Los héroes pusieron al resguardo de las tiendas a muchas bellas doncellas
- 1357 así como a la reina. Ésta tomó luego asiento sobre un sillón ricamente mullido. El margrave había cuidado de que encontraran hermoso el asiento de Krimilda: con esto se alegró el ánimo de Atila.
- 1358 Lo que entonces dijo Atila no lo he sabido nunca. En la derecha de él yacía la blanca mano de ella. Allí estuvieron sentados amorosamente. Rúdeger, el noble caballero, no quiso permitir que el rey tuviera intimidad en privado con Krimilda.
- 1359 Mandaron entonces que cesaran los juegos por todas partes. El gran alboroto tuvo fin con honor para todos. Los hombres de Atila se encaminaron a sus tiendas. Por doquier les dieron holgada posada a todos.
- 1360 Ahora había acabado el día. Se les procuró acomodo a todos hasta que la clara mañana volvió a brillar. Muchos guerreros habían ido ya a sus caballos. ¡Ay, cuántas diversiones se montaron en honor al rey!
- 1361 El rey pidió a los hunos que obraran como convenía a su honor. Entonces cabalgaron desde Tulne hasta la ciudad de Viena. Allí hallaron damas bellamente ataviadas en gran multitud, que tributaron recibimiento con todos los honores a la esposa del rey Atila.
- 1362 Se les había provisto en gran abundancia de todo cuanto ellos hubieran menester. Muchos apuestos héroes se solazaban contando con las alegres fiestas que se acercaban. Se aprestaron alojamientos y con alborozo comenzaron los festejos reales.
- 1363 No pudieron dar posada a todos en la ciudad. A los que no eran convidados les pidió Rúdeger que se alojaran fuera de

ella. Yo creo que en todo momento se halló al lado de la señora Krimilda

- 1364 a don Teodorico y a muchos otros héroes. Ellos pusieron todo su celo en alegrar el ánimo a los huéspedes, renunciando al descanso. Rúdeger y sus amigos tuvieron buen solaz.
- 1365 La boda cayó en un día de Pentecostés. Fue entonces cuando el rey Atila compartió el lecho de Krimilda en la ciudad de Viena. Creo que nunca tuvo a su servicio tantos caballeros en vida de su primer esposo.
- 1366 Por sus regalos ella se ganó el afecto de quienes jamás la habían visto. Muchos de entre ellos dijeron a los forasteros: «Pensábamos que doña Krimilda ya no poseía bien alguno, pero he aquí que ella prodiga los presentes en gran abundancia.»
- 1367 Duraron las bodas diecisiete días. Yo no creo que se pueda decir de rey ninguno que tuviera fiestas más suntuosas. De ello no hemos sabido nada. Cuantos allí estuvieron presentes se llevaron consigo vestidos nuevos.
- 1368 En los Países Bajos, así pienso yo, nunca había residido rodeada de tantos héroes. Creo, además, que a pesar de las grandes riquezas de Sigfrido, nunca tuvo a su mando tantos nobles caballeros como los que ella vio en torno a Atila.
- 1369 Tampoco hubo antes nadie que, con ocasión de sus bodas, repartiese tantos y valiosos mantos, anchos y bien cumplidos, ni tan ricas galas como dieron a todos en abundancia para honra de Krimilda.
- 1370 Los deudos de aquellos caballeros, así como los forasteros, no pensaban más que en una cosa: no escatimar nada de sus bienes, para dárselos presto a todo el que lo deseara. Tal fue la generosidad de muchos de los caballeros que hubieron de quedar desprovistos de sus propias galas.
- 1371 Sin embargo, ella pensaba en cuando había vivido en el Rin al lado de su noble esposo. Sus ojos se humedecían,

pero lo ocultaba celosamente para que nadie pudiera verlo. Tras muchos sufrimientos, le rendían ahora grandes honores.

- 1372 Comparada con la de Teodorico, era insignificante la generosidad de los demás nobles. Todo lo que el hijo de Botelungo⁸⁴ le había dado lo repartía ahora enteramente. También obraba maravillas la mano dadivosa de Rúdeger.
- 1373 El príncipe Bloedelin de Hungría hizo vaciar muchas arcas de viaje colmadas de plata y oro: todo ello fue repartido como regalo. Veía rebosantes de alegría a los caballeros del rey.
- 1374 Werbel y Swemel, los juglares reales, recibieron, creo yo, mil marcos cada uno, o acaso más, durante estas bodas en que, ciñendo corona, se sentó en el trono Krimilda al lado de Atila.
- 1375 Una mañana, después de diecisiete días, partieron a caballo de Viena. Durante los juegos los escudos quedaron hendidados por las lanzas que manejaban los brazos de los héroes. Y así llegó el rey Atila al país de los hunos.
- 1376 Hicieron noche en la vieja Heimburg. Nadie podía entonces saber con certeza el número aproximado ni la potencia de las tropas que atravesaban el país a caballo. ¡Ay, cuántas bellas damas se veían en la tierra de Atila!
- 1377 En la rica ciudad de Misenburg⁸⁵ embarcaron. Las aguas del río las cubrían caballos y hombres, como si lo que se veía de su corriente fuese tierra. Las damas, cansadas por el viaje, hallaron sosiego y también descanso.
- 1378 Muchas fuertes barcasas habían sido atadas unas a otras, para que no las dañase el oleaje ni la corriente. Sobre ellas habían levantado holgadas tiendas, como si los viajeros tuvieran todavía bajo sus pies el suelo de los prados.

⁸⁴ Es decir, Atila Cfr. 1314.

⁸⁵ Hoy Wieselburg.

- 1379 Las nuevas de este viaje llegaron desde allí a Etzelburg⁸⁶. Los que aquí estaban, hombres y mujeres, tuvieron gran contento. Las damas del séquito de Helche, que antes habían atendido a la soberana, vivieron luego al lado de Krimilda muchos días felices.

- 1380 Estaban esperando allí muchas nobles doncellas que habían tenido gran duelo a la muerte de Helche. Krimilda encontró todavía al llegar siete hijas de rey. Ellas eran adorno de todo el reino de Atila.

- 1381 La joven dueña Herrat tenía aún a su cargo las damas del séquito. Era hija de la hermana de Helche y estaba colmada de virtudes. Novia de Teodorico, era hija de un noble rey, hija de Naentwin. Muchos honores habrían de rendirle luego.

- 1382 Pensando en la llegada de los forasteros se alegraba su ánimo. También allí se les habían preparado regalos en abundancia. ¿Quién podría daros cuenta de la vida que más adelante llevó el rey? Jamás habían vivido los hunos mejor que con esta soberana.

- 1383 Cuando el rey partió con la reina de aquellas riberas, le dijeron a ella quién era cada una de las damas. A la noble Krimilda ellas la saludaron muy gentilmente. ¡Ay, con cuánto poder se sentó ella después en el puesto de Helche!

- 1384 Recibió Krimilda entonces muchas pruebas de gran lealtad. Ella repartió oro y vestidos, plata y piedras preciosas. Cuantas riquezas había traído consigo del Rin al país de los hunos había que gastarlas enteramente en regalos.

- 1385 Así se ganó también el afecto y la sumisión de todos los parientes del rey y de todos sus hombres. Jamás la reina Helche ejerció tan gran autoridad, como la que aseguraba a Krimilda hasta su muerte los servicios de todos ellos.

⁸⁶ Es decir, burgo o castillo de Atila. Se ha especulado sobre si esta ciudad es hoy día Ofen o Gran, ambas en las riberas del Danubio, al este de Viena, en Hungría.

1386 Era entonces tal el esplendor de la corte y del reino, que en toda sazón podían encontrarse allí las diversiones que atraían los deseos de cada uno, y en las que tomaban parte por amor al rey y por merecer las dádivas de la reina.

CANTO XXIII

*De cómo Krimilda procuró que sus hermanos
acudieran a las fiestas*

- 1387 Con grandes honores —esto es cosa cierta— vivieron uno al lado del otro. Durante este tiempo la reina había alumbrado un hijo. Nunca pudo recibir el rey Atila mayor gozo.
- 1388 Ella no cejó luego en sus ruegos hasta lograr que el hijo de Atila fuese bautizado conforme a la ley cristiana. Se le dio el nombre de Ortlieb. Ello fue causa de gran regocijo en todos los dominios de Atila.
- 1389 Todas las bellas cualidades que había tenido la reina Helche procuró Krimilda con celo alcanzarlas entonces y largo tiempo después. Las usanzas cortesanas se las enseñó Herrat, la joven dueña extranjera. Ésta seguía teniendo gran duelo en privado por la muerte de Helche.
- 1390 De propios y extraños eran sus virtudes muy bien conocidas. Ellos declaraban que jamás hubo una soberana de un reino más buena y generosa. Y esto lo tenían por cosa cierta. De esta fama disfrutó entre los hunos hasta trece años después de su llegada.
- 1391 Ahora pudo darse bien cuenta de que nadie se oponía a sus planes —todavía hoy los caballeros de un rey no guardan hostilidad a la esposa del príncipe— y de que en todo momento tenía a su lado diez reyes prestos a rendirle servicio. Entonces hubo de acordarse de muchos sufrimientos que había padecido en su patria.
- 1392 También recordó los muchos honores a que tenía derecho en el país de los nibelungos y de que Hagen la había entera-

mente privado, al matar a Sigfrido, y pensó si él podría pagar todavía el daño que le había causado.

- 1393 «Eso es lo que pasaría si yo pudiera traerlo a este país. Soñaba que de la mano de ella y muy a su vera caminaba su hermano Giselher. En sueños lo besaba sin parar, en todo momento. Pero luego él hubo de conocer duras tribulaciones.
- 1394 Yo creo que fue el enemigo malo quien aconsejó a Krimilda que quebrantase la amistad con Gunter que ella, en prueba de reconciliación, había sellado con un beso en Burgundia. Otra vez las lágrimas volvieron a empañar sus ropas.
- 1395 De mañana y de tarde embargaba su corazón el pensamiento de haber sido obligada sin culpa alguna a casarse con un pagano. Tal infortunio se lo debía a Hagen y a Gunter.
- 1396 Este deseo de venganza muy rara vez la abandonaba. Pensaba ella para sí: «Soy tan poderosa y tengo tan grandes riquezas que todavía puedo causar daño a mis enemigos. De buen grado se lo haría a Hagen de Trónege.
- 1397 Con el corazón apesadumbrado ansío ver a mis fieles hermanos. Aunque me hicieron sufrir, quisiera estar a su lado. Así es seguro que vengaría la muerte de mi amado. Difícilmente puedo esperar ese momento.» Así hablaba la esposa de Atila.
- 1398 Los guerreros de Krimilda se habían ganado el favor de todos los hombres del rey. En esto obraron bien. La cámara del tesoro estaba a cargo de Eckewart; con esto se conquistó amigos. Nadie podría oponerse ahora a los planes de Krimilda.
- 1399 Ella no dejaba de pensar: «Le voy a pedir al rey que me conceda, con su bondadosa cortesía, poder invitar a mis parientes a este reino de los hunos.» Nadie pudo descubrir en la reina sus malvados designios.
- 1400 Cuando descansaba una noche al lado de su esposo —él la tenía abrazada, como solía hacer cuando le probaba su

amor; tanto la quería como a su propia vida— la muy noble reina púsose a pensar en sus enemigos.

- 1401 Dijo al rey: «Señor mío muy amado: quisiera pedirlos —si para ello dais vuestro consentimiento— que me dejarais ver si he merecido que demostréis vuestro afecto a mis parientes.»
- 1402 Habló aquí el poderoso rey; sus sentimientos no tenían doblez: «Yo os demostraré que no puedo más que alegrarme de cuantas cosas buenas y gratas les acaezcan a tales caballeros, pues jamás amor de mujer me procuró mejores parentescos.»
- 1403 Dijo entonces la reina: «Os han enterado bien. Tengo parientes de alto linaje, y siento gran pesar de que no se preocupen de venir a visitarme. He oído que la gente no me llama más que la extranjera.»
- 1404 Aquí habló el rey Atila: «Esposa mía muy querida, si a ellos no les pareciera muy lejos yo invitaría a venir del Rin a cuantos gustéis de ver en este mi reino.» Grande fue el contento de la reina al conocer cuál era la voluntad del rey.
- 1405 Dijo ella: «Si queréis mostrarme, mi señor, vuestra lealtad, mandad mensajeros a Worms, en la otra orilla del Rin. Así sabrán mis parientes cuál es mi deseo y así vendrán a nuestro reino muchos nobles y esforzados caballeros.»
- 1406 Él dijo: «Vuestro deseo será orden para todos. Haced que se disponga lo necesario. No es posible que queráis ver con tanto placer a vuestros deudos como yo siento por ver a los hijos de la noble Ute. A mí me duele hondamente que hayan vivido lejos de nosotros tan largo tiempo.
- 1407 Si ello te procura tanto gozo, esposa mía muy querida, yo enviaré de buen grado a mis ministriles en busca de tus parientes a Burgundia.» Presto hizo venir a los buenos juglares.
- 1408 De prisa acudieron ellos al salón donde el rey estaba sentado al lado de la reina. Éste les dijo a ambos que iban a ser sus mensajeros en el país burgundo. Luego mandó que les prepararan magníficas galas.

- 1409 Se dispusieron ropas para veinticuatro caballeros. También a ellos les hizo saber el rey la embajada, de cómo debían invitar allí a Gunter y sus hombres. La reina Krimilda habló con ellos en privado.
- 1410 Dijo luego el poderoso rey: «He aquí lo que tenéis que hacer: decidles a mis parientes que les reitero mi afecto y les deseo toda suerte de venturas y que les ruego acepten el venir aquí, a mi reino. No he conocido nunca huéspedes que me fueran más queridos.
- 1411 Y si quieren cumplir mis deseos los parientes de Krimilda, decidles que no dejen de venir este verano a los grandes festejos que pienso celebrar, pues gran parte de mi dicha estribará en la compañía de los deudos de mi esposa.»
- 1412 Dijo entonces uno de los juglares, el arrogante Swemel: «¿Cuándo serán las fiestas que vais a hacer en este reino? Así se lo podremos decir a los parientes de ella.» A esto replicó el rey Atila: «Serán en los días del próximo solsticio.»
- 1413 «Haremos cuanto mandéis», dijo ahora Werbel. Mandó luego la reina que hicieran venir en secreto a los mensajeros. Allí les habló. De ello le vino más adelante gran desgracia a un buen número de héroes.
- 1414 Díjoles a los dos emisarios: «Vuestras serán grandes riquezas si sabéis cumplir cabalmente mis deseos y decir cuanto yo os mande en nuestra patria. Os colmaré de regalos y os daré magníficos vestidos.
- 1415 Y no digáis a ninguno de los parientes míos que veáis en Worms que me habéis visto jamás con ánimo triste. Ofrecedles mis respetos y devoción a los héroes valientes y esforzados.
- 1416 Pedidles que accedan a lo que el rey les encarga y me libren así a mí de todas mis cuitas. Si no, los hunos van a pensar que no tengo pariente alguno. Si yo fuera caballero iría alguna vez a visitarles.

- 1417 Y decidle además a Gernot, mi noble hermano, que nadie en este mundo puede quererle más que yo. Pedidle que me traiga a este país los más cercanos parientes. Ello redundará en honra nuestra.
- 1418 A Giseller decidle que recuerde que yo jamás he sufrido por culpa suya, y que tendría gran contento en verle con mis ojos. Mucho me complacería tenerle aquí por su gran fidelidad.
- 1419 Contadle igualmente a mi madre los honores que me rodean. Y si Hagen de Trónege quisiera quedarse allí, preguntad quién, si no, sería capaz de encaminarlos a través de los diversos países. Para él, desde que era niño, los caminos que vienen a esta tierra de hunos le son familiares.»
- 1420 Los emisarios no sabían bien cuál era la razón de que no debieran dejar que Hagen de Trónege se quedara en las riberas del Rin. Luego hubieron de sufrirlo. Al atacarlo a él, Krimilda arrastró a muerte horrible a muchos otros héroes.
- 1421 Cartas y recados les fueron dados entonces. Consigo llevaban dinero en cantidad y podían vivir en la abundancia. Atila y su hermosa mujer les dieron la despedida. Ricas galas les adornaban.

CANTO XXIV

De cómo Werbel y Swemel cumplieron su embajada

- 1422 Cuando Atila mandó a sus mensajeros hacia el Rin, la nueva de los festejos que preparaba voló de país en país. Con emisarios veloces invitaba a unos y ordenaba a otros que acudieran a la fiesta. Por ello muchos hubieron de encontrar allí la muerte.
- 1423 Los mensajeros, tras haber salido del país de los hunos, se encaminaron hacia Burgundia. Aquí los habían enviado a ver a tres reyes y a sus hombres para decirles que fueran a la corte de Atila. Así, pues, empezaron a apresurarse.
- 1424 Cabalgando llegaron a Bechelaren. Allí les atendieron con agrado. No dejaron allí Rúdeger y Gotlinda de encomendarles que llevaran sus saludos a los señores del Rin. Lo mismo hizo la hija de ambos.
- 1425 No permitieron los de Bechelaren que partieran sin prodigar sus regalos, para que los hombres de Atila pudieran seguir el viaje con más abundancia. Rúdeger les encargó que dijeran a Ute y a sus hijos que ningún margrave les tenía más afecto que él.
- 1426 Ofrecieron además a Brunilda sus servicios y mejores deseos, fidelidad constante y ánimo propicio. Cuando hubieron oído estos saludos los emisarios se dispusieron a partir. La margravina luego los encomendó a Dios de los cielos.
- 1427 Antes de haber atravesado los mensajeros enteramente la tierra de los bávaros, Werbel el muy valeroso fue a ver al buen obispo. De lo que encargó que dijeran a sus amigos del Rin, no sé nada; sólo que hizo regalos de oro muy rojo

- 1428 a los mensajeros en prueba de amistad; luego los dejó seguir viaje. En tal sazón dijo el obispo Peregrín: «Si yo pudiera ver aquí a los hijos de mi hermana, tendría gran contento, pues no puedo ir a las riberas del Rin a verlos.»
- 1429 No podría dar cuenta del camino que siguieron ni de las tierras que cruzaron hasta llegar al Rin. Nadie les robó ni el dinero ni las ropas, pues tenían las iras de su señor. Ciertamente era muy poderoso el noble rey bien nacido.
- 1430 A los doce días llegaron al Rin, en tierra de Worms, Werbel y Swemel. A los tres reyes y a sus nobles les anunciaron la llegada de emisarios extranjeros. Gunter entonces comenzó a averiguar.
- 1431 Dijo el señor del Rin: «¿Quién puede decirnos de dónde han venido estos extranjeros a nuestro reino? Nadie supo darle razón hasta que los vio Hagen de Trônege. Éste dijo entonces al rey:
- 1432 «Os aseguro que nos vienen importantes novedades. He visto a los ministriles de Atila a quienes vuestra hermana ha enviado al Rin. En honor de su señor debemos darles una calurosa bienvenida.»
- 1433 Ya cabalgaban los mensajeros ante las puertas del palacio. Jamás viajaron unos juglares en mayor magnificencia. Pronto fueron recibidos por las gentes del séquito real. Diéronles posada y hubo orden de que se guardaran sus vestiduras.
- 1434 Las ropas de viaje eran magníficas y bien adornadas para que pudieran presentarse ante el rey honrosamente. Sin embargo no querían aparecer con ellas ante la corte. Los emisarios hicieron saber que las galas estaban a disposición de quien las deseara.
- 1435 Siendo así el ofrecimiento, fue mucha la gente que las aceptó alborozada y a ella se las enviaron. Los forasteros se vistieron entonces de galas aún más lujosas, como conviene a los emisarios de un rey para aparecer en magnífico atuendo.

- 1436 Dirigiéronse entonces los enviados de Atila adonde estaba sentado el rey, mientras se contemplaba con agrado su presencia. Hagen se apresuró a adelantarse cortésmente al encuentro de los mensajeros y los recibió amablemente. Los escuderos, por ello, le dieron las gracias.
- 1437 Para enterarse, Gunter preguntó cómo se encontraban Atila y sus hombres. Contestó uno de los juglares: «Nunca fue mejor el estado del país ni sus gentes estuvieron tan contentas; podéis estar completamente seguros.»
- 1438 Dirigiéronse luego al rey. La sala estaba llena. Recibieron con amables saludos la acogida que merecía su condición de huéspedes en un reino extranjero. Werbel encontró allí, al lado de Gunter, muchos esforzados paladines.
- 1439 El rey los saludó cortésmente: «Sed bienvenidos, juglares de los hunos, así como vuestros compañeros. ¿Acaso os ha enviado a Burgundia Atila el rey poderoso?»
- 1440 Ellos agradecieron el saludo con una inclinación; Werbel habló entonces: «Mi amado señor, Krimilda tu hermana te manda sus saludos más fervientes a este país. A vosotros, nobles caballeros, nos envían contando con vuestra leal amistad.»
- 1441 Habló aquí el poderoso príncipe: «Gran contento me dan tus palabras», luego siguió: «¿Cómo se hallan Atila y Krimilda, mi hermana, allá en el país de los hunos?» A esto replicó el juglar: «Ahora lo vais a saber:
- 1442 Nunca vivió gente alguna mejor que viven los dos, podéis estar seguros. Igualmente todas sus gentes, parientes y vasallos. Cuando partimos de allí, todos se alegraron del viaje.»
- 1443 «Dad gracias al rey por los saludos que os encargó presentarme, así como a mi hermana por los suyos. Me alegra saber que ellos viven tan contentos, el rey y sus gentes, pues yo ya había pedido con inquietud noticias de ellos.»
- 1444 Habían llegado entre tanto los dos jóvenes reyes. Hasta entonces no se habían enterado de estas nuevas. Por el amor

que sentía hacia su hermana, Giselher el mozo vio complacido a los mensajeros y ahora les habló amablemente.

- 1445 «Seréis muy bienvenidos entre nosotros, mensajeros, si queréis venir a estas tierras del Rin más a menudo. Aquí hallaréis amigos que podréis ver con agrado. Ningún mal os acaecerá en esta tierra.»
- 1446 «Confiamos en ser acreedores entre vosotros de todos los honores», dijo entonces Swemel. «No bastan mi seso y mis palabras para haceros saber con cuánto afecto nos han encomendado que os salude Atila y vuestra noble hermana, la cual vive rodeada de grandes honores.
- 1447 Lealtad y respeto os ofrece la esposa del rey y os recuerda que siempre le habéis sido amados en cuerpo y alma. Nos han enviado aquí principalmente para pedirnos que os dignéis ir al país de Atila.
- 1448 El poderoso rey nos encargó encarecidamente deciros que os lo rogáramos a todos vosotros. Si no queréis visitar a vuestra hermana, a él le agradaría saber qué es lo que os ha hecho
- 1449 para que así evitéis tanto a su persona como su reino. Y aunque tratéis a la reina como si no la hubierais conocido jamás, a él le gustaría merecer que os dignarais visitarle. Si así sucediera, él tendría en ello gran contento.»
- 1450 Habló ahora el rey Gunter: «Dentro de siete noches os daré razón de lo que he decidido con mis parientes. Entre tanto, podéis retiraros a vuestras posadas y espero que tengáis buen descanso.»
- 1451 Entonces volvió a hablar Werbel: «¿Sería posible que, antes de acomodarnos, pudiéramos ver a nuestra señora, la muy poderosa Ute?» Giselher, el noble príncipe, habló aquí con gran cortesía:
- 1452 «Nadie os lo impedirá, si queréis presentaros a ella. Ése es cabalmente el deseo de mi madre, pues ella os verá con

agrado por amor a mi hermana, la señora Krimilda; ante ella habréis de ser bienvenidos.»

- 1453 Giselher los llevó adonde estaba la reina. Con placer vio ella a los emisarios del país de los hunos. Los saludó afablemente, como correspondía a su buena crianza. Entonces, cortésmente, le dieron cabal cuenta de su embajada.
- 1454 «Mi señora», dijo ahora Swemel, «os ofrece fidelidad y respeto. Si pudiera suceder que ella os viera más a menudo, podréis creer que no hallaría en este mundo mayor contento.»
- 1455 Dijo entonces la reina: «Eso no será posible. Por mucho placer que yo sintiera de ver a menudo a mi querida hija, queda muy lejos, para mi desventura, la esposa del noble rey. Pero ojalá sean siempre dichosos ella y Atila.»
- 1456 Quiero que me hagáis saber, antes de partir de aquí, cuándo deseáis volver. En mucho tiempo yo no recibí mensajeros con tanto agrado como el que he sentido al veros.» Los escuderos le prometieron entonces que así lo harían.
- 1457 Salieron para sus posadas los huéspedes del país de los hunos. Mientras tanto, el poderoso rey había mandado acudir a sus consejeros. El noble Gunter preguntó a sus hombres cuál era su parecer sobre el asunto. Muchos tomaron entonces la palabra.
- 1458 Decían que él bien podía ir al país de Atila. Tal fue el consejo de los mejores que allí se encontraban, salvo Hagen. A él le hacía sufrir esto ferozmente. Dijo entonces al rey en privado: «De esta suerte iréis a vuestra propia ruina.»
- 1459 Sabéis de sobra lo que hemos hecho. Debemos tener siempre inquietud en cuanto a Krimilda, pues yo, con mi propia mano, he dado muerte a su marido. ¿Cómo vamos a tener la osadía de presentarnos en el país de Atila?»
- 1460 Habló ahora el poderoso rey: «Mi hermana enterró su cólera y con un beso amistoso nos ha perdonado cuanto le hicimos, antes de partir de aquí. ¿No será acaso, Hagen, que su hostilidad va contra vos solo?»

- 1461 «Sea, pero no os dejéis engañar», dijo Hagen, «digan lo que digan los enviados de los hunos. Si tenéis empeño en ver a Krimilda, puede que perdáis allí el honor y aun la vida. Es muy rencorosa la esposa del rey Atila.»

1462 Dio luego su parecer sobre el asunto el príncipe Gernot. «Es natural que temáis la muerte en tierra de hunos, pero si dejáramos por ello de ver a nuestra hermana, sería un grave error.»

1463 Habló ahora el príncipe Giselher a su vasallo así: «Puesto que os sentís culpable, amigo Hagen, sería mejor que os quedarais aquí velando por vos, y dejarais, a los que se atrevan, ir a ver a nuestra hermana con nosotros.»

1464 El héroe de Trónege fue entonces presa de la cólera: «Estaría bien que llevarais con vosotros en el viaje a la corte a alguien más osado que yo! Puesto que no cejáis en vuestro empeño, yo os probaré que no tengo miedo.»

1465 Habló entonces el maestre de cocina, el caballero Rumolt: «Tenéis bienes en abundancia para mandar atender aquí a propios y extraños a voluntad. Yo entiendo que los consejos de Hagen nunca os han entregado al enemigo.»

1466 Si no queréis prestar oído a Hagen, Rumolt os aconseja, pues es lealmente adicto y está enteramente dispuesto a servirlos, que os quedéis aquí. Hacedlo por mí y dejad al rey Atila que siga allá al lado de Krimilda.

1467 ¿Cómo podríais llevar en este mundo una vida más holgada? Harto podríais gozar de la vida sin temor a vuestros enemigos. Con ricas galas debéis adornar vuestras personas; bebed vinos de los mejores y amad a las mujeres hermosas.

1468 Además os darán manjares, los mejores que gustó jamás ningún rey en este mundo. Y si no sucediera así, deberíais todavía quedaros por amor a vuestra bella esposa, antes de poner vuestra vida en peligro.

1469 Por eso os aconsejo quedaros. Ricos son vuestros dominios. Os será más fácil aquí salir de apuros que entre los hunos.

¡Quién sabe lo que pasa allá! Quedaos aquí, señores, ése es el consejo de Rumolt.»

- 1470 «No estamos dispuestos a quedarnos», dijo entonces Gernot, «puesto que nuestra hermana y el poderoso Atila nos convidan amistosamente. ¿Por qué habríamos de negarnos? El que no quiera ir allí de buen grado, puede permanecer aquí en su casa.»
- 1471 A esto replicó Hagen: «Que no os parezca desmesurado lo que voy a decir aunque os suceda lo que os suceda. Si queréis guardar vuestras vidas, debéis acudir bien armados al país de los hunos.
- 1472 Y puesto que os mantenéis en vuestro empeño, reunid a vuestros hombres, los mejores que encontréis o podáis tener donde sea. Entonces escogeré yo entre todos ellos mil caballos guerreros para no tener que sufrir daño de los propósitos de la malvada Krimilda.»
- 1473 «Con gusto seguiré ese consejo», replicó presto el rey. Mandó luego heraldos a caballo por todo lo ancho de sus dominios. Entonces se reunieron tres mil héroes o acaso más. No pensaban en tal sazón que iban a sufrir después tantos males.
- 1474 Alegres cabalgaron por el país de Gunter. Se dio orden de entregar caballos y ropas a todos los que iban a partir de Burgundia. Así se ganó el rey a muchos de los que tenían voluntad de partir.
- 1475 Hagen de Trónege hizo que su hermano Dankwart trajera a las orillas del Rin ochenta de los guerreros que ambos mandaban. Con arneses y pertrechos se presentaron los muy valientes en el país de Gunter.
- 1476 Llegó luego el intrépido Volker, juglar de noble cuna, para tomar parte en el viaje con treinta de sus hombres. Tenían vestiduras tales, que un rey podría llevarlas. Él mandó decir a Gunter que deseaba ir a tierra de hunos.

- 1477 Quién era este Volker os lo voy a contar ahora. Era un noble señor a quien rendían vasallaje muchos valientes guerreros del país burgundo. Como sabía tocar la vihuela le llamaban el violero.

1478 Hagen escogió mil guerreros. Él los conocía bien y sabía de lo que eran capaces sus brazos en duros combates y había visto bien cuántas proezas llevaron a cabo. Nadie podía menos de proclamar su bravura.

1479 Los enviados de Krimilda tuvieron entonces grave preocupación, pues el temor que sentían hacia su señor era harto grande. Todos los días pedían licencia para despedirse y partir de allí. Pero Hagen no se lo concedía; estaba hecho con astucia.

1480 Dijo él a su señor: «Debemos tener buen cuidado de no dejarles partir antes que nosotros podamos salir siete días después hacia el país de Atila. Si alguien trama algo con mala voluntad contra nosotros, así estaremos mejor precavidos.

1481 Y así no podrá doña Krimilda prepararse para que alguien incitado por ella nos cause daño. Pero si ése es su deseo, tal vez le pese, pues nosotros llevaremos de aquí una buena hueste de guerreros escogidos.»

1482 Los escudos y las sillas de montar y toda la impedimenta que pensaban llevar consigo al país de Atila, todo estaba ya preparado para una gran tropa de bravos guerreros. Entonces se dio orden a los enviados de Krimilda de presentarse a Gunter.

1483 Cuando aparecieron los mensajeros díjoles Gernot: «El rey va a aceptar la invitación que Atila nos hace llegar. Con placer vamos a acudir a sus fiestas y a ver a nuestra hermana; no tengáis duda alguna de ello.»

1484 Habló entonces el rey Gunter: «¿Podéis decirnos cuándo serán las fiestas o en qué días debemos llegar allí?» Contestó-le Swemel: «Se celebrarán, eso es cosa cierta, el próximo solsticio.»

- 1485 El rey les dio licencia —nada de esto habían hecho todavía— para, si ellos querían verla, presentarse a doña Brunilda con su propio permiso. Pero Volker se lo impidió, cumpliendo así los deseos de la reina.
- 1486 «En verdad que mi señora Brunilda no está de tan buen talante que podáis verla», dijo el esforzado caballero, «aguardad hasta mañana, entonces os dejarán ir a verla». Pero cuando ellos pretendieron verla, tampoco pudieron presentarse.
- 1487 Mandó entonces el poderoso rey, que tenía afecto por los mensajeros, y por razón de su buena crianza, que trajeran allí su oro llevado sobre anchos escudos; lo poseía en abundancia. También recibieron ellos regalos valiosos de los amigos del rey.
- 1488 Giselper y Gernot, Gere y Ortwin demostraron claramente que también sabían ser generosos. Tan ricos dones ofrecieron a los emisarios, que éstos no se atrevieron a aceptarlos por miedo a su señor.
- 1489 Dijo entonces al rey el mensajero Werbel: «Señor y rey, permitid que queden aquí en el país vuestros regalos. Nosotros no podemos aceptar presentes; además, no tenemos necesidad alguna de ellos.»
- 1490 Grande fue el enojo del señor del Rin al oír que pretendían rechazar tan valiosos regalos. Fue menester, sin embargo, aceptar el oro y las ropas, que luego hubieron de llevar consigo al país de Atila.
- 1491 Antes de partir de allí quisieron ver a la reina Ute. Giselper el valeroso llevó a los juglares ante su madre. La dama les encargó entonces decir que cuantos honores le tributasen a Krimilda serían para ella motivo de contento.
- 1492 Mandó entonces la reina a los juglares oro y brocados. Esto lo hacía porque les tenía gran afecto, y también por atención al rey Atila. Bien podían aceptar los regalos, pues se los hacían en gratitud por las buenas nuevas.

- 1493 Cuando los mensajeros se hubieron despedido de damas y caballeros, se encaminaron alegres hasta dentro de Suabia. Hasta aquí les había mandado Gernot escolta con sus héroes, para que nadie los maltratara.
- 1494 Luego de despedirse quienes tenían el encargo de velar por ellos, la fama del poder de Atila bastó para protegerles por todos los caminos. Por eso nadie les arrebató caballos ni ropas. Con gran presteza enderezaron luego hacia el país de Atila.
- 1495 Dondequiera que ellos encontraban amigos, les hacían saber que los burgundos iban a venir en corto plazo del Rin a la tierra de los hunos. También fue anunciada esta nueva al obispo Peregrín.
- 1496 Al pasar su camino delante de Bechelaren informaron a Rúdeger y a Gotlinda, la mujer del margrave; esto no dejaron de hacerlo. La idea de que iba a ver a los de Burgundia le dio a ella gran alegría.
- 1497 Viose entonces cómo los juglares se apresuraban a llevar su mensaje. A Atila lo encontraron en la ciudad de Gran. Uno tras otro le dieron los saludos que les habían encomendado. El rey, con las felices nuevas, enrojeció de alegría.
- 1498 Cuando la reina supo con certeza que sus hermanos iban a venir al país, grande fue su contento. Recompensó a los juglares con grandes regalos, lo que redundaba en su honor.
- 1499 Dijo entonces Krimilda: «Ahora decidme los dos, Werbel y Swemel, ¿cuáles, de entre los parientes míos cercanos que hemos convidado a venir a este país, son los que piensan acudir a las fiestas? Y decidme también: ¿qué ha dicho Hagen al enterarse de la invitación?»
- 1500 Uno de ellos respondió: «Él fue una mañana muy temprano al consejo que tenían. Muy poco amistosas fueron las palabras que allí dijo cuando ellos prometieron venir al país de los hunos. Para el terrible Hagen esto le parecía significar la muerte.

- 1501 Vendrán todos vuestros hermanos, los tres reyes, con el ánimo, alegre. Yo no puedo saber por seguro quiénes más les van a acompañar. Prometió venir con ellos Volker, el bravo y noble juglar.»
- 1502 «Prescindiría fácilmente», dijo entonces la esposa del rey, «de ver jamás aquí a Volker. En cambio, tengo afecto por Hagen, él es un héroe valeroso y me alegra saber que le vamos a ver aquí.»
- 1503 Fue ahora la reina adonde estaba el rey. ¡Con cuánta alegría habló entonces Krimilda!: «¿Qué os parece la noticia, mi señor muy amado? Lo que ha sido siempre mi deseo ansiado va ahora a cumplirse.»
- 1504 «Tu deseo es alegría para mí», dijo entonces el rey. «Jamás estuve tan satisfecho de mis propios parientes, cuando iban a venir a mi país. Gracias al anuncio de la llegada de los tuyos han desaparecido mis cuitas.»
- 1505 Los empleados palaciegos⁸⁷ hicieron levantar por doquier, palacio y salas, asientos para recibir a los huéspedes queridos que iban a llegar. Más adelante el rey se había de ver privado por ellos de una dicha muy grande.

⁸⁷ En el texto, *des Kūneges ambeliute*, que podría traducirse como «funcionarios del rey» si el término *funcionario* no tuviera resonancias tan modernas.

CANTO XXV

De cómo los nibelungos fueron al país de los hunos

- 1506 Dejemos ahora a éstos en el castillo de Atila ocupándose de sus cosas. Nunca hubo caballeros que se encaminaran a ningún reino tan ufanos y con tan magníficos arreos. Tenían cuanto deseaban, lo mismo armas que ropajes.
- 1507 El señor del Rin vistió a sus hombres, que eran, según me han contado, mil sesenta, así como nueve mil escuderos, con vistas a la fiesta. Luego hubieron de llorar el haber dejado sus hogares.
- 1508 En Worms llevaron todos los arreos a través de la corte. Entonces un anciano obispo, el de Espira, dijo a la hermosa Ute: «Nuestros amigos quieren ir a esta gran fiesta. A Dios los encomiendo para que vele allí por su honor.»
- 1509 Habló ahora a sus hijos la noble Ute: «Deberíais quedaros aquí, héroes esforzados. Anoche he tenido un sueño que me ha llenado de angustia y desazón. Soñé que todas las aves de este país se habían muerto.»
- 1510 «Quien hace caso de los sueños», dijo entonces Hagen, «no sabe luego darse cuenta cabal de cuándo su honor debe estar enteramente de acuerdo con su comportamiento. Ahora quiero que mi señor vaya a despedirse de las damas.
- 1511 Con gusto iremos al país de Atila. Allí sabrá el brazo de los héroes esforzados prestar servicio a los reyes cuando nos hayamos de presentar en la fiesta de Krimilda». Hagen aconsejó el viaje, pero luego hubo de arrepentirse de ello.

- 1512 Él se habría opuesto al viaje, si no hubiera sido porque Gernot, con rudeza, le increpó, recordándole a Sigfrido, el esposo de doña Krimilda⁸⁸, y diciendo: «Por eso es por lo que Hagen no se decide al gran viaje.»
- 1513 Habló entonces Hagen de Trónege: «No es por miedo por lo que lo hago. Si vosotros lo mandáis, héroes, ¡adelante! Yo os acompañaré de buen grado al país de Atila.» Muchos escudos y yelmos habían de ser luego destrozados por él.
- 1514 Los barcos⁸⁹ quedaron aprestados, grande era la muchedumbre de guerreros. Cuantas ropas tenían fueron llevadas a bordo. Muy afanados estuvieron hasta el atardecer. Luego, muy alegres, partieron de sus moradas.
- 1515 Tiendas y toldos fueron desplegados sobre la hierba en la otra ribera del Rin. Cumplida esta tarea, el rey le pidió a su muy bella esposa que se quedara. Ella abrazó todavía aquella noche el gallardo cuerpo del esposo.
- 1516 A la mañana temprano trompas y flautas les anunciaron que debían ponerse en camino. Entonces se aprestaron a ello. Cuantos tenían a su alcance un amigo lo abrazaron. Luego había de separarlos muy rudamente la esposa del rey Atila.
- 1517 Los hijos de la hermosa Ute tenían un fiel y valiente vasallo. Cuando se aprestaban a partir él reveló al rey en secreto su inquietud: «Grande es mi desazón al veros emprender este viaje.»
- 1518 Llamábase Rumolt y era un caballero de pro. «¿A quién pensáis dejar vuestros vasallos y tierras?, ¿acaso nadie puede disuadiros, caballeros, de vuestro empeño? La embajada de Krimilda nunca me pareció a mí de buen agüero.»
- 1519 «A ti te encomiendo mi reino y también mi tierno infante. Sirve lealmente a las señoras; ésa es mi voluntad. A quien

⁸⁸ El altercado de la estrofa 1462 y ss. se reanuda.

⁸⁹ Para cruzar el Rin frente a Worms.



Viaje de Gunter al país de los hunos

veas llorar, dale consuelo. Créeme, la esposa del rey Atila no nos causará daño alguno.»

- 1520 Los caballos del rey y de sus caballeros quedaron enjaezados. Muchos fueron los que se despidieron con besos llenos de afecto. Su alegría les levantaba el ánimo. Más de una hermosa dama hubo de llorarlos después.
- 1521 Cuando los valientes caballeros se encaminaban hacia los corceles, pudo verse una multitud de damas de pie y llenas de congoja. El corazón les anunciaba ya la larga separación y los grandes daños que habían de acaecerles. Este pensamiento llenaba su corazón de pesadumbre.
- 1522 Los bravos burgundos pusieron en camino. Grande fue entonces el trajín por todo el país. Allende y aquende las montañas lloraban hombres y mujeres. Pero pasara lo que pasara a su pueblo, ellos partieron ufanos de allí.
- 1523 Los héroes nibelungos⁹⁰ les acompañaban, en número de mil, cubiertos de lorigas de malla⁹¹. En casa habían dejado muchas y hermosas damas, que no volvieron a ver. Las heridas sufridas por Sigfrido todavía le dolían a Krimilda.
- 1524 Entonces enderezaron sus pasos hacia el río Meno. Subiendo por Franconia del Este los hombres de Gunter, Hagen los guiaba por tierras que conocía bien. El mariscal de la tropa era Dankwart, héroe del país burgundo.
- 1525 Cuando cabalgaban desde la Franconia oriental hacia Swalefeld⁹² podía verse el magnífico porte de los príncipes y sus

⁹⁰ Por primera vez se aplica el nombre de nibelungos a los burgundos. Los dos nombres, desde ahora, se alternarán con igual significado.

⁹¹ Nos inclinamos aquí a la interpretación de Bartsch, quien identifica *balspergen* del texto como «Kettenpanzer». En otras ocasiones hemos traducido «gola» en la segunda acepción de la Academia: «pieza de la armadura antigua, que se ponía sobre el peto para cubrir y defender la garganta», lo que resulta más coherente con la etimología de *balsberge*.

⁹² Topónimo sin identificar en la moderna geografía. Algunos comentaristas, sin sólido fundamento, vierten el nombre como *Schwalbenfeld* o *Swanefeld*.

parientes, héroes preclaros. Una mañana, doce días después de partir, llegó el rey a orillas del Danubio.

- 1526 A la cabeza de las huestes cabalgaba Hagen de Trónege. Para los nibelungos, él era ayuda y consuelo. En tal punto, descabalgando sobre la arena el bravo guerrero, ató su corcel prestamente a un árbol.
- 1527 Las aguas se habían desbordado, no se veía rastro de barcas. Fue para los nibelungos causa de gran tribulación pensar cómo cruzar la corriente; el río era demasiado ancho. Entonces se apearon de sus cabalgaduras muchos arrogantes caballeros.
- 1528 «Podría acaecerte grave quebranto aquí», así habló Hagen: «Señor del Rin, tú mismo puedes ver cómo las aguas se han desbordado y cuán fuerte es la corriente; me temo que hoy vamos a perder aquí más de un valeroso héroe.»
- 1529 «¿Qué me echáis en cara, Hagen?», habló el noble rey, «Acudo a vuestra lealtad y honor para que no nos robéis más la confianza. Lo que debéis hacer es buscarnos el vado por donde podamos pasar a la otra ribera lo mismo caballos que impedimenta.»
- 1530 «Ciertamente mi vida no me resulta tan grave carga como para quererme ahogar ahora en esta caudalosa corriente. Antes habrán de morir a mis manos muchos guerreros en el país de Atila. Ése es mi decidido empeño.
- 1531 Quedaos en la orilla, valientes y arrogantes caballeros. Yo mismo voy a lo largo del río en busca de los barqueros que nos han de pasar al otro lado, a tierra de Baviera.» Entonces el fornido Hagen empuñó su buen escudo.
- 1532 Estaba él bien pertrechado; consigo se llevaba el escudo y sujeto a la testa el yelmo que brillaba con claros destellos. Sobre la loriga llevaba una espada tan ancha que con las dos hojas podía dar tajos terribles.
- 1533 Buscó entonces a los barqueros río arriba y río abajo. Él oyó rumor de aguas en un bello hontanar y aguzó el oído. Eran

ondinas de mágicas virtudes que allí se refrescaban bañando su cuerpo.

- 1534 Hagen se percató de ellas y se acercó a hurtadillas. Cuando ellas se dieron cuenta de su presencia, se aprestaron a huir; grande fue su regocijo al escapar de él. Hagen se apoderó de sus ropas; otro daño no les hizo el héroe.
- 1535 Habló entonces una de las ondinas, llamada Hadeburg: «Noble caballero Hagen, si nos devolvéis nuestras ropas, héroe valiente, te haremos saber aquí mismo lo que resultará de este viaje que hacéis a tierra de hunos.»
- 1536 Nadaban ellas como cisnes ante él de un lado a otro. Le parecía que eran seres sensatos y buenos. Dijeran lo que quisieran, las creería a ojos cerrados. De todo cuanto deseaba saber, ellas le dieron razón cumplida.
- 1537 Dijo ella: «Podéis ir tranquilo al país de Atila. En prueba de ello os doy ahora mismo mi leal palabra de que jamás fueron héroes a ningún país para alcanzar tan altos honores. Creedme lo que os digo sinceramente.»
- 1538 Mucho alegraron a Hagen el corazón estas palabras. Entonces les devolvió las ropas sin más tardanza. Cuando ellas se vistieron sus maravillosos ropajes, entonces le anunciaron de veras cuál sería su suerte en tierra de Atila.
- 1539 Habló entonces la segunda ondina llamada Siglinda: «Yo quiero hacerte una advertencia, Hagen, hijo de Aldrian. Por mor de los vestidos, mi pariente te ha mentido. Si vas a tierra de hunos, serás gravemente traicionado.
- 1540 Lo que debes hacer es desandar el camino. Todavía estás a tiempo. Porque, vosotros, héroes intrépidos, habéis sido invitados al país de Atila con la intención de que perezcáis. Cuantos hacia allí cabalguen hallarán muerte segura.»
- 1541 Volvió a hablar Hagen: «En vano tratáis de engañarme. ¿Cómo puede acontecer que todos nosotros vayamos a

perecer allí, víctimas del odio de cualquiera? Entonces ellas le aclararon sus palabras.

- 1542 Una de ellas prosiguió: «Ello será de tal suerte que ninguno de vosotros saldrá de allí con vida, si no es el capellán del rey. De ello estamos seguras. Él volverá sano y salvo al país de Gunter.»
- 1543 Dijo ahora con feroz talante el bravo Hagen: «Triste nueva anunciarles a mis señores que todos nosotros vamos a perder la vida en tierra de hunos. Ahora tú, la más sabia de las mujeres, muéstranos por dónde atravesar las aguas.»
- 1544 Ella replicó: «Puesto que no quieres dejarte disuadir de tu viaje, escucha: allí arriba donde se levanta una morada vive un barquero, no hay otro en parte alguna.» Entonces él dejó de hacer preguntas.
- 1545 Cuando el héroe, de mal talante, se alejaba de ellas, una le dijo: «Aguardad un momento, señor Hagen, tenéis demasiada prisa. Enteraos mejor de cómo llegaréis a la otra ribera. El señor de esa comarca tiene por nombre Else.
- 1546 Su hermano se llama Gelfrat el batallador, señor en tierras de Baviera. Os costará grandes fatigas atravesar sus dominios. Debéis tener mucha cautela y tratar al barquero con gran cuidado.
- 1547 Tiene este héroe un carácter tan sañudo que no os dejará con vida si no le mostráis los debidos miramientos. Si queréis que os pase a la otra orilla pagadle su estipendio. Es guarda de esta comarca y muy adicto a Gelfrat.
- 1548 Si él no viniera presto gritadle que pase el río a buscaros y decidle que os llamáis Amelrico. Éste era un héroe valiente que hubo de abandonar su país a causa de sus enemigos. El barquero vendrá a vuestro encuentro siempre que os oiga decir el nombre.»
- 1549 El soberbio Hagen dio las gracias a aquellas mujeres inclinándose. No habló nada más, se quedó callado. Luego,

caminando al lado del río, lo remontó por su orilla, hasta encontrar en la otra ribera una casa.

- 1550 Comenzó entonces a dar voces hacia la otra orilla: «Ven a buscarme, barquero», dijo el bravo caballero «y yo te daré en pago una pulsera de oro rojo. Es menester de todo punto, has de saber, que yo pase este río».
- 1551 El barquero era tan rico que no consideraba propio hacer servicios, por lo que nunca aceptaba pago de nadie. También eran muy soberbios sus siervos. Entretanto Hagen seguía solo en la orilla de acá de la corriente.
- 1552 Gritó entonces con tal fuerza que las voces resonaron por todo el río, pues era un héroe de grandes y descomunales bríos: «Ven a buscarme, soy Américo, el vasallo de Else, el que por la saña de sus enemigos tuvo que escapar de este país».
- 1553 Entonces levantó con la punta de la espada una pulsera ofreciéndosela. Era brillante y hermosa, labrada en oro rojo. Es lo que daba para que le pasaran a la tierra de Gelfrat. Ahora el orgulloso barquero empuñó él mismo los remos.
- 1554 Estaba este barquero además recién casado. Pero el ansia de riquezas grandes engendra frutos amargos. Él quería ganarse el rojo oro de Hagen y por ello hubo de sufrir la cruel muerte que le causó la espada del héroe.
- 1555 El barquero remó con brío hasta llegar a la arena de la otra ribera. Cuando no encontró allí al que había oído nombrar, fue presa de gran cólera. Al ver a Hagen habló al héroe con furioso talante:
- 1556 «Acaso sea posible que vuestro nombre sea Américo. Pero no os parecéis al que yo esperaba encontrar. Él era hermano mío de padre y madre. Ahora, puesto que me habéis engañado, tendréis que permanecer en esta ribera».
- 1557 «No, por Dios poderoso», habló entonces Hagen: «Yo soy un guerrero extranjero y tengo caballeros a mi custodia. Acep-

tad hoy amistosamente el estipendio que os doy para pasarme a la otra orilla; yo os guardaré sincera gratitud por ello.»

- 1558 Volvió entonces a hablar el barquero: «Eso no puede ser. Mis queridos amos tienen enemigos y por ello no paso a ningún extranjero a ese país. Así es que si en algo tienes tu vida, baja de la barca a la arena».
- 1559 «No hagáis tal», habló ahora Hagen, «pues mi apuro es grave. Aceptad, en prueba de afecto, el hermoso oro que os ofrezco y haced que pasen a la otra ribera mil caballos y otros tantos hombres». Replicó entonces el furioso barquero: «Jamás haré una cosa así».
- 1560 Blandió entonces un fuerte remo largo y ancho y lo descargó sobre Hagen, que de esto poco se alegró y se tambaleó sobre la barca cayendo sobre sus rodillas. Nunca había tropezado Hagen con un barquero tan feroz.
- 1561 Quiso éste irritar más al soberbio extranjero y le golpeó entonces la cabeza a Hagen con una pala de timón que quedó enteramente destrozada. Era un hombre fornido. Pero a causa de esto el barquero de Else hubo de recibir gran daño.
- 1562 Presa de gran furor echó Hagen la mano a la vaina y presto encontró la espada. Con ella le cortó la cabeza y la tiró por tierra. Pronto supieron las noticias los arrogantes burgundos.
- 1563 Mientras así mataba al barquero la barca se deslizaba río abajo; esto le causó gran enojo. Antes de recobrarla, hubo de esforzarse mucho. Luego remó con fuerza el vasallo del rey Gunter.
- 1564 Con golpes de remo hartos violentos, el extranjero hizo virar la barca, tan fuertemente que el recio remo se quebró en sus manos. Quería volver a sus guerreros y desembarcar en una playa, pero ya no tenía remo alguno. ¡Ay, cuán presto hubo de atar el roto
- 1565 con una correa de escudo! Era una tira corta repujada de orifrès. Gobernando la barca río abajo, se dirigió hacia un bos-

que. Allí encontró de pie en la ribera a su señor. Muchos gallardos caballeros vinieron entonces a su encuentro.

- 1566 Los valientes y esforzados caballeros lo acogieron con saludos calurosos. Luego vieron humear en la barca la sangre de la tremenda herida que Hagen había causado al barquero. Fueron ahora muchas las preguntas que los guerreros hicieron a Hagen.
- 1567 Cuando el rey Gunter contempló cómo la sangre caliente corría por la barca, al punto, preguntó: «Decidme, pues, señor Hagen, ¿qué ha sido del barquero? Me temo que vuestros forzudos brazos le han quitado la vida.»
- 1568 Replicó ahora Hagen mendazmente: «Cuando encontré la barca al lado de un sauce silvestre solté las ataduras con mis manos. Yo no he visto hoy por aquí ningún barquero ni le ha acaecido nada malo a nadie por causa mía.»
- 1569 Dijo entonces el señor Gernot de Burgundia: «No puedo menos de temer hoy la muerte de algún amigo querido, pues no disponemos de barquero ninguno para cruzar el río. Eso es lo que me llena de tristeza.»
- 1570 Dijo entonces Hagen con voz tonante: «Escuderos, poned pronto sobre la hierba los arreos de montar. Yo recuerdo haber sido el mejor barquero que se podía hallar en el Rin. Confío, pues, en poderos llevar a la otra ribera, al país de Gelfrat.»
- 1571 Para que atravesaran antes la corriente, arrearon con golpes a los caballos. La travesía a nado fue buena, pues a ninguno le arrebataron las olas. Alguno hubo de luchar con ellas hasta muy lejos río abajo, presa de la natural fatiga.
- 1572 Cargaron luego en la barca el oro y las ropas, puesto que no había más remedio que proseguir el viaje. Hagen gobernaba la barca y así hizo pasar a las arenas del país extranjero a muchos poderosos guerreros.
- 1573 Primero pasó a la otra orilla a mil nobles caballeros; luego a sus propios hombres. Pero había todavía mucho más.

A nueve mil escuderos los pasó al otro país. Aquel día no tuvo descanso el brazo del valiente señor de Trônege.

- 1574 Cuando los pasó sanos y salvos al otro lado del río, recordó el bravo y esforzado caballero la extraña nueva que antes le habían anunciado las misteriosas ondinas. Esto casi hubo de costarle la vida al capellán del rey.
- 1575 Vio Hagen al clérigo junto a su bagaje de culto, apoyada la mano sobre los objetos sagrados. De poco le sirvió, pues cuando Hagen se percató de él, el pobre siervo de Dios hubo de sufrir gran desafuero.
- 1576 Luego lo arrojó de la barca a toda prisa. Muchos de los presentes gritaron entonces: «¡Acudidle, acudidle, señor!» El joven Giselher montó ahora en cólera; Hagen, empero, no cejó en su empeño.
- 1577 Dijo entonces Gernot, señor de Burgundia: «¿Qué vais a ganar, Hagen, con la muerte del capellán? Si esto lo hiciera algún otro, os causaría enojo. ¿Qué daño os hizo el preste para que le tratéis con tal odio?»
- 1578 El cura trataba con gran esfuerzo de mantenerse a flote; quería salvar la vida, si alguien acudía en su auxilio, pero esto no pudo ser, pues el fornido Hagen, con ánimo encolerizado, lo empujaba hacia el fondo. A nadie le pareció esto bien.
- 1579 Cuando el pobre clérigo vio que no le daban auxilio esforzándose en llegar a la otra orilla, pero ello le costó gran trabajo. Aunque él no sabía nadar, la mano de Dios le ayudó a retornar sano y salvo a tierra.
- 1580 Allí se puso en pie el infortunado preste y sacudió sus vestiduras. Así vio Hagen que no podía escapar a la suerte que le anunciaron las temibles ondinas. Entonces pensó: «Estos guerreros van a perder inevitablemente la vida.»
- 1581 Cuando descargaron la barca y hubieron transportado todos los pertrechos que allí habían traído los hombres de los tres

reyes, Hagen la hizo pedazos a golpes y la arrojó a la corriente. Esto llenó de asombro a los valientes y esforzados guerreros.

1582 «Por qué hacéis eso, hermano?», preguntó entonces Dankwart: «¿Cómo vamos a cruzar el río cuando regresemos de tierra de hunos rumbo al Rin?» Hagen ahora replicó que tal regreso no sería posible.

1583 Dijo el héroe de Trónege: «Yo hago esto en previsión de que si en este viaje tenemos algún cobarde que, apurado por el miedo, quiera dejarnos, sufra en estas aguas muerte vergonzosa.»

1584 Llevaban con ellos un caballero de tierra burgunda, héroe valeroso, llamado Volker. Él hizo oír con acertadas palabras lo que pensaba de la situación. Todo lo que hacía Hagen le parecía bien a este noble ministril.

1585 Los caballos fueron aprestados y las acémilas bien cargadas. En el viaje todavía no habían tenido daño alguno que sufrir, salvo el del capellán del rey. Éste había de volver luego a pie hasta el Rin.

CANTO XXVI

De cómo Gelfrat murió a manos de Dankwart

1586 Cuando todos hubieron llegado a la orilla, preguntó el rey: «¿Quién va a guiarnos por este país, para que no nos extraviemos?» Replicó entonces el valeroso Volker: «De eso me encargaré yo solo.»

1587 «Teneos quietos, caballeros y escuderos», dijo Hagen: «Hay que hacer caso a los amigos, esto me parece acertado. Ahora escuchad lo que voy a decir, son noticias muy graves: jamás volveremos a tierra burgunda.

1588 Así me lo anunciaron dos ondinas esta mañana temprano: que nunca regresaríamos. Yo os aconsejo lo que hay que hacer: ¡armaos, héroes y aprestaos a estar en guardia! Tenemos aquí fuertes enemigos; estad preparados para la lucha.

1589 Yo esperaba descubrir que eran mentira las palabras de estas ondinas agoreras. Aseguraban que ninguno de nosotros volvería con vida a nuestra patria más que el capellán. Por eso quería yo haberlo ahogado de buen grado hoy.»

1590 Volaron entonces estas nuevas de mesnada en mesnada. Héroes valerosos perdieron la color de congoja. Sintieron ahora gran pesar ante la muerte cruel que les esperaba en este viaje a la corte de Atila. Y en verdad que tenían motivo.

1591 Fue cerca de Moeringen⁹³ donde cruzaron el río y donde perdió la vida el barquero de Else. Hagen volvió ahora a

⁹³ Hoy Mehring.

tomar la palabra: «Como ya me he creado enemigos en el camino, tendremos que contar con que nos den batalla.

- 1592 A ese barquero lo maté esta mañana. Sus amos saben ya seguro la noticia. ¡Preparaos, pues, aprisa! Si Gelfrat y Else hacen frente hoy a nuestras huestes, habrán de sufrir daño.
- 1593 Ya sé que son tan osados que no dejarán de atacarnos. Debéis dejar a los caballos a paso lento, para que nadie piense que vamos huyendo por los caminos.» «Ese consejo estoy dispuesto a seguirlo», dijo entonces el héroe Giselher.
- 1594 «¿Quién va a guiar estas huestes por el país?» Le contestaron: «Eso lo hará Volker. El valiente ministril conoce aquí bien caminos y veredas.» Antes de que se declarase este deseo, ya pudo verse bien armado
- 1595 el valeroso juglar, con el yelmo sujeto a la cabeza. Su atuendo de guerra era de un magnífico color. Ató además a la punta de la lanza un pendón rojo. Luego había de sufrir al lado de su rey grandes desventuras.
- 1596 Entre tanto, había llegado a Gelfrat la noticia cierta de la muerte del barquero. También se enteró de ella al mismo tiempo Else, el muy valeroso; ambos tuvieron al saberlo gran dolor. Pronto quedaron aprestados los héroes que ellos hicieran llamar.
- 1597 En muy poco tiempo —ahora lo oiréis— se vio acudir a caballo, hacia ellos, a aquellos que, en duros combates, habían causado daño al enemigo, infligiéndole graves heridas. Unos setecientos o acaso más vinieron a la llamada de Gelfrat.
- 1598 Cuando se lanzaron en persecución de sus terribles enemigos iban acaudillados por sus señores. Grande era su impaciencia por acometer a los atrevidos extranjeros; contra ellos querían descargar su cólera. Muchos de los amigos de estos señores habían de perder la vida luego por esta causa.
- 1599 Hagen de Trónege había preparado bien esto —¿cómo podría velar mejor un héroe por sus amigos? Él, con sus gue-

rreros, se había encargado de la zaga de las tropas junto con su hermano Dankwart. Ésta fue una prudente medida.

- 1600 El día se les había ido; ya no les quedaba nada de él. Temía Hagen que sus amigos sufrieran pena y dolor. Así cabalgaban, protegidos por sus escudos, a través de los campos de Baviera. Luego, en poco tiempo, los héroes fueron atacados.
- 1601 A ambos lados del camino y muy cerca detrás de ellos oyeron el resonar de los cascos; el enemigo tenía demasiada prisa. Dijo entonces el valeroso Dankwart: «Quieren acometernos aquí. Pues bien, sujetaos los yelmos; éste es un buen consejo que os doy.»
- 1602 Entonces detuvieron la marcha, como tenía que ser. Vieron en la oscuridad cómo relucían los bruñidos escudos. Aquí no quiso Hagen seguir más tiempo callado: «¿Quiénes son los que nos persiguen en este camino?» A esto hubo de contestarle Gelfrat.
- 1603 Dijo entonces el margrave de tierras bávaras: «Buscamos a nuestros enemigos y hemos llegado aquí persiguiéndolos. No sé quién me ha matado hoy a mi barquero, que era un héroe de gran valentía. Por ello tengo gran aflicción.»
- 1604 Habló aquí Hagen de Trónege: «¿Era tuyo el barquero? Él no quería pasarnos. Mía es la culpa. Soy yo quien lo ha matado. A fe que no tuve más remedio, pues si no, yo hubiera perdido la vida a manos suyas.
- 1605 Le ofrecí, en pago de su trabajo, oro y vestidos, para que nos pasara el río, buen guerrero, y nos dejara en tu país. Pero se enfureció tanto que me golpeó con un fuerte remo; esto me puso muy furioso.
- 1606 Entonces empuñé la espada y atajé sus iras al causarle una tremenda herida; ésta hizo sucumbir al héroe. Yo os ofrezco cualquier reparación que os parezca satisfactoria.» Pero se entabló una lucha; ellos eran de ánimo inquebrantable.

- 1607 «Bien sabía yo», dijo ahora Gelfrat, «que cuando por aquí avanzaba Gunter y sus huestes, había de causarnos daño Hagen de Trónege. Es menester que no escape con vida y responda aquí de la muerte del barquero.»
- 1608 Gelfrat y Hagen bajaron ahora las lanzas para herir los escudos; ambos estaban deseando acometerse. También Else y Dankwart, espléndidos jinetes, avanzaron uno contra otro. Ellos iban a probar de lo que eran capaces; la pelea se libró con gran saña.
- 1609 ¿Cómo pudieron unos héroes intentar una empresa mayor? Abatido por la recia acometida de Gelfrat, quedó tendido detrás de su corcel Hagen el valeroso. El petral de su caballo se le rompió; entonces conoció los reveses de la lucha.
- 1610 Resonaba el crujir de las lanzas de sus huestes al quebrarse. Se levantó allí Hagen, que yacía en el suelo, derribado por el golpe, sobre la hierba. Él estaba lleno de furia, me parece, contra Gelfrat.
- 1611 No sé quién le sujetaría entre tanto el caballo. Hagen y Gelfrat, desmontados, estaban ahora sobre la arena y se lanzaban uno contra otro. Sus compañeros de armas les ayudaron y conocieron lo encarnizado de la lucha.
- 1612 Aunque Hagen acometió sañudamente a Gelfrat, el noble margrave lo rechazó haciendo saltar un gran pedazo del escudo, de suerte que salieron chispas. De resultas casi estuvo al borde de la muerte el valiente vasallo de Gunter.
- 1613 Empezó ahora a llamar a Dankwart: «Socorro, querido hermano, un héroe de gran bravura me ha acometido y no me va a dejar con vida.» Dijo entonces el valeroso Dankwart: «Yo me encargaré de decidir la pelea»⁹⁴.
- 1614 El héroe saltó en aquel punto hacia ellos y con una espada bien afilada descargó sobre Gelfrat un tajo, que lo dejó ten-

⁹⁴ En el texto: «Yo seré árbitro de la disputa», forma irónica de decir que con su intervención decidirá quién es el vencedor.

- dido muerto. Else hubiera vengado de buen grado a su compañero, pero partió, con su hueste maltratada, del campo.
- 1615 Le habían matado al hermano; él mismo estaba herido. Más de ochenta guerreros quedaron allí en manos de la muerte feroz. El señor no tuvo más remedio que volver grupas y huir de las huestes de Gunter.
- 1616 Cuando los del país bávaro dejaron libre el campo, todavía oyeron resonar terribles golpes detrás de ellos; los hombres de Hagen perseguían al enemigo que no pensaba en devolverlos, tal era la prisa con que huía.
- 1617 Al contemplar su fuga, exclamó el héroe Dankwart: «Será menester que demos la vuelta pronto y reanudemos la marcha; dejémosles escapar, ya van bien manchados de sangre. Volvamos deprisa a nuestros amigos. Éste es mi consejo sincero.»
- 1618 Cuando regresaron al lugar donde sufrió el descalabro el enemigo, habló Hagen de Trónege: «Héroes, averiguad qué hombres nos faltan y cuáles hemos perdido en esta pelea contra la furia de Gelfrat.»
- 1619 Habían perdido cuatro y tuvieron que llorar su muerte. Pero habían quedado bien vengados, pues del lado de los bávaros habían caído cien, o acaso más. A los de Trónege les habían dejado los escudos sin brillo y ensangrentados.
- 1620 El resplandor de la blanca luna brilló un momento a través de las nubes. Entonces Hagen volvió a tomar la palabra: «Nadie debe decir a mis queridos señores lo que nos ha ocurrido aquí. Dejémosles libres de cuidados hasta mañana.»
- 1621 Cuando los que habían librado el combate hubieron alcanzado a los demás, grande era el dolor que el cansancio hacía sufrir a la tropa. «¿Cuánto tiempo ha de durar todavía el viaje?», preguntaban muchos. Aquí habló el intrépido Dankwart: «No es posible pensar en hacer alto para descansar.»
- 1622 «Tenéis que seguir cabalgando hasta el amanecer.» Volker el valeroso que se ocupaba de la servidumbre, hizo que pre-

guntaran al mayordomo mayor: «¿Dónde acamparemos esta noche para que descansen nuestros caballos, lo mismo que mis queridos señores?»

- 1623 Dijo ahora el valeroso Dankwart: «No os lo puedo decir; no podemos reposar antes de que amanezca. Entonces, dondequiera que encontremos ocasión, montaremos el campamento sobre la hierba.» Estas palabras, al oírlas la tropa, ¡cuánto entristecieron el ánimo de muchos!
- 1624 Sin que nadie lo advirtiera permanecieron rojos de sangre caliente hasta que el sol, asomando sobre los montes, prestó su claro resplandor a la mañana. Vio entonces el rey que ellos habían combatido. Dijo ahora el héroe lleno de cólera:
- 1625 «¡Pero, cómo!, amigo Hagen. Paréceme que habéis considerado cosa indiferente que yo estuviera a vuestro lado cuando vuestras mallas se tiñeron de sangre. ¿Quién ha hecho esto?» Replicó Hagen: «Lo hizo Else, que nos acometió anoche.
- 1626 Nos atacó por haberle matado el barquero. El brazo de mi hermano hizo sucumbir a Gelfrat; después se nos escapó Else; se vio obligado a ello por la extrema gravedad del trance. En la pelea dejó cien muertos; nosotros, cuatro.»
- 1627 No os podemos dar razón de dónde acamparon. Todas las gentes de aquella tierra pronto se enteraron de que por allí pasaban, camino de la corte, los hijos de la noble Ute. Luego fueron bien recibidos en Passau.
- 1628 El obispo Peregrín, tío de los nobles reyes, tuvo gran alegría cuando sus sobrinos llegaron al país acompañados de tantos caballeros. Pronto se dieron ellos cuenta de que el obispo estaba bien dispuesto hacia ellos.
- 1629 En el camino fueron bien acogidos por sus amigos, pero en Passau no se les pudo hallar alojamiento. Fue menester que pasaran a la otra ribera, donde había una pradera. Allí desplegaron pabellones y tiendas.

1630 Y allí hubieron de quedarse todo un día y la noche entera. ¡Qué trato tan hermoso les dispensaron! Luego tuvieron que proseguir viaje hacia el país de Rúdeger. También a éste llegó presto la nueva de su llegada.

- 1631 Cuando los hombres, cansados del viaje, se hubieron tomado su reposo y se acercaban al país, encontraron en la frontera un guerrero dormido, al que Hagen de Trónege arrebató una poderosa espada.
- 1632 Llamábase este valiente caballero Eckewart. Al perder su arma por la llegada de los héroes tuvo gran desazón. Mal guardadas las fronteras de Rúdeger habían encontrado los burgundos.
- 1633 «¡Ay, qué vergüenza para mí!», exclamó ahora Eckewart. «Bien me pesa el viaje de los burgundos. Desde que perdí a Sigfrido la alegría me ha abandonado. ¡Ay, mi señor Rúdeger, qué mal te he servido!»
- 1634 Entonces se percató bien Hagen de la cuita del noble caballero. Ahora le devolvió la espada y le dio seis pulseras de oro rojo. «Quédate con ellas héroe, en prueba de reconciliación y de amistad. Eres un valeroso caballero, aunque estés aquí solo en la frontera.»
- 1635 «Dios te dé buen galardón por tu regalo», habló aquí Eckewart, «pero me causa gran aflicción vuestro viaje a tierra de hunos. Vos matasteis a Sigfrido y aquí os tienen odio. Yo os doy un consejo leal: guardaos bien de vuestros enemigos.»
- 1636 «De ellos ya nos guardará Dios», dijo entonces Hagen, «pero ahora estos caballeros, los reyes y sus hombres, no tienen más cuidado que el de encontrar posada en este país donde puedan esta noche hallar descanso.
- 1637 En las largas caminatas nuestros caballeros han sufrido grandes privaciones y nuestras provisiones de boca se han agotado», así habló el caballero Hagen. «En parte alguna hallamos nada que comprar. Menester nos sería un señor que generosamente nos diera esta noche su pan.»

- 1638 Aquí volvió a hablar Eckewart: «Yo os mostraré un señor tal, que difícilmente seríais tan bien acogidos en país alguno como por él, si vosotros, valientes caballeros, queréis presentaros a Rúdeger.
- 1639 Él vive cerca de vuestro camino y es el mejor huésped que jamás poseyó casa. Su corazón está adornado de excelentes virtudes, como en el dulce mes de mayo lo está la hierba con las flores. Siempre que puede prestar servicio a héroes, siente gran alegría en su ánimo.»
- 1640 Habló aquí el rey Gunter: «¿Queréis ser mi mensajero y preguntar a mi querido amigo Rúdeger si, por amor a mí, quiere acogernos a mis parientes y a mis hombres? Yo le mostraría siempre mi agradecimiento lo mejor que pudiera.»
- 1641 «Con gusto seré vuestro mensajero», dijo entonces Eckewart, y se puso en camino, de la mejor voluntad, para decir luego a Rúdeger lo que había sabido. En mucho tiempo no había llegado al margrave una nueva tan agradable.
- 1642 Vieron en Bechelaren acercarse corriendo a un caballero; Rúdeger mismo lo reconoció. «Por allí, por aquel camino viene apresurado Eckewart, caballero de Krimilda.» Temió él entonces que el enemigo le hubiese causado algún daño.
- 1643 Se dirigió entonces a la puerta al encuentro del mensajero. Éste se soltó la espada de su cinturón y la dejó a un lado. La embajada que traía no quedó oculta al señor y a sus amigos; pronto dio razón de ella.
- 1644 Habló así al margrave: «Me envían a vos el señor Gunter, de tierra burgunda, y sus hermanos Giselher y Gernot. Cada uno de estos caballeros os ofrece su amistad y devoción.
- 1645 Lo mismo hacen Hagen y Volker, que os hacen presente encarecidamente su lealtad. Pero os diré algo más: el mariscal del rey me encarga anunciaros que estos valientes guerreros necesitarían que les dieras albergue.»

- 1646 Con semblante risueño contestó Rúdeger: «Grata para mí es la nueva de que estos nobles reyes quieran aceptar mi ayuda; no se la negaré. Si ellos vienen a mi morada, me sentiré feliz y orgulloso.»
- 1647 «Dankwart, el mariscal, me encarga también haceros saber a a quiénes habéis de albergar con los señores. Son sesenta valientes héroes y mil esforzados caballeros, así como nueve mil escuderos.» El margrave oyó la nueva con gran alegría.
- 1648 «¡Mucho me complacen estos huéspedes!», dijo ahora Rúdeger. «Y me agrada que vengan a mi casa estos nobles guerreros, a quienes todavía no he podido ofrecer mis servicios. Id, pues, todos a su encuentro, parientes y guerreros míos.»
- 1649 Corrieron entonces a sus corceles lo mismo caballeros que escuderos. Lo que su señor había decidido parecían acertado. Con tanto mayor empeño se apresuraron a servirle. Doña Gotlinda, que estaba sentada en su aposento, todavía no sabía nada de ello.

CANTO XXVII

De cómo llegaron a Bechelaren

- 1650 Dirigióse entonces el margrave al aposento de las damas. Presto les anunció a su esposa e hija la grata nueva que le habían dado de que los hermanos de su reina iban a llegar a esta morada.
- 1651 «Mi amada esposa», habló aquí Rúdeger, «sería conveniente que acogierais bien a los nobles y preclaros reyes cuando lleguen a esta corte con su séquito. También deberíais saludar afablemente a Hagen el vasallo de Gunter.
- 1652 Con él viene también un caballero llamado Dankwart y otro que se llama Volker, bien versados en los usos cortesanos. A los seis habréis de besarlos tanto vos como mi hija y deberéis mostrar también vuestra gentileza y amabilidad a los héroes.»
- 1653 Las damas prometieron cumplirlo y se dispusieron a ello. De las arcas sacaron las magníficas galas con que iban a salir al encuentro de los héroes. Grande fue la diligencia desplegada entonces por muchas hermosas dueñas.
- 1654 Muy pocos fueron los afeites usados por las damas. Ciñeron sus cabezas con brillantes aros de oro —el peinado era lujoso— para que el viento no desarreglase la hermosa cabellera; yo doy fe de que esto es cosa cierta.
- 1655 En tales tareas hemos de dejar ahora a las damas. Entre tanto los amigos de Rúdeger habían avanzado mucho en el campo hasta encontrar a los príncipes. Éstos fueron bien recibidos en los dominios del margrave.

- 1656 Cuando Rúdeger los vio acercarse a él, cuán jubiloso les dijo el valiente margrave: «Bienvenidos seáis, señores, así como vuestra hueste, ¡grande es mi placer en veros llegar a mis dominios!»
- 1657 Los héroes se lo agradecieron sincera y entrañablemente. Él les hizo ver lo bien dispuesto que estaba hacia ellos; saludando en especial a Hagen, a quien conociera en otro tiempo. Lo mismo hizo con Volker, héroe de Burgundia.
- 1658 Recibió asimismo a Dankwart. Dijo entonces el valeroso caballero: «Ya que estáis dispuesto a atendernos, ¿quién se ocupará del séquito que hemos traído?» A esto replicó el margrave: «Descansad tranquilos esta noche.
- 1659 A todas las tropas vuestras que habéis traído a este país, a vuestros caballos y ropas les daré tal protección que nada se perderá que os cause perjuicio, ni una sola espuela.
- 1660 Desplegad, pues, escuderos, las tiendas sobre la pradera. De cuanto aquí perdáis, yo os ofrezco compensación. Quitad las bridas a los caballos y dejadlos sueltos.» Hasta entonces ningún señor había hecho con ellos en el viaje cosa semejante.
- 1661 Los forasteros se alegraron de ello. Cumplida la orden, los caballeros se alejaron de allí. Por todas partes los escuderos se tendieron sobre la hierba. Allí encontraron buen acomodo. Yo creo que en todo el viaje nunca descansaron tan placidamente.
- 1662 La noble margravina se había presentado delante del castillo con su muy hermosa hija. Veíanse a su lado gentiles damas y muchas bellas doncellas. Todas iban ataviadas con abundantes pulseras y magníficas vestiduras.
- 1663 La noble pedrería que adornaba sus ricos vestidos desprendía brillantes destellos a lo lejos. Entonces llegaron los huéspedes y presto se apearon de sus corceles. ¡Ay, cuán gran señorío podía verse en los burgundos!

- 1664 Treinta y seis doncellas y además muchas dueñas mostraban la perfecta esbeltez de sus figuras. A su encuentro avanzaron muchos valerosos caballeros. Las nobles damas los recibieron con gentiles saludos.
- 1665 La joven margravina besó entonces a los tres reyes (lo mismo hizo su madre); presente allí estaba Hagen y su padre le mandó besarlo, pero al contemplarlo le pareció tan feroz que de buen grado lo hubiera evitado.
- 1666 Pero ella hubo de hacer lo que le mandara el señor. El color del semblante tan pronto era rojo como pálido. Besó también a Dankwart y luego a Volker. Éste mereció el saludo en virtud de su valor personal.
- 1667 La joven margravina tomó entonces la mano a Giselher, el caballero del país burgundo. Lo mismo hizo su madre con Gunter, el valeroso. Con gran alegría partieron luego de allí en compañía de los héroes.
- 1668 El señor del castillo entró junto con Gernot en una gran sala, donde tomaron asiento caballeros y damas. Pronto se dio la orden de escanciar buen vino a los huéspedes. Ciertamente jamás pudo ser mejor tratado héroe alguno.
- 1669 Con miradas llenas de ternura los ojos contemplaban a la hija de Rúdeger: tal era su hermosura. Más de un buen caballero se entregaba a amorosos pensamientos. Sin duda ella lo merecía, pues era de noble talante.
- 1670 Pero pensaran ellos lo que pensaran, nada de ello podía acaecer. Doncellas y dueñas sentadas en gran número no dejaban, una y otra vez, de recibir sus miradas. Volker, el noble ministril, mostraba al señor de la casa su devota amistad.
- 1671 Conforme a la costumbre, los caballeros y las damas se separaron y apartaron. Luego se pusieron las mesas en la gran sala. Los huéspedes forasteros fueron agasajados magníficamente entonces.

- 1672 En atención a los invitados, la noble margravina vino a sentarse a la mesa; a su hija la dejó entre las doncellas, donde era de razón que se quedara. Al no verla, los huéspedes sintieron verdadero pesar.
- 1673 Cuando todos hubieron comido y bebido, volvieron a traer a la sala a las bellas damas. Allí se prodigaron las graciosas ocurrencias, muchas de ellas de Volker, el guerrero valiente y esforzado.
- 1674 Dijo entonces a los presentes el noble ministril: «Poderoso margrave, Dios os ha colmado de mercedes, pues os ha dado una esposa tan bella y además una vida llena de venturas.»
- 1675 «Si yo fuera un príncipe», continuó Volker, «y hubiera de ceñir corona, quisiera tener por esposa a vuestra hermosa hija: tal es el deseo de mi corazón. Ella es un deleite para la vista y además noble y de buen natural.»
- 1676 Dijo entonces el margrave: «¿Cómo iba a ser posible que jamás rey alguno pretendiera la mano de mi querida hija? Tanto mi mujer como yo somos extranjeros aquí⁹⁵. ¿De qué valdría su hermosura a la gentil doncella?»
- 1677 Habló entonces Gernot, caballero de buena crianza: «Si yo hubiera de tener esposa conforme a la inclinación de mi corazón, me sentiría siempre dichoso de tener una mujer así.» Aquí replicó Hagen con amables palabras:
- 1678 «Hora es ciertamente de que mi señor Giselher tome esposa. La joven margravina es de tan alta alcurnia, que tanto yo como los hombres de Giselher le serviríamos de buen grado si ella hubiera de ir ciñendo corona a Burgundia.»
- 1679 Estas palabras parecieron sumamente gratas a Rúdeger, así como a Gotlinda. A ambos se les alegró el ánimo al oír-

⁹⁵ Como indica Bartsch, Rúdeger es uno de tantos exiliados en el país de Atila y como tal duda de si su hija puede aspirar a casar con un rey. Cfr. estrofa 2158.

las. Luego los héroes prepararon las cosas para que el noble Giselher la tomara por esposa como convenía a su realeza.

- 1680 ¿Quién puede evitar que suceda lo que ha de suceder? Pidieron a la doncella que acudiese a la corte. Entonces se otorgó promesa de dar al príncipe esta gentil dama y él prometió también su amor a la adorable doncella.
- 1681 Los reyes burgundos otorgaron a la joven castillos y tierras y con solemne juramento el noble rey, así como el señor Gernot, confirmaron que así se haría. Dijo entonces el margrave: «Como no tengo castillos,
- 1682 os guardaré eterna lealtad y devoción. Yo daré plata y oro a mi hija, tanto como puedan llevar cien acémilas, para que los parientes del rey reciban de ello honra y satisfacción.»
- 1683 Luego, según costumbre, se les mandó a los dos ponerse en pie en el corro de los presentes. Muchos mancebos, con el ánimo alegre, estaban enfrente de ella. Los pensamientos que les ocupaban eran los que suelen deleitar a la gente joven.
- 1684 Entonces le preguntaron a la gentil doncella si quería tomar por esposo al héroe. Esto le causó algún enojo, aunque pensaba aceptar al gallardo caballero. Ella se avergonzó al oír la pregunta, como tantas doncellas han hecho.
- 1685 Rúdeger, su padre, le aconsejó decir que sí, que lo tomaba por esposo de buen grado. Muy presto el noble Giselher la abrazó con sus blancas manos. Pero, ¡cuán poco había ella de gozar del amado!
- 1686 Dijo entonces el margrave: «Nobles y poderosos reyes, cuando volváis a Burgundia, a vuestra patria, yo os daré, como es costumbre, a mi hija para que la llevéis con vosotros.» Esto lo juraron luego.
- 1687 Entonces hubo que poner fin a todo el alborozo que allí se veía. Se mandó a las doncellas que se retiraran a sus aposentos y a los huéspedes que durmieran y reposaran hasta el

amanecer. Luego se prepararon los manjares; el señor se desvivía por atenderlos.

- 1688 Cuando hubieron comido, los viajeros quisieron partir hacia el país de los hunos. «Eso trataré de impedirlo», dijo el muy noble castellano. «Debéis seguir aquí, pues nunca he tenido yo aquí huéspedes que me fueran más queridos.»
- 1689 A esto contestó Dankwart: «Eso no puede ser. ¿De dónde sacaréis la comida, el pan y el vino que os harían falta para atender todavía esta noche a tantos caballeros?» Cuando esto oyó Rúdeger, hablo así: «Dejad tales razones,
- 1690 mis queridos señores, no rechacéis mi ofrecimiento. Yo puedo daros comida quince días a vos y a toda la hueste que os acompaña: todavía no me ha privado Atila de cuanto poseo.»
- 1691 Por mucho que se negaran, hubieron de permanecer allí hasta la mañana del cuarto día. Fue a la sazón tan grande la generosidad del margrave que se habló de ella muy lejos de allí. A sus huéspedes les regaló lo mismo caballos que vestiduras.
- 1692 Ya no podían demorarse más tiempo; tenían que partir. Rúdeger, en su largueza, no era capaz de escatimar nada; cualquier cosa que alguien quería tomar, no se la negaba a nadie: él tenía que complacer a todos.
- 1693 Su noble séquito llevó ante las puertas un gran tropel de caballos ensillados; luego se acercaron muchos de los guerreros forasteros; llevaban los escudos en la mano, pues querían partir para el país de Atila.
- 1694 El castellano ofreció entonces regalos a todos sus nobles huéspedes antes de que salieran de la sala. Él sabía, gracias a su largueza, vivir en gran honor. A su hija, la hermosa doncella, se la había dado por esposa a Giselher.
- 1695 Luego le dio a Gunter, al héroe preclaro, una armadura de guerra, que el noble y poderoso rey vistió con honor, aunque nunca aceptara regalos. Después Gunter agradeció la dádiva del noble Rúdeger.

- 1696 A Gernot le entregó una magnífica ~~copa~~ ^{copa} que más adelante iba él a blandir en la batalla con gloria. Harto se alegró del regalo la esposa del margrave, pero el buen Rúdeger había de perder la vida herido por su acero.
- 1697 Como el rey hubiera aceptado un regalo, Gotlinda, según convenía a su condición, ofreció a Hagen un presente para que éste no partiera a las fiestas de Atila sin llevar consigo una prueba de amistad, pero él lo rechazó.
- 1698 «De todo cuanto he visto», habló aquí Hagen, «nada deseo más para llevarme de aquí que el escudo que cuelga de aquella pared. De buen grado lo llevaría al país de Atila».
- 1699 Cuando la margravina oyó las palabras de Hagen se reavivó su pesadumbre: su llanto era natural, pues se acordaba entrañablemente de la muerte de Nuodung⁹⁶, al que había abatido Witege; de aquí su honda congoja.
- 1700 Así habló al caballero: «Yo os daré el escudo. Quisiera Dios del cielo que aún viviera quien lo llevó en su mano; abatido quedó en la lucha. Siempre habré de llorarlo; no hay otro remedio para mí, pobre mujer.»
- 1701 La noble margravina se alzó de su asiento y con sus blancas manos tomó el escudo la señora; llevóselo a Hagen, que lo recibió en sus manos. Aquel regalo honraba al guerrero a quien iba dirigido.
- 1702 La cobertura era de fina seda dispuesta sobre la coloreada superficie engastada de piedras preciosas. Nunca alumbió la luz del día un escudo más valioso. A quien hubiera deseado comprarlo, le habría costado bien unos mil marcos.
- 1703 Luego mandó Hagen que se llevaran de allí el escudo. Entonces Dankwart se puso en marcha hacia donde estaban los príncipes. La hija del margrave le regaló ricas vestiduras

⁹⁶ La muerte de Nuodung por Witege es tema que aparece en otros poemas. Nuodung es en uno hermano de Gotlinda; en otros, hijo suyo.

que él había de llevar en el país de los hunos con gran esplendor.

- 1704 De cuantos regalos recibieron en sus manos, ninguno les hubiera llegado a no ser por el afecto del castellano que se los ofreció tan generosamente. Luego habrían de tornarse tan enemigos de él que tendrían que matarlo.
- 1705 Volker el valeroso se presentó luego gentilmente con la vihuela ante Gotlinda. Tras haberla tañido en suaves melodías y haber cantado sus canciones, se despidió y partió de Bechelaren.
- 1706 Mando la margravina que le dieran un cofre. Oíd ahora contar del amistoso regalo. Del cofre tomó ella doce pulseras y se las puso en el brazo a Volker. «Lleváoslas al país de Atila
- 1707 y llevadlas puestas en prueba de amistad a mí en la corte para que cuando volváis me pueda decir alguien cómo me habéis servido en las fiestas.» Lo que la dama le pedía, bien lo cumplió él después.
- 1708 Dijo entonces el castellano a los huéspedes: «Conviene que viajéis con calma; yo mismo os guiaré y mandaré que os protejan para que nadie os cause daño en el camino.» Luego, y muy prestamente, fueron cargadas las acémilas.
- 1709 A Rúdeger y a quinientos de sus hombres se les proveyó de caballo y de vestimenta. Él los llevó consigo lleno de contento a las fiestas. Ninguno de ellos había de volver jamás con vida a Bechelaren.
- 1710 Con besos de afecto se despidió allí el castellano: lo mismo hizo Giseler, como le aconsejaba su buena crianza. Con abrazos demostraron los de Bechelaren su amor a las bellas damas. Este viaje hubo de llorarlo después más de una doncella.
- 1711 Por todas partes se abrían entonces las ventanas. El señor, acompañado de sus hombres, se disponía a montar a caballo. Yo creo que ellas sentían la corazonada de la terrible

desdicha. Muchas eran las dueñas y doncellas que entonces lloraban.

- 1712 Honda congoja sentían los que partían por los seres queridos que dejaban en Bechelaren y no habían de ver más, pero con alegría cabalgaban sobre la arena de las riberas, Danubio abajo, hacia la tierra de los hunos.
- 1713 Dijo entonces a los burgundos Rúdeger, el arrogante y noble caballero: «Es menester que no se oculte la nueva de nuestra visita al país de los hunos. El rey Atila jamás habrá recibido noticia que le sea más grata.»
- 1714 Un emisario bajó cabalgando raudo a través de Austria: por doquier se anunció a las gentes que llegaban los héroes de Worms del Rin. Al séquito del rey nada podría resultarle más agradable.
- 1715 Los mensajeros se adelantaron con la nueva de que los nibelungos estaban en el país de los hunos. «Será menester que los recibas bien, Krimilda, señora mía; vienen a verte con gran honor tus hermanos queridos.»
- 1716 La señora Krimilda se asomó a una ventana esperando a sus parientes, como el amigo espera a sus amigos. Vio llegar a muchos guerreros de su tierra burgunda. El rey también se enteró de la llegada y rompió a reír con alborozo.
- 1717 «¡Ay, cuán grande es mi alegría!», exclamó Krimilda. «He aquí que mis parientes traen escudos y blancas golas. Aquel que venga en busca de oro, que recuerde mi dolor y yo le guardaré siempre afecto»⁹⁷.

⁹⁷ Pasaje confuso. Se ha visto en las palabras de Krimilda un vestigio de la versión primitiva donde la reina, con un resto de amor fraterno, se alegra de no ver desarmados a los suyos.

CANTO XXVIII

De cómo los burgundos llegaron al país de los hunos

- 1718 Cuando los burgundos hubieron llegado al país, se enteró de ello el viejo Hildebrando de Verona y se lo dijo a su señor, Teodorico, que sintió gran congoja y le pidió que recibiera bien a los valientes y arrogantes caballeros.
- 1719 El valeroso Wolfhart hizo traer caballos. Entonces, Teodorico, acompañado de muchos esforzados guerreros, se encaminó a caballo a la pradera, donde pensaba saludarlos. Los forasteros habían recogido y puesto sobre las acémilas muchas tiendas magníficas.
- 1720 Cuando Hagen de Trónege los vio cabalgar en la lejanía dijo mesuradamente a sus señores: «Menester es, valientes caballeros, que os apeéis de vuestras sillas y salgáis al encuentro de los que quieren recibiros.
- 1721 Ahí viene una hueste que me es bien conocida. Son los muy valientes guerreros de la tierra amelunga. Los guía el de Verona y son gente de noble ánimo. No debéis desdeñar cuantos homenajes os tributen.»
- 1722 Se apearon entonces de sus corceles muchos caballeros y escuderos y se presentaron, como era de razón, ante Teodorico. Los amelungos avanzaron hacia el lugar donde estaban los héroes forasteros y saludaron amistosamente a los burgundos.
- 1723 Cuando el señor Teodorico los vio acercarse, os gustará oír qué le dijo el héroe a los hijos de Ute. El viaje que hacían le causaba pesadumbre. Él creía que Rúdeger estaba enterado y les habría avisado del peligro.

- 1724 «Sed bienvenidos, señores, Gunter y Giselher, Gernot y Hagen. Lo mismo digo al señor Volker y a Dankwart el muy valeroso. ¿Acaso no sabéis que Krimilda sigue llorando con hondo dolor al héroe del país nibelungo?»
- 1725 «Que siga llorando, pues», dijo ahora Hagen. «Hace ya muchos años que yace muerto. Al rey de los hunos es a quien ella debe amar ahora. Sigfrido no volverá más; hace mucho tiempo que está enterrado.»
- 1726 «Dejemos en paz ahora la muerte de Sigfrido. En tanto viva la señora Krimilda, pueden suceder desgracias.» Así habló el señor Teodorico de Verona. «Tú, amparo de los nibelungos, debes precaverte contra ello.»
- 1727 «¿Cómo voy a precaverme?», dijo el noble soberano. «Atila nos mandó emisarios (¿qué más debo averiguar yo?) diciéndonos que viniésemos a su país. Mi hermana Krimilda, además, nos ha enviado repetidos mensajes.»
- 1728 «Yo os puedo dar un buen consejo», volvió a hablar Hagen. «Pedid al señor Teodorico y a sus valientes guerreros que os den más cumplida razón y os digan los planes de la señora Krimilda.»
- 1729 Se fueron entonces los tres reyes —Gunter y Gernot, juntos con Teodorico— a platicar en secreto. «Dinos, noble y valiente caballero de Verona, cómo te has enterado de las intenciones de la reina.»
- 1730 Aquí habló el señor de Verona: «¿Qué más he de deciros? Oigo todas las mañanas cómo la esposa de Atila llora y se lamenta con el corazón afligido al poderoso Dios de los cielos de la muerte del bravo Sigfrido.»
- 1731 «No tiene remedio», habló Volker, el valiente ministril, «lo que acabamos de saber. Debemos ir a la corte y ver qué es lo que nos puede pasar a nosotros, bravos guerreros, entre los hunos.»
- 1732 Los valerosos burgundos cabalgaron hasta la corte de Atila. Brillante fue su llegada, como era uso en su propio país.

Hubo entonces más de un bravo caballero que, lleno de curiosidad por Hagen de Trónege, quiso saber cómo era éste.

- 1733 A causa de los rumores —los había de sobra— de que él había matado al más valeroso de todos los héroes, a Sigfrido el de los Países Bajos, eran muchas las preguntas que se hacían en la corte a cuenta de Hagen.
- 1734 El héroe era de gran talla, esto es cosa bien cierta, el pecho era fornido y el cabello mezclado de canas; las piernas largas y la mirada terrible. Andaba con paso majestuoso.
- 1735 Se dio orden de que alojaran a los caballeros burgundos. A la hueste personal de Gunter se le dio posada aparte. Así lo había dispuesto la reina, llevada por su gran odio hacia él. De esta manera los escuderos fueron luego muertos en sus albergues.
- 1736 Dankwart, el hermano de Hagen, era mariscal. A él encomendó en seguida el rey sus tropas, para que las atendiera y las proveyera en abundancia. El héroe de Burgundia se tomaba por todos ellos grandes desvelos.
- 1737 La hermosa Krimilda, acompañada de su séquito, salió al encuentro de los nibelungos a recibirlos con aviesa intención. Besó a Giselher y lo tomó de la mano⁹⁸. Esto lo vio Hagen y apretó la correa de su yelmo.
- 1738 «Tras un saludo semejante», así habló Hagen, «bueno será que estos bravos guerreros se pusieran en guardia. A los reyes y a sus vasallos hay que saludarlos por el rango. Creo que no hemos hecho un buen viaje viniendo a estas fiestas.»
- 1739 Ahora dijo ella: «Sed bienvenidos para aquel que tenga contento de veros. No os saludo por vuestra mera amistad. Decidme: ¿qué es lo que me traéis de Worms del Rin? ¿Por qué habría yo de daros una calurosa bienvenida?»

⁹⁸ El uso caballeresco, al que alude Hagen en la estrofa siguiente, hubiera exigido que el primer saludo fuera para Gunter.

- 1740 «Si hubiera sabido», dijo entonces Hagen, «que unos caballeros debieran haber traído regalos a una reina, yo era tan rico, de haberlo pensado mejor, como para traeros mis presentes, aquí, al país de Atila».
- 1741 «Es menester que me deis cuenta mejor: ¿qué habéis hecho del tesoro de los nibelungos? Porque éste era mío y bien mío, eso lo sabéis de sobra. Teníais que habérmelo traído al país de Atila».
- 1742 «A decir verdad, mi señora Krimilda, hace mucho tiempo que no me cuido del tesoro de los nibelungos. Mis señores lo mandaron sepultar en el Rin y allí estará ciertamente hasta el juicio final».
- 1743 Habló aquí la reina: «Así me lo esperaba. Nada del tesoro me habéis traído a esta tierra, aunque era bien mío y en tiempos estuvo en mis manos. Por eso he sufrido desde entonces muchos días tristes».
- 1744 «Diablos os traigo yo», replicó Hagen. «Bastante es que haya traído mi escudo y mi coraza. Mi reluciente yelmo y la espada que empuñan mis manos no os los voy a entregar».
- 1745 Habló aquí la reina a todos los guerreros: «No hay que llevar armas al entrar en la sala principal. Guerreros, bien debéis entregármelas, yo las mandaré custodiar».
- 1746 «Ciertamente no», replicó entonces Hagen, «eso no se hará jamás».
- 1746 No pretendo en modo alguno el honor de que vos, la bondadosa amada de un príncipe, me llevéis el escudo a mi posada, así como mis otras armas; sois una reina. Eso no es lo que me enseñó mi padre; yo mismo las guardaré».
- 1747 «¡Mal haya mi suerte!», habló aquí doña Krimilda. «¿Por qué mi hermano y Hagen no quieren dejar guardar sus escudos? Ellos están avisados y si supiera yo quién lo hizo, él tendría que escoger la muerte».
- 1748 A esto replicó con ira el príncipe Teodorico: «Yo soy el que ha prevenido a estos nobles y poderosos reyes y al valeroso

Hagen, el guerrero burgundo. Y ahora, adelante, mujer infernal, que no me vas a hacer pagar por ello».

- 1749 Harto se avergonzó ahora la mujer de Atila. Ella temía seriamente a Teodorico. Luego se alejó de ellos en silencio, pero mirando a sus enemigos con furia.
- 1750 En tal punto dos guerreros se cogieron las manos. Uno era el señor Teodorico; el otro, Hagen. Dijo entonces cortésmente el héroe intrépido: «Vuestra venida al país de los hunos me ha dado verdadero pesar»;
- 1751 por eso la reina ha hablado así».
- 1751 Dijo entonces Hagen de Trónege: «Todo tiene remedio».
- 1751 Así hablaron entre sí los dos bravos caballeros. Esto lo vio el rey Atila y preguntó la causa.
- 1752 «Me gustaría saber», dijo el poderoso rey, «quién es aquel guerrero a quien el señor Teodorico recibe tan amistosamente. Su talante es muy altanero. Fuera quien fuera su padre, él debe ser un héroe esforzado».
- 1753 A estas palabras del rey respondió uno de los hombres de Krimilda: «Él nació en Trónege, su padre llamábase Aldrian. Por muy afable que aquí aparezca, es un hombre feroz. Ya os probará bien que no he mentado».
- 1754 «¿Cómo voy a saber yo que es tan feroz?».
- 1754 A esta sazón todavía no sospechaba el rey las malvadas artes que luego iba a usar la reina con sus parientes, tales que ninguno había de salir con vida del país de los hunos.
- 1755 «Bien conocía yo a Aldrian: era vasallo mío. Conmigo alcanzó él fama y honores grandes. Yo lo armé caballero y le regalé mi oro. La fiel Helche tenía por él entrañable afecto».
- 1756 Por eso, desde entonces, conozco bien a Hagen. Yo tuve como rehenes dos gallardos mancebos: Hagen y Walter de España⁹⁹; aquí se hicieron hombres. A Hagen lo mandé luego a sus patria; Walter escapó con Hildegunda».

⁹⁹ Este Walter de España, o de Aquitania, parece haber vivido en la época de Atila y en opinión de Menéndez Pidal, apoyado en J. Grimm, es «la contribución

- 1757 Atila recordó viejas gestas acaecidas en otros tiempos. Había reconocido bien a su amigo el de Trónege, que en su mocedad le había prestado servicio leal. Pero ahora en su madurez iba a matarle muchos amigos queridos.

aportada por los visigodos al tesoro común de la poesía heroica de las naciones germánicas», opinión sostenida después, e independientemente, por Milá y Fontanals y por W. Müller. También deja muestra la historia de Walter en el romance de Gaiferos (S. XVI). Cfr. M. Pidal, *La epopeya castellana*, Madrid, 1959, págs. 23-26.

CANTO XXIX

*De cómo Krimilda provocó a Hagen y
éste no se levantó en su presencia*

- 1758 Entonces se separaron los dos héroes preclaros, Hagen de Trónege y don Teodorico. Luego, mirando hacia atrás el vasallo de Gunter, buscó un compañero de armas, que encontró muy pronto.
- 1759 Vio de pie a Volker al lado de Giselher. Al ministril artista le rogó que le acompañara porque conocía bien la furia de su ánimo. Era, por dondequiera que se le mirase, un caballero valiente y esforzado.
- 1760 A los señores los había dejado de pie en la corte. De allí se vio cómo se alejaban solos estos dos caballeros atravesando la corte hasta delante de un vasto palacio. Los dos magníficos caballeros no temían la saña de nadie.
- 1761 Sentáronse sobre un banco delante del edificio frente a una sala de las de Krimilda. De sus personas desprendían destellos las magníficas armaduras. A muchos de los que veían a la pareja les hubiera gustado saber quiénes eran.
- 1762 Los héroes de Atila contemplaban asombrados a los arrogantes héroes como si éstos fueran bestias salvajes. También los vio desde una ventana la esposa de Atila. Al verlos, la hermosa Krimilda sintió otra vez pesar.
- 1763 Hagen le recordaba su tribulación y entonces se puso a llorar. Los hombres de Atila se preguntaron con asombro qué era lo que tan de repente así conturbaba su ánimo. Ella les dijo: «Es por culpa de Hagen, valientes y esforzados caballeros.»

- 1764 Ellos preguntaron a la señora: «¿Cómo puede ser eso? Porque nosotros os hemos visto hace poco alegre. Nunca hubo nadie tan osado a quien, con lo que os ha hecho, no le fuera en ello la vida, si vos nos mandáis tomar venganza.»
- 1765 «Siempre quedaría agradecida a quien vengara mi dolor. Estoy dispuesta a concederle cuanto desee; yo os lo pido de hinojos.» Así habló la reina. «Vengadme de Hagen, de suerte que él pierda la vida.»
- 1766 Pronto aprestaron sus armas sesenta bravos guerreros. Por amor a Krimilda estaban dispuestos a hacer frente a Hagen, el intrépido guerrero y matarlo, así como al ministril. El plan era alevoso.
- 1767 Cuando la reina vio que su hueste era tan escasa habló en tono airado a sus héroes: «Debéis abandonar vuestro empeño; nunca podréis hacer frente a Hagen con una tropa tan menguada.
- 1768 Por fuerte y valeroso que sea Hagen de Trónege, más fornido aún es el que se sienta a su lado, Volker el ministril; ése es hombre peligroso. A esos héroes no los podéis acometer a tan poca costa.»
- 1769 Cuando esto oyeron, prepararon las armas más guerreros: eran cuatrocientos valerosos caballeros. La noble reina tenía gran empeño en causarles daño. Por ello, los dos héroes habían de pasar graves apuros.
- 1770 Cuando vio ella bien armada a su hueste, habló así a los bravos guerreros: «Aguardad un rato y estaos quietos. Quiero ir al encuentro de mis enemigos con la corona ceñida.
- 1771 Oíd ahora la reprobación de lo que a mí me ha hecho Hagen de Trónege, el vasallo de Gunter. Yo sé que él es tan soberbio que no me lo va a negar. Nada me importa, pues, lo que le pase a causa de ello.»
- 1772 Entonces vio el violero, un valiente ministril, bajar de la casa a la noble reina por la escalera. Volker el muy valeroso habló así a su compañero de armas:

- 1773 «Ahí la tienes, amigo Hagen, mírala cómo viene la que aquí nos invitó alevosamente. Jamás vi acompañar a una reina tantos hombres en son de batalla y espada en mano.
- 1774 ¿Sabéis, amigo Hagen, si acaso son enemigos vuestros? En tal caso yo os aconsejaría que velarais tanto más por vuestra vida y vuestro honor. Eso me parece buen acuerdo. Por lo que veo, tienen el talante hartó enfurecido.
- 1775 Y hay alguno entre ellos con el pecho tan hinchado que a quien quiera protegerse le convendría hacerlo a tiempo. Sospecho que bajo las vestiduras llevan brillantes armaduras. Contra quién van así, es cosa que yo no podría decir.»
- 1776 Habló entonces en tono iracundo Hagen, el esforzado caballero: «Yo sé bien que todo eso está enderezado a mí; contra mí traen empuñadas las relucientes espadas, pero no podrán impedirme que regrese a la tierra de los burgundos.
- 1777 Ahora decidme, amigo Volker, si estáis dispuesto a acudir en mi ayuda en caso de que los hombres de Krimilda quieran acometerme. Yo quisiera oír de vos hasta qué punto me tenéis afecto. Yo estaré a vuestro lado por siempre jamás para ayudarlos lealmente.»
- 1778 «Yo acudiré en vuestra ayuda», habló entonces el ministril, «aun si viera venir a acometeros el mismo rey con todos sus guerreros, en tanto que yo viva. Y nunca cederé un paso por miedo cuando se trate de ayudaros.»
- 1779 «Que el Dios de los cielos os lo pague, muy noble Volker. Si ellos me acometen, ¿de qué más ayuda he menester? Puesto que estáis dispuesto a acudirme, como acabo de oír, ya pueden acercarse esos caballeros tan bien pertrechados.»
- 1780 «Ahora levantémonos de nuestro asiento mientras pase», dijo el ministril, «pues es una reina. Vamos a prestarle homenaje; ella es una noble dama. Con ello quedará honrado cada uno de nosotros.»

- 1781 «No hagáis tal, en nombre de nuestra amistad», volvió a hablar Hagen, «para que estos guerreros no se crean que lo hago por temor, si acaso me moviera. No estoy dispuesto a levantarme del asiento jamás por ninguno de ellos.
- 1782 Ciertamente es mejor para los dos no hacer nada. ¿Por qué voy a mostrar atenciones a quienes me odian? Tal cosa no la haré jamás mientras viva. Además, nada me importa que me odie la esposa del rey Atila.
- 1783 El arrogante Hagen puso sobre sus piernas una reluciente espada en cuyo pomo despedía reflejos un brillante jaspe, más verde que la hierba. Bien se dio cuenta Krimilda de que era la de Sigfrido.
- 1784 Cuando ella reconoció la espada, le asaltó una honda congoja. La empuñadura era de oro y la vaina de rojo orifrés. La vista de ello le recordó su aflicción y rompió en llanto. Yo creo que el valiente Hagen había obrado con esa intención.
- 1785 Volker el valeroso atrajo hacia sí en el banco un recio arco de músico largo y grande, parecido a una espada, afilado y ancho. Así quedaron sentados e impávidos los dos esforzados caballeros.
- 1786 Ahora, era tal el pundonor de los dos bravos guerreros, que no querían levantarse de su asiento por temor a nadie. Por eso se acercó al pie de ellos la noble reina y les hizo un saludo cargado de odio.
- 1787 Dijo ella: «Decidme, pues, señor Hagen, ¿quién os ha mandado venir aquí y cómo es que habéis osado entrar en este país, puesto que sabéis de sobra lo que me habéis hecho? Si tuvierais buen seso, deberíais haberos guardado de hacerlo.»
- 1788 «Nadie mandó por mí», dijo entonces Hagen. «Se convidó a venir a esta tierra a tres caballeros, que son mis señores. Yo soy su vasallo. Nunca, cuando han ido a una corte, he dejado de acompañarlos.»

- 1789 Dijo ella: «Decidme, además, ¿por qué habéis obrado de tal suerte que merezcáis que yo os odie? Vos matasteis a Sigfrido, mi amado esposo. Por tal causa no podré dejar de llorar hasta el fin de mis días.»
- 1790 Hagen replicó: «¿Para qué seguir? Harto hemos hablado ya. Yo sigo siendo el Hagen que mató a Sigfrido, el héroe intrépido. ¡Cuán cara hubo de pagar la afrenta que doña Krimilda causó a la hermosa Brunilda!
- 1791 No lo niego más, poderosa reina. Yo tengo toda la culpa y soy reo del daño. Ahora que lo vengue quien quiera, sea hombre o mujer. No quisiera mentiros: ciertamente os he causado mucho daño.»
- 1792 Dijo ella: «Oíd, mis caballeros, cómo él no niega todo el daño que he sufrido. Nada me importa lo que le pase a causa de ello, hombres de Atila.» Los arrogantes caballeros se miraron unos a otros.
- 1793 Si alguien hubiera empezado la lucha, cosas habrían acaecido que hubieran confirmado la fama de los dos compañeros de armas; en la batalla habían sabido probarlo a menudo. Los hunos, así, hubieron de abandonar por miedo lo que antes osadamente pretendían.
- 1794 Uno de los caballeros dijo entonces: «¿Por qué me miráis así? Lo que antes prometía no estoy dispuesto a cumplirlo, ni a perder la vida por los regalos de nadie. La esposa del rey Atila quiere llevarnos a la muerte.»
- 1795 Habló ahora uno que estaba a su lado: «Yo soy del mismo parecer. Aunque me dieran torres colmadas de buen oro rojo, yo no haría frente a ese ministril, y eso por las feroces miradas que yo he visto en sus ojos.
- 1796 Además yo conozco a Hagen desde sus años mozos; por eso, poco me pueden contar a mí acerca del héroe. Yo lo he visto en veintidós combates y sus hazañas llevaron la desolación a muchas mujeres.

- 1797 Él y Walter de España hicieron muchas campañas, cuando aquí, al lado de Atila, solían librar batalla, para gloria del rey: esto ocurrió a menudo. Por ello, es justo reconocer a Hagen la fama que tiene.
- 1798 Aunque Hagen era a la sazón por su edad un mancebo, ¡qué canosos están ya los que entonces eran mozos! Hoy es un hombre de seso, un hombre terrible. Y además empuña la espada Balmung, la que él tan alevosamente ganó.»
- 1799 Con esto quedó aquello zanjado, de suerte que nadie entró en combate. Hondo fue el dolor de la reina. Los héroes hunos partieron de allí, pues temían perder la vida a manos del ministril; tenían buen motivo para ello.
- 1800 Habló entonces Volker: «Bien hemos podido ver que aquí tenemos enemigos, tal como habíamos oído decir antes. Ahora debemos volver a la corte con los reyes, para que nadie se atreva a acometer a nuestros señores.
- 1801 ¡Cuán a menudo un hombre renuncia, por miedo, a un empeño, si ve que el amigo apoya lealmente al otro amigo! Si tiene buen acuerdo, no se mete en empresa alguna. La cordura protege de daños a más de un hombre.»
- 1802 «Seguiré vuestro consejo», dijo entonces Hagen. Luego fueron hacia la corte y hallaron a los burgundos de pie, bien ataviados y recibiendo con saludos de bienvenida. Volker el muy valeroso habló entonces en alta voz
- 1803 dirigiéndose a sus señores: «¿Cuánto tiempo queréis seguir aquí, dejándoos acosar? Id a la corte y oíd del rey cuáles son sus intenciones.» Se vio entonces cómo se agrupaban los valientes y esforzados héroes.
- 1804 El príncipe de Verona tomó entonces por la mano a Gunter, el muy poderoso caballero. Viose entonces a Rúdeger dirigirse a la corte junto con Giseler.
- 1805 Fueran cuales fueran las parejas que se hicieron para ir a la corte, Volker y Hagen jamás se separaron, salvo en un solo

- combate al final de sus vidas. Nobles señoras hubieron luego de lamentarlo hondamente.
- 1806 Se vio entonces avanzar hacia la corte, acompañando a los reyes, una hueste de mil hombres valerosos, aparte de más de sesenta caballeros que con ellos habían venido. A éstos los había traído de su país el valiente Hagen.
- 1807 A Hawart y a Iring, dos caballeros escogidos, se les vio al lado del rey dándole escolta. Dankwart y Wolfhart —un leal caballero— mostraban sus modales cortesanos ante todos los demás.
- 1808 Cuando el señor del Rin entró en el palacio, Atila el poderoso no se hizo esperar más; se levantó de su asiento, en cuanto lo vio llegar. Jamás se vio una tan hermosa acogida de rey.
- 1809 «Sed bienvenidos, señor Gunter, así como el señor Gernot y vuestro hermano Giseler. Yo os había mandado a Worms del Rin el mensaje de mi más leal amistad. A todo vuestro séquito le doy también la bienvenida.
- 1810 Asimismo os deseamos mi mujer y yo cordial bienvenida en este país a vosotros dos, héroes, Volker el muy valeroso y también a Hagen. Ella os mandó más de un mensajero a las tierras del Rin.»
- 1811 Dijo entonces Hagen de Trónege: «Ya he oído hablar de esos mensajeros. Si no hubiera venido acompañando a mis señores aquí al país de los hunos, yo habría hecho el viaje para rendiros homenaje.» Luego el noble soberano tomó a sus queridos huéspedes por la mano.
- 1812 Llevólos hasta el asiento que antes había él ocupado. Luego en grandes copas de oro se les escanció a los convidados con diligencia hidromiel, jugo de moras y vino y se les dio a los extranjeros una cordial acogida.
- 1813 Dijo ahora el rey Atila: «Quiero aseguraros una cosa: nada más grato podría acaecerme en este mundo que el que hayáis venido, héroes, a verme. Con ello la reina se ha librado de una gran tribulación.

1814 Con gran asombro me digo qué os habré hecho —cuando yo recibo tantos nobles huéspedes— para que no hayáis querido venir nunca a mi reino. Esto se ha tornado en alegría al veros ahora aquí.»

1815 A esto respondió Rúdeger, caballero de natural noble. «Podéis alegraros de su visita; su lealtad es sincera y los parientes de mi señora saben practicarla cabalmente. A vuestra morada os traen muchos gallardos caballeros.»

1816 Habían llegado los señores a la corte del poderoso Atila en la tarde del solsticio. Nunca se oyó hablar de tan cálida acogida como la que les dispensó Atila a los héroes. Luego llegó la hora de comer y el rey se encaminó con ellos a la mesa.

1817 Jamás se sentó un señor con más pompa al lado de sus invitados. Se les dio en abundancia comida y bebida. Todo cuanto deseaban estaba a su disposición. Se habían contado maravillas de aquellos héroes.

CANTO XXX

De cómo Hagen y Volker hicieron la centinela

1818 El día tocaba ya a su fin y la noche se acercaba. Los guerreros, cansados del viaje, se preocupaban inquietos de cuándo podrían descansar e ir a sus lechos. Esto lo hizo notar Hagen: pronto se le dio razón.

1819 Gunter habló con el rey: «Que Dios os guarde en salud. Quisiéramos irnos a dormir; dadnos licencia para retirarnos. Mañana por la mañana volveremos cuando vos dispongáis.» Entonces el rey se despidió de sus huéspedes con gran alegría.

1820 Se vio cómo los forasteros estaban rodeados y acosados por todas partes. Volker el valeroso dijo así a los hunos: «¿Cómo os atrevéis a estorbar el paso de estos guerreros? Si no cejáis en vuestro empeño, os va a pesar.

1821 Yo asestaré a más de uno un golpe de arco tan duro que si tiene algún leal amigo, éste tendrá que llorarlo. ¿Por qué no nos abris paso, caballeros? Paréceme a mí que aquí todos se llaman guerreros, pero no todos son del mismo temple.»

1822 Cuando el violero hablaba tan airado, el intrépido Hagen miraba hacia atrás. Dijo: «Héroes de Krimilda, el valiente ministril os aconseja bien: debéis ir a vuestras posadas.

1823 A mi parecer, lo que pretendéis nadie lo llevará a cabo. Si tenéis deseo de emprender algo, venid mañana por la mañana y dejad que nosotros, los extranjeros, tengamos solaz esta noche. Yo creo que héroes con tales intenciones como las vuestras siempre lo hicieron así.»

- 1824 Los huéspedes fueron entonces conducidos a una gran sala que hallaron cumplidamente provista de lujosos lechos, largos y anchos. Contra ellos urdía la señora Krimilda la mayor de las desgracias.
- 1825 Veíanse allí muchas colchas primorosas de Arras, labradas de finas telas y muchos doseles de sedas de Arabia, las mejores posibles. Estaban adornados de cintas de orifrés que daban brillantes destellos.
- 1826 En abundancia se veían los cobertores de armiño y de negra marta cibelina. Bajo ellos iban a pasar la noche hasta el día claro. Nunca descansó tan magníficamente un rey con su séquito.
- 1827 «¡Malhaya el descanso de la noche!», dijo el mancebo Giselher. «¡Ay de los amigos míos que nos han acompañado! Por afable que haya sido la invitación que mi hermana nos mandó, me temo que vamos a perder la vida por su culpa.»
- 1828 «Dejaos de preocupaciones», habló aquí el caballero Hagen, «yo estaré de centinela esta misma noche. Confío en asegurar nuestra protección hasta la llegada del día. De eso no tengáis cuidado. Luego, sálvese quien pueda»¹⁰⁰.
- 1829 Entonces se inclinaron todos ante él en señal de gracias. Después se fueron a la cama. No pasó mucho rato sin que se acostaran los gallardos caballeros. Hagen, el valeroso héroe, empezó a armarse.
- 1830 Habló aquí el ministril, el caballero Volker: «Si no lo desdeñáis, Hagen, yo quisiera acompañaros a hacer la guardia esta noche hasta el amanecer.» El héroe, con gran gentileza, dio las gracias a Volker.
- 1831 «Que el Dios de los cielos os lo premie, muy querido Volker, en todas mis cuitas no desearía yo a nadie más que a vos

¹⁰⁰ No es libertad del traductor; es traducción literal.

solo, siempre que estuviera en apuro. Yo sabré agradecerlo, si la muerte no lo estorba.»

- 1832 Pusiéronse entonces ambos las brillantes armaduras. Luego empuñó cada uno su escudo y salieron del palacio a situarse a la puerta de pie. Allí velaron por los huéspedes. La guardia la hacían por lealtad.
- 1833 Volker el valeroso se desprendió de su buen escudo y lo apoyó en la pared. Luego volvió a la sala y tomó su instrumento. Estaba ahora sirviendo a sus amigos, como requería su condición de héroe.
- 1834 Bajo la puerta del edificio, sobre un poyo, se sentó. Jamás hubo un ministril más valeroso. Cuando los tañidos de las cuerdas resonaron tan agradablemente, los arrogantes extranjeros le dieron las gracias.
- 1835 Tocó luego las cuerdas de tal suerte que todo el palacio resonó. Tanto su fuerza como su destreza musical eran grandes. Luego, poco a poco, les regaló con melodías más suaves y quedas. Así adormeció él en su cama a más de un guerrero atribulado.
- 1836 Cuando estuvo seguro de que estaban dormidos, volvió a tomar el escudo en sus manos, salió del aposento y se puso en pie ante la puerta. Así protegía a los extranjeros de los hombres de Krimilda.
- 1837 A la mitad de la noche —yo no sé si ello fue antes— vio el valiente Volker relucir un yelmo, lejos en las tinieblas. Eran los hombres de Krimilda, que hubieran causado daño con gusto a los forasteros.
- 1838 Dijo entonces el ministril: «Amigo señor Hagen, menester es que hagamos frente juntos a este lance. Veo gente armada en pie delante del palacio. Tal como yo lo veo, creo que nos quieren acometer.»
- 1839 «Calla entonces», dijo ahora Hagen, «déjales que se acerquen más. Antes de que se percaten de nosotros, los brazos de los

dos les habrán trastocado los yelmos con las espadas. Se los devolveremos a Krimilda muy malparados.

- 1840 Muy pronto se dio cuenta uno de los guerreros hunos de que la puerta estaba guardada. Él se apresuró a decir: «No podemos llevar a cabo lo que pretendíamos. Veo al ministril haciendo en pie la guardia.
- 1841 Lleva sobre la cabeza un refulgente yelmo, brillante y recio, fuerte y cabal. También lanzan destellos las mallas, como si fueran fuego. A su lado está también Hagen, así que los forasteros están bien protegidos.»
- 1842 Pronto volvieron los hunos las espaldas. Cuando Volker vio esto, habló, con rabia, a su compañero: «Dejadme partir de esta casa en pos de los guerreros. Quiero pedir explicaciones a los hombres de Krimilda.»
- 1843 «No lo hagáis, si estimáis mi amistad», dijo entonces Hagen. «Si os alejáis de la casa, esos bravos guerreros os pondrán muy fácilmente en tal apuro con sus espadas que yo tendré que acudirlos y todos mis parientes perderán la vida.
- 1844 En efecto, si los seguimos, si los dos entablamos combate, entonces ellos se lanzarán en poco rato, ya dos, ya cuatro, dentro del palacio y causaran tal daño a los durmientes, que nunca los lloraríamos bastante.»
- 1845 Aquí volvió a hablar Volker: «Démosles a entender que ya los he visto, para que estos hombres de Krimilda no puedan negar que han obrado alevosamente y adrede.»
- 1846 Ahora prosiguió Volker, dirigiéndose a los que venían: «¿Cómo es que vais así de armados, valientes caballeros? ¿Acaso vais en son de saqueo; hombres de Krimilda? Si es así, podéis contar con mi ayuda y la de mi compañero.»
- 1847 Nadie le replicó. Su talante se hizo colérico: «Puah, miserables cobardes», dijo el esforzado paladín, «¿acaso pretendíais matarnos mientras dormíamos? Nunca se había hecho tal cosa con héroes leales.»

- 1848 Entonces se le anunció a la reina que sus hombres no habían cumplido lo mandado. Con razón le pesó a ella, pero luego dispuso las cosas de manera distinta: su alma estaba llena de saña. Por ello hubieron de perderse luego valientes y esforzados guerreros.

CANTO XXXI

De cómo fueron a la iglesia

- 1849 «La cota de malla se me está enfriando», habló Volker, «creo que la noche ya no nos durará más. Yo noto ya en el aire que pronto amanecerá». Entonces despertaron a muchos de sus compañeros que todavía dormían.
- 1850 Llegó luego el brillo del claro amanecer a los huéspedes que estaban en la sala. Hagen fue despertando por todas partes a los caballeros, preguntándoles si querían ir a misa a la catedral. Según costumbre cristiana se repicaron las campanas.
- 1851 Cristianos y paganos cantaban de manera distinta. Eso se vio muy bien allí. No estaban acordes. Luego los hombres de Gunter se dispusieron a ir a la iglesia; todos se habían levantado a una de sus lechos.
- 1852 Se ataviaron entonces los guerreros con tan buenas vestiduras que nunca hubo héroes en ningún reino que llevarán mejores galas. Esto enojó a Hagen, que dijo: «Ciertamente, héroes, es menester que llevéis aquí otras ropas.
- 1853 Bien sabéis muchos de vosotros lo que pasa. Llevad en la mano la espada, en vez de rosas, y, en la cabeza, en lugar de cintas ornadas de piedras, los sólidos y brillantes yelmos, pues bien conocemos el talante de la aviesa Krimilda.
- 1854 Voy a deciros que hoy tendremos que luchar. Debéis llevar gola en vez de camisas de seda y recios escudos en lugar de ricos mantos para estar prestos a defenderos si alguien os provoca a pelea.

- 1855 Mis muy queridos señores, y vosotros, parientes y guerreros, id en buena hora a la iglesia, y doleos a Dios poderoso de vuestras cuitas y vuestro sufrimiento, y sabed por cierto que la muerte se nos acerca.
- 1856 Y no olvidéis tampoco todo lo que habéis hecho. Presentaos ante Dios con todo fervor. Yo quiero avisaros, muy nobles caballeros, que si no lo quiere el Dios del cielo, no volveréis a oír misa jamás.»
- 1857 Así se encaminaron a la catedral los príncipes y sus hombres. En el camposanto Hagen el valeroso les pidió que se detuvieran y no se separaran. Así habló: «Nadie sabe, en verdad, lo que los hunos nos deparan.
- 1858 Poned, amigos míos, los escudos a vuestros pies y si alguien os hiciere un saludo ofensivo, hacédselo pagar con mortales y hondas heridas. Eso es lo que os aconseja Hagen. El que os vean así redundará en alabanzas para vosotros.»
- 1859 Los dos, Volker y Hagen, partieron de allí camino de la gran catedral. Esto lo hacían porque creían que la reina iba a disputarles el paso. Ambos iban presa de gran rabia.
- 1860 Llegó entonces el señor del país y también su hermosa mujer. Ricas galas adornaban a los muy bravos guerreros que le daban escolta. Alta era la polvareda que levantaban las huestes de Krimilda.
- 1861 Cuando el poderoso rey vio así armados a los reyes y sus huestes, cuán presto habló así: «¿Cómo es que veo a mis amigos con los yelmos puestos? A fe mía que me enojaré si les han hecho algo.
- 1862 De grado les daré reparación, como a ellos les parezca bien, si alguien les ha atribulado el corazón o el ánimo. Yo les haré saber que lo siento vivamente. Estoy dispuesto a darles cuanto me pidan.»

- 1863 A esto respondió Hagen: «A nosotros nadie nos ha hecho nada. Es costumbre de mis señores andar armados en todas las fiestas durante tres días enteros. Cualquier cosa que aquí nos hagan, se la diremos a Atila.»
- 1864 De sobra entendió Krimilda lo que Hagen dijo entonces. ¡Con cuánta saña le miró a la cara! Sin embargo, no quiso descubrirles cuál era la costumbre de su país, aunque la hubiese conocido largo tiempo entre los burgundos.
- 1865 Por muy feroz y acérrimo que fuese el odio de la reina, si alguien hubiera dicho a Atila la verdad, él habría impedido lo que luego aconteció. Por culpa de su extremada soberbia, ninguno de ellos se la confesó al rey.
- 1866 Entonces se movió una gran muchedumbre que acompañaba a la reina. Pero los dos héroes no querían ceder el paso ni dos palmos. Esto enojó a los hunos. Krimilda hubo de abrirse paso evitando a los arrogantes héroes.
- 1867 A los chambelanes de Atila esto no les pareció bien. Habrían provocado entonces las iras de los dos guerreros, si no hubiera sido porque no se atrevían delante del noble rey. Hubo ahora gran tumulto, pero nada más.
- 1868 Cuando acabó el servicio divino y querían partir de allí, llegó muy presto a caballo una gran hueste de guerreros hunos. Muchas hermosas doncellas estaban al lado de Krimilda. Cabalgaban a los lados de la reina por lo menos siete mil guerreros.
- 1869 Krimilda se sentó a la ventana en compañía de sus damas cerca del poderoso Atila; él tuvo en ello gran contento. Querían ver la justa de los arrogantes caballeros. ¡Ay, qué de extranjeros corrían ante ellos en la plaza!
- 1870 Había llegado también el mariscal, el valeroso Dankwart, con los escuderos; él había traído consigo desde el país burgundo las huestes de su señor. Veíanse bien ensillados los caballos de los intrépidos nibelungos.

- 1871 Cuando hubieron llegado a caballo los reyes con sus hombres, Volker les aconsejó que bohordasen¹⁰¹ según la usanza de su país. Entonces los héroes desplegaron magnífica destreza en el cabalgar.
- 1872 Lo que el héroe les había aconsejado no les enojó en modo alguno. El choque de los bohordos y el fragor crecía a la vez. A la ancha plaza llegó multitud de guerreros. Atila y Krimilda contemplaban la justa.
- 1873 Al torneo llegaron seiscientos guerreros de la hueste de Teodorico para enfrentarse con los forasteros. Venían dispuestos a gozar de un pasatiempo con los burgundos. Si él se lo hubiera permitido, lo habrían hecho de buen grado.
- 1874 ¡Ay, cuántos buenos guerreros cabalgaban detrás de ellos! Al señor Teodorico le avisaron de esto, y él les prohibió romper lanzas con los hombres de Gunter. Tenía razones fundadas para temer por sus guerreros.
- 1875 Cuando los de Verona se hubieron ido de allí, vinieron los de Bechelaren, los hombres de Rúdeger, quinientos a caballo y con el escudo embrizado, que pasaron delante del edificio. Antes hubiese querido el margrave que lo hubieran evitado.
- 1876 Con gran medida cabalgó entonces por entre la hueste y dijo a sus guerreros que se habrían percatado del encono que les mostraban los hombres de Gunter y que le gustaría que dejaran las justas.
- 1877 Cuando los arrogantes héroes se alejaron de allí, llegaron, así nos han contado, de los de Turingia y de los de Dinamarca, unos mil bravos guerreros. Veíanse volar allí, de los golpes, multitud de astillas.
- 1878 Imfrido y Hawart entraron a caballo en el torneo. Los caballeros del Rin los habían aguardado en brillante atavío. A los

¹⁰¹ El verbo *bohordar* y su variante *bofordar* figuran en el *DRAE*: «Tirar o arrojar bohordos en los juegos de caballería.»

del país turingio les ofrecieron más de una justa. Muchos magníficos escudos quedaron traspasados de los tajos.

- 1879 Seguido de tres mil guerreros llegó allí el señor Bloedelin. Atila y Krimilda se dieron cuenta de su presencia porque los juegos tenían lugar delante de ellos. La reina los contemplaba esperando que su llegada redundara en perjuicio para los burgundos.
- 1880 Schrutan y Gibeche, lo mismo que Ramung y Hornboge entraron también en liza, a la usanza de los hunos. Pararonse frente a los caballeros del país burgundo. Las puntas de las lanzas pasaban dando vueltas por encima de las paredes de palacio.
- 1881 Por grandes que fueran las proezas de cada uno, allí no había otra cosa que ruido. Se oyó retumbar el palacio y la sala del fragor de los escudos, golpeados duramente por los hombres de Gunter. Su hueste ganó así gran honra y alabanzas.
- 1882 Fue tan grande y fogosa la diversión que el blanco sudor de los briosos corceles que montaban los héroes corría por debajo de las gualdrapas. Ellos medían la fuerza con los hunos con cortesía y arrogancia.
- 1883 Habló a este punto el bravo guerrero, Volker el ministril: «Creo que estos caballeros no se atreverán a acometernos. He oído siempre decir que nos odiaban, pero en verdad nunca tuvieron mejor ocasión de hacerlo.»
- 1884 «Deberían llevar los caballos a sus cuadras», prosiguió Volker, «luego volveremos a montarlos hacia el atardecer, cuando llegue la hora. ¿Y si al final de todo la reina concediera el premio a los burgundos?»
- 1885 Vieron entonces avanzar un jinete tan gallardo como ninguno de los hunos había cabalgado jamás. Sin duda, iba entonces prendado su corazón de una dama, pues avanzaba tan bien ataviado como la novia de un noble caballero.

1886 Volker tomó otra vez la palabra: «¿Cómo podría yo dejar pasar esto? Este agraciado de las damas merece un vapuleo. Nadie me podría disuadir. Le va en ello la vida. Poco me importa que se enoje la esposa del rey Atila.»

1887 «No lo hagáis, si en algo tenéis mi afecto», dijo presto Gunter. «Si les acometemos, nos echarán la culpa. Dejad a los hunos que empiecen; eso será mejor.» Entretanto el rey Atila estaba sentado junto a la reina.

1888 «Voy a sumarme a la pelea», dijo entonces Hagen. «Que las damas y caballeros vean nuestra destreza en el torneo; eso será conveniente. Los hombres de Gunter no hemos de recibir de todos modos alabanza alguna.»

1889 Volker, el muy valeroso, de nuevo se lanzó a la embestida. Esto hubo de ser después motivo de harto pesar para más de una dama. Con su lanza atravesó el cuerpo del caballero tan bien ataviado. Después hubieron de llorar esta muerte señoras y doncellas.

1890 Con brioso empuje Hagen y sesenta de los suyos se lanzaron a caballo a acudir al ministril allí donde se celebraba el torneo. Atila y Krimilda veían claramente lo que pasaba.

1891 Los tres reyes no querían dejar a su ministril sin apoyo entre sus enemigos. Mil caballeros suyos se acercaron cabalgando en son de torneo; cumplían lo que querían los reyes con arrogante compostura.

1892 Cuando el huno de los ricos atavíos fue herido de muerte, oyéronse los gritos y lamentos de sus parientes. Preguntaron entonces todas las gentes del séquito: «¿Quién ha hecho esto?» «Lo hizo el tocador de vihuela, Volker, el valiente ministril.»

1893 Al punto pidieron a gritos sus espadas y escudos los parientes del margrave de los hunos muerto. Querían la muerte de Volker. El rey Atila se alejó apresuradamente de la ventana en que se sentaba.

- 1894 Se alzó entonces por todas partes el clamor de las gentes. Los reyes y su séquito descabalgaron ante la gran sala. Luego los burgundos hicieron recular los corceles. Entonces llegó el rey Atila: el soberano allanó la disputa.
- 1895 A uno de los parientes del huno muerto, que a su lado vio, le arrancó de la mano una muy fuerte espada. Tanta era su cólera que los hizo retroceder a todos: «¿Es que cuantos servicios he dispensado a estos héroes habrán sido en balde?»
- 1896 «Si ahora ante mi vista matáis a ese ministril», habló el rey Atila, «sería una mala obra. Yo vi bien cómo cabalgaba cuando atravesó al huno. No fue culpa suya; ha sido un lance desafortunado.
- 1897 Es menester que dejéis en paz a mis huéspedes». Entonces él les prestó escolta y los caballos fueron llevados de allí a los establos. Los forasteros tenían muchos escuderos dispuestos a prestarles con celo cualquier servicio.
- 1898 El señor entró en el palacio con sus amigos. Él no dejaba en modo alguno que la cólera se adueñara de los hombres. Se prepararon entonces las mesas y se les trajo agua. Los del Rin tenían allí numerosos y terribles enemigos.
- 1899 Largo tiempo pasó hasta que los señores hubieran tomado asiento. El temor de Krimilda los tenía acongojados. Ella habló entonces: «Príncipe de Verona, yo te pido consejo, ayuda y apoyo. Estoy en un trance desesperado.»
- 1900 A esto replicó Hildebrando, un caballero sin tacha: «Quien ataque a los nibelungos, por amor de un tesoro, que no cuente conmigo; le habrá de pesar. Todavía no están vencidos los valerosos y arrogantes caballeros.»
- 1901 Habló entonces con su tono cortés el señor Teodorico: «Abandona tu demanda, poderosa reina. Ninguna injuria me han hecho tus parientes, que yo tenga que acometer a tan esforzados caballeros.

- 1902 Poco te honra tu deseo, muy noble esposa de príncipe, de tramar la muerte de tus deudos. A este país vinieron confiados en afectuosa acogida. Sigfrido no habrá de ser vengado por el brazo de Teodorico.»
- 1903 Cuando ella no vio a Teodorico dispuesto a la traición, se apresuró a prometer por juramento a Bloedelin una extensa marca que antes había sido heredad de Nuodung. Pero pronto había de matarlo Dankwart, de suerte que se olvidó enteramente del regalo.
- 1904 Dijo la reina: «Acude en mi ayuda, señor Bloedelin, dentro de esta morada están mis enemigos, los que mataron a Sigfrido, mi querido esposo. A aquel que me ayude a vengar su muerte, le quedaré por siempre agradecida.»
- 1905 A esto replicó Bloedelin: «Señora, debéis saber que yo no me atrevo, por miedo a Atila, a abrigar designio hostil contra ellos, pues él ve con buenos ojos a tus parientes. Si yo les causara algún mal, el rey no me lo perdonaría.»
- 1906 «¡Quia!, señor Bloedelin, yo te seré siempre propicia; te daré en recompensa plata y oro, y una hermosa doncella, la novia de Nuodung: gran placer tendrás estrechando entre tus brazos tan gentil dama.
- 1907 Te haré merced además de tierras y castillos, todo te lo daré. Así podrás, noble caballero, vivir siempre gozoso, si recibes la marca que poseía Nuodung. Cuanto te prometo hoy, lo cumpliré lealmente.»
- 1908 Cuando el señor Bloedelin supo cuál era el premio, ya que por su hermosura la dama le agradaba mucho, pensó ganar a la gentil dueña en la lid. Fue por esta causa por lo que este guerrero había de perder la vida más tarde.
- 1909 Dijo entonces a la reina: «Volved a la sala. Antes de que nadie se dé cuenta, yo levantaré gran alboroto. Hagen tiene que pagar el mal que os ha causado. Yo os entregaré atado al vasallo del rey Gunter.»

- 1910 «Y ahora, armaos», habló Bloedelin, «todos mis hombres. Vamos a acometer al enemigo en sus cuarteles. De esta tarea no está dispuesta a relevarme la esposa de Atila. Por eso, todos nosotros, héroes, debemos arriesgar la vida».
- 1911 Cuando la reina dejó a Bloedelin presto para la lucha, se dirigió a la mesa con Atila y los hombres del rey. Ya había tramado un alevoso plan contra sus huéspedes.
- 1912 Como no podía de otro modo estallar la lucha, enterrado en sus entrañas su antiguo pesar, Krimilda hizo traer a la mesa al hijo de Atila. ¿Cómo una mujer, llevada por la venganza, pudo obrar más cruelmente?¹⁰²
- 1913 Al punto cuatro hombres de Atila fueron a buscar a Ortlieb, el joven rey, para llevarlo a la mesa de los príncipes, donde también estaba sentado Hagen. Por la furia asesina de éste había de morir luego el niño.
- 1914 Cuando el poderoso rey vio a su hijo, gentilmente habló a los parientes de su esposa. «Aquí veis, pues, a mi único hijo, que también lo es de vuestra hermana: que esto sea para bien de todos vosotros.
- 1915 Si sale a la familia, llegará a ser un bravo guerrero, poderoso y muy noble, fuerte y gallardo. Si me queda algún tiempo de vida, le daré doce países. Así el brazo del joven Ortlieb os servirá de ayuda.
- 1916 Por ello os ruego encarecidamente, mis queridos amigos, que cuando volváis a vuestra patria, a orillas del Rin, llevéis con vosotros al hijo de vuestra hermana y le mostréis además bien al niño las pruebas de vuestro favor.

¹⁰² Esta estrofa, en especial la pregunta final, es una reliquia de fuentes no totalmente adaptadas al *Cantar de los Nibelungos* y es sustituida a veces por la correspondiente del manuscrito C. Krimilda, en versiones anteriores, tiene la intención de sacrificar a su hijo, instigándolo a afrentar a Hagen, para que éste, al vengarse, provoque la matanza, pero el autor del *Cantar* no es consecuente con lo que anticipa en la estrofa 1912, pues el niño muere cuando ya la suerte está echada.

- 1917 Criadle en el sentido del honor hasta que se haga hombre. Si alguien en vuestros dominios os ultraja, él os ayudará a vengaros cuando crezca.» Estas palabras las oyó Krimilda, la esposa del rey Atila.
- 1918 «Bien podrán confiar en él estos guerreros», habló entonces Hagen, «si llega a ser hombre. Pero el joven rey está predeterminado. Será difícil que me vean pisar la corte en busca de Ortlieb».
- 1919 El rey miró a Atila. Sus palabras le habían dolido. Aunque no habló de ello el muy esforzado príncipe, le acongojaron el corazón y apesadumbraron el ánimo. El talante de Hagen no era bueno para bromas.
- 1920 Todos los príncipes, como el rey, quedaron entristecidos con lo que Hagen acababa de decir de su hijo. Tener que dejarlo pasar era para ellos doloroso. No sabían todavía todo lo que el guerrero iba a hacer después.

CANTO XXXII

De cómo Dankwart mató a Bloedelin

- 1921 Los guerreros de Bloedelin estaban todos prestos. Con mil cotas de malla se pusieron en marcha hacia donde Dankwart estaba sentado a la mesa con sus hombres. Estalló entonces entre los héroes un odio mortal.
- 1922 Cuando el señor Bloedelin se hubo adelantado hacia las mesas, Dankwart, el mariscal, le dispensó cordial acogida: «Bienvenido a la casa, mi señor Bloedelin, me gustaría saber el motivo de vuestra venida.»
- 1923 «No es menester que me saludes», dijo entonces Bloedelin, «pues esta mi llegada significa tu fin; vas a morir porque Hagen, tu hermano, mató a Sigfrido. Esto lo has de pagar tú aquí, en tierra de hunos, lo mismo que muchos otros guerreros.»
- 1924 «En modo alguno, señor Bloedelin», habló Dankwart. «Tendríamos entonces, con razón, que arrepentirnos de nuestro viaje. Yo era un niño chico cuando Sigfrido perdió la vida¹⁰³. No sé qué me achaca la esposa del rey Atila.»
- 1925 «Yo no sé decirte más que lo hicieron tus parientes Gunter y Hagen. Así, pues, forasteros, aprestaos a la defensa. No podréis salir con vida. Habréis de pagar con ella la deuda que tenéis con Krimilda.»
- 1926 «¿Así que no queréis cejar?», habló ahora Dankwart. «Entonces me arrepiento de mis ruegos; mejor habría hecho callan-

¹⁰³ Una contradicción del autor. Dankwart es uno de los cuatro héroes —con Gunter, Sigfrido y Hagen— que hacen el viaje a Islandia (estrofa 342 y ss.) antes de la muerte de Sigfrido.

do.» El bravo y esforzado caballero se levantó de un salto de la mesa y desenvainó una afilada espada, grande y larga.

- 1927 Descargó entonces contra Bloedelin un terrible tajo, tal que en seguida cayó la cabeza a sus pies. «Que éste sea tu regalo de boda», habló Dankwart, el héroe, «para la novia de Nuodung, cuyo amor pensabas ganar»¹⁰⁴.
- 1928 «Si mañana quieren casarla con otro caballero y él pretende el mismo regalo de boda, le pasará lo mismo.» Sabía él por un huno de confianza que la reina había tramado contra ellos grandes males.
- 1929 Cuando los hombres de Bloedelin vieron a su señor muerto en tierra, no estuvieron dispuestos a tolerar más a los forasteros. Blandiendo las espadas arremetieron contra los jóvenes escuderos con ánimo sañudo. Esto había de pesarles a muchos después.
- 1930 A grandes voces llamó entonces Dankwart a toda su hueste: «Bien veis, nobles escuderos, lo que os espera. ¡Ahora defendeos, desdichados! A fe que estamos en grave apuro pese a la muy amable invitación que nos hizo la noble Krimilda.»
- 1931 Los que no tenían espada se arrojaron al suelo de sus bancos y cogieron de sus pies largos escabeles. Los escuderos burgundos no querían tolerar la afrenta. Las pesadas sillas causaron entonces a través de los yelmos hartos chichones.
- 1932 ¡Con qué furia se defendieron entonces los desdichados escuderos! Pronto arrojaron de la casa a los guerreros armados. Dejaron muertos allí dentro quinientos o más. Quedó entonces la hueste burgunda roja y bañada en sangre.
- 1933 Pronto llegó a los hombres de Atila la espantosa nueva —fue para ellos una pena terrible— de que habían sido muertos Bloedelin y sus hombres y de que esto lo hicieron el hermano de Hagen y sus escuderos.

¹⁰⁴ Todo esto no lo podía saber Dankwart. Es una libertad del poeta.

- 1934 Antes de que el rey supiera esto se presentaron dos mil o más hunos enfurecidos y se lanzaron sobre los escuderos —así tenía que ser— y no dejaron ni uno con vida de la hueste.
- 1935 Los traidores habían llevado ante la casa un gran ejército. Los escuderos ofrecieron valiente resistencia. ¿Pero de qué les valdría su brava fortaleza? Allí hubieron de caer muertos. Poco tiempo después aconteció un espantoso desastre.
- 1936 Ahora podéis oír contar cosas portentosas y horribles. Nueve mil escuderos yacían muertos, además de doce caballeros de la tropa de Dankwart. Allí se levantaba él, enteramente solo, rodeado de sus enemigos.
- 1937 El fragor había cedido, el tumulto se había calmado. Entonces miró hacia atrás, por encima del hombro, Dankwart el guerrero y dijo: «Ay de mis amigos, los que acabo de perder; ahora, por desgracia, heme aquí en pie solo entre mis enemigos.»
- 1938 Los tajos menudeaban sobre el caballero, solo. Luego hubieron de llorar tal pelea las esposas de muchos héroes. Dankwart levantó más alto el escudo, cuando hubo bajado la empuñadura. Entonces hizo correr la sangre sobre muchas cotas de mallá.
- 1939 «¡Ay de mí, qué trance el mío!», habló el hijo de Aldrián, «abridme paso ahora, guerreros hunos, dejadme salir al aire libre, para que el viento refresque a un hombre cansado de batallar». Se vio entonces al caballero avanzar con magnífica apostura.
- 1940 Cuando este héroe agotado por la pelea saltó fuera de su albergue, ¡cuántas nuevas espadas resonaron sobre su yelmo! Los que no habían visto las proezas de su brazo, saltaron a hacer frente al guerrero burgundo.
- 1941 «¡Quisiera Dios», dijo Dankwart, «que yo tuviera un mensajero que pudiese hacer saber a mi hermano Hagen en qué

grave apuro estoy ante estos guerreros! Sí, él me libraría de este trance o caería muerto a mi lado».

- 1942 Hablaron ahora los guerreros hunos: «Tú habrás de ser el mensajero cuando te llevemos muerto ante tu hermano. Entonces es cuando el vasallo de Gunter verá algo que le haga sufrir. Tú has causado aquí al rey Atila bastante daño.»
- 1943 Dankwart replicó: «Dejaos de amenazas y seguid retrocediendo. Todavía voy a teñir de sangre la cota de mallá de alguno. Yo mismo voy a llevar la noticia a la corte y haré saber a mis señores mi gran tribulación.»
- 1944 Se hizo tan temible a los hombres de Atila, que ellos no osaban darle batalla con la espada. Entonces dispararon tantos venablos sobre su escudo que él, abrumado por el peso, lo tuvo que dejar caer de la mano.
- 1945 Creyeron dominarlo ahora que no tenía escudo. Pero ¡ay qué hondas heridas causó hendiendo los yelmos! Muchos guerreros valientes hubieron de sucumbir a sus tajos: por ello alcanzó mucha gloria el bravo Dankwart.
- 1946 De uno y otro lado arremetieron contra él, pero algunos entraron muy temprano en la refriega. Él avanzaba frente a sus enemigos como un jabalí furioso ante la jauría. ¿Pudo mostrar mayor arrojo?
- 1947 La sangre caliente no dejaba de correr tiñendo su rostro. A fe que jamás luchó mejor que él un guerrero a solas con sus enemigos. Pudo verse entonces al hermano de Hagen avanzar altanero hacia la corte.
- 1948 Trinchantes y coperos oyeron el chocar de las espadas; algunos arrojaron de sus manos las bebidas y viandas que llevaban a los huéspedes. Salió entonces al encuentro del héroe ante la escalera gran número de recios enemigos.
- 1949 «¿Qué pasa, trinchantes?», habló el abrumado guerrero. «Deberíais ocuparos de atender a vuestros huéspedes y lle-

varles ricos manjares, y dejarme anunciar a mis amados señores las nuevas que traigo.»

- 1950 A aquellos que pugnando con su valentía le salieron a hacer frente en las escaleras, les descargó algunos golpes tan recios que hubieron de retroceder a escalones más altos. Su fortaleza y su bravura hicieron grandes maravillas.

CANTO XXXIII

De cómo lucharon los burgundos contra los hunos

- 1951 Cuando el valeroso Dankwart hubo alcanzado la puerta, mandó a la hueste de Atila retroceder más aún. Por toda su armadura corría la sangre; desnuda en su mano empuñaba una poderosa espada.
- 1952 A grandes voces gritó entonces Dankwart al héroe: «Hagen, hermano mío, lleváis mucho tiempo sentados. A ti y al Dios del cielo proclamo nuestro infortunio: caballeros y escuderos yacen muertos en sus albergues.»
- 1953 Hagen replicó: «¿Quién ha hecho eso?» «Lo hicieron el señor Bloedelin y sus hombres. Pero puedo aseguraros que hartos lo ha pagado. Yo, con mis propias manos, le he cortado la cabeza.»
- 1954 «Poca cosa es», volvió a hablar Hagen, «que se diga de un guerrero que ha perdido la vida a manos de un héroe: menos tendrán que llorarle así las hermosas dueñas.
- 1955 Pero decidme ahora, hermano Dankwart, ¿cómo es que estáis ensangrentado? Pienso que hay heridas que os causan gran dolor. Si el que os ha hecho esto está en alguna parte del país y el enemigo malo no lo salva, lo pagará con su vida».
- 1956 «Tú me estás viendo sano y salvo; sólo mis ropas están empapadas de sangre de las heridas de otros hombres. Tantos de ellos han perecido hoy a mis manos, que, si hubiera de jurarlo, no podría decir cuántos han sido.»
- 1957 Habló entonces Hagen: «Hermano Dankwart, monta la guardia a la puerta y no dejes salir por ella a uno solo de los

hunús. Yo voy a pedir cuenta a estos guerreros, como el grave trance lo requiere. Nuestros hombres yacen muertos sin haberlo merecido.»

- 1958 «Si he de ser chambelán¹⁰⁵, habló el bravo caballero, «yo sabré servir bien a tan poderosos señores y ganaré gloria guardando los escalones». Para los guerreros de Krimilda no pudo acontecer mayor desgracia.
- 1959 «A mí me gustaría saber», volvió a hablar Hagen, «qué es lo que los guerreros hunos están susurrando. Me figuro que con gusto se desharían del que guarda la puerta y nos trajo las nuevas a los burgundos.
- 1960 Hace mucho que he oído decir de Krimilda que no podía aguantar la congoja de su corazón. Bebamos, pues, a la memoria de los muertos y sacrifiquemos el vino de Atila. Que sea el joven príncipe de los hunos el primero¹⁰⁶.
- 1961 Entonces el héroe asestó tal golpe al joven Ortlieb, que la sangre corrió por la espalda hasta la mano y la cabeza saltó hasta el regazo de la reina. Ahora empezó entre los guerreros una descomunal y espantosa matanza.
- 1962 Luego descargó sobre el maestro que educaba al niño un terrible mandoble, tal, que la cabeza al punto rodó al pie de la mesa. Era una triste soldada la que dispensaba al maestro.
- 1963 Vio entonces a un ministril ante la mesa de Atila. Hagen, presa de la ira, a él se encaminó. Golpeando sobre la vihuela le cortó la diestra mano. «Ésta será pago de embajada para cuando vuelvas a tierra burgunda.»
- 1964 «Ay de mi mano», dijo Werbel el juglar, «señor Hagen de Trónege, ¿qué os había hecho? Yo fui de buena fe al país de tu señor. ¿Cómo podré tañer las cuerdas ahora que he perdido la mano?»

¹⁰⁵ Irónico. Guardar la puerta es un menester palaciego, propio de chambelán.

¹⁰⁶ Por quien brindamos.

1965 Poco le importaba a Hagen que él no volviera a tocar. Ahora en su furor homicida acometió en la casa a los guerreros de Atila y mató a muchos de ellos. Grande fue el número de los que cayeron en la sala.

1966 Volker el valeroso se levantó de la mesa de un salto. Empuñado por su mano el arco de la viola¹⁰⁷, resonaba con fragor. Entonces el ministril de Gunter sacó a su instrumento notas terribles. ¡Ay, qué de enemigos se creó él entre los hunos!

1967 También se levantaron raudos de la mesa los tres nobles reyes. Querían detener la pelea antes de que pasaran mayores desgracias. Pero nada pudieron evitar con su mesura en tanto que Volker y Hagen eran presa de una furia desatada.

1968 Vio entonces el señor del Rin que la lucha no se podía zanjar. Y así el propio príncipe causó enormes pérdidas a sus enemigos atravesando las brillantes cotas. Él era un héroe cabal, eso lo demostró cumplidamente.

1969 Entró en lid ahora el valeroso Gernot. Causó entonces entre los hunos la muerte de muchos héroes con una afilada espada que le regalara Rúdeger. A los guerreros de Atila los maltrató duramente.

1970 El hijo menor de doña Ute se lanzó a la lucha. Su magnífica espada resonaba al atravesar los yelmos a los guerreros de Atila, los del país huno. Grandes proezas hizo entonces el brazo del valeroso Giselher.

1971 Por bravos que fueron todos, los reyes y sus hombres, a la cabeza de ellos estaba en pie, frente a los enemigos, Giselher: era un héroe cabal. Con sus heridas hizo caer a más de uno en la sangre.

1972 Pero los hombres de Atila se defendían con denuedo. Se pudo ver entonces a los forasteros descargando tajos con las brillantes espadas, avanzar por la sala del rey. Oyóse entonces por doquier el clamor de grandes lamentos.

¹⁰⁷ Irónico: la espada. Alude a su ocupación cortesana de violero.

- 1973 Quisieron ahora los que estaban fuera juntarse a sus amigos de dentro. Pero quienes atacaron la puerta tuvieron bien poca fortuna. Mientras tanto, los de dentro de buen grado hubieran salido, pero Dankwart no dejó a uno solo bajar o subir la escalera.
- 1974 Se alzó entonces ante la puerta un enorme tumulto y resonó el choque de las espadas contra los yelmos. Grave fue el apuro para el valeroso Dankwart. Esto llenó de congoja a su hermano, como cumplía a su lealtad.
- 1975 A grandes voces llamó Hagen a Volker: «¿Veis allí, compañero, a mi hermano hacer frente a los guerreros hunos que le asestan rudos golpes? Amigo, acudid a mi hermano antes de que perdamos al héroe.»
- 1976 «A fe que lo haré», dijo el violero. Avanzó por la gran sala, blandiendo el arco: una espada bien templada resonaba en su mano. Los héroes del Rin bien se lo agradecieron.
- 1977 Volker el valeroso dijo entonces a Dankwart: «Habéis sufrido hoy harta desventura. Vuestro hermano me ha pedido que acuda en vuestra ayuda. Si queréis quedaros fuera, yo les haré frente desde dentro.»
- 1978 Dankwart el valeroso se apostó fuera, ante la puerta; así defendía la escalera contra todos los que se acercaran. Oíanse resonar las espadas empuñadas por los héroes. Lo propio hacía dentro Volker el burgundo.
- 1979 El bravo violero gritó por encima de la muchedumbre: «La sala está bien cerrada, señor Hagen, mi amigo. La puerta de Atila está bien atrancada: los brazos de los héroes que la guardamos bien valen por mil cerrojos.»
- 1980 Cuando Hagen de Trónege vio la puerta así guardada, se echó el escudo sobre la espalda el famoso valiente guerrero: ahora es cuando empezaba a vengarse de lo que le habían hecho antes. A sus enemigos no les quedaba la menor esperanza de salvar la vida.

- 1981 Cuando el señor de Verona, rey de los amelungos, se percató bien de que el valiente Hagen tantos yelmos destrozaba, se puso de un salto sobre un banco y dijo: «Aquí está escanciando Hagen la más amarga de las bebidas»¹⁰⁸.
- 1982 El rey Atila estaba harto preocupado, y con razón —tantos amigos queridos le eran arrebatados delante de sus ojos—, pues apenas pudo salir con vida de manos de sus enemigos. Presa de gran desazón, él permanecía sentado: ¿de qué le servía ser rey?
- 1983 La poderosa Krimilda llamó ahora a Teodorico: «Ayúdame, noble caballero, a salir con vida de aquí. Apelo a las virtudes caballerescas de los príncipes del país amelungo, porque si Hagen me alcanza, mi muerte es segura.»
- 1984 «¿Cómo es posible, noble reina, que os ayude?», dijo el señor Teodorico, «yo mismo estoy en grave trance. Los hombres de Gunter están tan furiosos, que en este momento no puedo proteger a nadie.»
- 1985 «Quia, señor Teodorico, muy noble y valeroso caballero, yo te pido encarecidamente que muestres hoy tu ánimo generoso y me ayudes a salir de aquí; de otro modo, yo me doy por muerta.» El miedo tenía a Krimilda presa de muy gran apuro.
- 1986 «Voy a intentar ver si os puedo ayudar. A fe que en mucho tiempo no he visto tan ferozmente ensañados a tantos valientes caballeros. Ahí veo brotar la sangre de los yelmos hendidos por las espadas.»
- 1987 Con fuerza gritó el héroe sin par, de suerte que su voz resonó como un cuerno de bisonte y el enorme castillo retumbaba con sus gritos. La fortaleza de Teodorico era descomunal.

¹⁰⁸ Se alude al brindis cruel de la estrofa 1960.

- 1988 Gunter, metido en dura lucha, oyó las voces de este caballero y se puso a escuchar. Dijo entonces: «Ha llegado a mi oído la voz de Teodorico. Creo que nuestros guerreros le han matado alguno de los suyos.
- 1989 Lo veo encima de la mesa haciendo señas con la mano. Amigos y parientes del país burgundo, detened la lucha. Dejadme oír y ver qué le han hecho aquí mis hombres al caballero.»
- 1990 Cuando el rey Gunter se lo hubo pedido y mandado, dejaron de blandir las espadas en la encarnizada batalla. Que nadie siguiera peleando fue prueba de su gran poder. En seguida preguntó Gunter al de Verona.
- 1991 Dijo: «Muy noble Teodorico, ¿qué os han hecho mis amigos? Es mi deseo y estoy dispuesto a daros reparación y satisfacción. Cualquier daño que os hayan hecho, me causa hondo pesar.»
- 1992 El señor Teodorico dijo ahora: «A mí nada me han hecho. Dejadme salir de esta casa con mi séquito y que me escolten vuestros hombres. Yo os aseguro que os guardaré gratitud eterna.»
- 1993 «¿Cómo es que rogáis tan pronto?», dijo entonces Wolfhart. «Tanto no ha atrancado la puerta el ministril que no podamos abrir ancha brecha y salir.» «Callaos», habló el señor Teodorico, «valiente cosa habéis hecho.»
- 1994 Habló ahora el rey Gunter: «Yo estoy dispuesto a que os llevéis de la casa a muchos o pocos, pero no a mis enemigos: éstos deben quedar aquí. Harto daño me han hecho en esta tierra de hunos.»
- 1995 Cuando Teodorico hubo oído esto, rodeó con un brazo a la noble reina: ella tenía gran temor. Con el otro se llevó de allí al rey Atila. También salieron con Teodorico seiscientos arrogantes caballeros.
- 1996 Dijo entonces el margrave, el noble Rúdeger: «Si alguien más puede salir de esta sala propicio a prestaros servicio, hacéd-

- noslo saber: los que somos buenos amigos vuestros estaremos satisfechos de esta tregua inquebrantable.»
- 1997 A esto replicó Giselher, el del país burgundo: «Que la paz y un arreglo amistoso os sean reconocidos; puesto que vos y vuestros hombres estáis en lealtad constante. Podéis sin cuidado salir de aquí con vuestros amigos.»
- 1998 Cuando el señor Rúdeger desalojó la sala, le siguieron en total unos quinientos o más de los de Bechelaren, sus amigos y sus vasallos; de ellos hubo de recibir después gran daño el rey Gunter.
- 1999 Vio entonces un guerrero huno avanzar a Atila al lado de Teodorico y quiso aprovechar el momento para huir, pero el violero le asestó tal tajo que al punto rodó su cabeza a los pies de Atila.
- 2000 Cuando el señor del país llegó fuera de la casa se dio la vuelta y contempló a Volker: «¡Ay de mí! En mala hora vinieron estos huéspedes, ¡qué desgracia tan terrible que todos mis guerreros hayan de morir ante ellos!»
- 2001 «Malhaya la fiesta», habló el noble rey. «Ahí dentro lucha uno —se llama Volker— como si fuera un feroz jabalí, y es un ministril. Doy gracias a mi buena suerte por haber escapado a ese diablo.
- 2002 Sus sonos son temibles; su tañer, rojo de sangre; sí, sus acordes hacen caer muertos a muchos héroes. No sé qué rencor tiene contra nosotros ese ministril, pues jamás recibí tanto daño de ningún huésped.»
- 2003 Ante la sala tenían los burgundos aquellos a quienes querían dejar salir. Se alzó entonces en el interior un enorme tumulto. Los forasteros vengaban con saña lo que antes les había acontecido. ¡Cuántos yelmos destrozó el valeroso Volker!
- 2004 El noble rey Gunter se volvió hacia donde se oía el fragor: «¡Oís los tañidos, Hagen, que Volker les está ofreciendo a los

hunos, a cualquiera de ellos que se acerca a las torres? Roja es la resina que tiene su arco.»

- 2005 «Tengo un pesar harto grande», así habló Hagen, «de haber quedado por encima del héroe dentro de la sala. Yo era su compañero de armas, como él era mío, y si alguna vez volvemos a la patria, lo seguiremos siendo con lealtad¹⁰⁹.
- 2006 Mira, pues, noble rey, cómo Volker te guarda lealtad; él está mereciendo con su afán tu plata y tu oro; el arco de su vihuela atraviesa el duro acero y rompe los adornos de claros brillos de los yelmos.
- 2007 Jamás vi a ministril de porte tan magnífico como hoy el héroe Volker. Resuenan los sones suyos hendiendo yelmos y escudos. Ciertamente merece montar buenos caballos y vestir hermosas armaduras».
- 2008 De cuantos amigos de los hunos habían estado en la sala no quedaba ahora dentro ninguno con vida. Se había aquietado el tumulto de los que dentro pelearon. Los valerosos y esforzados héroes soltaron las espadas que empuñaban.

¹⁰⁹ Aunque la posición de Hagen en la corte se refleja forzosamente en ocupar en la sala un lugar superior en rango al de Volker, la bravura de éste, a quien tiene por igual, le hace lamentar el protocolo.

CANTO XXXIV

De cómo arrojaron los muertos de la sala

- 2009 Después de las fatigas los señores se sentaron. Volker y Hagen se pusieron a la entrada de la sala. Los arrogantes guerreros se apoyaron en los escudos. Departieron ambos entonces con discretas razones.
- 2010 Habló ahora Giselher, el guerrero de Burgundia: «A fe que no podéis queridos amigos, entregaros al descanso; debéis sacar de la casa a los muertos. Habremos de resistir nuevas acometidas, os lo aseguro.
- 2011 No es menester que sigan más tiempo tendidos a nuestros pies. Antes de que los hunos nos ataquen y nos arrollen, les asestaremos heridas tales que me darán harto gozo. Ése es, siguió Giselher, «mi firme empeño».
- 2012 «Feliz yo que tengo tal señor», dijo entonces Hagen, «sólo es propio de un hombre cabal un consejo como el que hoy me da mi joven señor. Todos los burgundos podéis estar satisfechos de ello».
- 2013 Siguieron luego el consejo y sacaron por la puerta siete mil muertos que arrojaron fuera. Caían por las escaleras que había ante la puerta. Se alzó entonces entre sus amigos un gran coro de lamentos.
- 2014 Había algunos de ellos tan levemente heridos, que si se les hubiera cuidado con esmero se habrían recobrado, pero hubieron de quedar muertos por caer de tan alto. Sus amigos entonces se acongojaron; ciertamente tenían buen motivo para ello.

- 2015 Habló aquí Volker el ministril, héroe bien esforzado: «Ahora compruebo la verdad de lo que me han dicho, a saber: que los hunos son cobardes y lloran como mujeres cuando deberían preocuparse por los hombres tan malheridos.»
- 2016 Pensó entonces un margrave que Volker había hablado así por compasión. Vio a uno de sus parientes caído y bañado en sangre. Lo tomó en sus brazos y quiso llevarlo de allí. Pero el valeroso ministril lo abatió con un dardo cuando se inclinaba sobre el muerto.
- 2017 Cuando esto lo vieron los otros, pusiéronse en fuga y empezaron a maldecir al ministril. Empuñó éste entonces una afilada y sólida jabalina que sobre él había arrojado uno de los hunos.
- 2018 Entonces la lanzó con brío hasta el otro lado del castillo por encima de la gente. Así les señalaba a los hombres de Atila un lugar más alejado de la sala. Los allí presentes temían su descomunal fuerza sobre todo.
- 2019 Había ahora ante el palacio muchos miles de hombres. Entonces Volker y Hagen dijeron al rey Atila todo lo que pensaban. Esto había de pesarles más tarde a los valerosos y esforzados héroes.
- 2020 «Conviene mucho», dijo Hagen, «al señor que es consuelo de su pueblo que luchen los príncipes a la cabeza, tal como cada uno de mis señores lo hace aquí: ellos atraviesan los yelmos de tal suerte que la sangre corre por las espadas».
- 2021 Atila era muy valiente; él empuñó su escudo. «Tened cuidado», habló la señora Krimilda, «y ofrecedle al guerrero un escudo rebosante de oro, pues si os alcanza Hagen, os espera la muerte segura».
- 2022 El rey era tan valeroso, que no quiso cejar en su empeño, lo que rara vez ocurre con príncipes tan poderosos: hubo que tirar de él por la correa del escudo. Pero el terrible Hagen volvió a mofarse de él.

- 2023 «Es un lejano parentesco», dijo Hagen el héroe, «el que había unido a Atila y a Sigfrido. Éste amó a Krimilda antes de que ella te viera a ti. ¿Por qué, rey cobarde, tramas daño contra mí?»
- 2024 Oyó estas razones la esposa del noble rey. La cólera de Krimilda se encendió, pues Hagen había osado afrentarla ante los hombres de Atila; por ello urdió nuevos males contra los forasteros.
- 2025 Dijo ella: «A aquel que mate a Hagen de Trónege y me traiga aquí su cabeza le daré el escudo de Atila repleto de oro rojo. Además le entregaré de recompensa buenas tierras y castillos en abundancia.»
- 2026 «Yo no sé qué esperan», habló ahora el ministril. «Jamás vi ante mí unos guerreros tan indecisos cuando se oía ofrecer una soldada tan alta. A fe que Atila, por ello, no debería mostrarles nunca su favor.»
- 2027 «A estos vasallos que tan indignamente comen el pan del príncipe y que le abandonan en el mayor peligro los veo yo aquí muy acobardados, cuando pretenden ser, sin embargo, valientes: tendrán que avergonzarse siempre de ello.»

CANTO XXXV

De cómo fue muerto Iring

- 2028 Gritó entonces el margrave Iring de Dinamarca: «Toda mi vida he fundado mi comportamiento sobre el honor y he llevado a cabo en las batallas notables proezas. Que me traigan las armas; yo voy a hacer frente a Hagen.»
- 2029 «Yo no te lo aconsejaría», habló ahora Hagen, «pero si te empeñas, manda a los guerreros hunos que se retiren. Si dos o tres de vosotros se lanzan a la sala, yo los echaré escaleras abajo muy maltrechos.»
- 2030 «No por eso he de desistir», replicó Iring, «yo he acometido antes empresas tan arduas. A fe que te pienso hacer frente yo solo con la espada. ¿De qué te va a servir la altanería con que me has hablado?»
- 2031 Pronto quedó armado el caballero Iring, así como Irnfrido de Düringen, un valiente mancebo, y Hawart el atrevido, además de mil guerreros. Cualquiera que fuera el empeño de Iring, todos ellos querían apoyarle.
- 2032 Vio entonces Volker el violero una tropa muy grande que se acercaba en armas con Iring. Traían puestos y atados muchos buenos yelmos. Del valeroso Volker se apoderó ahora una violenta cólera.
- 2033 «¿Veis allí, amigo Hagen, acercarse a Iring, el que prometió combatiros a solas con la espada? ¿Es propio de los héroes el mentir? Yo lo condeno. Vienen con él armados mil caballeros o acaso más.»
- 2034 «No me llaméis mentiroso», habló aquí Iring, el vasallo de Hawart. «Cuanto he prometido, estoy presto a cumplirlo; no

quiero desistir de ello por ningún temor: por feroz que sea Hagen, voy a hacerle frente a solas.»

- 2035 De hinojos rogó Iring a sus parientes y vasallos que le dejaran combatir él solo al héroe. Ellos obedecieron de mal grado, pues les era bien conocido el temerario Hagen del país burgundo.
- 2036 Pero él les rogó tanto que ellos hubieron de ceder luego. Cuando sus hombres advirtieron que su deseo era obrar de acuerdo con su honor, le dejaron ir. Una encamizada pelea se libró entonces entre los héroes.
- 2037 Iring de Dinamarca tomó en alto la jabalina. El bravo y noble caballero se cubrió con el escudo. Luego se abalanzó escalera arriba hacia la sala rauda contra Hagen. Grande fue el estruendo que causaba el choque de los héroes.
- 2038 Entonces arrojaron las jabalinas con brazo vigoroso a través de los recios escudos contra las brillantes armaduras, de tal suerte que las astas salieron dando vueltas por el aire. Ahora echaron mano a espadas los dos furiosos y valientes caballeros.
- 2039 La fuerza del valeroso Hagen era descomunal, pero Iring le asestó un golpe que hizo retemblar el edificio. Palacio y torres resonaron con sus mandobles. Pero el caballero no pudo rematar su empeño.
- 2040 Iring se alejó de Hagen dejándolo ileso. Ahora dirigió sus pasos contra Volker el ministril. Creía poderlo abatir con sus tremendos golpes: pero el gallardo caballero sabía protegerse.
- 2041 Arremetió el ministril con tales tajos que su brazo hizo saltar los herrajes del escudo dando vueltas. Entonces Iring se apartó de él: era un hombre peligroso. Luego corrió hacia Gunter, el de los burgundos.
- 2042 Cualquiera de ellos tenía fuerzas de sobra para la lid. Los golpes que Gunter e Iring se asestaban uno a otro no llega-

ron a hacer correr la sangre de las heridas. Esto lo impedían sus armaduras, que eran buenas y recias.

- 2043 Ahora se apartó de Gunter y arremetió contra Gernot, haciendo saltar chispas de las anillas de la cota. Allí poco faltó para que Gernot de Burgundia matara al bravo Iring.
- 2044 De un salto se apartó el príncipe; él era muy ágil. Pronto había derribado el héroe de golpes mortales a cuatro de los burgundos del noble séquito venido de Worms del Rin. Jamás pudo ser mayor la cólera de Giselher.
- 2045 «Dios sabe», habló Giselher el mozo, «que me habéis de pagar ahora la muerte de los que tenéis delante tendidos». Entonces le acometió y descargó tal golpe al danés que éste tuvo que quedar en el sitio.
- 2046 Con los golpes de Giselher, Iring cayó tendido en la sangre. Todos pensaron que el buen caballero jamás volvería a ases- tar un tajo en batalla. Pero el danés yacía ante Giselher sin herida alguna.
- 2047 De los tajos recibidos en el yelmo y del estruendo de las espadas había sufrido tanto su razón que el valiente guerre- ro ya no sabía si estaba vivo. Esto lo había logrado con sus brazos el esforzado Giselher.
- 2048 Cuando empezó a ceder el zumbido de cabeza que antes había sufrido por el tremendo golpe pensó: «Todavía estoy vivo y sin ninguna herida: ahora es cuando he conocido la fuerza de Giselher.»
- 2049 Se dio cuenta ahora de que los enemigos le rodeaban por una y otra parte. Si hubieran sabido ellos cómo estaba, peor le hubieran tratado. También había advertido que Giselher esta- ba al lado. Pensó entonces cómo escapar a sus enemigos.
- 2050 ¡Con qué furia saltó de la sangre que le bañaba! Bien podía dar gracias a su presteza. Corrió entonces fuera de la sala, pero se volvió a encontrar con Hagen; contra él descargó con su fornido brazo feroces golpes.

- 2051 Entonces pensó Hagen: «Es menester que tú mueras; si no te protege el enemigo malo, de aquí no saldrás con vida.» Pero Iring hirió a Hagen a través del yelmo. Había logrado esto con Waske, una espada muy valiosa.

- 2052 Cuando el señor Hagen sintió la herida, cobró fuerza desco- munal la espada en su mano. Pronto hubo de huir de él el vasallo de Hawart. Hagen empezó entonces a perseguirlo escaleras abajo.

- 2053 Iring el atrevido alzó el escudo sobre la cabeza y si la escale- ra hubiese sido tres veces más larga, Hagen no le habría dejado descargar un solo golpe. ¡Dios, qué rojas centellas saltaban de su yelmo!

- 2054 De nuevo entre los suyos volvió Iring sano y salvo. Luego dieron cuenta a Krimilda de lo que él había hecho a Hagen en la pelea. La reina le dio por ello gracias en altos términos.

- 2055 «Dios te lo pague, Iring, héroe esclarecido y valiente; tú me has consolado bien el corazón y el ánimo. Ahora veo teñida de sangre la armadura de Hagen.» De gozo la propia Krimil- da le tomó el escudo de la mano.

- 2056 «No le deis demasiadas gracias», habló aquí Hagen. «Si él estuviera dispuesto a probar otra vez, ello sería propio de un caballero y sería un hombre valiente si se presentara aquí. De poco os va a valer la herida que de él he recibido.

- 2057 Si veis mi coraza roja por mi herida, ello es lo que me espo- lea a matar muchos hombres. Ahora es cuando me ha enfu- recido el vasallo de Hawart. El caballero Iring poco daño me ha hecho todavía.»

- 2058 De pie contra el viento estaba Iring de Dinamarca: se refres- caba con la cota puesta y había desatado el yelmo. Toda la gente decía que su bravura era grande. Ello llenó al margra- ve de gran satisfacción.

- 2059 Iring volvió a hablar: «Amigos míos, habéis de saber que me debéis armar presto: quiero probar de nuevo si puedo ven-

- cer a ese orgulloso.» Su escudo estaba destrozado: le dieron uno mejor.
- 2060 Pronto volvió a quedar armado el caballero. Con gesto sañudo empuñó una recia jabalina con la que se aprestaba a hacer frente otra vez a Hagen. Allí le esperaba, con semblante hostil, el feroz adversario.
- 2061 Hagen, el héroe no fue capaz de esperarlo. Bajó entonces corriendo hasta el pie de la escalera lanzando la jabalina y descargando golpes con la espada. Grande era su cólera. Iring poco uso pudo hacer ahora de sus fuerzas.
- 2062 Ellos hendían los escudos con tal fuerza que parecían arder en rojas llamaradas. El vasallo de Hawart recibió una tremenda herida de la espada de Hagen, que atravesó escudo y armadura. Nunca más había de recobrarse de ella.
- 2063 Cuando el caballero Iring reparó en la herida, levantó el escudo hasta cubrir la correa del yelmo. Parecía que de daños ya había recibido su medida. Pero había de sufrir más del vasallo de Gunter.
- 2064 Hagen recogió del suelo un venablo que había a sus pies; lanzólo contra Iring, el héroe de Dinamarca, de suerte que el hierro de la punta sobresalía clavado en la cabeza. El caballero Hagen le había destinado un fin horrible.
- 2065 Iring hubo de retirarse hacia los de Dinamarca. Antes de desatar el yelmo al caballero le arrancaron el venablo de la cabeza: la muerte se le acercaba. Sus parientes se echaron a llorar; tenían buen motivo para ello.
- 2066 Vino a él la reina y se inclinó sobre él. Entonces empezó a lamentar la suerte del valeroso Iring. Lloraba al contemplar sus heridas; sentía un amargo pesar. Habló ahora ante sus parientes el valiente y gallardo caballero:
- 2067 «Dejaos de lamentos, muy noble señora. ¿De qué sirven vuestros llantos? Menester es que pierda la vida de las heridas que he recibido. La muerte no me dejará más tiempo rendiros servicio a vos y a Atila.»

- 2068 Habló entonces a los guerreros de Turingia y a los de Dinamarca: «Que ninguna de vuestras manos reciba los regalos de la reina; no aceptéis tampoco su oro rojo. Y si hacéis frente a Hagen tenéis que contar con la muerte.»
- 2069 Iring el muy valiente había perdido la color; tenía las señales de la muerte. Ya no podía salvar la vida el vasallo de Hawart. A los de Dinamarca no les quedaba más que lanzarse a la lucha.
- 2070 Irnfrido y Hawart se abalanzaron hacia la sala con unos mil guerreros. Un horroroso tumulto, tremendo y violento, se oyó por doquier. ¡Dios, qué afilados venablos se lanzaron contra los burgundos!
- 2071 El valeroso Irnfrido acometió al ministril, pero hubo de recibir graves daños de su mano. El noble violero asestó rudos golpes al landgrave que atravesaron su recio yelmo. Él era presa de gran furor.
- 2072 Entonces el señor Irnfrido golpeó al bravo ministril, de suerte que saltaron los bastidores de la cota y las anillas cubrieron la coraza de rojas centellas. Pero el landgrave cayó muerto a los pies del violero.
- 2073 Hawart y Hagen habían entablado pelea. Quien los hubiera contemplado podría haber visto maravillas. Las espadas, en mano de los héroes, asestaban tajos abundantes. Hawart hubo de morir a manos del de Burgundia.
- 2074 Cuando daneses y turingios vieron muertos a sus señores, empezó ante la sala una horrible pelea antes de que lograsen alcanzar la entrada con sus fornidos brazos. Allí quedaron destrozados muchos yelmos y escudos.
- 2075 «Abrid paso», dijo entonces Volker, «y dejadlos entrar. De otro modo no podrán librar el combate que pretenden. En corto plazo habrán de morir dentro. Van a pagar con su vida los regalos de la reina.»
- 2076 Cuando los arrogantes guerreros entraron en la sala, muchos tuvieron que doblar la cabeza ante los rudos golpes enemi-

gos hasta morir. Bien peleaba el valeroso Gernot, pero lo mismo hacía el caballero Giselher.

2077 Entraron en la sala mil cuatro guerreros. Tajos terribles se veían al blandir las brillantes espadas. Pero pronto estos caballeros fueron muertos dentro. Grandes portentos podrían contarse de los burgundos.

2078 Cuando el estruendo se apagó, hubo un gran silencio. Corría la sangre de los muertos por todos los agujeros de la sala, hasta los desagües de piedra. Eso es lo que habían perpetrado los del Rin con su gran bravura.

2079 Sentáronse entonces para descansar los del país burgundo. Las espadas y escudos que empuñaban las soltaron. Pero de pie ante la entrada seguía el valiente violero. Esperaba por si alguien quería todavía trabar pelea con él.

2080 El rey se lamentaba tristemente, lo mismo que hacía su esposa. Doncellas y señoras se torturaban el cuerpo. Pienso yo que la muerte se había juramentado para aquella matanza. Pero todavía iban a morir muchos guerreros a manos de los forasteros.



Krimilda ordena incendiar la sala

36. ÂVENTIURE

*Wie diu küneginne
den sal veretten hiez*

- 2081 «Nu bindet ab die helme», sprach Hagene der degen.
«Ich und mîn geselle wir suln iuwer pflegen.
und wellent iz noch versuochen zuo z'uns di Etzeln man,
sô warne ich mîne herren so ich âller schierêste kan.»
- 2082 Do entwâfent' daz houbet vil manic ritter guot.
si sâzen ûf die wunden, die vor in in daz bluot
wâren zuo dem tôde von ir handen komen.
dâ wart der edeln geste vil ûbele gôumê genomen.
- 2083 Noch vor dem âbênde dô schuof der künec daz,
und ouch diu küneginne, daz ez versuochten baz
die hîunîschen recken. der sah man vor in stân
noch wol zweinzec tûsent: si muosen dâ ze strîte gân.
- 2084 Sich huob ein sturm herte zuo den gesten sân.
Dancwart, Hagenen bruoder, der vil snelle man,
spranc von sînen herren zen vîenden für die tür.
man wânde er wære erstorben: er kom gesunder wol dar für.
- 2085 Der herte strît werte unz inz diu naht benam.
dô werten sich die geste, als guoten helden zam,
den Etzelen mannen den sumerlangen tac.
hey waz noch küener degene vor in véigê gelac!
- 2086 Z'einen sunewenden der grôze mort geschach,
daz diu vrouwe Kriemhilt ir herzen leit errach
an ir nâhesten mâgen und ander manigem man,
dâ von der künec Etzel vreude nimmer mêt gewan.

CANTO XXXVI

De cómo la reina mandó incendiar la sala

- 2081 «Ahora desatad los yelmos», habló el guerrero Hagen, «yo y mis compañeros nos cuidaremos de vosotros y si están dispuestos a atacarnos otra vez los hombres de Atila, avisaré cuanto antes a mis señores.»
- 2082 Entonces se quitaron los yelmos de la cabeza muchos esforzados caballeros. Sentáronse sobre los cuerpos de quienes a sus manos habían perecido y que estaban ante ellos bañados de sangre. Mezquina era la atención que se dispensaba a los huéspedes del rey.
- 2083 Pero ya antes del atardecer atendió el rey, así como la reina, a que los guerreros hunos repitieran su intento. Se reunieron ante ellos unos veinte mil; tenían que entrar en batalla.
- 2084 Se desencadenó entonces un violento ataque contra los forasteros. Dankwart, el muy esforzado paladín, hermano de Hagen, saltó desde el lado de sus señores hacia la puerta contra el enemigo. Se hubiese creído que iba a morir, pero salió de allí enteramente ileso.
- 2085 La ruda pelea duró hasta que la noche les impidió seguir. Los forasteros se defendieron frente a los hombres de Atila como convenía a valientes héroes, durante el largo día de verano. ¡Dios, cuántos héroes intrépidos yacían muertos ante ellos!
- 2086 Era el solsticio de verano cuando ocurrió la gran matanza, cuando la señora Krimilda vengó la pena de su corazón en sus parientes más próximos y en otros muchos caballeros. Desde entonces nunca había de recobrar la alegría el rey Atila.

- 2087 In was des tages zerunnen: dô gie in sorge nôt.
si gedâhten daz in bezzer wære ein kurzer tût
denne lânge dâ ze quelne ûf ungefüegiu leit.
eines vrîdes si dô gerten, die stolzen rîttêr gemeit.
- 2088 Si bâten daz man bræhte den kûnec zuo in dar.
die bluotvarwen helde und ouch harnaschvar
trâten ûz dem hûse, die drîe kûnege hêr.
sin wessen wem ze klagene diu ir vil grœzlîchen sêr.
- 2089 Etzel unde Kriemhilt die kômen beide dar.
daz lant was ir eigen, des mêrte sich ir schar.
er sprach zuo den gesten: «nu saget, waz welt ir mîn?
ir wænet vride gewinnen: daz kunde müelîch gesîn.
- 2090 Uf schaden alsô grôzen als ir mir habt getân.
ir sult is niht geniezen, sol ich mîn leben hân:
mîn kint daz ir mir sluoget und vil der mâge mîn!
vride unde suone sol iu vil gar versaget sîn.»
- 2091 Des antwurte Gunther: «des twanc uns grôziu nôt.
allez mîn gesinde lac vor dînen helden tût
an der herberge. wie het ich daz versolt?
ich kom zuo dir ûf triuwe, ich wânde daz dû mir wærest holt.»
- 2092 Dô sprach von Burgonden Gîselher daz kint:
«ir Êtzêlen helde, die noch hie lebende sint,
waz wîzet ir mir recken? waz hân ich iu getân?
wand' ich vriuntlîche in diz lant geriten hân.»
- 2093 Si sprâchen: «dîner gûete ist al diu burc vol
mit jâmer zuo dem lande. jâ gonden wir dir wol,
daz du nie komen wærest von Wormez über Rîn.
daz lant habt ir verweiset, du unt ouch die brüeder dîn.»
- 2094 Dô sprach in zornes muote Gûnthêr der degen:
«welt ir diz starke hazzen ze einer suone legen
mit uns êllênden recken, daz ist bêidenthalben guot.
ez ist gar âne schulde, swaz uns Êtzêl getuot.»

- 2087 El día se les había agotado. Los forasteros tenían motivo de alarma; pensaban que sería mejor para ellos una pronta muerte antes que sufrir la tortura de esperar largo tiempo penalidades sin igual. Entonces los orgullosos y gallardos guerreros ansiaron una tregua.
- 2088 Pidieron que se les trajera al rey Atila. Los tres nobles reyes, héroes teñidos por la sangre y ennegrecidos por el arnés, salieron de la sala. Ellos no sabían a quién quejarse de su grandísima tribulación.
- 2089 Presentáronse entonces Atila y Krimilda. Era aquel su país, por eso iban creciendo sus huestes. Dijo el rey a sus huéspedes: «Decidme, ¿qué queréis de mí? Vosotros pretendéis una tregua: eso sería cosa difícil
- 2090 después de los graves daños que me habéis causado. De nada os aprovechará mientras yo esté con vida: me habéis matado a mi hijo y a muchos de mis deudos. Tanto la tregua como cualquier arreglo os serán totalmente negados.»
- 2091 A esto le contestó Gunter: «A ello nos forzó la extremada necesidad. Toda mi hueste ha sucumbido en sus posadas a manos de tus guerreros. ¿Cómo es que he merecido esto? Yo vine a tu país en son de paz; pensaba que tú me tenías afecto.»
- 2092 A este punto habló Giselher, el mozo de Burgundia: «Héroes de Atila que quedáis aún con vida, ¿qué tenéis que echarme en cara?, ¿qué os he hecho? Porque yo he venido a este país como amigo.»
- 2093 Los hunos replicaron: «Ya, con tu bondad, se han colmado el castillo y el país de tristeza. Cuánto deseáramos que nunca hubieras venido de Worms del Rin. Tú y tus hermanos habéis dejado al país lleno de huérfanos.»
- 2094 Con talante airado habló aquí el caballero Gunter: «Si queréis acabar este odio feroz y llegar a un arreglo con nosotros, caballeros extranjeros, ello sería ventajoso para ambas partes. Atila no tiene razón alguna para hacer lo que nos hace.»

- 2095 Dô sprach der wirt zen gesten: «mîn und iuwer leit
diu sint vil ungelîche. diu michel arbeit
des schaden zuo den schanden, die ich hie hân genomen,
des sol iwer deheiner nimmer lebende hinnen komen.»
- 2096 Dô sprach zuo dem kûnege der starke Gêrnôt:
«sô sol iu got gebieten daz ir frîuntlîchen tuot.
slâhet uns êllênden, und lât uns zuo z'iu gân
hin nider an die wîte: daz ist iu êre getân.
- 2097 Swaz uns geschehen kûne, daz lât kurz ergân.
ir habt sô vil gesunder, und turrens' uns bestân,
daz si uns sturmmüede lâzent niht genesen.
wie lange suln wir recken in disen arbeiten wesen?»
- 2098 Die Êtzêlen recken die hetenz nâch getan,
daz si si wolden lâzen für den palas gân.
daz gehôrte Kriemhilt: ez was ir harte leit.
des wart den êllênden der vrîde ze gâhes widerseit.
- 2099 «Neinâ, Hiunen recken, des ir dâ habt muot,
ich rât' an rehten triuwen, daz ir des niht entuot,
daz ir die mortræchen iht lâzet für den sal:
sô müesen iuwer mâge lîden den tótlichen val.
- 2100 Ob ir nu niemen lebte wan diu Uoten kint,
die mînen edelen bruoder, und koments' an den wint,
erkuolent in die ringe, so sît ir alle vlorn.
ez enwürden kûener degene nie zer wêrlde geborn.»
- 2101 Dô sprach der junge Gîselher: «vil schoeniu swester mîn,
des trûte ich vil übele, dô du mich über Rîn
ladetes her ze lande in dise grôze nôt.
wie hân ich an den Hiunen hie verdienêt den tôt?
- 2102 Ich was dir ie getriuwe, nie getêt ich dir leit.
ûf sôlhên gedîngen ich her ze hove reit,
daz du mir holt wærest, vil edeliu swester mîn.
bedenke an uns genâde, ez mac niht ândêrs gesîn.»

- 2095 Dijo ahora el rey Atila a sus invitados: «Mis penas y las vues-
tras son cosa muy distinta. El gran pesar que siento por los
daños sufridos, además de las afrentas que he recibido, no
permiten que ninguno de vosotros salga de aquí con vida.»
- 2096 Habló entonces al rey el valeroso Gernot: «Que Dios os lleve
por el camino de la amistad. Si habéis de matarnos fuera de
nuestra patria, dejadnos salir hacia vosotros, ahí abajo, al
aire libre; ello os honrará.
- 2097 Sea lo que sea lo que nos pase, haced que sea corto. Vos
tenéis tantos hombres capaces, que si se atreven a acometer-
nos a los que estamos agotados de la lucha, no nos dejarán
vivos. ¿Hasta cuándo habremos de seguir en esta tribula-
ción?»
- 2098 Los guerreros de Atila hubieran accedido a que los enemi-
gos salieran de palacio. Pero Krimilda oyó de qué se trataba.
Ello le producía hondo despecho. Por eso se les negó sin
tardar la tregua a los extranjeros.
- 2099 «Quia, caballeros hunos, yo os aconsejo encarecidamente
que no hagáis lo que tenéis en mientes, dejando salir de la
sala a esos sedientos de venganza. De otro modo vuestros
parientes tendrán que sufrir mortal derrota.
- 2100 Si de ellos no sobreviviesen más que los hijos de Ute, mis
nobles hermanos, y salieran al aire a refrescar sus cotas de
mallá, estaríais todos perdidos. Jamás nacieron en este
mundo caballeros más valerosos.»
- 2101 Habló aquí el joven Giselher: «Muy hermosa hermana mía,
poco esperaba yo, cuando tú me convidaste a venir aquí
desde el Rin, que iba a pasar este grave trance. ¿Cómo he
merecido yo morir aquí a manos de los hunos?
- 2102 Yo siempre te fui leal, jamás te causé mal alguno. Con esa
creencia vine cabalgando hasta aquí, confiando en tu afecto,
muy noble hermana mía. Piénsalo y muéstranos tu clemen-
cia. No puede ser de otro modo.»

- 2103 «Ine mǎc iu niht genāden: ungenāde ich hân.
mir hât von Tronege Hagene sô grôziu leit getân,
ez ist vil unversūenet, di wīle ich hân den lîp.
ir mûezet es âlle engelden», sprach daz Ezzelen wîp.
- 2104 «Welt ir mir Hagenen einen ze gîsêl geben,
sone wîl ich niht versprechen ich welle iuch lâzen leben,
wandê ir sît mîne bruoder und éiner muoter kint:
sô rêde ich ez nâch der suone mit disen helden die hie sint.»
- 2105 «Nune wêlle got von himele», sprach dô Gêrnôt.
«ob unser tûsent wæren, wir lægen alle tôt,
der sippen dîner mâge, ê wir dir éinen man
gæben hie ze gîsel: ez wirdet nimmêr getân.»
- 2106 «Wir müesen doch ersterben», sprach dô Gîselher.
«uns enscheidet niemen von ritterlîcher wer.
swer gerne mit uns vehte, wir sîn et aber hie,
wandê ich deheinen mînen friunt an den triuwen nie verlie.»
- 2107 Dô sprach der küene Dancwart (im zæme niht ze dagene):
«jane stêt nôch niht eine mîn bruoder Hagene.
die hie den vride versprechent, ez mǎc in werden leit.
des bringe wir iuch innen: daz sî iu wêrlîch geseit.»
- 2108 Dô sprach diu kûeginne: «ir helde vil gemeit,
nu gêt der stiege nâher und rechet mîniu leit.
daz wil ich immer dienen als ich von rehte sol.
der Hagenen übermüete der gelôn' ích im wol.
- 2109 Lât einen ûz dem hûse niht komen über al,
sô heiz' ich viern enden zünden an den sal;
sô werdent wol errochen elliu mîniu leit.
die Ezzelen degene wurden schierê bereit.
- 2110 Die noch hie ûze stuonden, die tribens' in den sal
mit slegen und mit schüzzen, des wart vil grôz der schal.
doch wolden nie gescheiden die fürsten und ir man.
sine kônden von ir triuwen an ein ander niht verlân.

- 2103 «No puedo otorgaros clemencia. Yo me siento despiadada;
Hagen de Trónege me ha causado males tan grandes, que la
reconciliación es imposible mientras yo tenga vida. Será
menester que todos lo paguéis.» Así habló la esposa de Atila.
- 2104 «Pero si queréis entregarme como rehén a Hagen solo, enton-
ces es posible que no me niegue a dejaros salir con vida,
pues sois hermanos míos de la misma madre. Yo consultaré
con los héroes aquí presentes si es posible la reconciliación.»
- 2105 «No lo quiera el Dios del cielo», habló ahora Gernot, «aunque
fuéramos mil los parientes de tu estirpe. Antes moriríamos
todos que entregarte prisionero a un solo hombre. Jamás se
hará tal cosa.»
- 2106 «Ciertamente vamos a morir», dijo entonces Giselher. «Nadie
nos ha de impedir que hagamos una defensa de caballeros. Si
alguien tiene ganas de atacarnos, aquí nos tiene otra vez, pues
yo nunca he fallado a ningún amigo en el deber de la lealtad.»
- 2107 Habló a este punto el valeroso Dankwart (no convenía a su
carácter estar callado): «En verdad que jamás estuvo mi her-
mano Hagen solo y desamparado. A los que aquí nos niegan
la paz les va a pesar. De ello os queremos convencer;
podéis estar seguros.»
- 2108 Entonces habló la reina: «Héroes intrépidos, acercaos ahora
a la escalera y vengad mi desgracia. Yo os lo agradeceré
eternamente, como debe ser. La altanería de Hagen yo se la
haré pagar bien.
- 2109 No dejéis que salga ni uno solo de la sala. Yo voy a mandar
quemarla por los cuatro costados. Así quedaran bien venga-
das todas mis desgracias.» Pronto se aprestaron a ello los
guerreros de Atila.
- 2110 A los burgundos que todavía se mantenían fuera los hicieron
retroceder a la sala a tajos de espada y lanzando jabalinas. El
fragor de la lucha era tremendo. Pese a ello no quisieron
separarse los príncipes de sus vasallos. No podían, por su
lealtad, abandonarse unos a otros.

- 2111 Den sal den hiez dô zünden daz Etzelen wîp.
dô quelte man den recken mit fiwer dâ den lîp.
daz hûs von einem winde vil balde âllez enbrân.
ich wæne daz volc deheinez grœzer angst ie gewan.
- 2112 Genuoge ruoften drinne: «ôwê dirre nôt!
wir möhten michel gerner sîn in sturme tût.
ez möhte got erbarmen: wie sîn wir alle vlorn!
nu richet ungefuoge an uns diu küneginne ir zorn.»
- 2113 Ir einer sprach dar inne: «wir müezen lîgen tût.
waz hilfet uns daz grûezen, daz uns der künec enbôt?
mir tuot von starker hitze der durst sô rehte wê,
des wæ'n' mîn leben schiere in disen sôrgên zergê.»
- 2114 Dô sprach von Tronege Hagene: «ir edeln ritter guot,
swen twinge durstes nôt, der trinke hie daz bluot.
daz ist in solher hitze noch bezzer danne wîn.
ez enmâc an disen zîten et nû niht bézzér gesîn.»
- 2115 Dô gie der recken einer da er éinen tóten vant.
er kniete im zuo der wunden, den helm er ab gebant.
dô begonde er trinken daz vliezênde bluot.
swie ungewon ers wære, ez dûhte in grœzlîchen guot.
- 2116 «Nu lôn' iu got, her Hagene», sprach der müede man,
«daz ich von iuwer lêre sô wol getrunken hân.
mir ist noch vil selten geschenket bezzer wîn.
lebe ich deheine wîle, ich sol iu immer wæge sîn.»
- 2117 Do di ândern daz gehôrten, daz ez in dûhte guot,
dô wart ir michel mêre, die trunken ouch daz bluot.
dâ von gewan vil krefte ir eteslîches lîp.
des engâlt an lieben friunden sît vil mânec wætlichez wîp.
- 2118 Daz fiwer viel genôte ûf si in den sal,
dô leiten siz mit schilden von in hin zetal.
der rouch und ouch diu hitze in tâten beidiu wê.
ich wæne der jâmer immer mêr an hêldén ergê.

- 2111 Mandó ahora prender fuego a la sala la mujer de Atila. Los guerreros hubieron de sufrir entonces el tormento del fuego. Por la fuerza del viento pronto ardió todo el palacio. Yo no creo que hueste alguna sufriera jamás terror mayor.
- 2112 Muchos gritaban dentro: «¡Malhaya esta hora! Mucho mejor queríamos morir en la batalla. Dios podría apiadarse de nosotros. ¡Henos aquí todos perdidos! Ahora descarga la reina contra nosotros su espantosa cólera.»
- 2113 Uno de los que estaban dentro dijo: «Tenemos que morir. ¿De qué nos vale la afable acogida que nos dispensó el rey? Yo sufro una sed terrible del violento calor. Creo, por eso, que pronto voy a perder la vida.»
- 2114 Habló ahora Hagen de Trónege: «Nobles y esforzados caballeros, a quien le domine el tormento de la sed, que beba la sangre que aquí corre. Con un calor semejante es todavía mejor que el vino. En esta sazón no puede beber nada mejor, a fe mía.»
- 2115 Entonces uno de los guerreros se dirigió a un muerto. Púsose de hinojos sobre la herida, desató el yelmo y empezó a beber la sangre que brotaba. Por desacostumbrado que estuviera le pareció bastante buena.
- 2116 «Dios os lo premie, señor Hagen», habló el cansado guerrero, «gracias a vuestro consejo he bebido bien. Jamás me escanciaron un vino mejor. Si salgo vivo de ésta, os guardaré agradecimiento eterno.»
- 2117 Cuando los demás oyeron que le había sabido bien, fueron entonces muchos los que bebieron también sangre. Con ello cobraron fuerza un gran número. Más de una gentil dama había de lamentarlo luego con la muerte de amigos queridos.
- 2118 Caían en la sala sobre ellos tizones encendidos. Los desviaban hasta el suelo con ayuda de los escudos. Tanto el humo como el calor los sofocaban. No creo que héroe alguno sufriera jamás tamaña tribulación.

- 2119 Dô sprach von Tronege Hagene: «stêt zuo des sales want.
lât niht die brende vallen ûf iuwer helmbant.
tret si mit den füezen tiefer in daz bluot.
ez ist ein übel hôhzît, die uns diu küneginne tuot.»
- 2120 In sus getânen leiden in doch der naht zeran.
noch stuont vor dem hûse der küene spileman
und Hagene sîn geselle, geleinete über rant:
si warten schaden mêre von den ûz Ezzelen lant.
- 2121 Dô sprach der videlære: «nu gê wir in den sal.
sô wænen des die Hiunen, daz wir sîn über al
tôt von dirre quâle, diu an uns ist getân:
si sehent uns noh begene in strîte ir etelichen stân.»
- 2122 Dô sprach von Burgonden Gîselher daz kint:
«ich wæn' ez tagen welle: sich hebt ein küeler wint.
nu lâz' uns got von himele noch lieber zît geleben.
uns hât mîn swester Kriemhilt ein arge hôhzît gegeben.»
- 2123 Dô sprach aber einer: «ich kiuse nu den tac.
sît daz ez uns nu bezzer wesen niht enmac,
sô wâfent ir iuch, helde, gedenket an den lîp.
jâ kumt uns aber schiere des künec Ezzelen wîp.»
- 2124 Der wirt wolde wænen, die geste wæren tôt
von ir arbeits und von des fiwers nôt.
dô lebte ir noch dar inne sehs hundert küener man,
daz nie künec deheiner bezzer degene gewan.
- 2125 Der ellenden huote hete wol ersehen
daz noch die geste lebten, swie vil in was geschehen
ze schaden unt ze leide, den herren unde ir man.
man sach si in dem gademe noch vil wol gesunde stân.
- 2126 Man sagete Kriemhilde, ir wære vil genesen.
dô sprach diu küneginne, daz kunde nimmer wesen,
daz ir deheiner lebte von des fiwers nôt:
«ich wil des baz getrûwen, daz si alle ligen tôt.»

- 2119 Entonces habló Hagen de Trónege: «Poneos junto a las paredes y no dejéis que las vigas encendidas caigan sobre vuestros yelmos. Metedlas con los pies en los charcos de sangre. Triste festejo nos ha preparado la reina.»
- 2120 En estas tribulaciones se les pasó la noche. El valeroso ministril, vivo aún, guardaba otra vez la entrada, y Hagen, su compañero, se apoyaba en el escudo. Esperaban mayores males.
- 2121 Habló entonces el violero: «Entremos ahora en la sala. Así pensarán los hunos que todos hemos muerto de los quebrantos que nos han causado. Pero ellos han de ver cómo nos enfrentamos en la pelea a unos cuantos de ellos.»
- 2122 Tomó ahora la palabra Giselher, el mancebo de Burgundia: «Me parece que quiere amanecer, un viento fresco se levanta. ¡Quiera el Dios de los cielos que vivamos tiempos más dichosos! Mi hermana Krimilda nos ha dispuesto una fiesta cruel.»
- 2123 Entonces dijo otro: «Ya veo que viene el día. Como no es posible ahora que esto mejore, armaos, héroes, y pensad en vuestras vidas. Dentro de poco tendremos otra vez entre nosotros a la mujer de Atila.»
- 2124 El señor del país creía que los forasteros habían muerto a causa de sus penalidades y por los tormentos del fuego. Pero quedaban vivos dentro todavía seiscientos valientes, tales que nunca los tuvo mejores rey alguno.
- 2125 Los centinelas que vigilaban a los forasteros ya se habían percatado bien de que éstos aún vivían, pese a los muchos daños y sufrimientos que habían padecido, tanto los señores como los vasallos. Veíaseles todavía en la sala enteramente ilesos.
- 2126 Dieron cuenta a Krimilda de que quedaban vivos muchos de ellos. Dijo entonces la reina que no podía ser que se hubiera salvado ninguno de los tormentos del fuego. «Antes estoy dispuesta a pensar que todos yacen muertos.»

- 2127 Noch genæsen gerne die fürsten und ir man,
ob noch iemen wolde genåde an in begân.
dine künden si niht vinden an den von Hiunen lant.
dô rächen si ir sterben mit vil williger hant.
- 2128 Des tages wider morgen grüezen man in bôt
mit hertem úrlüge; des kômen helde in nôt.
dô wart zuo z'in geschozzen vil manec starker gêr.
sich werten ritterlîchen die recken küene unde hêr.
- 2129 Dem Etzeln gesinde erweget was der muot,
daz si wolden dienen daz Kriemhilde guot,
dar zuo si wolden leisten daz in der kûnec gebôt.
des muose maneger schiere von in kiesén den tôt.
- 2130 Von gehêize und ouch von gâbe man mohte wunder sagen.
si hiez golt daz rôte dar mit schilden tragen.
si gab ez swer sîn ruochte und ez wolde enpfân.
jane wârt nie groezer solden mêr ûf vîendê getân.
- 2131 Ein michel kraft der recken dar zuo gewâfent gie.
dô sprach der küene Volkêr: «wir sîn et aber hie.
ine gesach ûf vehten nie helde gerner kômen,
die daz golt des kûneges uns ze vâre hânt genomen.»
- 2132 Dô riefen ir genuoge: «nâher, helde, baz,
daz wir dâ suln verenden, und tuon bezîte daz.
hie belîbet niemen wan der doh sterben sol.»
dô sach man schier' ir schilde stecken gêrschüzze vol.
- 2133 Waz mac ich sagen mêre? wol zwêlf hundert man
di versúochten ez vil sêre wider unde dan.
dô kuolten mit den wunden die geste wol ir muot.
ez móhte niemen geschéiden: des sach man vlîezén daz bluot
- 2134 Von verchtiefen wunden, der wart dâ vil geslagen.
ieslîchen nâch sînen vriunden hôrte man dô klagen.
die biderben stûrben alle dem rîchen kûnege hêr.
des heten holde mâge nâch in groezlîchiu sêr.

- 2127 Todavía se habrían salvado los príncipes y sus hombres si alguien hubiera mostrado piedad hacia ellos, pero no la habían hallado en los guerreros del país huno. Entonces los valerosos caballeros se aprestaron a vengar su muerte segura con brazo decidido.
- 2128 Como saludo mañanero se les ofreció al empezar el día dura batalla. Esto fue para los héroes un grave trance. Recios y abundantes venablos fueron disparados contra ellos. Pero los nobles y bravos caballeros se defendieron con denuedo.
- 2129 A las huestes de Atila se les había alterado el ánimo, pues querían merecer los regalos prometidos por Krimilda. Querían además cumplir lo que el rey les había mandado. Muchos hubieron de perder pronto la vida por ello.
- 2130 De las promesas y de los regalos se podrían decir maravillas. La reina hizo traer en los escudos oro rojo y se lo dio a quien lo deseaba y quería recibirlo. Ciertamente no se dieron jamás soldadas mayores a quienes combatían un enemigo.
- 2131 Una gran hueste de guerreros avanzó armada. Dijo entonces el intrépido Volker: «Todavía seguimos aquí. Nunca he visto hombres en batalla avanzar más resueltos que los que, para nuestra desdicha, han tomado el oro del rey.»
- 2132 Muchos de los burgundos gritaron a este punto: «Acercaos más, héroes, para acabar esto lo antes posible. Aquí no quedará nadie en pie más que el que haya de morir.» Pronto se vieron sus escudos llenos de venablos clavados.
- 2133 ¿Qué más puedo contar? Más de mil doscientos hombres forcejearon allí con ardor, avanzando y retrocediendo. Los forasteros aplacaron sus ánimos con las heridas que causaban. Ninguna de las partes cedía; así, se veía correr la sangre
- 2134 de las hondas y mortales heridas causadas allí en abundancia. Se oía allí a cada uno llorar a sus amigos. Aquellos agueridos caballeros morían todos por su noble y poderoso rey. Parientes entrañables tuvieron luego gran duelo por ellos.

CANTO XXXVII

De cómo fue muerto Rúdeger

- 2135 Aquella mañana se habían portado bien los forasteros. El amado esposo de Gotlinda llegó a la corte. Vio entonces por ambas partes la terrible matanza. Ahora lloró amargamente el muy leal Rúdeger.
- 2136 «¡Ay de mí!», habló el caballero. «¡Malhaya el día en que nací! ¿Es que nadie puede impedir esta terrible desgracia? Por deseo que esté yo de lograr un arreglo, el rey no lo permitirá, pues ve que su tribulación se hace cada vez mayor.»
- 2137 Mandó entonces recado el noble Rúdeger a Teodorico, preguntando si ellos no podrían disuadir a los nobles reyes de su empeño. Pero el de Verona le hizo saber: «¿Quién podrá impedir esto? El rey Atila se opone a que nadie haga parar la lucha.»
- 2138 Vio a esta sazón un guerrero de los hunos a Rúdeger con ojos empañados de lágrimas. Dijo a la reina: «Ahí tenéis en pie al que tiene mayor poder aquí en tierra de Atila
- 2139 y al que prestan vasallaje hombres y tierras. ¡Cuántos castillos se habrán concedido a Rúdeger que el rey tantos le deja retener! En todas estas batallas todavía no ha descargado un solo golpe.
- 2140 Parece a mí que a él nada le importa lo que aquí está ocurriendo, ahora que tiene en abundancia cuanto su voluntad desea. Se dice de él que es más bravo que nadie pueda serlo: poco lo ha demostrado en esta desgracia.»
- 2141 Con ánimo acongojado el muy leal caballero, cuando oyó estas razones, miró al que hablaba pensando: «Esto lo has de

pagar. Tú declaras que yo soy un cobarde. Has dicho demasiado alto tus palabras en la corte.»

- 2142 Apretando los puños lo acometió entonces y golpeó tan rudamente al guerrero huno que muy pronto quedó tendido muerto a sus pies. Pero esto aumentó todavía más el pesar del rey Atila.
- 2143 «¡Fuera contigo, maldito cobarde!», habló ahora Rúdeger. «Bastante pesar y dolor tengo yo por no pelear aquí. ¿Cómo has podido echármelo en cara? Con toda razón sería yo ahora enemigo de los huéspedes
- 2144 y les habría causado todo el mal posible, de no haberlos traído yo mismo hasta aquí. Yo fui en verdad quien les dio escolta en el país de mi señor. Por eso, no es justo que yo, desdichado, luche contra ellos.»
- 2145 Atila, el rey esclarecido, habló entonces al margrave: «¡Mezquina ayuda nos traéis, muy noble Rúdeger! Porque bastantes muertos tenemos ya en nuestras filas. Ya no nos hacéis falta. Habéis obrado muy mal.»
- 2146 Replicó ahora el noble caballero: «Es que él me causó gran enojo echándome en cara los bienes y honores con que me han colmado tus manos. Eso le ha resultado al embustero un tanto desafortunado.»
- 2147 Se acercó entonces la reina. Ella había visto lo ocurrido al guerrero huno por la cólera del héroe. Harto lo lamentaba; sus ojos se humedecieron. Ahora dijo a Rúdeger: «¿Cómo hemos merecido
- 2148 que acrecentéis nuestro duelo, el del rey y el mío? ¿Es que no nos habéis dicho siempre, hasta ahora, noble Rúdeger, que estabais presto a arriesgar por nosotros vida y honor? Yo he oído a gran número de caballeros ensalzaros sin reserva.
- 2149 Yo os recuerdo la lealtad y ayuda que me habéis jurado cuando me aconsejasteis que me casara con Atila, asegurándome amistad hasta vuestra muerte o la mía.»

- 2150 «Eso no lo puedo negar. Yo os juré, noble señora, que por vos arriesgaría vida y honor. Pero que yo perdiera el alma, eso no lo he jurado. Yo fui quien trajo a estas fiestas a los príncipes bien nacidos.»
- 2151 «No olvides, Rúdeger, tu gran lealtad, tu constancia y tus juramentos; recuerda que estabas dispuesto a vengar mis afrentas y todos mis sufrimientos.» A esto replicó el margrave: «Jamás os he negado nada.»
- 2152 El poderoso Atila empezó también a suplicar. Entonces se echaron a sus pies los dos delante del caballero. Se vio entonces al noble margrave abrumado de pena. El muy leal guerrero habló con honda congoja:
- 2153 «¡Ay, desdichado de mí, que he tenido que llegar a este trance, que he de renegar de todos los honores, de la lealtad y buena crianza, que Dios me había encomendado! ¡Oh, Dios de los cielos! ¿por qué no me libera la muerte de ello?»
- 2154 Deje lo que deje y emprenda lo que emprenda, habré obrado indigna y malvadamente. Pero si dejo de tomar partido, todo el mundo me denostará. Que me señale el camino, pues, aquel que me trajo a la vida.»
- 2155 Le rogaron entonces encarecidamente tanto el rey como la reina. De aquí que luego perdiera la vida más de un caballero a manos de Rúdeger y que muriera el propio héroe. Ahora vais a oír qué desesperadas proezas llevó a cabo.
- 2156 Sabía que no iba a sufrir más que daños y tremendos quebrantos. De buena gana se hubiera negado a lo que el rey y la reina le pedían. Grande era su temor de que si mataba a uno de los burgundos el mundo le condenaría.
- 2157 Habló entonces al rey el muy valeroso caballero: «Rey mi señor, volved a tomar cuanto de vuestras manos he recibido; tierras, castillos, nada debe seguir en mi poder. A pie me encaminaré a tierras extranjeras.»

- 2158 Ahora dijo el rey Atila: «¿Quién acudirá, pues, en mi ayuda? Tierras y castillos te los doy en propiedad, para que tú me vengues de mis enemigos. Tú serás un rey poderoso al lado de Atila.»
- 2159 Habló de nuevo Rúdeger: «¿Pero cómo voy a hacer? Allí en mis tierras yo los he convidado a mi casa. Bebidas y manjares les ofrecí de buen grado y les di regalos. ¿Cómo puedo ahora tramar su muerte?»
- 2160 Las gentes piensan por ventura que yo soy un cuitado, pero a nadie he negado yo mi ayuda, ni a los muy nobles príncipes ni a sus hombres. Siento también pesar por los lazos de parentesco que yo había trabado con ellos.
- 2161 Al caballero Giselher le entregué mi hija. No podría ella en este mundo haber encontrado mejor marido, en lo que toca a buena crianza, honor, lealtad y bienes. Jamás conocí un rey dotado de tan nobles virtudes.»
- 2162 Aquí volvió Krimilda a tomar la palabra: «Muy noble Rúdeger, apiádate del dolor que a los dos nos acongoja, al rey y a mí. Repara en que jamás señor alguno tuvo huéspedes tan aciagos.»
- 2163 Replicó entonces el margrave a la noble reina: «Es menester que Rúdeger pague hoy cuantas atenciones vos y mi señor me habéis dispensado: por eso hace falta que yo muera; esto no puede seguir así más tiempo.
- 2164 Bien sé que hoy mismo mis tierras y castillos, libres de amo por el brazo de uno cualquiera de éstos, volverán a vos. Yo encomiendo a vuestro favor a mi esposa y mis hijos, así como a mis desamparados vasallos de Bechelaren.»
- 2165 «Dios te lo premie, Rúdeger», habló entonces el rey. Tanto él como la reina habían quedado satisfechos. «De tu gente nos cuidaremos muy bien. Pero yo confío en mi buena suerte y creo que tú podrás salir con vida de este trance.»
- 2166 El margrave puso entonces en juego su vida y su alma. Rompió entonces en llanto la mujer de Atila. Dijo Rúdeger:

- «Ahora cumpliré lo que os he prometido. ¡Ay de mis amigos, a los que con gran dolor tengo que acometer!»
- 2167 Se le vio entonces alejarse, abrumado, del rey. Muy cerca de él encontró a su propia hueste. Les dijo: «Armaos todos, mis hombres, pues hemos de combatir, con harto pesar, a los bravos burgundos.»
- 2168 Ellos se lanzaron rápidos hacia donde estaban sus armas. Fueran yelmos o fueran escudos, todo se lo trajeron las gentes de su servicio. Pronto habían de oír estos arrogantes forasteros¹¹⁰ una triste nueva.
- 2169 Fueron entonces armados Rúdeger y quinientos hombres. Acudieron además en su ayuda otros doce caballeros que querían ganar la gloria en el grave trance de la batalla. No podían sospechar que tan cercana estuviera su muerte.
- 2170 Pudo verse ahora a Rúdeger adelantarse con el yelmo puesto. Sus hombres llevaban afiladas espadas y empuñaban anchos y brillantes escudos. Cuando esto vio el violero, grande fue su pesar.
- 2171 También vio Giselher avanzar a su suegro con el yelmo atado. ¿Cómo podía imaginar lo que éste pretendía, como no fuera algo bueno? Por eso el noble rey sintió gran contento.
- 2172 «Dichosos nosotros que por estos caminos hemos ganado tales parientes. Gracias a mi esposa saldremos vivos de aquí. Podéis creerme: me felicito de que mi matrimonio se celebrara¹¹¹.»
- 2173 «Yo no sé de qué os alegráis», habló entonces el ministril. «¿Dónde habéis visto avanzar en son de paz a tantos héroes con los yelmos atados y empuñando la espada? Rúdeger quiere merecer a costa nuestra sus tierras y castillos.»

¹¹⁰ Recuérdese que Rúdeger y sus gentes viven en el exilio en tierras de Atila. La «triste nueva» anticipa la muerte de su señor.

¹¹¹ Cfr. estrofa 1680 y ss. Hubo esponsales, pero no matrimonio.

- 2174 Antes de que el violero acabara sus palabras, apareció el noble Rúdeger ante el palacio. Su recio escudo lo dejó a los pies. Entonces le fue preciso anunciar a sus amigos que les negaba sus servicios y su saludo.
- 2175 El noble margrave gritó hacia adentro de la sala: «Bravos nibelungos, aprestaos todos a la defensa. Por mí deberíais haberos salvado, pero, en cambio, vais a padecer. Antes éramos amigos, pero ahora reniego de la lealtad que os debía.»
- 2176 Los agobiados guerreros se asustaron con esta noticia, pues ninguno de ellos podía alegrarse de que estuviera dispuesto a combatirlos aquel a quien tenían afecto. Bastantes quebrantos habían sufrido de sus enemigos.
- 2177 «No quiera el Dios de los cielos», dijo el caballero Gunter, «que reneguéis de la devoción y de la gran lealtad que, a pesar de todo esperábamos de vos. Yo confío en que no lo haréis jamás.»
- 2178 «Ya no puedo volverme atrás», replicó el bravo caballero. «Tengo que luchar contra vosotros, porque así lo he prometido. Así es que defendeos, héroes valerosos, si tenéis amor a la vida. La esposa del rey Atila no me ha relevado de mi promesa.»
- 2179 «Muy tarde renegáis de nosotros», dijo entonces el rey preclaro, «que Dios os premie, muy noble Rúdeger, la lealtad y el afecto que nos habéis mostrado si estáis dispuesto a mantenerlos hasta el final.
- 2180 Yo y mis parientes os agradeceremos siempre cuanto nos disteis, si nos dejáis con vida. Recordad, noble Rúdeger, los magníficos regalos por vos entregados cuando lealmente nos trajisteis al país de Atila.»
- 2181 «Cuán dichoso sería de acceder», habló el caballero Rúdeger, «y colmaros de mis regalos en abundancia, como es mi entrañable deseo! Así nadie tendría que echarme en cara lo que hago.»

- 2182 «Volveos atrás, noble Rúdeger», dijo ahora Gernot, «pues jamás señor alguno agasajó tan amablemente a sus huéspedes como hicisteis con nosotros. Justo es que ello os aproveche si nosotros conservamos la vida».
- 2183 «¡Dios quisiera», habló Rúdeger, «noble Gernot, que estuvierais a orillas del Rin y yo hubiera muerto con algo de honor, puesto que he de combatiros! Nunca hubo amigos que tuvieran que portarse peor con unos héroes».
- 2184 «Dios os recompense, señor Rúdeger», prosiguió Gernot, «por vuestros generosos regalos. A mí me pesaría hondamente vuestra muerte, si con ella se pierden tan nobles virtudes. Aquí os entrego, buen caballero, la espada que me disteis.
- 2185 Nunca me desamparó en todos estos apuros. Más de un caballero cayó muerto bajo sus tajos. Es brillante y recia, magnífica y buena. Creo que jamás hizo un caballero un regalo tan valioso.
- 2186 Y si no queréis desistir de enfrentaros con nosotros y me matáis alguno de los amigos que aún tengo dentro, entonces con vuestra misma espada os quitaré la vida. Tendría así gran pesar por vos, Rúdeger, y por vuestra noble esposa».
- 2187 «¡Dios quiera, señor Gernot, y así ocurra, que todos vuestros deseos se cumplan y salvan la vida vuestros amigos! Tanto mi hija como mi mujer pueden ciertamente confiarse a vos.»
- 2188 Ahora habló Giselher el burgundo, el hijo de la hermosa Ute: «¿Cómo obráis así, señor Rúdeger? Los que conmigo vinieron todos os tienen gran afecto. Malo es que nos ataquéis. A vuestra hermosa hija la vais a dejar viuda muy pronto.
- 2189 Si vos y vuestros hombres me acometéis, mostraréis muy groseramente cuán mal hice en entregaros mi confianza antes que a ningún hombre, por lo que tomé también a vuestra hija por esposa.»

- 2190 «Acordaos de vuestra fidelidad, muy noble rey, y si Dios os deja partir de aquí», habló así Rúdeger, «no permitáis que mi hija pague por mi culpa. Yo encarezco a vuestra caballerosidad que os preocupéis con afecto de ella».
- 2191 «Es justo que yo así lo haga», habló el mancebo Giselher, «pero si los nobles parientes míos que aún siguen aquí dentro murieran a vuestras manos, entonces quedarán rotos mis lazos de parentesco hacia ti y hacia tu hija».
- 2192 «Ahora, que Dios se apiade de nosotros», dijo Rúdeger, el valeroso caballero. Levantaron ahora los escudos como si se aprestaran a acometer a los forasteros que estaban en la sala de Krimilda. Entonces Hagen desde lo alto de las escaleras gritó a grandes voces:
- 2193 «Quedaos un momento, muy noble Rúdeger», así habló Hagen. «Queremos deciros algo más, yo y mis señores, pues la necesidad nos obliga. ¿De qué le va a valer a Atila la muerte de nosotros, desventurados extranjeros?
- 2194 Yo estoy en un grave apuro», prosiguió Hagen. «El escudo que la señora Gotlinda me dio de regalo me lo han destrozado los hunos en la mano. En son de paz lo traje aquí al país de Atila.
- 2195 Si el Dios de los cielos quisiera conceder que yo llevara un escudo tan bueno como el que tú empuñas, muy noble Rúdeger, ya no habría menester en el combate de gola alguna.»
- 2196 «De buen grado te haría el favor de darte mi escudo. Yo me atrevería a ofrecértelo si no fuera en atención a Krimilda. Pero tómallo, Hagen, y empúñalo en tu mano. ¡Ay, ojalá pudieras llevarlo en tierra de burgundos!»
- 2197 Cuando hubo hecho entrega de su escudo de manera tan amistosa, fueron muchos los ojos que enrojecieron de ardientes lágrimas. Fue aquel el postrer regalo que en la vida hizo Rúdeger de Bechelaren a un caballero.

- 2198 Por enfurecido que estuviera Hagen y endurecido que tuviera el corazón, no pudo menos de ablandarse ante el presente que el héroe generoso le había hecho tan cerca de su hora postrera. Más de un noble caballero le acompañó en su dolor.
- 2199 «Que el Dios de los cielos os lo premie, muy noble Rúdeger. Nunca más habrá ya uno que se os parezca, uno que dé a guerreros extranjeros tan magníficos regalos. Haga Dios que siempre se mantengan las virtudes caballerescas que representáis.»
- 2200 «¡Cuánto me apena este trance!», prosiguió Hagen. «Bastantes desgracias habíamos tenido que soportar. Dios se apiade de nosotros si hemos de combatir a nuestros parientes.» Dijo entonces el margrave: «Eso me produce una honda congoja»¹¹².
- 2201 «Pero yo sabré pagaros el regalo, muy noble Rúdeger; se porten como se porten hacia vos estos nobles caballeros, yo os aseguro que jamás os tocará este mi brazo en combate, aunque matéis a todos los guerreros del país burgundo.»
- 2202 A esto respondió con una cortés inclinación el noble Rúdeger. Había llantos por doquier al ver que nadie podía evitar esta tremenda desgracia. Era aquél un terrible trance. Aquel espejo de caballeros, Rúdeger, iba a morir.
- 2203 Habló entonces, desde el palacio, Volker el ministril: «Puesto que Hagen, mi compañero, os ha ofrecido la paz, también la tendréis de mi parte. Bien os la habéis ganado cuando llegamos a este país.
- 2204 Muy noble margrave, quiero que seáis mi mensajero. Estas pulseras de oro rojo me las dio vuestra esposa para que las llevara en estas fiestas. Podéis verlas vos mismo, para dar fe de que las llevo.»

¹¹² Algunos editores omiten la estrofa 2200, que significa una interrupción, y siguen el manuscrito C, que pasa de la 2199 a la 2201.

- 2205 «¡Ojalá!», dijo entonces Rúdeger, «que la margravina os hubiera dado más! De buen grado llevaría recado a mi esposa amada, si salgo con vida y vuelvo a verla; de esto no tengáis duda.»
- 2206 Cuando hubo prometido esto, Rúdeger levantó el escudo y dio rienda suelta a su furia. Ya no esperó más y se lanzó contra los forasteros como un héroe. Terribles tajos descargaba el poderoso margrave.
- 2207 Los dos, Hagen y Volker, retrocedieron, pues así se lo habían prometido antes al bravo caballero. Pero Rúdeger encontró otros tan valientes, de pie junto a las puertas, que empezó la pelea con grandes apuros.
- 2208 Con vengativa intención dejaronle entrar Gunter y Gernot. Ambos tenían ánimo de héroes. Giselher se mantenía retirado; ciertamente sentía un gran dolor. Él confiaba aún en salvar la vida; por eso esquivaba a Rúdeger.
- 2209 Entonces embistieron al enemigo los hombres del margrave. Se les vio avanzar en pos de su señor como verdaderos caballeros, llevando en sus manos las cortantes espadas. Muchos yelmos y magníficos escudos quedaron destrozados por el ataque.
- 2210 Allí asestaron los agotados forasteros muchos rudos golpes a los de Bechelaren. Las espadas atravesaron derechas las brillantes mallas entrando firmes y hondas hasta las entrañas. En aquella pelea ellos realizaron magníficas proezas.
- 2211 Ahora había entrado en la lid toda la noble hueste de Rúdeger. Pronto saltaron a la lucha Volker y Hagen. No daban tregua, salvo a un solo hombre. Por obra de sus mandobles corría la sangre en los yelmos.
- 2212 ¡Con qué terrible estrépito resonaban allí dentro tantas espadas! Muchas guarniciones saltaban de los escudos con los golpes. También se desprendía destrozada y caía en la sangre la pedrería que tenían incrustada. Luchaban ellos con una ferocidad que nunca más se volverá a ver.

- 2213 El señor de Bechelaren combatía aquí y allá, como hombre avezado a luchar valerosamente en la batalla. Aquel día lo hizo Rúdeger como correspondía a quien era un verdadero caballero, muy bravamente, merecedor de toda alabanza.
- 2214 Allí estaban en pie los dos héroes: Gunter y Gernot; muchos caballeros perdieron allí la vida por los golpes de su brazo. A Giselher y a Dankwart poco les preocupaba cuántos caían y así mandaron al otro mundo a tantos caballeros.
- 2215 De sobra mostraba Rúdeger que era muy fuerte y valiente y estaba bien armado. ¡Ay, cuántos héroes hizo morir! Un burgundo veía esto y en él se desató la cólera. Aquí empezó a acercarse el momento de la muerte del noble Rúdeger.
- 2216 Gernot el valeroso llamó entonces al héroe. Díjole al margrave: «Muy noble Rúdeger, veo que no queréis dejar con vida a ninguno de mis hombres. Eso me aflige en demasía. No puedo seguir viéndolo más tiempo.
- 2217 Ahora puede que vuestro regalo se torne en daño para vos, pues me habéis arrebatado tantos de mis amigos. Volveos acá, noble y valiente caballero. Yo probaré lo mejor que pueda que merecía el regalo de vuestra espada.»
- 2218 Pero antes de que el margrave llegara a su lado, más de una cota de malla perdió el color teñida de sangre. Se embistieron luego uno a otro los dos caballeros sedientos de gloria. Cada uno de ellos empezó a protegerse de los golpes evitando graves heridas.
- 2219 Sus espadas eran tan afiladas que nada podía hacerles frente. Entonces asestó el héroe Rúdeger tal golpe a Gernot, a través del yelmo, duro como el pedernal, que la sangre le brotaba y caía. Pronto se lo iba a devolver el bravo y esforzado caballero.
- 2220 Blandía ahora en el aire con las manos el regalo de Rúdeger. Pero aunque estaba ya herido de muerte, le descargó un mandoble a través del recio yelmo que se lo hendió hasta

- las correas. De él había de morir el marido de la hermosa Gotlinda.
- 2221 Nunca fue peor recompensado un regalo tan rico. Ambos a una cayeron muertos, Gernot y Rúdeger, uno a mano de otro. Sólo entonces, cuando vio el terrible estrago, montó en cólera Hagen.
- 2222 Ahora habló el héroe de Trônege: «Grande es nuestra desgracia. Con la muerte de estos dos hemos sufrido tan gran quebranto que sus gentes y su país jamás lo podrán sobrellevar. De él tendrán que responder ante nosotros, desventurados exiliados, los guerreros de Rúdeger.»
- 2223 «¡Ay, hermano mío¹¹³, la muerte te ha llegado aquí! ¡Qué noticias de desgracias me llegan sin cesar! Pero también ha de afligirme siempre la muerte del noble Rúdeger. El daño es para las dos partes, lo mismo que el terrible dolor.»
- 2224 Cuando el señor Giselher vio muerto a su hermano, los guerreros que dentro estaban tuvieron gran pesar. La muerte buscaba con celo los que iban a formar su séquito. De los de Bechelaren ninguno iba a salvar mucho tiempo la vida.
- 2225 Gunter y Giselher, lo mismo que Hagen, Dankwart y Volker, claros caballeros, fueron adonde yacían tendidos los dos muertos. Entonces los héroes rompieron a llorar y a lamentarse.
- 2226 «La muerte hace en nosotros grandes estragos», habló ahora el mancebo Giselher. «Dejaos, pues, de llantos y salgamos al aire libre para que se refresquen las anillas de nuestras cotas a los que estamos agobiados por la pelea. Me temo que Dios no nos va a dejar ya mucha vida.»
- 2227 Se veían ahora unos cuantos guerreros sentados, otros apoyados. Otra vez habían quedado ociosos, pues yacían muer-

¹¹³ Estas palabras pueden ser lo mismo de Gunter que de Giselher, pero más coherentes con el carácter del segundo.

tos los guerreros de Rúdeger. El estruendo había pasado. Tanto duró el silencio que Atila se desazonó.

- 2228 «¿Qué manera de servir es ésta?», dijo la esposa del rey. «No tan leal como para confiar en que nuestros enemigos hayan recibido su castigo del brazo de Rúdeger. Él parece dispuesto a volverlos a llevar al país burgundo.
- 2229 ¿De qué sirve, rey Atila, que le hayamos dado cuanto él quería? Ese héroe se ha portado mal. Él, que había de vengarnos, ahora va a preparar un arreglo.» A esto replicó Volker, el gallardo caballero:
- 2230 «No es cierto, por desgracia, lo que dices, muy noble reina. Si yo osara decir que miente una tan noble dama, aseguraría que lo habéis hecho, y diabólicamente, con Rúdeger. Tanto él como sus caballeros mal han podido llegar a un arreglo.
- 2231 Él cumplió con tal celo lo que le mandó su rey que aquí yace muerto junto con su hueste. Mirad alrededor, Krimilda, a ver a quién podéis mandar. El héroe Rúdeger os ha servido hasta su postrer suspiro.
- 2232 Pero si no queréis creerlo, deben hacéroslo ver.» Y para dolor de su corazón así lo hicieron. Trajeron a presencia del rey el destrozado cadáver del héroe, para que lo viera. Nunca los guerreros de Atila tuvieron tanto dolor.
- 2233 Ningún escribano podría dar cuenta por escrito o de palabra de tantos gestos de dolor de mujeres, y también de hombres, que, abrumados de pesar, lo mostraban en sus semblantes cuando vieron llegar muerto al margrave.
- 2234 La congoja de Atila fue tan grande que su grito de dolor profundo retumbó como el rugido de un león. Lo mismo hizo su esposa. Harto sufrían los dos la muerte del bravo Rúdeger.

CANTO XXXVIII

*De cómo fueron muertos todos los
guerreros del señor Teodorico*

- 2235 Se oyeron por doquier tan grandes lamentos que hacían temblar el palacio y las torres. Oyólos también uno de Verona, vasallo de Teodorico. Con tan horribles nuevas ¡cuán presto corrió a llevarlas!
- 2236 Luego le dijo al príncipe: «Oídmeme, mi señor Teodorico, en toda mi vida he oído jamás lamentos tan espantosos como los que acabo de oír. Temo que el propio rey Atila haya sufrido algún daño.
- 2237 ¿Qué otra cosa podría haberle llevado a tal desesperación? O el rey o Krimilda, uno de ellos ha muerto a manos de los bravos forasteros, abatido por su saña. ¡Cuántos apuestos caballeros lloran ahora desconsoladamente!»
- 2238 Habló aquí el héroe de Verona: «Mis guerreros muy queridos, no os apresuréis demasiado. Cuanto aquí han hecho los caballeros extranjeros, fue por extrema necesidad. Dejadles gozar de la paz que yo les aseguré.»
- 2239 Dijo entonces el valeroso Wolfhart: «Yo voy a ir allí a averiguar lo ocurrido y qué es lo que han hecho. Luego os contaré, mi querido señor, tal como me entere, del motivo de los lamentos.»
- 2240 Ahora habló el señor Teodorico: «Cuando se prevé un talante colérico y se hacen preguntas desatinadas es fácil enojar el ánimo de un héroe. No quiero, pues, Wolfhart, que hagáis tales preguntas a los burgundos.»

- 2241 Pidió entonces a Helprich que se encaminara pronto allí y le mandó averiguar de los hombres de Atila o de los mismos forasteros qué era lo que había acontecido. Nunca se había visto gente entregada a tan grandes muestras de dolor.
- 2242 El mensajero preguntó: «¿Qué ha pasado aquí?» Uno de ellos le replicó: «Acabadas son cuantas alegrías teníamos en tierra de hunos. Aquí yace muerto Rúdeger por el brazo de los burgundos.
- 2243 De los que con él entraron en la sala, ninguno ha quedado con vida.» Jamás había sentido Helprich una mayor aflicción, ni había tenido que llevar de tan mal grado una noticia. El mensajero volvió a Teodorico con los ojos llenos de lágrimas:
- 2244 «¿Qué nos habéis averiguado?», dijo Teodorico. «¿Cómo es que lloráis tan tristemente, caballero Helprich?» Replicó el noble guerrero: «Es bien natural que me lamente. Al bueno de Rúdeger lo han matado los burgundos.»
- 2245 Aquí habló el héroe de Verona: «No lo quiera Dios. Eso sería una terrible venganza y un escarnio del demonio. ¿Con qué pudo merecer Rúdeger que le trataran así? Por lo que yo entiendo, él es amigo de los extranjeros.»
- 2246 A esto replicó Wolfhart: «Si ellos hubieran hecho eso, deberían pagarlo todos con la vida. Si se lo consentimos, sería una vergüenza para nosotros; tantos servicios nos ha prestado el brazo del valiente Rúdeger.»
- 2247 El señor de los amelungos¹¹⁴ mandó que se enteraran otra vez. Lleno de pesar sentóse en una ventana: luego encargó a Hildebrando¹¹⁵ que se encaminara a los forasteros, para averiguar de ellos qué había pasado.
- 2248 Maese Hildebrando, el aguerrido y valeroso caballero, no llevaba en sus manos ni escudo ni espada. Quería presentar-

¹¹⁴ Teodorico.

¹¹⁵ Su maestro de armas, héroe del *Cantar de Hildebrando* (*Hildebrandslied*).

- se ante los huéspedes como un cabal caballero. Pero el hijo de su hermana¹¹⁶ hubo de echárselo en cara.
- 2249 Dijo el enfurecido Wolfhart: «Si queréis ir desarmado, no estaréis libre de maledicencias, y tendréis que volver cubierto de vergüenza. Pero si vais armado, más de uno se guardará de vos.»
- 2250 Ante el consejo del bisoño, el veterano se pertrechó de armas. Antes de que se percatara, ya estaban en sus armaduras todos los hombres de Teodorico empuñando las espadas. Esto enojó al héroe; de buen grado lo hubiera impedido.
- 2251 Preguntóles adónde querían ir: «Queremos acompañaros, a ver si Hagen de Trónege se atreve a hablaros con burlas como es su costumbre.» Cuando oyó esto, dejó a los guerreros que fueran con él.
- 2252 Vio entonces el valeroso Volker avanzar bien armados a los guerreros de Verona, los hombres de Teodorico, con las espadas al cinto y los escudos en la mano. Así se lo hizo saber a sus señores, los de la tierra burgunda.
- 2253 Dijo ahora el violero: «Veo avanzar por allí muy en son de guerra a los hombres de Teodorico, armados y con yelmos puestos. Quieren acometernos. Temo que esto se torne en mal para nosotros, lejos de la patria.»
- 2254 En tanto que hablaba apareció Hildebrando. Éste puso ante los pies el escudo y preguntó a los guerreros de Gunter: «¡Ay de mí!, ¿qué os había hecho Rúdeger, bravos caballeros?
- 2255 Mi señor Teodorico me ha enviado aquí, a preguntaros si alguno de vosotros mató al noble margrave, como nos han contado. No podríamos sobrellevar una desgracia tan terrible.»
- 2256 Habló aquí Hagen de Trónege: «No es falsa la noticia, aunque yo desearía, por amistad a Rúdeger, que el mensajero os

¹¹⁶ Wolfhart.

hubiera engañado, y que el héroe siguiera vivo. ¡Con razón habrán de llorarlo siempre tanto hombres como mujeres!»

- 2257 Cuando oyeron con certeza que Rúdeger había muerto, los guerreros le lloraron, como lo pedía su afecto por él. A los hombres de Teodorico se les vio derramar lágrimas por barbas y mejillas. Era grande el pesar que sentían.
- 2258 Sigestab, duque de Verona, habló entonces: «Ahora sí que ha acabado el solaz que siempre nos ofreció Rúdeger después de nuestros días de desgracia¹¹⁷. Ese hombre, alegría de gentes en destierro, yace ahora muerto por vosotros, caballeros.»
- 2259 Wolfwin, héroe de los amelungos, dijo entonces: «Si yo viera hoy muerto a mi propio padre, no tendría tanto dolor como a la vista del cadáver de Rúdeger. ¡Ay, quién habrá de consolar a la esposa del valeroso margrave!»
- 2260 Habló ahora, presa de la ira, el caballero Wolfhart: «¿Quién sabrá ahora guiar a los guerreros en sus campañas tan bien como el margrave lo hizo tan a menudo? ¡Ay, muy noble Rúdeger, cómo te hemos perdido!»
- 2261 Wolfbrand y Helprich, así como Helmnot y todos sus amigos, lloraron ahora su muerte. Los sollozos impidieron a Hildebrando seguir las preguntas. Dijo entonces: «Ahora, caballeros, haced lo que mi señor nos encomendó hacer aquí.»
- 2262 «Entregadnos a Rúdeger, muerto como está, sacándolo de la sala. Con él, dolorosamente, se ha venido abajo nuestra alegría. Dejadnos que le pagemos la lealtad que siempre nos mostró a nosotros y a muchos otros caballeros.
- 2263 También nosotros estamos lejos de la patria como el héroe Rúdeger. ¿Por qué nos hacéis esperar? Dejadnos llevarlo de aquí, para poder rendirle después de su muerte nuestro homenaje. Mejor hubiera sido dárselo en vida.»

¹¹⁷ Recuérdese que Teodorico vive, desterrado de Italia, en la corte de Atila.

- 2264 Dijo entonces el rey Gunter: «No hubo jamás homenaje tan bueno como el que rinde un amigo a otro después de su muerte. Eso es lo que llamo lealtad constante, si alguno la puede observar. Justo es que lo honréis ahora, pues él os mostró su amistad.»
- 2265 «¿Hasta cuándo hemos de suplicar?», dijo el caballero Wolfhart. «Ya que nuestro mejor consuelo fue muerto a vuestras manos y nunca más podremos gozar de él, dejadnos llevarlo de aquí para enterrarlo.»
- 2266 A esto respondió Volker: «Nadie os lo entregará. Venid a buscarlo aquí dentro, donde yace muerto en la sangre por cruentas heridas. Así le rendiréis cumplido homenaje a Rúdeger.»
- 2267 Habló entonces el valeroso Wolfhart: «Dios sabe, señor ministril, que no tenéis que provocarnos. Ya nos habéis causado hartos dolores. Si yo me atreviera a hacerlo delante de mi señor, eso os costaría la vida. Por eso hemos de dejarlo, pues él nos prohibió luchar aquí.»
- 2268 Dijo entonces el violero: «Grande es el temor de quien deja de hacer aquello que le prohíben. Yo no puedo llamar a eso verdadero heroísmo.» A Hagen le parecieron buenas estas palabras de su compañero de armas.
- 2269 «No os dejéis llevar», replicó Wolfhart, «si no, os destrozaré las cuerdas de la vihuela, de tal manera que cuando volváis a orillas del Rin tendréis algo que contar. Yo no puedo decorosamente consentir vuestra soberbia.»
- 2270 Habló entonces el violero: «Si destempláis mis cuerdas de suerte que queden desafinadas, se empañará el brillo de vuestro yelmo bajo los golpes de mi brazo, vuelva yo o no vuelva a tierra burgunda.»
- 2271 Quiso Wolfhart entonces embestir a su enemigo, si no fuera porque lo detuvo firmemente Hildebrando su tío. «Si te entregas, como temo, a la cólera del guerrero bisoño, perderás para siempre el favor de mi señor.»

- 2272 «Dejad al león, maese, tan furioso es su ánimo. Pero si llega a mis manos», dijo Volker, el valiente caballero, «aunque hubiese matado al mundo entero, le daría tal escarmiento, que nunca podría contarlo».
- 2273 Esto enojó grandemente a los de Verona. Wolfhart, el bravo y esforzado caballero, empuñó el escudo. Como un león furioso, saltó delante de sus amigos. Éstos le siguieron a toda prisa.
- 2274 Aunque eran grandes las zancadas, el viejo Hildebrando lo alcanzó antes de la escalera. No quería dejarle librar pelea antes que él. En los guerreros forasteros pronto encontraron lo que buscaban.
- 2275 Maese Hildebrando acometió entonces a Hagen. Oyóse entonces el fragor de las espadas empuñadas por las manos de ambos. Los dos eran presa de terrible saña: eso podía verse ahora. Sus dos espadas despedían por el aire rojas centellas.
- 2276 Pero luego quedaron separados en el ardor de la pelea. Combatían los de Verona hasta donde llegaban sus fuerzas. Cuando Hildebrando se separó de Hagen embistió el fornido Wolfhart al valeroso Volker.
- 2277 Tal golpe descargó sobre el recio yelmo del violero, que la hoja de la espada entró hasta las correas. Pero el valiente ministril se lo devolvió con creces. Entonces atacó a Wolfhart con tajos tan violentos, que éste despedía chispas.
- 2278 Los golpes hacían saltar fuego de las anillas de las cotas. Grande era la saña que uno tenía contra el otro. El caballero Wolfwin de Verona los separó; sólo un héroe como él podía haberlo hecho.
- 2279 Gunter el campeador, con brazo tendido¹¹⁸, recibió a los esclarecidos héroes del país amelungo. El señor Giselper cubrió y enrojeció de sangre muchos brillantes yelmos.

¹¹⁸ Irónico. Es una expresión de la vida cortesana aplicada ahora al combate.

- 2280 Dankwart, el hermano de Hagen, era un hombre feroz. Todo cuanto hasta entonces les había hecho a los guerreros no era nada; ahora se batía con gran furia el hijo del valeroso Aldrian.
- 2281 Ritschart y Gerbart, igual que Helprich y Wichart nunca habían escatimado esfuerzo en repetidas batallas; bien se lo probaron a los hombres de Gunter. Viose entonces avanzar magnífico a Wolfbrand.
- 2282 Allí peleaba como enloquecido el viejo Hildebrando. Muchos bravos caballeros hubieron de morir bañados en sangre, víctimas de la espada de Wolfhart. Así vengaban a Rúdeger los valientes y esforzados guerreros.
- 2283 Allí luchaba el señor Sigestab como convenía a su valor. ¡Ay, cuántos recios yelmos hundió a sus enemigos en la batalla el sobrino de Teodorico! Jamás pudo cumplir mejor en una pelea.
- 2284 Volker el valeroso, cuando vio que el intrépido Sigestab hacía brotar arroyos de sangre de las duras anillas de las cotas, fue presa el héroe de cólera. A saltos salió a su encuentro; entonces Sigestab perdió
- 2285 en poco rato la vida a manos del violero. Volker le dio tal prueba de su habilidad, que él pronto quedó tendido, muerto por sus tajos. Esto lo vengó el viejo Hildebrando, como convenía a su bravura.
- 2286 «¡Ay de mí, querido señor!»¹¹⁹, dijo maese Hildebrando, «helo aquí muerto por el brazo de Volker. No ha de quedar más tiempo con vida el violero.» ¿Cómo podría enfurecerse más el valeroso Hildebrando?
- 2287 Entonces descargó sobre Volker, el valiente ministril, tales golpes que del yelmo y del escudo salieron despedidas en

¹¹⁹ Siendo Sigestab sobrino de Teodorico, Hildebrando le debe vasallaje, igual que al rey.

trozos las correas por doquier hacia las paredes de la sala. Fue así como al bravo Volker le llegó entonces su fin.

- 2288 Ahora se lanzaron a la lucha los hombres de Teodorico. Sus tajos fueron tan violentos, que las anillas de las cotas salieron dando vueltas lejos de allí, y se vieron volar muy alto las puntas de las espadas. Ellos hacían correr de los yelmos arroyos de sangre caliente.
- 2289 Entonces vio Hagen de Trónege muerto a Volker. En aquellas fiestas éste fue el mayor de todos los dolores que había sufrido en sus parientes y guerreros. ¡Ay, qué terrible venganza empezó ahora el héroe!
- 2290 «No ha de aprovecharle esto al viejo Hildebrando. Mi sostén, el mejor compañero de armas que jamás tuve yace ahora muerto por el brazo del héroe.» Hagen entonces levantó el escudo y partió de allí asestando golpes.
- 2291 Helprich el valeroso mató de un tajo a Dankwart. Gunter y Giselher tuvieron gran pesar al verlo caer en la tremenda refriega. Pero ya el héroe había vengado bien con sus manos la propia muerte.
- 2292 Wolfhart, entre tanto, iba a un lado y a otro asestando golpes sin cesar a los hombres de Gunter, recorriendo la sala por tercera vez: allí cayeron abatidos por su brazo caballeros en gran número.
- 2293 Entonces gritó el señor Giselher a Wolfhart: «Malhaya, nunca tuve yo enemigo tan feroz; noble y valiente caballero, tornaos contra mí. Yo ayudaré a que esto se acabe. No puede seguir más tiempo así.»
- 2294 A Giselher se volvió Wolfhart en la batalla. Cada uno de ellos causó al otro anchas y repetidas heridas. Tan briosamente atacaba Wolfhart al rey, que la sangre que pisaba salpicaba por encima de la cabeza.
- 2295 Con terribles y furiosos golpes aguantó el hijo de la hermosa Ute luego a Wolfhart, el héroe valiente. Por batallador que

fuese este caballero, no pudo salir con vida. Jamás un rey tan joven dio prueba de mayor bravura.

- 2296 Dio tal tajo a Wolfhart a través de su recia coraza, que la sangre le manaba herida abajo. Quedó tocado de muerte el guerrero de Teodorico. Nadie, en verdad, a no ser un héroe como aquél, hubiera podido matarlo.
- 2297 Cuando el valiente Wolfhart se sintió herido, soltó el escudo y blandió con la mano una recia espada de hoja bien afilada. Entonces el héroe atravesó el yelmo y la cota de maila de Giselher con sus estocadas.
- 2298 Así uno a otro se causaron muerte terrible. Ahora ya no quedaba con vida ninguno de los hombres de Teodorico¹²⁰. El viejo Hildebrando vio caer a Wolfhart. Yo creo que en su vida jamás sufrió tamaño dolor.
- 2299 Ahora ya estaban muertos todos los hombres de Gunter, así como los de Teodorico. Hildebrando se acercó adonde había caído Wolfhart bañado en sangre. Él estrechó en sus brazos al valeroso y esforzado caballero.
- 2300 Quiso llevarlo consigo fuera del edificio, pero era demasiado pesado y hubo de dejarlo allí tendido. El moribundo le miró con sus ojos cuajados de sangre y se dio cuenta de que su tío bien le había querido ayudar.
- 2301 Habló entonces el herido de muerte: «Tío mío muy querido, en esta hora no podéis prestarme ninguna ayuda; ahora tened cuidado de Hagen; ése es mi buen consejo. Él abriga en su corazón horribles intenciones.
- 2302 Y si mis parientes quieren llorar mi muerte, decidles de mi parte a los más cercanos y mejores que no lloren por mí: no es menester. Yo he recibido una muerte honrosa a manos de un rey.

¹²⁰ Esta afirmación parece irreconciliable con el verso siguiente. Algún comentarista lo explica porque Hildebrando, antiguo ayo de Teodorico, no es, estrictamente, uno de sus hombres. Cfr., sin embargo, estrofa 2286 y nota.

- 2303 He hecho pagar aquí dentro tan cara mi vida, que las esposas de valientes caballeros tendrán buen motivo de llanto. Si alguien os preguntara, podréis decirle sin vacilar que a mis manos han muerto más de cien guerreros.»
- 2304 Pero Hagen pensaba entonces en el ministril a quien el valeroso Hildebrando había arrancado la vida. Dijo ahora el héroe: «Vais a pagar mis sufrimientos. Son muchos los bravos caballeros que aquí nos habéis arrebatado.»
- 2305 Descargó tal golpe sobre Hildebrando, que se pudo oír bien el sonido de Balmung, la espada que Hagen tomó a Sigfrido cuando mató al héroe. Pero el viejo se defendió: ciertamente era muy valeroso.
- 2306 El caballero de Teodorico atacó al héroe de Trônege con una ancha espada que era además muy afilada. Pero no pudo herir al guerrero de Gunter. Entonces lo embistió Hagen otra vez atravesando su bien acabada armadura.
- 2307 Cuando el viejo Hildebrando se dio cuenta de la herida, temió mayores daños del brazo de Hagen: el guerrero de Teodorico se cubrió la espalda con el escudo y, malherido, huyó el héroe de Hagen.
- 2308 No quedaba nadie con vida de todos los guerreros fuera de aquellos dos, Gunter y Hagen; el viejo Hildebrando corría ensangrentado a llevarle la triste nueva a Teodorico.
- 2309 Vio sentado al rey, lleno de congoja. Mayor dolor hubo entonces de sufrir el príncipe, al ver llegar a Hildebrando con la armadura ensangrentada. Presa de desazón preguntó-le lo ocurrido.
- 2310 «Decidme ahora, Hildebrando, ¿cómo es que venís bañado en la sangre de vuestra vida? ¹²¹ ¿Quién os hizo tal cosa?; temo que hayáis peleado en el palacio con los forasteros. Yo

¹²¹ La palabra *verchbluot*, «sangre de vida», debe entenderse como que pone en peligro la vida. Recuérdese que en alemán moderno *Lebensgefahr* es «peligro de muerte» (literalmente, «peligro de vida»).

os lo prohibí encarecidamente y era de razón que lo hubierais evitado.»

- 2311 Dijo Hildebrando a su señor: «Lo hizo Hagen. Esta herida me la causó en la gran sala, cuando iba a apartarme de él. Con apuros he podido salvar mi vida de ese diablo.»
- 2312 Entonces habló el de Verona: «Bien habéis merecido lo que os pasó, pues me oísteis declarar mi amistad a los héroes y habéis quebrantado la paz que les había asegurado. Si no tuviera que avergonzarme jamás, deberíais perder la vida.»
- 2313 «Mi señor Teodorico, no os enojéis tanto. Harto hemos sufrido yo y mis amigos. Nosotros queríamos haber traído de allí a Rúdeger, pero eso no nos lo querían consentir los hombres de Gunter.»
- 2314 «¡Ay de mí, cuánto es mi dolor! Si Rúdeger ha muerto de veras, eso será para mí una pena mayor que todos mis quebrantos. La noble Gotlinda es hija de mi tía. ¡Ay, pobres los que deja huérfanos y desamparados allí en Bechelaren!»
- 2315 La muerte de Rúdeger le recordó su lealtad y sufrimiento. Entonces rompió en amargo llanto. El héroe tenía buen motivo para ello. «¡Ay, cómo he perdido aquel que me ayudaba fielmente! Nunca podré olvidar la muerte del vasallo del rey Atila!»
- 2316 «¿Podéis darme, maese Hildebrando razón cabal de quién fue el guerrero que lo mató?» Dijo él: «Eso lo logró con su fuerza el valiente Gernot, pero también este héroe yace muerto por el brazo de Rúdeger.»
- 2317 El rey dijo a Hildebrando: «Decidles a mis hombres que se armen presto, pues quiero encaminarme allí; y mandad que me traigan mi brillante armadura de guerra. Yo mismo voy a preguntar a los héroes del país burgundo.»
- 2318 Aquí habló maese Hildebrando: «¿Pero quién os acudirá? Todos los sobrevivientes que tenéis los veis de pie a vuestro

lado: soy yo y sólo yo; todos los demás han muerto.» El rey quedó aturdido de esta nueva y tenía buena razón para ello,

2319 pues nunca había sufrido con tan gran dolor en este mundo. Dijo entonces: «Si todos mis hombres han muerto, eso es que Dios se ha olvidado de mí, pobre Teodorico. Yo era un rey venerado, muy fuerte y poderoso.»

2320 «¿Pero cómo pudo acontecer», siguió hablando el rey, «que todos estos héroes dignos de alabanza hayan muerto a manos de unos extranjeros agotados por la lucha y quebrantados por la desgracia? Si no fuera por mi mal sino, todavía no habrían conocido la muerte.

2321 Puesto que mi triste sino no ha querido abandonarme, ¿acaso le queda alguien con vida a los forasteros? Hildebrando respondió: «Nadie, Dios lo sabe, más que Hagen solo y Gunter, el noble rey.»

2322 «¡Ay, Wolfhart querido, si yo te he perdido tendré que lamentar el día en que nací! ¡Sigestab, Wolfwin, igual que Wolfbrand! ¿Quién habrá de ayudarme a recobrar el país de los amelungos?

2323 Si me han matado a Helprich el rey valeroso, a Gerbart y a Wichart, ¿cómo voy a acabar de llorarlos alguna vez? Éste es el postrer día de mis alegrías. ¡Ay, que nadie pueda morir de pesar!»

Memmen hagen allame und gunthar der künig her
 ff Die lieber wolffhart sol ich dich han verlor
 smart nach immer weien der ich ye nard georn
 Dugstab und wolffwin und auch wolffbrand
 mer sol mir darme helfen in der ammelunge lant
 ff wolffrich der vil chune und ist mir der erstlagen
 gehart und wickhart die sol ich die verdagen
 Das ist an meien freunden mir der leste tag
 Die die von laide merket gesterben mit



Gunter y Hagen, reducidos por Teodorico, son llevados ante Krimilda

39. ÄVENTIURE

*Wie her Dietrich mit Gunther
und mit Hagene strett*

- 2324 Dô suocht' der herre Dietrich selbe sîn gewant.
im half, daz er sich wâfent', meister Hildebrant.
dô klagete alsô sêre der kreftige man,
daz daz hûs erdiezen von sîner stîmmé began.
- 2325 Dô gewan er widere rehten helde muot.
in grimme wart gewâfent dô der helt guot,
einell schilt vil vesten nam er an die hant.
si giengen balde dannen, er unde meister Hildebrant.
- 2326 Dô sprach von Tronege Hagene: «ich sihe dort her gân
den herren Dietrichen, der wil uns bestân
nâch sînem starken leide, daz im ist hie geschehen.
man sol daz hiute kiesen, wem man des besten müge jehen.
- 2327 Jane dûnket sich von Berne der herre Dietrich
nie sô starc des lîbes und ouch sô gremelîch,
und wil erz an uns rechen, daz im ist getân,
alsô redete Hagene, «ich tar in rehte wol bestân.»
- 2328 Dise rede hôrte Dietrich und Hildebrant.
er kom dâ er die recken beide stênde vant
ûzen vor dem hûse, geleinet an den sal.
sînen schilt den guoten den sazte Dietrich zetal.
- 2329 In leitlichen sorgen sprach dô Dietrich:
«wie habt ir sô geworben, Gunther, kûnec rîch,
wider mich êllênden? waz het ich iu getân?
alles mînes trôstes des bin ich êiné bestân.

[386]

CANTO XXXIX

De cómo el señor Teodorico luchó con Gunter y Hagen

- 2324 Entonces el propio señor Teodorico buscó sus arreos; maese
Hildebrando le ayudó a armarse. Tales eran las lamentacio-
nes del fornido caballero, que la casa empezó a retumbar
con sus voces.
- 2325 Ahora volvió él a cobrar ánimos de héroe cabal. Lleno de furia
se fue armando el caballero de pro. Luego embrazó su recio
escudo. Pronto partieron de allí él y maese Hildebrando.
- 2326 Dijo entonces Hagen de Trônege: «Veo ahora acercarse al
señor Teodorico: quiere hacernos frente después del gran
quebranto que aquí le ha acaecido. Hoy se habrá de probar
a quién puede declararse el mejor de los combatientes.
- 2327 Ciertamente Teodorico de Verona no puede creerse tan
fuerte y tan terrible de cuerpo que yo no me atreva a darle
batalla, si es que quiere vengarse en nosotros de lo que le
han hecho.» Así habló Hagen.
- 2328 Oyeron estas palabras Teodorico e Hildebrando. El rey se
acercó al sitio donde los dos guerreros, de pie fuera de la
casa, se apoyaban en la pared. Entonces Teodorico depositó
su recio escudo en tierra.
- 2329 Lleno de honda congoja habló entonces Teodorico: «¿Cómo
os habéis portado así, Gunter, rey poderoso, contra mí, un
desterrado? ¿Qué os he hecho? Aquí estoy solo y despojado
de todo consuelo.

[387]

- 2330 Iuch endûhte niht der volle an der grôzen nôt,
dô ir uns Rüedegêren den helt sluoget tôt:
nu habet ir mir erbunnen aller mîner man.
jane hét ich iu helden sôlher leide niht getân.
- 2331 Gedenket an iuch selben unde an iuwer leit,
tôt der iuweren vriunde und ouch diu arbeit,
ob ez iu guoten recken beswæret iht den muot.
owê wie rehte unsanfte mir tôt der Rüedegêres tuot!
- 2332 Ez geschâch ze dirre werlde nie leider manne mêr.
ir gedâhtet übele an mîn und iuwer sêr.
swaz ich freuden hête, diu lît von iu erslagen.
jane kân ich nimmer mêre die mîne mágê verklagen.»
- 2333 «Jane sîn wir niht sô schuldic», sprach dô Hagene.
«ez giengen zuo disem hûse iuwer degene,
gewâfent wol ze vlîze, mit einer schar sô breit.
mich dunket daz diu mære iu niht rehte sîn geseit.»
- 2334 «Waz sôl ich gelouben mêre? mir seitez Hildebrant,
dô mîne recken gerten von Amelunge lant
daz ir in Rüedegêren gæbet ûz dem sal,
dô bûtet ir niwan spotten den kûenen helden her zetal.»
- 2335 Dô sprach der kûnec von Rîne: «si jâhen wolden tragen
Rüedegêren hinnen, den hiez ich in versagen
Etzeln ze leide, und niht den dînen man,
unz daz dô Wolfhart dar umbe schêltên began.»
- 2336 Dô sprach der helt von Berne: «ez muos' et alsô sîn.
Gunter, kûnec edele, durch die zûhte dîn
ergetze mich der leide, di mir von dîr sînt geschehen,
und sûene iz, ritter kûene, daz ich des künne dir gejeihen.
- 2337 Ergip dich mir ze gîsel, du und ouch dîn man.
sô wil ich behüeten, so ich âller beste kan,
daz dir hie zen Hîunen niemen niht entuot.
dune sôlt an mir niht vinden niwan triuwe unde guot.»

- 2330 No os pareció el colmo de la desgracia cuando nos derribasteis muerto al héroe Rúdeger, sino que me habéis arrebatado todos mis hombres. Ciertamente yo no os hubiera causado tal dolor a héroes como vosotros.
- 2331 Pensad en vosotros mismos y en vuestra pesadumbre: la muerte de vuestros amigos y las tribulaciones, ¿no os acongojan el ánimo? ¡Ay, cuánto me aflige la muerte de Rúdeger!
- 2332 Jamás acaeció en este mundo a un hombre desgracia mayor. Poco pensasteis en mi dolor y el vuestro. Cuantos amigos tenía yacen muertos por vuestro brazo. Jamás podré llorar bastante a mis parientes.»
- 2333 «En verdad no es tanta la culpa nuestra», habló entonces Hagen. «Bien armados vinieron a esta casa vuestros guerreros, con una cumplida hueste. Me parece que no os han dado bien la noticia de lo sucedido.»
- 2334 «¿Qué es entonces lo que he de creer? A mí me dijo Hildebrando que mis guerreros los amelungos deseaban que les sacaraís de la casa a Rúdeger. Entonces vosotros no hicisteis más que burlaros de los valientes héroes de aquí abajo.»
- 2335 Habló aquí el rey del Rin: «Ellos aseguraron que querían llevarse de aquí a Rúdeger. Yo lo prohibí para enojar a Atila, no a tus hombres. Fue por esto por lo que Wolfhart empezó a lanzar denuestos.»
- 2336 Dijo entonces el héroe de Verona: «Así, pues, tenía que ser. Gunter, noble rey, yo pido de tu buena crianza que me des reparación del daño que por ti me ha alcanzado. Dame cumplida satisfacción, valiente caballero, para que yo pueda aceptarla.
- 2337 Entrégate a mí; sed mis prisioneros tú y tu vasallo. Entonces estoy dispuesto a procurar, lo mejor que pueda, que nadie te haga aquí nada en tierra de hunos. No has de hallar en mí otra cosa que lealtad y bondad.»

- 2338 «Daz enwëlle got von himele», sprach dô Hagene,
«daz sich dir ergæben zwêne degene,
die noch sô werliche gewâfent gegen dir stânt
und noch sô ledecliche vor ir vîanden gânt.»
- 2339 «Ir ensûlt iz niht versprechen», sô redete Dietrich,
«Gunther unde Hagene. ir habt beide mich
sô sêre beswæret, daz herze und ouch den muot,
welt ir mich ergetzen, daz irz vil billichen tuot.
- 2340 Ich gibe iu mîne triuwe und sicherliche hant,
daz ich mit iu rîte heim in iuwer lant.
ich leit' iuch nâch den êren oder ich gelige tût,
und wil durch iuch vergezzen der mînen grœzlichen nôt.»
- 2341 «Nune múotet sin niht mêre», sprach aber Hagene.
«von uns enzimt daz mære niht wol ze sagene,
daz sich iu ergæben zwêne âlsô küene man.
nu siht man bî iu niemen wan eine Hildebranden stân.»
- 2342 Dô sprach meister Hildebrant: «got weiz, her Hagene,
der iu den vride biutet mit iu ze tragene,
ez kumt noch an die stunde daz ir in möhtet nemen.
die suone mînes herren möht ir in lâzen gezemen.»
- 2343 «Jâ næme ich ê die suone», sprach aber Hagene,
«ê ich sô lasterliche ûz einem gademe
flûhe, meister Hildebrant, als ir hie habt getân.
ich wânde daz ir kundet baz gein vîanden stân.»
- 2344 Des antwurte Hildebrant: «zwiu verwîzet ir mir daz?
nu wer wâs der ûf einem schilde vor dem Wâskensteine saz,
dô im von Spânje Walther sô vil der friunde sluoc?
ouch habt ir noch ze zeigen an iu sêlbén genuoc.»

- 2338 «No quiera el Dios de los cielos», dijo entonces Hagen,
«que se rindan dos caballeros que se tienen en pie ante ti
tan bien armados para la defensa y que tan libremente se
pasean enfrente de sus enemigos».
- 2339 «No deberíais rehusar», dijo Teodorico. «Gunter y Hagen,
harto me habéis apesadumbrado vosotros dos el corazón y
el ánimo. Si estáis dispuestos a darme reparación, ello será
muy justo.
- 2340 Yo os ofrezco mi lealtad y me comprometo con la mano¹²² a
escoltaros a caballo de vuelta a vuestra patria. Que yo pierda
la vida si no os guío con todos los honores. Por amistad a
vos estoy dispuesto a olvidar mi enorme tribulación.»
- 2341 «No sigáis empeñado en eso», replicó Hagen. «No cumple a
nuestra condición que se cuente que se os rindieron dos
caballeros tan bravos. Además yo veo a tu lado sólo a Hilde-
brando.»
- 2342 Aquí habló maese Hildebrando: «Dios sabe que llegará la
hora en que os gustaría aceptar la paz que se os ofrece.
Deberíais conformaros con dar la reparación que os pide mi
señor.»
- 2343 «Antes haría yo reparación», volvió a hablar Hagen, «que
huir, maese Hildebrando, tan vergonzosamente de una sala
como vos lo hicisteis aquí. Yo creía que sabríais mejor hacer
frente al enemigo.»
- 2344 A esto replicó Hildebrando: «¿Por qué me echáis eso en
cara? ¿Quién fue el que se quedó sentado en su escudo
delante de la Peña de Wasken cuando Walter de España le
mataba tantos amigos?¹²³ De bastantes cosas se os podría
acusar.»

¹²² Es decir, sellando el compromiso al estrechar su mano.

¹²³ Cfr. estrofa 1756 y nota. Según señala Bartsch, el sentarse sobre el escudo es un gesto simbólico de no injerencia en la pelea. De acuerdo con la leyenda, ésta fue la actitud de Hagen al empezar la lucha en la Peña de Wasken.

- 2345 Dô sprach der herre Dietrich: «daz enzimt niht helde lip,
dâz sî suln schelten sam diu alten wîp.
ich verbiut' iu, Hildebrant, daz ir iht sprechet mêr.
mich ellenden recken twingent grœzlicheu sêr.
- 2346 Lât hœrên», sprach Dietrich, «recke Hagene,
waz ir beide sprâchet, snelle degene,
dô ir mich gewâfent zuo iu sâhet gân?
ir jâhet daz ir eine mit strîte woldet mich bestân.»
- 2347 «Jane lœugent iu des niemen», sprach Hagene der degen,
«ine wêllez hie versuochen mit den starken slegen,
ez ensî daz mir zebreste daz Nibelunges swert.
mir ist zôrn daz unser beider hie ze gîsel ist gegert.»
- 2348 Dô Dietrich gehôrte den grimmen Hagenen muot,
den schilt vil balde zuhte der snelle degen guot.
wie balde gein im Hagene von der stiege spranc!
Nibelunges swêrt daz guote vil lûte ûf Dietrichen erkanc.
- 2349 Dô wesse wol her Dietrich daz der küene man
vil grimmes muotes wære. schermen im began
der hêrrê von Berne vor angestlichen slegen.
wol erkand' er Hagenen, den vil zierlichen degen.
- 2350 Ouch vorht' er Balmungen, ein wâfen starc genuoc.
under wîlen Dietrich mit listen wider sluoc,
unz daz er Hagenen mit strîte doch betwanc.
er sluoc im eine wunden, diu was tief unde lanc.
- 2351 Dô dâht' der herre Dietrich: «du bist in nôt erwigen.
ich hâns lûtzel êre, soltu tût vor mir geligen.
ich wil ez sus versuochen, ob ich ertwingen kan
dich mir ze einem gîsel.» daz wart mit sôrgên getân.
- 2352 Den schilt liez er vallen; sîn sterke diu was grôz.
Hagenen von Tronege mit armen er beslôz.
des wart dô betwungen von im der küene man.
Gûnthêr der edele dar umbe trûrên began.

- 2345 Habló entonces el señor Teodorico: «No es propio de caballeros el que se injurien como viejas comadres. Yo os prohíbo, Hildebrando, que digáis una palabra más. Infortunado de mí, hartos dolores me afligen.»
- 2346 «Oigamos, caballero Hagen», dijo Teodorico, «¿qué hablabais los dos, bravos guerreros, cuando me visteis avanzar armado hacia vosotros? Vos asegurabais que estabais dispuesto a librar batalla a solas conmigo.»
- 2347 «Nadie os lo negará ciertamente», habló el caballero Hagen, «yo estoy dispuesto a probarlo aquí con duros golpes con tal que no se me rompa la espada de Nibelungo. Rabia me da que se pretenda que nos entreguemos los dos sin lucha.»
- 2348 Cuando Teodorico oyó las terribles palabras de Hagen, se apresuró a empuñar el escudo el valiente y esforzado caballero. ¡Con qué presteza saltó Hagen contra él desde las escaleras! La recia espada de Nibelungo resonó con fragor sobre Teodorico.
- 2349 Ahora se dio bien cuenta el señor Teodorico de que el bravo guerrero era presa de feroz saña; el señor de Verona empezó a cubrirse de los furiosos tajos. Bien conocía a Hagen el apuesto caballero.
- 2350 Temía además a Balmung, espada amenazadora. Mientras tanto, Teodorico devolvía con destreza golpes hasta que dominó a Hagen en la lid. De un tajo hirió a Hagen: la herida era honda y larga.
- 2351 Pensó entonces el señor Teodorico: «Ya estás agotado por el esfuerzo. Poco honor sería para mí si ahora murieras ante mí. Quiero probar si puedo forzarte a ser mi prisionero.» Eso lo consiguió con harto trabajo.
- 2352 Entonces dejó caer el escudo; su fuerza era grande. A Hagen de Trônege lo sujetó entre sus brazos. Así quedó vencido por él el bravo guerrero. El noble Gunter entonces empezó a afligirse.

- 2353 Hagenen bant dô Dietrich und fuort' in, dâ er vant
die edeln kûneginne, und gab ir bî der hant
den kûnésten recken der ie swert getruoc.
nâch ir vil starkem leide dô wart si vrœlîch genuoc.
- 2354 Vor liebe neic dem degene daz Etzelen wîp:
«immer sî dir sælic dîn herze und ouch dîn lîp.
du hâst mich wol ergetzet aller mîner nôt.
daz sol ich immer dienen, mich ensûmés der tôt.»
- 2355 Dô sprach der herre Dietrich: «ir sult in lân genesen,
edeliu kûneginne. und mac daz noch gewesen,
wie wol er iuch ergetzet daz er iu hât getân!
er ensól des niht engelten, claz ir in seht gebunden stân.»
- 2356 Dô hiez si Hagenen fûeren an sîn ungemach,
dâ er lac beslozen unt dâ in niemen sach.
Gûnther der kûnec edele rûefen dô began:
«War kom der helt von Berne? der hât mir léidé getân.»
- 2357 Dô gie im hin engegene der herre Dietrich.
daz Guntheres ellen daz was vil lobelîch.
done bêit ouch er niht mêre, er lief her fûr den sal.
von ir beider swerten huop sich ein grœzlîcher schal.
- 2358 Swie vil der herre Dietrich lange was gelobt,
Gunther was sô sêre erzûrmet und ertobt,
wand' er nâch starkem leide sîn herzevient was.
man sagt ez noch ze wunder, daz dô her Dietrich genas.
- 2359 Ir ellen und ir sterke beide wâren grôz.
palas unde tûrne von den slegen dôz,
dô si mit swerten hîuwen ûf die helme guot.
ez het der kûnec Gunther einen hêrlîchen muot.
- 2360 Sît twang in der von Berne, sam Hagenen ê geschach.
daz bluot man durch die ringe dem helde vliezen sach
von einem scharpfen swerte, daz truoc Dietrich.
dô het gewert her Gunther nâch müede lobelîche sich.

- 2353 Teodorico ató a Hagen y lo llevó adonde estaba la noble
reina. En sus manos entregó al más valiente guerrero que
jamás llevó espada. Después de sus terribles penas, ella tuvo
gran contento.
- 2354 La esposa de Atila se inclinó agradecida ante el héroe: «Que
la dicha colme siempre tu corazón y tu vida. Bien me has
resarcido de todas mis penas. Yo te lo agradeceré eterna-
mente si la muerte no me lo impide.»
- 2355 Dijo entonces el señor Teodorico: «Debéis respetarle la vida,
noble reina, y si así sucede, ¡cuán bien os desagraviará él de
todo lo que os ha hecho! No es menester que tenga que
sufrir porque lo veáis atado ante vos.»
- 2356 Mandó ella entonces llevar a Hagen a su mazmorra. Allí
quedó encerrado y nadie podía verlo. Gunter, el noble rey,
empezó a gritar entonces: «¿Adónde ha ido el héroe de Vero-
na? Grande es el daño que me ha hecho.»
- 2357 Salió entonces a su encuentro el señor Teodorico. La valen-
tía de Gunter era muy digna de alabanza. Pero tampoco él
esperó más y se lanzó fuera de la sala. De las espadas de
ambos se alzó un tremendo fragor.
- 2358 Aunque el señor Teodorico tenía un largo y glorioso pasado,
Gunter estaba muy furioso y enconado, pues tras los rudos
quebrantos era ahora su enemigo mortal. Uno se maravilla
todavía hoy de que el señor Teodorico escapara con vida.
- 2359 Grande era el valor y la fuerza de los dos. El palacio y las
torres retumbaban con los golpes que descargaban las espa-
das sobre los recios yelmos. Era magnífico el ánimo del rey
Gunter.
- 2360 Luego lo domeñó el de Verona, como antes aconteció a
Hagen. Veíase manar sangre a través de las anillas de la cota
del héroe, hendidas por la afilada espada que blandía Teo-
dorico. El señor Gunter, tras fatigas tan grandes, se había
defendido honrosamente.

- 2361 Der herre wart gebunden von Dietriches hant,
swie künene niene solden liden solhiu bant.
er dâht' ob er si lieze, den künec und sinen man,
alle die si fünden, die müessen töt von in bestân.
- 2362 Dietrich von Berne der nam in bî der hant,
dô fuort' er in gebunden da er Kriemhilde vant.
dô was mit sinem leide ir sorgen vil erwant.
si sprach: «willekomen Gunther ûzer Burgonden lant.»
- 2363 Er sprach: «ich solt' iu nigen, vil liebiu swester mîn,
ob iuwer grûezen möhte genædeclîcher sîn.
ich weiz iuch, küneginne, sô zornêc gemuot,
daz ir mîr ûnde Hagenen vil swachez grûezen getuot.»
- 2364 Dô sprach der helt von Berne: «vil edeles küneges wîp,
ez enwârt nie gîsel mêre sô guoter ritter lîp,
als ich iu, vrouwe hêre, an in gegeben hân.
nu sult ir die êllenden mîn vil wol geniezen lân.»
- 2365 Si jach si tæt' iz gerne. dô gie her Dietrich
mit weinenden ougen von den hêlden lobelîch.
sît rach sich grimmeclîchen daz Êtzelen wîp.
den ûz erwelten degenen nam si bêiden den lîp.
- 2366 Si lie si ligen sunder durch ir ungemach,
daz ir sît dewedere den andern nie gesach,
unz si ir bruoder houbet hin für Hagenen truoc.
der Kriemhilde räche wart an in bêiden genuoc.
- 2367 Dô gie diu küneginne dâ si Hagenen sach.
wie rehte fientliche si zuo dem helde sprach:
«welt ir mir geben widere daz ir mir habt genomen,
sô muget ir noch wol lebende hêim zen Bûrgonden komen.»
- 2368 Dô sprach der grimme Hagene: «diu rede ist gar verlorn,
vil edeliu küneginne. jâ hân ich des gesworn,
daz ich den hort iht zeige die wîle daz si leben,
deheiner mîner herren, sô sôl ich in niemêne geben.»

- 2361 Fue el rey atado por las manos de Teodorico, aunque los
reyes no deben sufrir tales ataduras. Pensó Teodorico,
empero, que si soltaba al rey y a su vasallo, iban a perecer
todos los que se enfrentaran con ellos.
- 2362 Teodorico de Verona lo tomó de la mano. Luego lo llevó
atado adonde estaba Krimilda. Entonces, con la tribulación
de Gunter se acabaron muchos de los pesares de la reina.
Dijo ella: «Sed bienvenido, Gunter, rey del país burgundo.»
- 2363 Él habló: «Yo debería daros las gracias, hermana mía muy
amada, si vuestro saludo pudiera ser más favorable. Pero yo
sé, noble señora, que vuestro ánimo es tan colérico, que tanto
a mí como a Hagen nos recibís con un saludo poco amistoso.»
- 2364 Aquí habló el héroe de Verona: «Esposa de un muy esclareci-
do rey, nunca hubo prisioneros tan bravos como los caballe-
ros que yo, noble señora, os he entregado. Permitid, pues,
que estos exiliados saquen provecho de mi intervención.»
- 2365 Ella aseguró que lo haría de buen grado. Entonces se alejó el
señor Teodorico de aquellos héroes dignos de alabanza con
los ojos en lágrimas. Luego había de vengarse terriblemente
la esposa de Atila. A los dos caballeros esclarecidos les quitó
la vida.
- 2366 Para hacerlos sufrir más, los hizo encadenar aparte, de suer-
te que ninguno de ellos vio al otro, hasta que llevó la cabeza
de su propio hermano ante Hagen. La venganza de Krimilda
en aquellos dos fue despiadada.
- 2367 La reina se encaminó adonde estaba Hagen. ¡Con cuánta
saña habló al héroe!: «Si queréis devolverme lo que me
habéis arrebatado, podréis regresar sano y salvo a vuestro
hogar en Burgundia.»
- 2368 Aquí habló el feroz Hagen: «Estás hablando en balde, muy
noble reina, pues yo he jurado no mostrar el escondite del
tesoro mientras viva alguno de mis señores; así, pues, no se
lo daré a nadie.»

- 2369 «Ich bringez an ein ende», sô sprach daz edel wîp.
dô hiez si ir bruoder nemen den lip.
man sluoc im ab daz houbet; bi dem hâre si ez truoc
für den helt von Tronege. dô wart im léidé genuoc.
- 2370 Alsô der ungemuote sînes hêrren houbet sach,
wider Kriemhilde dô der recke sprach:
«du hâst iz nâch dînem willen z'einem ende brâht,
und ist ouch rehte ergangen als ich mir hêre gedâht.
- 2371 Nu ist von Burgonden der edel kûnec tôt,
Giselher der junge, und ouch her Gêrnôt.
den schaz den weiz nu niemen wan got unde mîn:
der sol dich, vâlandinne, immer wol verholn sîn.»
- 2372 Si sprach: «sô habt ir übele geltes mich gewert.
sô wil ich doch behalten daz Sîfrides swert.
daz truoc mîn holder vriedel, dô ich in jungest sach,
an dem mir herzeleide von iuvern schûldên geschach.»
- 2373 Si zôh iz von der scheiden, daz kunde er niht erwern.
dô dâhte si den recken des lîbes wol behern.
si huob ez mit ir handen, daz haupt si im ab sluoc.
daz sach der kûnec Etzel: dô was im léidé genuoc.
- 2374 «Wâfen», sprach der fürste, «wie ist nu tôt gelegen
von eines wîbes handen der aller beste degen,
der ie kôm ze sturme oder ie schilt getruoc!
swie vîent ich im wære, ez ist mir léidé genuoc.»
- 2375 Dô sprach der alte Hildebrant: «ja genîuzet si es niht,
daz si in slahen torste, swaz halt mir geschiht.
swie er mich selben bræhte in angestlîche nôt,
idoch sô wil ich rechen des kûenen Tronegæres tôt.»
- 2376 Hildebrant mit zorne zuo Kriemhilde spranc.
er sluoc der kûeginne einen swâeren swertes swanc.
jâ tet ir diu sorge von Hildebrande wê.
waz mohte si gehelfen daz si sô grœzlichen schrê?

- 2369 «Ese asunto lo arreglo yo», dijo la noble señora. Entonces
mandó quitar la vida a su hermano. Le cortaron la cabeza y,
sujeta por el cabello, la llevó ante el héroe de Trónege.
Grande fue ahora el dolor de éste.
- 2370 Cuando el atribulado guerrero vio la cabeza de su señor,
vuelto a Krimilda le dijo: «Tú has arreglado el asunto a tu
gusto y además ha sucedido cabalmente como yo me lo
había pensado.
- 2371 Ahora está muerto el noble rey de Burgundia, y el joven
Giselher, así como Gernot. Dónde está el tesoro no lo sabe
nadie, sino Dios y yo. Ese tesoro, mujer endemoniada, que-
dará siempre oculto para ti.»
- 2372 Dijo ella: «Mal me habéis pagado lo que tenía que exigiros.
Así, pues, yo me quedaré con la espada de Sigfrido, la que
ceñía mi dulce amado la última vez que lo vi. Por culpa
vuestra hube yo de sufrir hondo dolor de corazón.»
- 2373 Luego la sacó de la vaina; eso no lo pudo evitar él. Ahora
pensaba ella quitarle la vida al héroe. Levantó la espada con
ambas manos y le cortó la cabeza. Esto lo vio el rey Atila.
Grande fue entonces su pesar.
- 2374 «Malhaya», dijo el príncipe, «¡he aquí muerto a manos de una
mujer el mejor de todos los héroes que jamás libró batalla o
llevó escudo! Por muy enemigo suyo que fuese yo, su muer-
te me aflige hondamente.»
- 2375 Habló entonces el viejo Hildebrando: «Nada ha de aprove-
charle a ella el haber osado matarlo. Me pase lo que me
pase y aunque él mismo me puso en terrible apuro, voy, sin
embargo, a vengar la muerte del valeroso Hagen.»
- 2376 Presa de la ira, lanzóse luego contra Krimilda. Descargó
sobre la reina un golpe con su pesada espada. Ahora hubo
de sentir bien ella el miedo que tenía a Hildebrando. ¿De
qué le habían de valer sus terribles alaridos?

- 2377 Dô was gelegen aller dâ der veigen lîp.
ze stûcken was gehouwen dô daz edele wîp.
Dietrich und Etzel weinen dô began,
si klagten inneclîche beide mâge unde man.
- 2378 Diu vil michel êre was dâ gelegen tôt.
die liute heten alle jâmer unde nôt.
mit leide was verendet des kûniges hôhgezît,
als ie diu liebe leide z'aller jûngêste gît.
- 2379 Ine kân iu niht bescheiden, waz sider dâ geschach:
wan ritter unde vrouwen weinen man dâ sach,
dar zuo die edeln knehte, ir lieben friunde tôt.
hie hât daz mære ein ende: daz ist der Nibelunge nôt.

- 2377 Allí yacían todos los que habían estado destinados a morir.
En trozos quedó descuartizada la noble dama. Teodorico y
Atila rompieron entonces en llanto. Los dos lloraban entra-
ñablemente tanto a los parientes como a los guerreros.
- 2378 Muertos por tierra quedaban allí los grandes honores. Toda
la gente sentía tristeza y quebranto. Las bodas del rey habían
acabado en sufrimiento; como siempre, el placer engendra,
al cabo de todo, dolor.
- 2379 Yo no puedo daros razón de lo que después aconteció,
salvo que allí se vio llorar a caballeros y señoras, aparte de
nobles infanzones, la muerte de sus amigos queridos. Aquí
termina la gesta; esto fue el desastre de los nibelungos.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
El <i>Cantar de los Nibelungos</i>	9
Esquema narrativo del <i>Cantar</i>	20
ESTA EDICIÓN	29
NOTA DE LOS EDITORES	30
BIBLIOGRAFÍA	31
CANTAR DE LOS NIBELUNGOS	33
Canto I. <i>La corte de Worms</i>	35
Canto II. <i>Sigfrido</i>	41
Canto III. <i>De cómo Sigfrido fue a Worms</i>	48
Canto IV. <i>De cómo luchó contra los sajones</i>	61
Canto V. <i>De cómo vio Sigfrido a Krimilda la</i> <i>primera vez</i>	78
Canto VI. <i>De cómo Gunter fue a Islandia para</i> <i>conquistar a Brunilda</i>	86
Canto VII. <i>De cómo Gunter ganó a Brunilda</i>	95
Canto VIII. <i>De cómo Sigfrido fue en busca de</i> <i>sus guerreros</i>	108
Canto IX. <i>De cómo mandaron a Sigfrido a Worms</i>	115
Canto X. <i>De cómo recibieron a Brunilda en Worms</i> ...	122

Canto XI. De cómo Sigfrido, con su esposa, volvió a su tierra.....	137
Canto XII. De cómo invitó Gunter a Sigfrido a las fiestas	142
Canto XIII. De cómo Sigfrido con su esposa acudieron a las fiestas	150
Canto XIV. De cómo las reinas se agraviaron.....	157
Canto XV. De cómo fue traicionado Sigfrido.....	174
Canto XVI. De cómo fue muerto Sigfrido	180
Canto XVII. De cómo Sigfrido fue llorado y enterrado	192
Canto XVIII. De cómo Sigmundo volvió a su patria	202
Canto XIX. De cómo fue llevado a Worms el tesoro de los nibelungos	206
Canto XX. De cómo el rey Atila mandó por Krimilda a Burgundia	213
Canto XXI. De cómo Krimilda fue al país de los hunos	232
Canto XXII. De cómo Krimilda fue recibida por Atila	239
Canto XXIII. De cómo Krimilda procuró que sus hermanos acudieran a las fiestas.....	247
Canto XXIV. De cómo Werbel y Swemel cumplieron su embajada	252
Canto XXV. De cómo los nibelungos fueron al país de los hunos	263
Canto XXVI. De cómo Gelfrat murió a manos de Dankwart.....	275
Canto XXVII. De cómo llegaron a Bechelaren	284
Canto XXVIII. De cómo los burgundos llegaron al país de los hunos	293
Canto XXIX. De cómo Krimilda provocó a Hagen y éste no se levantó en su presencia.....	299
Canto XXX. De cómo Hagen y Volker hicieron la centinela.....	307

Canto XXXI. De cómo fueron a la iglesia.....	312
Canto XXXII. De cómo Dankwart mató a Bloedelin	322
Canto XXXIII. De cómo lucharon los burgundos contra los hunos.....	327
Canto XXXIV. De cómo arrojaron los muertos de la sala	335
Canto XXXV. De cómo fue muerto Iring	338
Canto XXXVI. De cómo la reina mandó incendiar la sala	347
Canto XXXVII. De cómo fue muerto Rúdeger.....	360
Canto XXXVIII. De cómo fueron muertos todos los guerreros del señor Teodorico	373
Canto XXXIX. De cómo el señor Teodorico luchó con Gunter y Hagen	387